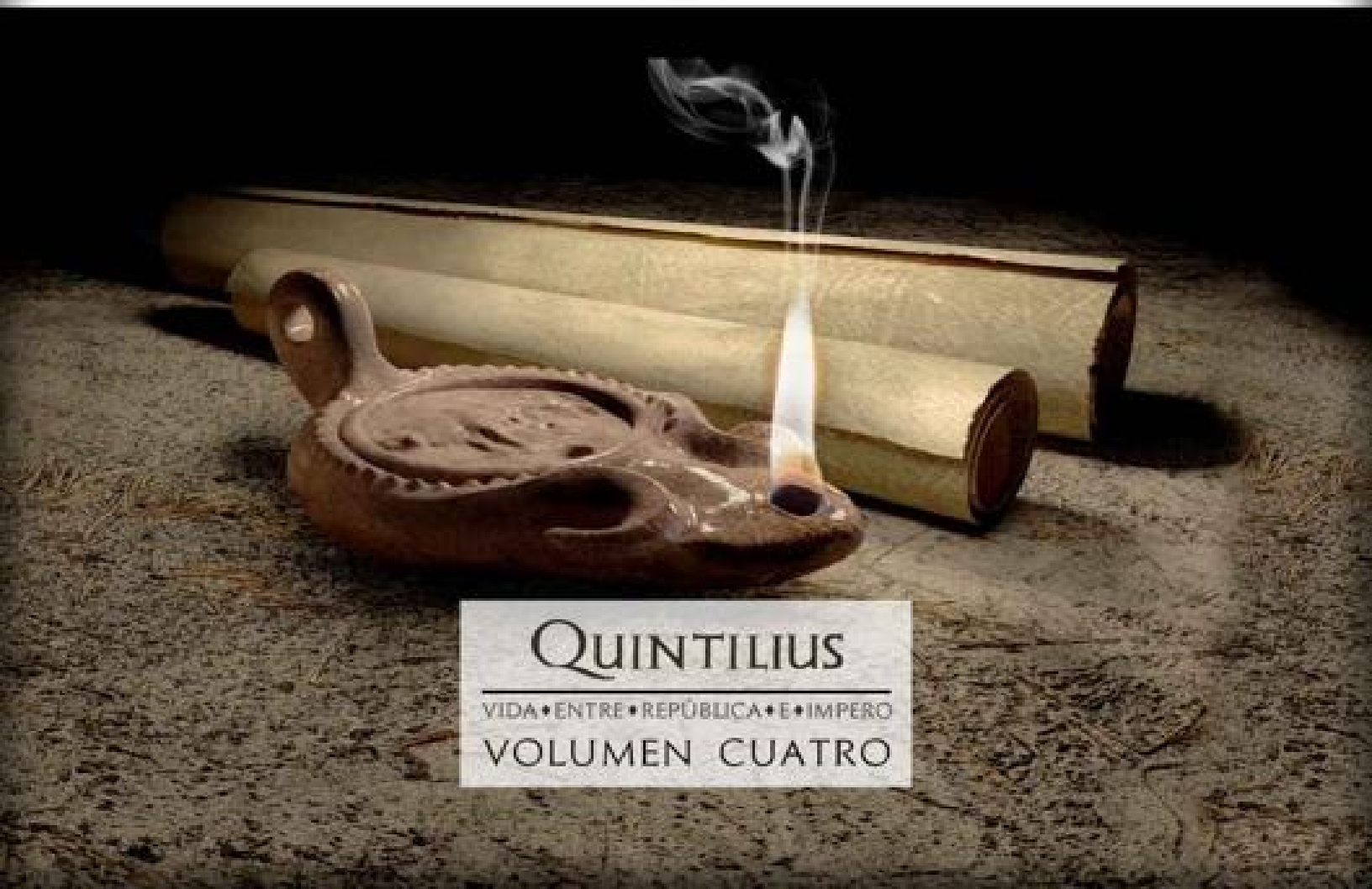
CLAUDIO ROSSI

LOS PAPIROS DE ALEXANDRIA

Falsas verdades en el largo camino de regreso





Quintilius

VIDA • ENTRE • REPÚBLICA • E • IMPERIO

VOLUMEN CUATRO

Serie "Quintilius, Vida entre República e Imperio":

Iader

Misión en Attica

Sombras en Oriente

Los papiros de Alexandria

El Oro de Palmira

Carthago Nova

Serie "Suetonio, un médico en el Egipto romano":

Tres estaciones en el Nilo

Los venenos de Tebas

Aunque algunos acontecimientos y personajes se basan en hechos y figuras históricas, esta novela es, en su totalidad, una obra de ficción. Las expresiones y los diálogos de los protagonistas se basan en las características del personaje, y no tienen ninguna relación con hechos históricos y personas que existan o hayan existido.

Copyright © 2025 Claudio Rossi
Todos los derechos reservados.
Código ISBN: 9798896929604
Correo electrónico del autor: claudiorossibooks@gmail.com
FB: https://www.facebook.com/quintiliusvitanellatardarepubblica/
Sitio web del autor: https://claudiorossiautore.it/

22042025

Claudio Rossi

LOS PAPIROS DE ALEXANDRIA

Falsas verdades en el largo camino de regreso

LOS PAPIROS DE ALEXANDRIA

FALSAS VERDADES EN EL LARGO CAMINO DE REGRESO

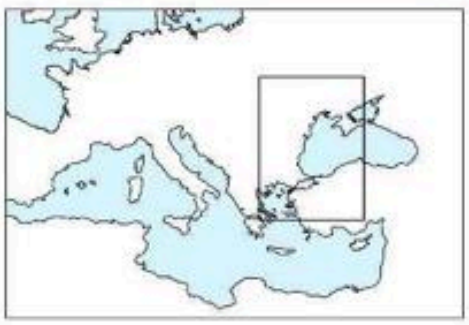
UN LARGO VIAJE
- *I.*
- *II.*
- *III.*
- *IV.*
- *V.*
- *VI.*
- *VII.*
- *VIII.*
- *IX.*

LOS PAPIROS DE ALEXANDRIA
- *X.*
- *XI.*
- *XII.*
- *XIII.*
- *XIV.*
- *XV.*
- *XVI.*
- *XVII.*
- *XVIII.*
- *XIX.*
- *XX.*
- *XXI.*
- *XXII.*
- *XXIII.*
- *XXIV.*

ANNUS CONFUSIONIS
- *XXV.*
- *XXVI.*
- *XXVII.*
- *XXVIII.*
- *XXIX.*

XXX.
LOS PERSONAJES
GLOSARIO DE LUGARES
UNIDADES DE MEDIDA
GLOSARIO DE TÉRMINOS

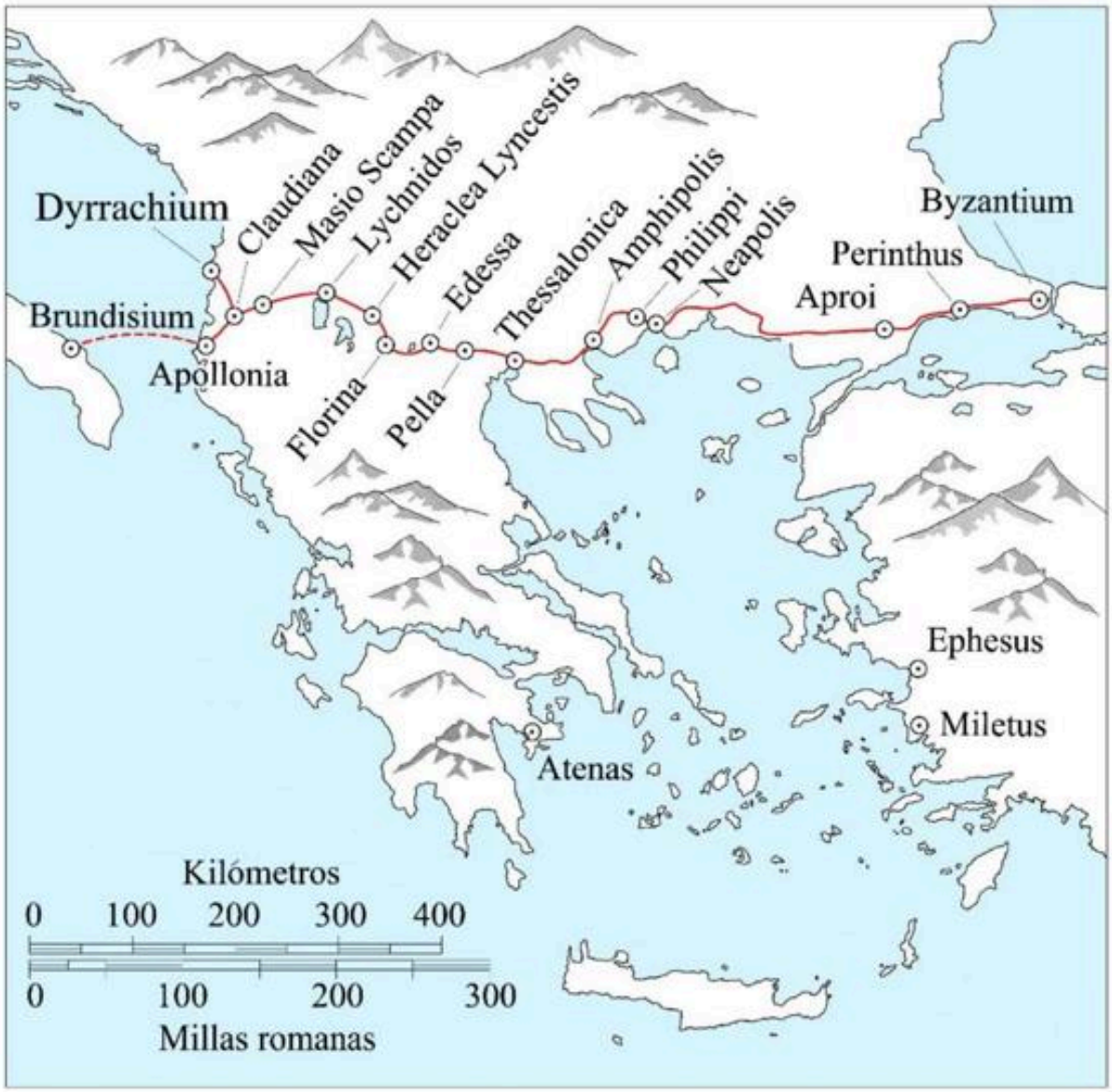




0 100 200 300 400 500 Kilómetros

0 50 100 150 200 250 300 Millas romanas

Macedonia y el Ponto en tiempos de César



La Via Egnatia

UN LARGO VIAJE

I.

La barca había aguantado bien.

La habíamos reparado, y sólo los dioses saben cuántas veces, con medios improvisados. Arrio había logrado unos remiendos imposibles, sustituyendo algunas tablas por otras hechas a partir de maderos encontrados en la playa, utilizando clavijas de madera en lugar de clavos. Habíamos tenido que desembarcar casi a diario para calafatear alguna grieta rellenándola con unos cordones que tejíamos con una hierba parecida a la juncia.

Las tablas estaban prácticamente podridas y teníamos que movernos con sumo cuidado, como si estuviéramos dentro de una tinaja agrietada a punto de romperse al menor movimiento.

El cielo estaba bastante despejado e incluso estando mar adentro ya había reconocido la ensenada de Tomis[1] y la blancura de las casas al final del pequeño golfo.

El corazón me latía a más no poder y por pura superstición, apreté con fuerza la funda de cuero que contenía la navajita que Arethi me había regalado; aún la llevaba colgada del cuello, y milagrosamente había conseguido no perderla durante todo nuestro periplo. Le había cogido cariño a aquella navaja: en los últimos meses había sido para mí el único recuerdo concreto de la buena vida que me había pegado en Thessalonica antes de marchar a la misión.

Arrio y Domicio arriaron la vela y fondearon el ancla, una grande e informe roca que pesaba unas ochenta libras, amarrada con toscas cuerdas que habíamos obtenido trenzando tiras de corteza de sauce silvestre. La roca ni siquiera tocó fondo. Todavía estábamos demasiado adentrados en el mar Euxino, pero era suficiente para ralentizar la deriva y evitar que el viento, empujando la embarcación, nos llevara más al mediodía, obligándonos a realizar maniobras en las que no éramos muy expertos.

Había llegado el momento. Necesitábamos desembarcar en Tomis y movernos sin despertar demasiado la atención.

La navaja pasó por las manos de todos y, afilándola a cada rato en la piel del brazo, pudimos arreglarnos un poco, afeitándonos someramente y recortándonos el cabello, en un esfuerzo por parecernos más a unos pobres pescadores que a piratas.

Ya limpios, nos miramos incrédulos, riéndonos de nosotros mismos: a duras penas pudimos reconocernos de lo enflaquecidos que estábamos tras los interminables días de huida. Ahora nuestros demacrados rostros hacían juego con nuestras huesudas rodillas y andrajosa ropa.

Al anochecer entramos en el puerto, aprovechando las últimas luces del crepúsculo para que nadie pudiese vernos demasiado bien. Era la hora en que la gente honrada se recoge en casa para cenar con la familia y descansar la noche, y no vimos a nadie cuando varamos la barca en el único lugar donde no despertaría sospechas, al menos por un tiempo: bien alineada en la arena, entre las demás barcas de pesca.

Estábamos hambrientos. Al huir de Cimeria, del lugar donde nuestra unidad había sido aniquilada, habíamos podido cargar con un par de sarcinas al azar y ahora teníamos unas cuantas monedas de cobre que habíamos encontrado ahí dentro, suficientes, tal vez, para una sopa.

Alrededor del pequeño puerto había tres tabernas. Las examinamos de una en una, pasando por delante como por casualidad; la más alejada de la dársena estaba de hecho en muy malas condiciones: sucia y humeante, con el techo de cañizo medio desvencijado. Tres chuchos dormían en el suelo de tierra y, en un rincón, unas gallinas buscaban la posición adecuada para pasar la noche en una percha que recordaba lejanamente a una escalera.

Un auténtico cuchitril. Ésa era la que nos convenía.

Al entrar le mostré al tabernero las dos monedas de cobre, y éste nos indicó con un gesto de la cabeza que fuéramos a tomar asiento a una mesita. Éramos los últimos clientes: nos serviría, y con creces, todo lo que quedase del día.

Extrañábamos sobremanera el pan.

Llevábamos un par de meses hablando de ese momento, de cuando nos sentaríamos a la mesa y empezaríamos a mordisquear

un poco de corteza de pan. Ese momento había llegado y, en silencio, nos miramos a los ojos.

El tabernero puso unos cuencos de sopa sobre la mesa, un líquido caliente con algo de pescado hervido sobrante flotando, y reblandecimos el durísimo pan negro que era habitual por aquellos lares.

Comimos con avidez, y Arrio y Domicio, que no tenían menos hambre que yo, compitieron por ver quién acababa antes y le pedía de nuevo al tabernero.

Incluso conseguimos restos de pescado asado. El tabernero nos vio tan famélicos que no tuvo valor para negarnos nada. Al final, nos comimos hasta las sobras que probablemente pertenecían a los perros de la taberna.

Era como si hubiéramos vuelto a nacer.

Poco después, nos retiramos a dormir a la playa; nos alejamos unos cientos de pasos del centro urbano, con cuidado de que nadie observase a dónde íbamos. Encontramos un acogedor refugio entre las dunas, a pocas decenas de pasos del mar y, por supuesto, organizamos turnos de guardia, como es costumbre en el ejército.

Por fin pude estirarme y relajarme sobre la lona encerada que a estas alturas estaba suave y desgastada: la arena aún se notaba ligeramente templada por el calor del verano, y por primera vez en mucho tiempo, ¡tenía la barriga llena!

¡Lo más difícil estaba hecho! Estábamos en Tracia y sólo nos quedaba llegar a la frontera de Macedonia.

Habíamos logrado escapar de los jinetes cimerios que habían peinado todo el territorio en busca de huellas de nuestro paso; y en el mar, nadie había reparado en nosotros.

Puede que nuestros perseguidores nos dieran por muertos, o simplemente perdidos en la yerma estepa póntica, lo cual, teniendo en cuenta que según ellos no teníamos nada que comer ni beber y ningún equipamiento, equivalía a una muerte segura.

Cuarenta días había durado nuestra travesía por el mar Euxino, con escalas en playas desiertas donde no había ni rastro de seres vivos, y ahora sí, podíamos considerarnos razonablemente a salvo.

En la quietud bajo el cielo estrellado, mientras Arrio ya roncaba, mi mente volvió a los consabidos pensamientos que habían llenado mis días. Aún quedaban varios obstáculos a los que tendríamos que hacer frente.

Los monarcas del Bósforo nunca se arriesgarían a que sobreviviese alguno de nosotros. Habían dejado escapar a unos testigos de la masacre y, entre ellos, al agrimensor que había transcrito detalladamente en un pergamino la ruta completa para llegar hasta allí, con la ubicación de las ciudades, la distancia entre ellas, la posición de las vías fluviales y la forma de vadearlas: en una palabra, la futura ruta para que las legiones de Roma llegaran a Cimeria por tierra.

Y ese agrimensor era yo: llevaba en bandolera, bajo la túnica, porque no lo había abandonado ni un momento en los dos últimos meses, el zurrón impermeable de cuero engrasado, herméticamente cerrado con un cordel que estrangulaba su abertura. En el interior se hallaba un rollo de pergamino casi transparente, confeccionado a base de coser finas pieles de conejo.

Aquel pergamino era una auténtica obra maestra: me lo había proporcionado el agrimensor jefe, Dextro Emilio Escauro, cuando habíamos partido del Cuartel General del Cuerpo de Ingenieros de la ciudad de Bononia. Yo había transcrito en minúsculas letras todo lo ocurrido, jornada tras jornada, desde nuestra salida de Thessalonica: nombres de los legionarios y sus funciones, ruta diaria, millas, etapas, ciudades, topónimos, localización de los pozos de agua; e intercalado diminutos dibujos del territorio junto a pequeños mapas.

En los últimos días había estado actualizando mi diario con un relato detallado de la matanza en la que fue masacrada toda la unidad, informando de lo que mis compañeros supervivientes y yo habíamos visto en la lejanía, fijando en tinta sobre el pergamino el decisivo testimonio de un legionario al que habíamos encontrado ya agonizante. Apenas tuvo tiempo de describirnos cómo se había desarrollado el ataque, pero nos desveló la inequívoca traición perpetrada por el legado Licinio Nigro y el guía tracio Servilio.

En la masacre había perecido el tribuno Valerio Agripa, plenipotenciario de César, y uno de sus incondicionales.

El reino del Bósforo había sido sometido a Roma por Pompeyo, y no cabía duda de que la rebelión de sus soberanos acabaría ahogada en sangre en cuanto César tuviera conocimiento de ella.

Ésta era la razón por la que aquellos oscuros monarcas no cejarían en su empeño por completar la labor de sus sicarios e impedir que las noticias que llevábamos llegaran al mando de Thessalonica.

Los sicarios que habían lanzado tras nuestro rastro sabían que tendríamos que regresar a Thessalonica. La unidad había partido de esa ciudad, y los traidores sabían que volveríamos allí. Tal vez los sicarios hubieran perdido nuestro rastro en el tramo entre Cimeria y Tomis, una región desprovista de carreteras. Tal vez hubieran imaginado que podríamos haber huido por mar, y sin duda confiaban en que hubiéramos desaparecido entre las olas de forma definitiva. Pero de lo que no cabía duda era de que, si hubieran insistido en querer dar con nosotros, la ruta de Tomis a Thessalonica habría sido el lugar más lógico para encontrarnos.

Y éste era ahora nuestro problema: tendríamos que recorrer ese camino de un modo u otro, y la Vía Egnatia que conducía a Thessalonica iba a resultar cada vez más peligrosa a medida que nos acercáramos a la ciudad. Los sicarios no patrullarían toda Tracia y Macedonia de forma innecesaria: nos esperarían a las puertas de Thessalonica. Ése era el lugar más lógico, hasta el más inepto lo haría así.

Así que los peligros aún estaban muy lejos de terminar. Desde luego, estábamos vivitos y coleando, pero aún nos quedaban seiscientas millas por recorrer antes de que pudiéramos estar a salvo en un cuartel.

Seiscientas millas en las que podríamos encontrarnos con sorpresas a cada paso.

—¿Va todo bien, Quintilio? —Domicio, que estaba de guardia y se había dado cuenta de que me revolvía sobre la deshilachada tela encerada, me preguntó murmurando.

Una pregunta difícil de responder, pero le susurré:

—Esperemos que así sea. Después de todo, sólo tenemos que encontrar la manera de volver a ver nuestra patria.

—Sólo la volveremos a ver cuándo así lo quieran los dioses —me replicó el legionario con una insospechada ironía.

Muchas veces me había preguntado por qué los tres habíamos escapado de todas aquellas pruebas, y difícilmente podía olvidar que a nuestra partida ni siquiera se había realizado un sacrificio apropiado a los dioses.

A estas alturas ya se me había ido el sueño, y me acerqué con Domicio a una ligera elevación del terreno desde donde, a pesar de la oscuridad de la noche, se divisaban claramente, a la luz de las estrellas y de una pequeña luna, las blancas vetas de las olas que rompían en la playa.

—Domicio, ¿recuerdas aquella nefasta ceremonia en el cuartel de Thessalonica en el momento de nuestra salida?

—¿Quién podría olvidarla, Quintilio? Los dioses estaban en contra de esta expedición, y tal vez aún tengamos que pagar por ello.

Domicio era un legionario ignorante y lleno de vicios, pero él también había llegado a la misma conclusión que yo.

Algunos sostienen que, por la mañana, buena parte de los problemas de la noche se disipan con la luz del sol, y yo empecé el nuevo día pensando en el plan que llevaba ya mucho tiempo preparando en mi mente.

Aún llevaba conmigo, cosidas a mi ahora andrajosa túnica, las cinco monedas que Arethi me había entregado cuando nos despedimos, pero no podía cambiarlas sin correr grandes riesgos. Eran cinco estateros[2] de oro de la época de Filipo II, con una hermosa representación de Júpiter Propiciatorio con su larga barba.

Eran unas monedas rarísimas y de gran valor, cualquiera que las hubiera visto se habría dado cuenta de que estaban relacionadas con el paso de extranjeros. Y esos extranjeros, para cualquiera que los hubiera observado, serían desertores o soldados fugitivos.

Llevaba bastante tiempo pensando en ello y algo había empezado a tomar forma en mi mente al recordar los tejemanejes con los pergaminos que se intercambiaban los argentarios y que tenían valor monetario. Mi amigo, el liberto griego Hicesio, había intentado explicarme cómo funcionaba el mecanismo de las cartas de crédito.

Yo no había entendido gran cosa al respecto, pero sí había aprendido que se podía obtener dinero a crédito.

Cuando nuestra expedición se puso en marcha, me dijeron que Tomis era una ciudad fundada por los griegos. Ellos habían llegado mucho antes que nosotros, los romanos, y dondequiera que hubiera la posibilidad de vender algo, habían fundado colonias y emporios.

Pero en el viaje de ida, cuando habíamos pasado por Tomis, no habíamos visto ni un solo emporio griego, y aunque todavía estábamos en una zona donde había una considerable influencia romana, no habíamos tenido muy buena acogida. Cuando la gente se cruzaba con nosotros, escupían al suelo, reconociéndonos al instante como forasteros.

El comandante de la expedición, el legado Valeriano, para evitar problemas con los ariscos tracios, ni siquiera había permitido que la tropa se detuviera en la polvorienta ciudad, y mucho menos concedido pase de pernocta a los soldados, lo cual no les había hecho ninguna gracia.

Pero ahora Tomis, después de lo que habíamos pasado en los últimos meses, me parecía el más amable de los lugares, y de inmediato empecé a buscar un cambista o un argentario[3].

Conocía algunas palabras del idioma griego y pregunté a unos muchachos, que me indicaron una oficina de cambio. A los pocos pasos encontré la callejuela y la casa donde vivía un cambista, sirio o judío.

Me anunció al cambista, un tal Meshar, un chiquillo de diez años que estaba acariciando a un gatito en el escalón de la entrada. Observé la primera estancia de la casa, casi desprovista de muebles, pero limpia. No cabía duda de que no era tracio y tal vez hubiera podido hablarle con toda franqueza.

Unos instantes después, un anciano de cabello y barba canos me hizo pasar a una pequeña y pulcra salita que hacía las veces de despacho y me saludó en mi propia lengua, la enésima prueba de lo fácil que les resultaba reconocernos como gente foránea.

—¿Qué se le ha perdido a un ciudadano romano por estos lares? ¡Y en apuros, por lo que veo!

Le contesté con una amplia sonrisa: ya me había dado cuenta de que éste era el hombre indicado para mí.

—Que yo esté en apuros, la verdad sea dicha, ¡no hace falta que lo diga Pitia[4] para adivinarlo! Pero te agradezco que me recibas. Me encuentro en esta ciudad sin amigos, ¡y estoy buscando a alguien que hable mi idioma!

—Como ves hablo tu idioma, dime si puedo ayudarte.

—No, verás, yo me refería a otro idioma, soy un argentario inscrito en el *collegium* de Ravenna, una gran ciudad itálica. A fin de cuentas, soy un colega tuyo.

—Sí, sé dónde está Ravenna. Nunca he estado allí, pero me han dicho que es una gran ciudad, sin duda más populosa y rica que nuestra pobre Tomis.

—Pues bien, estoy buscando algún colega que me eche una mano y que sea capaz de guardar silencio. A cambio de una remuneración, claro está.

El hombre no mostró el menor asombro ante mi enigmático preámbulo.

—Por supuesto, todo el mundo tiene que vivir —comentó—, tú ya sabes cómo funciona esto, y la compensación es una necesidad. El silencio es, pues, imprescindible en este trabajo, y si eres argentario deberías saberlo bien. ¿Qué tipo de ayuda necesitas?

—Necesito dinero para poder llegar lo antes posible a Byzantium. Tengo que comprar caballos y ropas, y llevo una escolta de un par de personas. He regresado de una misión que ha sido muy exigente y a la que me atrevería calificarla de provechosa.

—¿Tiene alguna garantía que ofrecerme? Necesito apoyarme en algo.

Le miré directamente a los ojos:

—En este momento no tengo garantías que ofrecerte, pero dime: ¿trabajas con las plazas de Byzantium y de Thessalonica?

—Sí, a menudo completamos operaciones con Byzantium, menos con Thessalonica. Sin embargo, tengo colegas que conocen bien esa plaza —me respondió.

—Bien, Meshar —le dije sonriendo—, yo soy copropietario de un banco[5] en Thessalonica. ¿Estarías dispuesto a darme crédito?

—¡Qué petición tan extraña! En primer lugar, tendría que saber de quién es el banco y qué cantidad me pides, y, además, no sé si estarás de acuerdo con mis condiciones.

—El banco es el del argentario Nicóteles de Byzantium. Él es de Byzantium, pero el banco lo tenemos en Thessalonica.

—Creo que nunca he hecho negocios con él en persona, pero tengo un colega que probablemente lo conozca. Si eres paciente y vuelves aquí dentro de una hora, te diré si puedo concederte un préstamo, y qué compensación tendré que exigirte.

—Te lo agradezco, Meshar. En el interín, ¿puedes indicarme un lugar donde ir a asearme y tomar un baño?

—Por supuesto. Sólo tienes que cruzar la calle, ¿ves esa casita con los postigos verdes? ¡Si hay algún problema puedes decir que te envío yo!

Domicio y yo nos marchamos acto seguido. Era un pequeño baño público de carácter familiar. Nos dimos un remojón muy agradable y nos libramos de buena parte de la mugre.

Arrio, por su parte, se dedicó a seguir discretamente al argentario Meshar para asegurarse de que no fuera a avisar a los guardias. Nuestra confianza en el prójimo hacía tiempo que se había agotado.

Al cabo de una hora salimos de los baños públicos y encontramos a Arrio:

—El anciano se dirigió a un argentario vecino, otro cambista judío como él. Parecen gente tranquila, no he visto ni hombres armados, ni mucho menos tracios —nos explicó, y luego él también se escabulló en los baños.

Más tarde, regresé a la casa del cambista Meshar, esperando que ahora dispusiese de la información recogida en casa de su colega.

—Tengo novedades, joven romano. Has de saber que conocemos al cambista Nicóteles, y un estimado colega mío ya ha hecho negocios con él. Me has dicho que eres su socio. ¿Sabes cuándo se inscribió en el *collegium* de los argentarios de Ravenna?

—¡Por supuesto que lo sé! ¡Nos inscribimos la víspera de los idus de mayo del año 706[6]!

—Sí, así es. Tendrás que perdonarme si te hago alguna pregunta, pero no puedes darme ninguna garantía, y debo asegurarme.

—Claro —le respondí sonriendo—. Es indudable que nuestro negocio está lleno de tramposos. Mi socio siempre dice que, si los tramposos no bastan para hacernos daño, también abunda la mala suerte, ¡porque muchos deudores mueren vilmente sin siquiera haber saldado sus créditos!

—¡Cómo te lo sabes! Aquí también tenemos un dicho popular que más o menos dice lo mismo. ¡Si supieras cuántos mueren por clavar clavos! Pero dime, ¿conoces al secretario del argentario Nicóteles?

—¡Claro que lo conozco, es mi colega Hicesio! Seguramente es con él con quien tratáis el rescate de las cartas de crédito.

—¡Así es! ¿Y sabes cómo es que un argentario bizantino utiliza a un romano como secretario?

Y supuse que ésa era la tercera pregunta que habían acordado para comprobar que, efectivamente, yo mantenía estrechos negocios con aquellas personas, así que le contesté:

—Hicesio no es romano, es natural de Thessalonica y es liberto desde hace sólo un par de años antes era un esclavo. Vivió muchos años en Italia, pero el año pasado volvió aquí para abrir un banco en Thessalonica, en representación de Nicóteles.

—Bien, eso es lo que necesitaba saber. Nicóteles es muy conocido de un colega mío: yo te prestaré el dinero que necesites hasta el equivalente a quinientos de tus denarios romanos, y tú tendrás que escribirme una carta que me permita recuperar la suma en el banco de Thessalonica. Este servicio te costará un denario por cada cinco que te preste.

—No es muy alta la suma que me prestas, esperaba algo más.

—Sólo somos una pobre cofradía de cambistas, para poder adelantarte algo más tendrías que esperar unos diez días.

Comprendí que el honrado hombre no podía sobrepasar ese límite, y le pregunté:

—Estoy de acuerdo con el préstamo. Por otra parte, ¿podrías cambiar el oro que llevo conmigo en moneda griega? Pero ten en cuenta que es oro que no podrás hacer circular hasta dentro de un par de meses, porque no quiero que se sepa que he pasado por aquí. Y has de saber que, si intentas hacerlo circular antes, ¡tu familia y tú podríais correr graves riesgos!

Meshar asintió:

—¡El oro no representa ningún problema, solemos fundirlo acto seguido para que la gente no conozca ni nuestros asuntos ni de dónde proviene!

Cogí la navajita del cuello y con ella corté los hilos de mi túnica que ocultaban tres de las cinco monedas de oro que llevaba conmigo.

El judío les echó un buen vistazo y me dijo:

—Son buenas. Te entiendo, hay muy pocas de estas monedas en circulación, y son fáciles de rastrear. Puedo fundirlas enseguida y hacer desaparecer todo rastro de tu paso. Cambiar este oro te costará una dracma por cada siete. ¿Te parece bien?

—Sí, de acuerdo, cobras una tarifa un poco alta, pero no me queda más remedio que reconocer, como argentario, que es justo que al tratar con un forastero tengas un poco más de margen de lo habitual.

El cambista me sonrió, luego se dirigió a su escritorio y redactó en un pequeño pergamino la escritura en la que constaba mi deuda, y me hizo rubricarla antes de entregarme una bolsa de tetradracmas de plata.

Me bastarían para llegar hasta Thessalonica.

Le di las gracias y me despedí de él, invitándole a visitarnos en Thessalonica, donde estaríamos encantados de recibirle y devolverle el favor.

No me cabía duda de que el cambista guardaría silencio sobre nuestro asunto. Era muy consciente de que podría meterse en un buen lío si se corría la voz de que había tratado con nosotros, y la comisión que me pedía le permitía obtener un boyante beneficio: ¡un quinto de interés sobre el capital por una transacción que se cerraría, a más tardar, en un mes!

II.

Lo primero que hicimos al disponer de tan importante capital en tetradracmas fue buscar una taberna en las afueras de Tomis, apartada de las casuchas de la población, donde pudiéramos pasar desapercibidos.

La encontramos una en una callejuela sucia y polvorienta. En la puerta, una anciana se dedicaba a desplumar gallinas. Había un tentador olor a asado, y allí nos refugiamos a comer carne y gallina, pan, huevos y fruta de temporada.

Nos costó un buen rato saciarnos, y en un momento dado el tabernero, después de un par de horas y nervioso por nuestra voracidad que parecía no tener límites, nos hizo una señal inequívoca para preguntarnos si estábamos seguros de tener dinero contante y sonante para pagarle. Le contentamos con unas monedas y le dejamos un montón de huesos pelados para que los contemplara con admiración.

A continuación, empezamos a preparar nuestra partida, y en primer lugar nos dirigimos a un emporio donde vendían ropa y géneros diversos.

Nos vestimos como lo hacían los lugareños, la ropa era nueva pero humilde y discreta, y las sandalias de estilo tracio nos ayudarían a pasar desapercibidos entre los locales y no dejarían en el suelo la característica huella de las suelas tachonadas que casi nos habían delatado en Cimeria.

Luego nos dirigimos a un establo donde negociamos la adquisición de tres caballos. Compramos animales de poca categoría; Domicio, que sabía de jamelgos, los eligió: animales corrientes sin gran valor, pero de complexión sólida, con fuertes patas y bien alimentados. También conseguimos tres sillas de montar usadas que aún estaban en buen estado; lo único que queríamos era salir de ahí rápido con unas monturas que no causaran problemas.

Dejamos a Domicio que completara la operación mientras Arrio y yo nos dirigimos a comprar una veintena de libras de trigo y otras

tantas de farro y carne seca, así como seis lonas enceradas y un odre de buen vino. También vi en el emporio todo lo necesario para escribir, papiros y cálamos.

Hacía tiempo que tenía una idea rondándome por la cabeza. Era muy importante y aproveché la ocasión: tomé prestados cálamos y tinta, y en una hoja de papiro escribí una carta a mi entrañable amigo Hicesio que se hallaba en Thessalonica.

Yo sabía que el griego me ayudaría en todo lo que pudiese. Habíamos sufrido demasiado juntos, y aunque hacía un año que no sabía nada de él, los graves problemas que habíamos tenido por culpa del Erario nos habían unido más que a dos hermanos.

Preparé un largo texto que en realidad constaba de dos cartas separadas, una después de la otra. Había reflexionado largo y tendido sobre el contenido mientras estábamos aislados en el mar Euxino, y tenía bien claras todas y cada una de las frases desde hacía muchos días.

Quintilio saluda a su hermano Hicesio.
Te envío estas noticias desde la ciudad de Tomis, con el fin de que te encargues de que lleguen al tribuno Elpidio o, en su falta, al comandante de la guarnición de Thessalonica.
Esta carta debe ser entregada en persona al tribuno con la mayor urgencia, y fuera del cuartel para que nadie vea que ha llegado. He prometido cien denarios al portador de la carta; por favor, págalos en mi nombre.
Saludos de tu hermano Quintilio, agrimensor.

El agrimensor Quintilio saluda al tribuno Elpidio. ¡Vale!
Te comunico la gravísima noticia de la masacre de la unidad expedicionaria al reino del Bósforo. Todos los hombres han sido eliminados en un lugar que está a cuatro días de marcha de entrar en tierras del Reino, y cuando aún faltan otros cuatro días para la llegada a Teodosia.
Sólo nos salvamos el pontonero Arrio, dos legionarios y yo, porque cuando un centenar de hombres armados a caballo nos atacaron al amanecer y mataron a todos, nosotros nos

encontrábamos cazando y alejados del campamento. Nos persiguieron, pero logramos escapar.
El tribuno Agripa murió y los bárbaros no tomaron prisioneros.
Que sepas que la matanza la ordenaron los traidores Servilio, el legionario tracio que nos guiaba, y Licinio Nigro, el ayudante del tribuno Agripa. Al traidor Nigro lo vio un legionario, al que encontramos ya moribundo, dando órdenes a la horda bárbara durante la masacre. Dichas órdenes las traducía Servilio el tracio, y las cumplían los bárbaros. El herido murió aquella misma noche a causa de una grave hemorragia. Conmigo, estaban presentes otros testigos que podrán confirmar sus acusaciones. Te dejo a ti la tarea de descubrir quiénes fueron los instigadores de semejante carnicería.
Te envío esta carta porque estoy casi seguro de que nos siguen unos sicarios, o puede que incluso ya vayan por delante de nosotros, y si nos silenciaran, podrías seguir confiando, sin saberlo, en esos traidores que sin duda te rodean. Esta carta se te entrega en secreto para que puedas tomar las oportunas medidas.
Llevo conmigo el diario completo de la expedición que explica detalladamente todo lo sucedido. Intentaremos volver al Mando, pero tendremos que perder tiempo con diversas artimañas porque tememos que nos esperen en el camino.
Te saludan el agrimensor Quintilio y el optio *Arrio.*
V a idibus Sept.[7]

Esta carta, una vez en manos de su destinatario, el tribuno Elpidio que era el organizador de la expedición, pondría de inmediato en marcha la investigación sobre los traidores. Si, por desgracia, no hubiéramos podido alcanzar la seguridad del cuartel y caído bajo las espadas de los asesinos, ciertamente no porque fuéramos inferiores a esos viles bárbaros, sino porque los dioses así lo habían decidido, pues bien, ¡en cualquier caso no se saldrían con la suya! Y los

soberanos del Bósforo, delatados por mi denuncia, jamás podrían afirmar que no sabían nada de nuestra unidad desaparecida en medio de sus dominios.

Plegué la carta y la anudé fuertemente con varias vueltas de cordel, luego busqué lacre en el emporio y lo estampé todo con un llamativo sello caliente en el que imprimí el friso que había en el mango de mi navaja, una decorativa hoja de acanto. Sólo para distraer a los posibles curiosos por leer su contenido.

Regresé por las callejuelas de Tomis hasta la casa del cambista Meshar, que se sorprendió al verme regresar.

Le expliqué sin ambages lo que quería que hiciera por mí:

—Si tienes una persona de confianza que quiera ganarse un dinerillo honradamente, que sepas que tengo aquí una carta para el secretario de Nicóteles. Hay cien denarios romanos para quien la entregue lo antes posible, y puesto que tú también debes remitir mi carta de deuda a Nicóteles para obtener tus denarios, he pensado que esto te facilitaría las cosas.

El argentario vio una nueva oportunidad de llevarse un buen pellizco y, tras pensárselo unos instantes, me respondió:

—Tengo un sobrino que debe ir a Filipos dentro de unos días. Me ocuparé de que parta enseguida, y él se encargará de continuar hasta Thessalonica y entregar también tu carta en persona. Tienes mi palabra.

—Debe hacerse rápidamente, Meshar. Es una carta importantísima. Por eso vale cien denarios romanos, y el destinatario tiene instrucciones en la carta de pagar, sin dilación, a quien se la entregue. Nicóteles estará agradecido por este servicio, y cuando lo necesites, tendrá una deuda de gratitud que saldar contigo, ¡y siempre podrás contar con él!

—¡Lo haré, Quintilio, mi sobrino partirá esta misma noche! ¡Te deseo un buen viaje!

Poco después cargamos nuestras pertenencias y partimos con nuestras nuevas monturas dispuestos a recorrer las seiscientas millas que nos separaban de Thessalonica. En las últimas casas de la ciudad vimos una herrería humeante y aprovechamos para reacondicionar nuestros gladios, que se habían convertido en

chatarra inservible. El herrero sonrió ante nuestras miserias, pero por unos cuantos ases les dio unos buenos golpes a nuestras espadas y las templó ligeramente. También compramos un gladio casi nuevo para Domicio, que no tenía ninguno, y una olla de cobre para calentar nuestra comida por el camino.

Aquel día comenzó el horrible viaje por la ruta terrestre, porque había muchísimas millas que recorrer y la carretera no estaba en buenas condiciones.

Arrio estuvo al mando durante todo el viaje de vuelta.

En los últimos años había servido en el Cuerpo de Ingenieros, era un hábil pontonero especializado en el cruce de ríos, pero, antes de que partiera la expedición, le habían otorgado el diploma de *optio* y ahora era el de más alto rango entre nosotros. También había estado un par de años en la Décima Legión, antes de que lo echaran porque le disgustaba ver tanta sangre derramada.

Durante aquel viaje nos hizo vivir la vida de los bandoleros a la vera del camino. Para descansar, montábamos campamentos improvisados en campo abierto, en lugares desiertos o en zonas boscosas donde nadie pudiera vernos.

Ocultábamos cuidadosamente nuestros caballos, que nos habrían delatado; encendíamos hogueras al abrigo de piedras o en agujeros, y siempre procurábamos que el humo no fuera visible desde lejos. En pocas palabras, seguíamos escondiéndonos como habíamos hecho al huir de los jinetes del reino del Bósforo.

Por supuesto, nunca nos detuvimos en ninguna *mansio*[8] o taberna, y a menudo, para pasar lo más desapercibidos posible, acampábamos para dormir durante el día y viajar durante la noche. Un pan rancio, que con un hábil lanzamiento bien podría haber servido para derribar al enemigo, era nuestra ración, amén de una sopa con carne seca y farro molido entre dos cantos rodados.

Temíamos que nos traicionaran, y no podíamos saber si alguien había puesto un premio para los que nos descubrieran.

Al fin y al cabo, sólo éramos tres y nunca podríamos oponer una defensa eficaz, así que nuestra mejor arma siempre fue la misma que en los meses anteriores: no llamar nunca la atención de nadie, o

al menos asegurarnos de que quienes nos vieran no tuvieran motivos para acordarse de nosotros.

Descartamos la idea de integrarnos en alguna caravana porque seguramente habría más gente o sirvientes observando nuestra sospechosa actitud.

Nos movíamos siempre con las manos sobre nuestros gladios y la poca comida que necesitábamos, la comprábamos en granjas aisladas y alejadas del camino, procurando que nunca nos vieran a los tres juntos, evitando emporios y otros lugares normalmente frecuentados por viajeros. Sólo una vez, cuando arreció una tormenta, unos granjeros nos acogieron en un granero.

Siempre alerta, y siempre vestidos de tracios.

Continuamos durante unos días por la carretera costera hacia Byzantium, que estaba atestada de caravanas y viandantes. Al tercer día de viaje estábamos cerca de Dionisópolis y, por necesidad, nos detuvimos para hacer agua y dejar descansar a nuestros jamelgos cerca de un manantial bien visible desde la carretera. Tuvimos que esperar a que una pequeña caravana, compuesta de cuatro asnos con sus bastos y una decena de vacas conducidas por un mercader con algunos sirvientes, diese de beber a sus bestias.

El mercader nos reconoció enseguida como romanos, quizá nuestro comportamiento o nuestro aspecto de desertores le hicieran darse cuenta de que no éramos lugareños.

Era un hombre robusto, ya en la cincuentena y de barba poblada, que se ayudaba de un nudoso bastón, sin duda más apropiado para luchar contra salteadores que para caminar. Saludó cortésmente a Arrio en nuestro idioma:

—¡Sírvete, joven! —exclamó—. No encontrarás agua mejor que ésta en todo el camino hasta Byzantium.

Hice una seña a Arrio para que entablara conversación y le comprara un par de los deliciosos quesos de cabra que había visto en los bastos de los asnos del mercader. Éste último comprendió por mi mirada lo que no podía haber oído, y nos dijo:

—Os lo vendo encantado, es excelente, ¡os durará varios días! ¡Llevaos cuatro de esos pequeños!

Hicimos el trato hablando lo menos posible porque el emprendedor y charlatán mercader no necesitaba ningún incentivo seguir cotilleando:

—Veo que sois jóvenes sanos, y como vais a Macedonia, he de suponer que pensáis alistaros.

—Bueno, nos lo estábamos pensando —le respondió Domicio.

—¡Ah, dicen que la paga es buena! —le provocó el mercader—. Además, vuestro César siempre anda necesitado de jóvenes avispados como vosotros.

Le hice señas a Domicio para que no mordiera el anzuelo y no respondiera más al curioso mercader.

Una vez que nos alejamos, les dije a mis compañeros:

—Por desgracia, sigue siendo demasiado fácil reconocernos como romanos, y a pesar de nuestra ropa. Cualquiera que nos vea se da cuenta de que no somos del lugar.

Después de ese encuentro nos volvimos aún más recelosos porque era seguro que no encontraríamos ningún tipo de ayuda en Tracia, y esta idea nos impulsó definitivamente a viajar casi siempre de noche.

Cuando la carretera no nos daba seguridad, o si la vista era limitada, como en un estrechamiento o el paso de zonas boscosas, uno de ellos se adelantaba, y los demás le seguíamos, pero sólo después de ver al caballo y al jinete dar una vuelta completa en medio de la carretera, que era la señal convenida de que todo estaba en calma.

Avanzamos ahora juntos, ahora separados por varios cientos de pasos, apenas a la vista. Incluso aprovechamos dos días de lluvia para viajar aún más rápido y con poquísimos fisgones a nuestro alrededor. Nunca nos detuvimos, salvo el tiempo estrictamente necesario para descansar nosotros y los rocines, evitando las ciudades. Donde no era posible tomar otras carreteras, cruzábamos las poblaciones en mitad de la noche, y a veces nos perdíamos por abruptos senderos rurales para evitar ser vistos por los lugareños.

En algún ensanchamiento de la carretera donde veíamos a gente quieta, pasábamos con la capucha escondiéndonos la cara, o bien, esperábamos a que cayera la noche, para que nadie nos

reconociera; siempre llevábamos la barba afeitada y el pelo cortísimo, para que quienes nos hubiesen visto en Cimeria tuvieran dificultades para reconocernos.

Pero sabíamos que un observador atento seguiría reconociéndonos como soldados, o acaso como desertores o mercenarios.

Por último, llegamos a la conclusión de que nuestros perseguidores se imaginarían que iríamos por la misma ruta que habíamos tomado en el viaje de ida con nuestra unidad. El guía tracio que nos había traicionado provocando el exterminio de la unidad sabía muy bien qué ruta habíamos tomado en el viaje de ida, así que nos sentimos aliviados cuando abandonamos la carretera que llevaba al interior, a la Vía Egnatia, y en su lugar continuamos por la costa.

Retomaríamos la Vía Egnatia cerca de Byzantium, sin necesidad de entrar en la gran ciudad. El recorrido se alargaría en unas cuantas millas, pero confundiríamos a los perseguidores, o tal vez, como esperaba Arrio, los despistaríamos.

En las cercanías de Apolonia Póntica, en un cruce de caminos con una carretera secundaria, nos topamos por pura casualidad con un par de harapientos y andrajosos vagabundos a los que no nos costó reconocer como desertores de alguna legión de Roma.

Estaban en un estado lamentable, con unos uniformes tan raídos, que había más agujeros que tela, y esqueléticos por la escasa alimentación. Llevaban a sus escuálidos caballos del cabestro, y estaban aún peor que nosotros cuando desembarcamos en Tomis unos días antes.

Ellos también nos reconocieron enseguida como romanos y creyeron que éramos mercenarios en busca de empleador. Nos preguntaron si teníamos algo para darles de comer, así que salimos de la carretera y acampamos en un lugar apartado, detrás de un matorral de arbustos espinosos.

Domicio empezó a moler un poco de trigo y farro con dos pedruscos del río, y añadió algo de carne seca antes de poner la olla al fuego para hervir un poco de sopa.

Mientras esperábamos nuestra ración, los dos empezaron a contarnos su extraña historia. Llevaban prácticamente dos años

vagando y hacía tiempo que se habían quedado sin dinero. Estaban hambrientos.

Para evitar malentendidos, Arrio les dijo de inmediato que no éramos desertores, sino legionarios que nos habíamos separado de nuestra unidad y buscábamos un puesto romano para reencontrarnos con la tropa.

—Nuestra historia tampoco es muy diferente —dijo Terencio, uno de los dos—. No penséis que somos unos cobardes que huimos despavoridos del campo de batalla. Estuvimos en la batalla de Farsalia[9], hace dos años, en el bando de Pompeyo. Quedamos aislados del grueso de nuestra legión por la rápida maniobra de la caballería de César y, cuando nuestra unidad se rindió, ni siquiera pudimos entregarnos como prisioneros. No teníamos elección, era una muerte segura, ¡la caballería los estaba matando a todos! —Y tras una breve pausa, concluyó—: Éramos ocho cuando nos cortaron el paso. Sabíamos de sobra que, aunque hubiésemos acabado prisioneros de las tropas de César, como poco nos hubieran diezmado, ¡y si no algo mucho peor! No es que nos haya ido mejor, ¡hace dos años éramos ocho y ahora sólo quedamos vivos nosotros dos!

—¿Así que formabais parte de las legiones de Pompeyo? —preguntó de nuevo Arrio.

—Sí, estábamos con Pompeyo. No significa nada para nosotros, formamos parte de las tropas y luchamos, son los generales los que deciden. Pero las cosas no eran tan diferentes entre los dos bandos. ¡Muchos de nosotros teníamos parientes en las legiones de César!

Arrio y yo nos miramos. A mí me habían llegado noticias de la gran batalla librada no muy lejos de Atenas, y me costaba creer que aún hubiera fugitivos vagando por los alrededores. Arrio conocía la batalla, pero no sabía el nombre del lugar, así que le preguntó:

—Escucha legionario, llevamos bastante tiempo aislados del resto del mundo. ¿Quieres explicarme de qué batalla venís?

—¡De Farsalia! ¿De dónde quieres que vengamos?¡Farsalia, en Tesalia!

—Háblanos de la batalla —le pedí mientras empezábamos a comer a la sombra de la maleza. Los dos estaban hambrientos como perros

callejeros.

—Todo sucedió en Farsalia —continuó explicándonos Terencio—, y la batalla fue en agosto, ¡hace dos años! Cuando nuestra línea del frente cedió, comenzó la escabechina. Hubo miles de muertos. La sangre corría como si fuera agua, y no te podías ni mover en el campo de batalla porque había tanta sangre que te resbalabas en el suelo continuamente. ¡Fue una verdadera carnicería!

Se detuvo un momento para terminar de engullir la sopa y alzó el cuenco con la mano para pedir más. Domicio se dispuso pacientemente a moler más farro para preparar otra olla.

—Desde entonces vagamos con la esperanza de encontrar una solución para salvar nuestras vidas. Pasamos el primer invierno en la montaña entre Macedonia y Tracia. Tres de nuestros compañeros murieron al intentar robar un ternero en un pueblo tracio. Luego pasamos casi un año en un pueblo de pescadores a orillas del mar Euxino. Pero aquella gente apenas nos toleraba, si es que no nos odiaba. Uno de los nuestros murió durante el invierno, había enfermado por el frío. Otros dos desaparecieron. No sabemos si los tracios los mataron o se los llevaron para venderlos como esclavos. No queremos permanecer más tiempo en estas tierras, y tampoco podemos volver a unirnos a ninguna unidad. Tal vez usando nombres falsos podríamos reincorporarnos al ejército, pero si nos descubren será una muerte segura, como si fuéramos traidores o espías.

—Es el reglamento del ejército —observé con poca convicción—. Pero cuéntame más de Farsalia.

Y nos contaron con todo lujo de detalles lo que habían visto y que podían recordar de los sucesos de dos años atrás:

—La batalla tuvo lugar el cuarto día antes de los idus de agosto. Llegamos a Tesalia ya agotados por las marchas y el terrible calor de Macedonia. Yo estaba en la V Legión, habíamos hecho la campaña en Hispania, pero sólo algunas unidades que ya habían estado en Oriente con Pompeyo podían soportar el calor. Habíamos sobrevivido a las batallas de Dyrrhachium[10], a las escaramuzas que habían durado meses, con ataques y constantes cambios de frente y campamentos. En Dyrrhachium ganamos porque rompimos la línea

de César. Teníamos once legiones en total, cinco de las cuales procedían de Thessalonica y dos de Pérgamo, en Asia. Pero teníamos muchos reclutas entre nosotros, gente que no entendía realmente las órdenes ni lo que se suponía que debían hacer, además de muchos campesinos que carecían de toda instrucción, y sólo generaban confusión. Fueron ellos los que causaron la derrota, no las tropas adiestradas.

—¿Y dices que en Dyrrhachium venció Pompeyo?

—Sí, y de eso no tengo ninguna duda. En Dyrrhachium rompimos la presión enemiga en el momento oportuno y allí César sufrió enormes pérdidas. En cambio, en Tesalia, en aquellas malditas y calurosas colinas de Farsalia, Pompeyo atacó a las legiones de César, que ya habían tenido tiempo de recibir refuerzos y tropas frescas. Para nosotros la cosa empeoró desde las primeras refriegas; hubo desbandada a pesar de que les superábamos ampliamente en número, y en pocos instantes la batalla se convirtió en una matanza. Creedme cuando os digo que si nos hubiéramos quedado allí no habría cambiado nada, y sólo habríamos aumentado la enorme pila de muertos.

—¿Así que no hay duda de que César venció?

—Ninguna duda.

—¿Y Pompeyo?

—Escapamos, y desde entonces no hemos vuelto a saber nada de él. Durante nuestras andanzas nos topamos con otros legionarios que habían huido de la masacre más o menos en nuestras mismas condiciones, y desde entonces llevamos dos años pasando hambre y sed.

La situación estaba bastante clara. Yo ya había oído que Pompeyo había sido asesinado en Egipto apenas un mes después de la derrota en Farsalia.

Pero llevar a estos dos desertores con nosotros representaba un problema: nos arriesgábamos a acabar siendo considerados de su misma ralea, y yo sabía que en estos asuntos el ejército no hacía muchas preguntas.

Quería discutirlo con Arrio, fingimos que íbamos a controlar los caballos, y le pregunté:

—¿Y tú qué opinas? ¿Se puede confiar en ellos para llevarlos con nosotros? ¡Aún se cubren con uniformes hechos trizas!

—Si se deshicieran de sus uniformes, podríamos darles las túnicas de Cimeria que ahora empleamos como carona. Necesitamos a gente que sepa combatir.

—Pero ¡son desertores!, ¿crees que podemos fiarnos de ellos?

—Quintilio, en un enfrentamiento entre legiones ni siquiera se sabe lo que ocurre de un extremo a otro de la línea. Cuando hay un repliegue, ¡nadie se queda ahí quieto esperando que le ensarten! ¡Sólo los dioses saben cómo nos comportaríamos nosotros mismos en esas condiciones! Si nos detienen por el camino podemos decir que ellos también formaban parte de la unidad expedicionaria a Cimeria y que se salvaron con nosotros, y luego... ya veremos.

—¿Qué harán cuando lleguemos a Thessalonica?

—Tendrán que ocultarse, pero tal vez consigamos hablar con algún oficial, quizá con el mismo tribuno Elpidio. Si demuestran ser dignos de confianza podemos hablar en su favor. ¿Recuerdas cómo actuaste tú cuando me ayudaste a salir de la cárcel?

Y decidimos llevarlos con nosotros. Arrio les dio una pequeña charla, completamente inútil ya que los dos no tenían otra opción.

Arrojaron sus harapientos uniformes al campo y se vistieron con nuestras túnicas viejas. Habían huido desarmados y de alguna manera yo los volvería a armar.

Los dos aceptaron de buen grado lo que el destino les ofrecía, ¡al igual que nuestra comida, claro está! Cualquier decisión sobre su futuro se pospondría hasta el arribo a Thessalonica.

Nuestro variopinto grupito no debió de inspirar mucha confianza a los pocos transeúntes que nos vieron. En una encrucijada poco antes de Perinto se nos acercó un hombre rezagado, un mercenario griego llamado Eustratios. Vio que ya éramos cinco y nos preguntó si nos habían contratado como mercenarios y si había sitio para un colega.

Tenía un caballo e incluso armas: Arrio lo observó y decidimos llevarlo con nosotros, prometiéndole algo de dinero. Sabía combatir.

Cuando llegamos a las primeras casas de Perinto acampamos en el bosque, lejos de ojos indiscretos, y Arrio fue a la ciudad a buscar un herrero. Compró unos gladios usados y todos prestaron

juramento de obediencia a Arrio, que voluntariamente o no, era el único que ostentaba el rango de *optio*.

Continuamos por la Vía Egnatia donde encontramos mucho movimiento de carros, transeúntes y militares. Uno de nosotros precedía siempre al grupito, y cuando había tropas en movimiento a la vista invertíamos la marcha para ponernos a cubierto tras el primer matorral.

Tal vez nos tomasen por mercenarios, pero, para estar seguros, evitamos hablar con nadie. Nuestra marcha transcurrió sin contratiempos durante varios días, y confiábamos en haber conseguido esquivar a los sicarios.

A partir de Perinto decidimos establecer campamentos con turnos regulares de guardia de dos hombres a la vez, como cualquier unidad en marcha.

Explicamos a nuestros nuevos camaradas que podríamos tener encuentros inoportunos más adelante, y discutimos largo y tendido de dónde podrían estar esperándonos los sicarios.

Eso sí, todos coincidíamos en un punto: si hubiéramos sido nosotros los asesinos, el mejor lugar para la emboscada habría sido a pocas millas de Thessalonica, en un largo tramo recto de la Vía Egnatia: en él, cualquiera que intentara huir hacia un lado u otro, no podía esconderse en ninguna parte y sería perseguido de inmediato.

No había alternativa a ese largo tramo recto: por mucho ingenio que pusiéramos en desvíos y caminos poco transitados, al final tendríamos que entrar en la ciudad de Thessalonica.

III.

Durante varios días reflexionamos sobre cómo podíamos evitar de arriesgar nuestras vidas en las últimas millas, pero nos costaba encontrar algo en lo que los sicarios no pudieran pensar también.

Y fue el mercenario Eustratios, que debía de tener un pasado turbulento, quizá como forajido, quien nos dio una excelente sugerencia:

—Basta con que nos colemos en la maraña de callejuelas del puerto de Thessalonica: en medio de esas chabolas, ¿quién podría encontrarnos?

Arrio y yo coincidimos en que era la solución correcta, y justo antes de Anfípolis tomamos un sendero mal marcado que nos llevó al pequeño puerto de la ciudad sin pasar por el centro urbano.

Domicio fue a vender los caballos a un tratante y después, intentando no llamar la atención, nos embarcamos en un cacharro destartalado que transportaba mercancías y campesinos a las aldeas de la Calcídica, desde donde zarparía más tarde hacia Thessalonica.

La travesía duró ocho días. También echábamos una mano de vez en cuando para achicar, pues la embarcación hacía mucha agua, y compartimos la escasa comida que teníamos con mujeres, niños y un par de campesinos. Con una propina decente, convencimos al capitán para que hiciera un pequeño desvío el último día de navegación y desembarcara en la costa occidental del golfo de Thessalonica, un par de millas a mediodía del puerto.

Esperamos hasta bien entrada la noche y llegamos a la ciudad a pie por el camino de poniente, donde a nadie se le hubiera ocurrido esperarnos jamás.

Atravesamos callejones en los que nunca me habría atrevido a entrar solo, armados con el gladio que estaba supuestamente prohibido dentro de la ciudad y con unos nudosos bastones, siempre escoltados por los dos desertores y el mercenario desempleado.

Quienes nos vieron pensaron que fuéramos una banda de sicarios o, en el mejor de los casos, ladrones profesionales. Vimos a los escasos transeúntes huir con sólo vernos.

Pero no nos dirigimos al Mando.

Cruzamos la ciudad al amparo de la oscuridad y, evitando la ronda nocturna, nos dirigimos hacia una finca propiedad de la viuda Arethi, donde a nadie se le habría ocurrido ir a buscarnos. Yo conocía de sobra la finca, me había refugiado en ella unos meses antes para evitar que un marido celoso siguiera mi pista y me exigiera explicaciones inútiles.

Era el último día de septiembre. Habíamos partido en los idus de mayo y regresábamos a la base cuatro meses y medio más tarde. A mí me parecía que hubieran pasado cuatro años y medio, y en ocasiones, incluso más.

Caminamos durante casi toda la noche y, después de todo el vaivén en el mar y de haber estado achicando día y noche en la destartalada barcaza, incluso los penetrantes olores de Thessalonica nos resultaron agradables. Llegamos a la villa de campo a la hora cuarta[11]. No había nadie, sólo el canto de las cigarras. La maleza había crecido y los matorrales, bien regados por las lluvias primaverales, triunfaban por doquier.

Tomamos posesión de un pequeño granero cuyo portón estaba entreabierto. Los hombres se echaron a dormir, mientras yo preparé un escritorio rudimentario apoyando una tabla en unas bastas cestas de la vendimia y empecé a redactar una carta en la que solicitaba una reunión con el tribuno Elpidio.

Poco después, todavía con el estuche de cuero encerado al hombro, del que no me había desprendido desde hacía más de tres meses y que olía como un macho cabrío, me dirigí a las primeras casas del extrarradio en busca de un cochero y una calesa.

Pasó una carreta con un granjero que se vio encantado de tener compañía.

Me llevaron a un suburbio de la ciudad. Allí busqué a un cochero y le di mi mensaje para que lo llevara al Mando, que estaba al otro lado de Thessalonica. Le expliqué lo mejor que pude que le daba dos sestercios, y otros dos que le daría el destinatario.

Mientras mi nota se dirigía a su destino, entré en una *popina* para comer algo, ya que últimamente siempre estábamos escasos de provisiones.

Me dispuse a esperar. No estaba seguro de si el tribuno Elpidio se encontraba en el cuartel de Thessalonica, y tal vez hubiese regresado a Roma. Tampoco estaba seguro de que el cochero hubiera entendido bien lo que tenía que hacer.

La nota que había enviado al tribuno Elpidio era muy breve, y decía lo siguiente:

> *El agrimensor Quintilio saluda al tribuno Elpidio. ¡Vale!*
> *Necesito hablar contigo de inmediato, pero prefiero que no me vean en el Mando. El portador de esta nota te conducirá al lugar donde aguardo tu llegada. El cochero espera dos sestercios por el servicio.*
> *Quintilio, Agrimensor del Cuerpo de Ingenieros.*

Al cabo de algo menos de un par de horas, durante las cuales me había dedicado a comprar vino, aceitunas y queso para todos, vi regresar el carruaje, seguido por el preocupadísimo tribuno Elpidio a caballo y dos legionarios de escolta.

Me contempló con los ojos abiertos de par en par y trató de ofrecerme el antebrazo para saludarme, pero no lo consiguió. Acabó abrazándome, como a veces se acostumbra entre colegas.

—Recibí tu carta de Tomis hace ocho días, ¡a través de un argentario! —me dijo—. ¡Celebro que lo hayáis logrado! Quizá ya hayamos identificado a los sicarios que os esperaban, y mis hombres creen que el traidor Servilio está entre ellos. No estamos seguros de que sea él porque se ha afeitado la barba. Los estamos vigilando de cerca para tratar de localizar a todos sus compañeros.

—Tendrás que disculparme, tribuno, si he contactado contigo de esta manera un tanto rocambolesca.

—No, no, Quintilio, todo lo contrario, has actuado muy bien. Yo no lo habría hecho mejor. Nadie debe saber que has regresado con vida, ¡porque quiero libertad de acción para encontrar a las serpientes que anidan en nuestro Mando! Nadie debe verte durante un tiempo, nadie debe saber que has escapado.

—Tribuno, si te parece, tengo un lugar tranquilo donde podemos hablar con más libertad —le dije, despidiendo al cochero.

Monté a caballo junto con uno de los legionarios de la escolta y los conduje a la villa de campo.

Recorrimos la última media milla a pie, sujetando a los caballos del ronzal.

El tribuno estaba impaciente por recibir información.

—¿Estás seguro de que el tribuno Agripa fue asesinado?

—Segurísimo, tribuno, no tengo ninguna duda.

—Pero me escribiste que era de noche, ¿y no podría ser que lo hubieran capturado y trasladado a otra parte?

—No, tribuno, no puedo equivocarme, volteé su cadáver que yacía descompuesto en el suelo. Le habían despojado de sus insignias y túnica, y estaba oscuro, pero le reconocí, era él. Arrio también lo vio.

—¡Cómo lo lamento! Era un buen hombre y un gran oficial. Pero te creo. ¿Sabes si los cimerios se llevaron los documentos de Agripa?

—Sí, tribuno, se los llevaron. En el campamento sólo quedaban unas cuantas hojas de papiro que revoloteaban en la brisa nocturna. Unas pocas páginas. Las recogimos y al no poder quemarlas, para no dejar ninguna señal de que habíamos estado allí, las enterramos. Pero su cartera con las cartas de César, la que yo había visto varias veces, una cartera de cuero que debía pesar una decena de libras ya no estaba. Puedo asegurártelo porque, aunque había muy poca luz, pasamos buena parte de la noche hurgando entre lo que quedaba del campamento en busca de cosas útiles para nuestra huida, y para contar los muertos.

—Malditos traidores, sólo puede haber sido la familia reinante del Bósforo, sólo ellos podían atacaros justo en mitad de sus tierras sin temor a que alguien los viera.

—Así es. Eso es lo que yo también pensé en aquel momento, y lo que sigo pensando ahora. Simplemente no se imaginaron que alguien sería capaz de volver y contarlo todo. Esos canallas han fracasado en su misión.

Entretanto habíamos llegado a la villa de campo, y fuimos avistados por uno de los desertores que estaba al acecho y dio un silbido a los demás.

El tribuno fue recibido por nuestro grupito alineado, unos sucios soldados vestidos con mugrientos atuendos tracios y armas de

diversos estilos encontradas por el camino, pero se sorprendió gratamente al ver cómo estábamos organizados, y observó:

—Por Saturno, ¡a mí me parecéis una banda de forajidos! Pero, Quintilio, ¿acaso estás formando tu propia unidad mercenaria?

—Sí, algo así, tribuno —le respondí sonriendo—. Esos dos reclutas son dos legionarios de Pompeyo que escaparon de la masacre de Farsalia a los que Arrio les quitó las ganas de seguir vagando sin rumbo fijo, y ahora estamos aquí, a tus órdenes para referirte toda la información a por la que nos enviaste a Cimeria.

Me pareció que los dos desertores, sólo al escuchar que se hablaba de ellos, comenzaron a temblar de miedo, mientras que el tribuno, por su parte, ya había desviado la mirada.

Nos instalamos cómodamente bajo el porche, era un cálido día de septiembre, y mientras comíamos como si estuviéramos en un pequeño campamento legionario, el tribuno le preguntó a Arrio acerca de los puentes y la navegación, recibiendo respuestas satisfactorias.

Le hablamos de la marcha por la estepa a través de regiones desiertas, y de los signos de la pasada plaga, con los esqueletos añejos de los habitantes abandonados a su suerte en casas o corrales, desmembrados por perros asilvestrados o lobos.

Finalmente, el tribuno y yo nos retiramos a la parte trasera y le dejé examinar el famoso rollo de pergamino de piel de conejo en el que yo había escrito detalladamente el diario de la expedición.

El tribuno le echó un vistazo, admirando lo bien que se había conservado la minuciosa escritura y cómo la piel de conejo estaba ahora brillante y ligeramente desgastada, pero el documento resultaba muy fácil de leer y era el único testimonio de nuestra larga peripecia.

Leyó alguna línea suelta, vio los croquis de los puentes, los cálculos del recorrido y los pequeños mapas en él dibujados.

Se detuvo para hacer algunas preguntas sobre ciertos puntos que no resultaban demasiado claros para el que no había estado en el lugar y que necesitaban el añadido de algún detalle más. Se sorprendió de que, pese al desastre del cuerpo expedicionario, hubiésemos conseguido tomar nota de toda esa información, incluso

los detalles sobre los puentes y el aspecto de los ríos, y sobre todo cada pormenor del ataque al campamento, tal y como lo habíamos observado Arrio, Domicio y yo.

Cuando llegó a la página en la que relataba la masacre de la unidad, leyó con avidez varias veces el relato de las horas nocturnas dedicadas a examinar los cadáveres y rebuscar entre los despojos del campamento reuniendo el equipo necesario para la huida.

Y al final se quedó absorto por unos instantes, ensimismado en sus pensamientos, porque desde luego aquello no iba a acabar ahí.

—Habéis cumplido vuestra misión con honor a pesar de los traidores, debo reconocértelo. Aquí tenemos los datos sobre las distancias de los tramos de los caminos, y las características de los cruces de los ríos, incluso notas sobre la presencia de agua en los pozos. Somos nosotros, los del Mando, los que hemos fallado. ¡Por culpa de ese condenado traidor, ese fanfarrón del legado Nigro, comprado con oro! ¡Ojalá se pudra en el Hades! Ordenó matar a treinta camaradas y al plenipotenciario del César por su jodido oro. ¡No habrá ningún lugar en el mundo civilizado donde pueda encontrar refugio! Ahora que sabemos que fue él, y para que no se vea más comprometido, el monarca del Bósforo lo ejecutará antes de que podamos interrogarlo. Fíjate lo que es el destino: ¡ellos están esperando conseguir tu cabeza, y en lugar de eso, tú nos has revelado su engaño y se verán obligados a acabar con ese traidor!

Desde un punto de vista estratégico, el balance de la expedición era un completo fracaso. El plenipotenciario había sido asesinado y las relaciones con los gobernantes del Bósforo estaban ya rotas.

—Tribuno, ¿qué me ordenas ahora? —le pregunté.

—Permanecerás aquí oculto. Esta noche te enviaré un par de hombres de refuerzo, y hasta que no termine la investigación oficial estarás bajo mi custodia. Pero no tienes que preocuparte por eso. Quiero que tú y los tuyos no corráis más riesgos. Tendréis que permanecer escondidos hasta que hayamos arrestado a todos los espías, porque seguramente hay otros que han aceptado el oro del rey del Bósforo.

—Tribuno, ¿me dejarás también los dos legionarios de Pompeyo?

—Sí, los dejaré bajo la custodia del *optio* Arrio. Más adelante ya veremos si los destinamos a alguna otra unidad, pero el centurión a cuyas órdenes vayan a parar sabrá que debe vigilarlos. Fingiré que estaban desaparecidos, ¡pero no recojas más de estos perros callejeros!

—Por supuesto, tribuno. Era una necesidad temporal dictada por la urgencia de salvar el propio pellejo.

—Ahora ponte manos a la obra de inmediato y haz una copia del diario de la expedición que sea legible, para que puedan entenderlo incluso quienes no estuvieron contigo, o no estaban al corriente de todos los detalles desde el principio. He visto que siempre indicas los nombres de los presentes. Necesito esa copia para pasado mañana, será muy importante. Recuerda, si hay algún pasaje que no está muy claro, por favor, añade unas líneas de explicación. Y, además, no dejes que salgan a la calle ni Arrio ni Domicio. Sois los tres únicos testigos que quedan, pronto os necesitaremos a cada uno de vosotros.

Envié a Arrio a acompañar al tribuno durante una milla hasta la carretera y a comprobar si había espías.

Cuando estaba a punto de preparar mis cosas para escribir, mientras raspaba un poco de tinta seca de los bolos que me quedaban, oí la estentórea voz de Arrio, que ya de regreso a la villa estaba llamando a los dos desertores:

—¡Vosotros dos! ¿No iréis a pensar que las vacaciones son eternas?, ¿verdad? Coged dos palas y venid aquí detrás, ¡hay un pozo que cavar!

La viuda Arethi pronto dispondría de agua limpia para la casa.

Era casi de noche cuando oímos ruido de cascos en el camino que conducía a la villa. Eran dos legionarios bien pertrechados y enviados por el tribuno Elpidio, los que oficialmente debían custodiarnos. Ellos también se refugiaron bajo el cubierto. ¡La villa se estaba convirtiendo ahora en una diminuta guarnición legionaria!

Aproveché uno de los hombres para que llevara un breve mensaje a la casa de la viuda Arethi en la ciudad, aunque ya era de noche.

Queridísima Arethi. Salud.

Viéndome en la obligación de permanecer escondido, no he encontrado mejor lugar que tu villa de campo.
Has de saber que no te haremos ningún daño, es más, para compensarte estamos excavando el nuevo pozo de agua.
Te saluda, Quintilio.

Conocía de vista a los dos jóvenes que el tribuno Elpidio había enviado aquí. Ellos mismos me informaron de que habían participado en las primeras pesquisas y que durante días, tras despojarse del uniforme y vestirse de paisano, habían estado explorando las vías de acceso a la ciudad en busca de aquel tal Servilio, quien, de haber sido encontrado, no habría tenido que ser detenido, sino discretamente vigilado.

Nos retiramos al almacén de material agrícola para descansar, entre tinajas y barriles, tras haber organizado una guardia por turnos de dos hombres cada vez, aunque sólo fuera para mantener la costumbre.

Acababa de empezar la tercera vigilia[12] cuando nuestros guardias oyeron el paso de un caballo y los crujidos de las ruedas de un carruaje sobre la grava. Vinieron a despertarme, y a la luz de una improvisada antorcha vi que había llegado el carruaje de Arethi, con la anciana Cleide y un siervo.

Estaba bellísima, como siempre. Me dio un apresurado abrazo, un poco intimidada por todos los soldados que veía moverse en la oscuridad. Ese breve contacto bastó para estremecerme, porque por un instante sentí el olor de su cabello y del perfume que tanto recordaba.

—¿Cuántos sois? —me preguntó atónita.

—Somos ocho —le respondí—. Pero no te preocupes, nos hemos instalado en un local vacío, no os molestaremos.

—Quintilio, me envías un mensaje por la noche y te encuentro acampado aquí. ¿Qué ha pasado? ¿Os han echado del cuartel?

—Es un poco complicado de explicar, no es algo que se pueda contar en dos palabras aquí en el corral.

Cleide y el siervo estaban descargando un gran fardo de tela atado por los cuatro extremos, que probablemente contenía ropa.

Los soldados, al ver que era el ama, se fueron a dormir y los dos de guardia volvieron a su servicio.

Entré en la villa con Arethi, que encendió algunas lámparas. La casa llevaba cerrada algún tiempo y olía a moho y al hollín de la chimenea.

—Arethi —traté de explicarme—, quizá no debiera haberte enviado ese mensaje, tendrás que disculparme, podría haber esperado hasta mañana.

—No, Quintilio, me alegro de verte. Pero me altero con facilidad. Mi vida no está hecha para todos estos imprevistos, siempre hago lo mismo: el mercado, alguna cena con mi primo Agapios, alguna lectura de mis poetas. Me cuesta aceptar tus escapadas, tus riñas y tus repentinos regresos. ¡Y el uso de esta casa como escondite! ¡Y esos hombres que me has traído parecen una banda de forajidos! ¿Dónde los has encontrado? ¿Los conoces bien?

—Claro, Arethi, ¿no te has fijado que uno de ellos es Arrio?

—Si era él, no lo he reconocido. Pero hay un par que seguramente son asesinos.

—No, Arethi, sólo son desertores, y no es seguro que hayan matado a nadie. —Me di cuenta de que la mujer estaba molesta por el exceso de novedades y por encontrar su propiedad inesperadamente invadida por unos desconocidos.

—Mañana me encargaré de que se den un buen aseo —continué —, y que se afeiten barba y cabello a fin de parecer más civilizados.

—¡Y mira cómo vienes también tú! —dijo quitándome la palabra—. ¡Qué flaco estás! ¿No te daban de comer donde has estado? Ahora mismo llamo a Cleide… ¡¡Cleideee!!

La anciana Cleide emergió de la oscuridad, sin duda había estado detrás de mí todo el tiempo escuchando la regañina. Naturalmente, no podía haber entendido las palabras exactas, pero había captado el significado.

La vieja sirvienta debía de haber sido campesina muchos años atrás, su edad era indefinible, y sin duda estaba acostumbrada a manejar ganado: empezó por toquetearme los bíceps sin ningún tipo de miramiento, luego pasó a pellizcarme con fuerza el vientre a la

altura del ombligo, y después a palparme los muslos, igual que se hace con los animales de carne en el mercado.

Sentenció algo que no entendí, pero por el tono debió de ser un comentario del tipo: «Habrá que darle bien de comer y engordarlo antes de que se caiga muerto».

Mientras intercambiábamos estas palabras en el *tablinum*, y aunque no había mucha luz pude disfrutar del olor del dulce perfume que llevaba Arethi, y empecé a excitarme un poco. Arethi subió a su dormitorio y no me atreví a seguirla sin que me invitara.

Era tal y como la había soñado durante todas las noches pasadas durmiendo sobre la tierra desnuda de las estepas de Tracia y Cimeria: puede que ya estuviera próxima a los treinta años, pero seguía siendo una mujer hermosísima, y su larguísimo cabello castaño enmarcaba su risueño rostro.

Y sus espléndidas curvas que yo no podía dejar de mirar.

Y ahora yo me avergonzaba de mis miserias, de mi inconstancia, y de estar siempre sucio y maloliente como un mendigo. Si hubiera sido más considerado, me habría presentado a la patrona en su casa, durante el día y bien vestido, y desde luego no en medio de todos estos miserables.

Poco después Cleide volvió a buscar algo; la mandé que me siguiera al baño para explicarle que quería lavarme.

Como respuesta me acompañó hasta la puerta de la casa, me hizo salir y me cerró la puerta. No pude entender sus últimas palabras, y sólo oí el cerrojo deslizarse hasta el fondo.

IV.

Tenía algunas ideas en la cabeza y me quedaba bastante dinero, así que empecé a organizar la estancia en la villa. Íbamos a estar aquí un tiempo, y más valía ponernos cómodos.

Primero envié a uno de los desertores a buscar un par de ovejas y una docena de gallinas en las granjas cercanas y a hacer acopio de pan, huevos y queso.

Arrio y el mercenario griego se pusieron a estudiar el pozo de la villa, que por desgracia sólo daba un agua turbia y maloliente que rechazaban incluso los animales. Yo puse a los demás hombres, incluidos los centinelas del tribuno Elpidio, a quitar la maleza que había invadido las zonas situadas frente a los edificios.

Me lavé frotándome con un poco de arena para quitarme la mugre, y expliqué bien a todos cómo había que comportarse:

—Ya sabéis que aquí somos huéspedes un poco peculiares, es decir, huéspedes que nos hemos colado en casa ajena sin pedir permiso, y ahora tendremos que congraciarnos con la dueña. Así que es imperativo ser ordenados y limpios, no apestar como gorrinos, no emborracharse, no soltar flatulencias tan fuertes que se oigan hasta en el interior de la villa, y dejarse ver lo menos posible para no molestar a la señora de la casa. Y, sobre todo, tendremos que trabajar duro en la limpieza, ya que el lugar está muy necesitado de ella.

Mi anuncio fue acogido con cierta indiferencia.

Hacia la hora sexta[13] Arrio me llamó al pozo.

Vi que ya habían extraído con cubos un gran montón de la tierra que se había depositado en el fondo con el paso del tiempo.

—Quintilio, la verdad es que no entiendo nada —me explicó—. Hemos cavado decenas de pozos en la estepa de los tracios, pero nunca me había ocurrido algo parecido. Aquí el agua es fétida, y si intentas seguir cavando, la pared se derrumba cada vez más, y no se puede ahondar porque el suelo del fondo es tan duro ¡que parece puzolana! Tendremos que inventarnos algo nuevo.

Yo estaba observando al mercenario Eustratios que seguía en el fondo del pozo cavando, a una veintena de pies de profundidad, y me recordaba a uno de esos gladiadores a los que a veces meten en grandes fosos para que luchen con las fieras. También traté de imaginar qué pasaría si el pozo se derrumbara y él se quedará sepultado allí abajo. Nos tocaría volver a excavar el pozo por completo, ya que no podíamos dejar allí el cadáver contaminando las aguas, y también habría perdido a un hombre que podía sernos útil.

—No tengo ni idea de cuál puede ser el problema con este pozo —le respondí—, pero tenemos que profundizar mucho más. Con este sistema de excavación nunca llegaremos a ninguna parte. Mándale a Eustratios que suba, ya que habla tanto nuestro idioma como el griego.

Tan pronto como el hombre estuvo fuera le dije:

—Eustratios, ahora irás a las afueras de la ciudad para ver si en algún lugar fuera posible comprar unas carretadas de ladrillos de horno para consolidar la pared del pozo. Con la excavación, tal y como lo estamos haciendo, no llegaremos a ninguna parte. Averigua los precios, luego ven a informarnos y decidiremos qué hacer.

—¿Tendré que decirles aproximadamente cuántos ladrillos necesitamos? —me preguntó.

—Claro, puedes decir que estamos excavando un pozo. Un gran pozo. Pero ten cuidado, sabes que todavía nuestra misión no ha acabado. Compórtate y sobre todo no vayas a emborracharte, porque ya sabes que en una misión se aplica el reglamento de guerra, ¡te pueden pasar por las armas! Oíste lo que dijo ayer el tribuno, ¿verdad?

Me lo había inventado, el tribuno no había dicho nada de eso, pero le convencí con facilidad para que no fuera a emborracharse. El hombre era bastante ignorante y a estas alturas ya confiaba en Arrio y en mí. Había comprendido que podía estar bien con nosotros y que le convenía. Era siempre mejor que aventurarse en Macedonia y arriesgarse a acabar degollado por unos desconocidos.

Más tarde, debía de ser la hora séptima, Arethi se asomó a la ventana y me dijo que la comida estaba en la mesa.

Entré un poco temeroso, pero me pareció que se le había pasado el enfado.

Me senté a la mesa mientras la vieja Cleide decía algo. Mencionó algo de la bebida. Era claramente una amenaza de reiniciar cierta cura reconstituyente con la que me había atormentado unos meses antes. Era una pócima utilizada en la campiña y especialmente indicada para yeguas preñadas, y que pretendía dármela lo entendí perfectamente sin necesidad de que nadie me lo tradujera.

Sin duda, era una señal de los dioses: ¡en muy poco tiempo, el idioma griego no tendría secretos para mí!

Arethi, como si yo fuese su hijo, me ordenó:

—¡Come, Quintilio, come!, ¡mira cómo estás, parece que acabas de volver de una guerra!

Y sin saberlo había dicho la verdad. Efectivamente, la nuestra había sido una guerra.

—Arethi, tendrás que disculparme por la forma tan descortés en que te envié el mensajero anoche —empecé a explicarle confusamente —. Tenía prisa por avisarte de que había vuelto. Ayer vino a vernos un tribuno, un oficial importante, que nos dio órdenes de no movernos de aquí. Acabamos de regresar de una misión difícil, y estoy a la espera de ser convocado por el Mando para ser interrogado sobre los resultados.

—Que os habéis metido en algo gordo, no cuesta mucho imaginarlo. ¡Sólo me basta con mirar a tus hombres!

—Tienes razón, Arethi, y de hecho he dado órdenes para que se laven adecuadamente y permanezcan en sus puestos. En cuanto sea posible les compraré túnicas para que parezcan personas civilizadas.

Mientras tanto, Cleide había puesto delante de mí tres platos con deliciosos rollitos de carne y albóndigas, varios tipos de queso y aceitunas, y un vino que no se quedaba a la zaga.

Me pareció que las asperezas se iban limando y encaucé la conversación hacia un viejo asunto que yo había dejado sin resolver cuando me había marchado cuatro meses antes: la división de la gran finca en la que se levantaba la villa. La viuda había recibido la propiedad después de que su marido, años atrás, desapareciera en el mar.

La división de la tierra se había vuelto problemática porque la viuda quería quedarse con la villa y aún no había llegado a un acuerdo con su cuñado, que tenía derecho a la mitad de la propiedad.

—¿Qué noticias hay del terreno? ¿Has visto a Hicesio? —le pregunté.

—Sí, hablé con él. Hicesio está tramitando la venta de ese inútil trozo de tierra, que adquirirá nuestro vecino, un quisquilloso e ignaro campesino. Bastó mencionarle que tal vez lo quisiera otro labriego al que detesta, para que su interés aumentase al instante. Ahora están en los últimos flecos, todavía hablando del precio, pero creo que la venta ya es segura.

—Y de tu cuñado Parmenión, ¿hay noticias?

—Mi cuñado también aceptó dividir la tierra en dos parcelas iguales y luego echarlas a suertes. Tuvo que pensárselo un rato, luego ese joven que nos enviaste, Athanasios Persopoulos, le mostró que podía ponerse de acuerdo conmigo y cultivar también mis tierras, y al final le pareció buena idea. Parmenión era un poco reacio, pero ese joven logró que viera las cosas con claridad. Naturalmente, detrás estaba Hicesio dirigiendo a Athanasios.

—Y entonces ¿ya están listos también para sortear los dos lotes?

—Hemos hecho como dijiste. Dentro de un par de semanas los magistrados vendrán aquí, a la villa, y les manifestaremos que creemos que los dos lotes que dividisteis hace meses tienen el mismo valor. Entonces, justo antes de que se haga el sorteo, haremos una oferta de dinero a Parmenión para que me deje a mí la elección. Estoy casi segura de que aceptará. Sólo espero que su mujer no se interponga con alguna idea descabellada.

—Si hay alguna discrepancia, y una vez que Parmenión haya hablado con el magistrado, sólo tienes que hacerle entender tácitamente que ya no tienes ningún compromiso con él. Enseguida se imaginará que quieres alquilar el terreno a otra persona, y cederá. Pero esperemos que eso no sea necesario.

—Espero que no. Al fin y al cabo, él también recibirá dinero suficiente para construirse una gran villa, así que no debería costarle

mucho dejarme ésta. Pero dime, ¿dónde has estado todos estos meses?

—Puedo contarte algo, pero no debes mencionárselo a nadie en mucho tiempo, porque hay una investigación en marcha sobre asuntos gravísimos. No debe saberse que he vuelto, y por el momento no debes hablar de ello ni siquiera con tu primo Agapios.

—Desde que llegó tu nota supe que nadie debía saber nada. Pero ¿en qué andabais metidos?

—Era una expedición militar. Nos adentramos en territorio enemigo hasta los límites del Ponto Euxino, en el Reino del Bósforo. ¿Sabes dónde se encuentra?

—Sí, he oído hablar de esos lugares, ¡pero está lejísimos!

—Sí, tardamos dos meses en llegar hasta allí, luego se sucedieron una serie de gravísimos acontecimientos, y Arrio y yo tuvimos que huir. Recuperamos el pecio de un pesquero, con el que estuvimos navegando casi un mes para regresar.

—¿Y no te daban nada de comer?

—Estábamos solos. No había nadie que pudiera ayudarnos. Atrapamos un sinfín de conejos silvestres con trampas, y algún que otro pescado. Los últimos veinte días viajamos a caballo, y luego en transporte marítimo hasta aquí. Gracias a Arrio seguimos vivos.

—Quintilio, pero ¿es realmente necesario que te metas en estos trabajos donde ni siquiera te dan de comer? Eres un civil, ¿no? Arrio lo entiendo, ¡es legionario de carrera! ¿No podrías buscarte un trabajo más sencillo, no sé, ocupándote de parcelaciones agrarias como aquí? Hicesio ya me ha dicho que le vendrías bien.

—Claro, Arethi, podría hacerlo. Lo he pensado tantas veces que quizá éste sea el último de esos trabajos en los que, como tú dices, no tenemos ni para comer. Llevo tiempo dándole vueltas a este asunto. Esta vez le debía un favor a un oficial superior, pero la próxima vez… no lo sé.

—¡Eso es, muy bien! ¡Y que no se te olvide! ¡Ahora subamos, quiero ver en qué te has quedado!

En ese preciso instante olvidé tanto que tenía que hacer una copia de mi diario, como que el mercenario Eustratios me esperaba fuera. También olvidé que con Arrio teníamos que decidir qué hacer con el

pozo, y además que tenía que asignar los otros trabajos de limpieza para la tarde.

Arethi me hizo tumbar en la cama y me dio unos cuantos masajes en la espalda, luego examinó escrupulosamente los chichones y nuevas cicatrices que tenía, y la red de arañazos de los arbustos espinosos que surcaban la piel de mis brazos bien bronceados; me revisó las piernas, aún enrojecidas por el largo contacto con la silla de montar.

—Mira lo que queda de ti… Cleide tiene razón —concluyó—. ¡Pero veo que has desarrollado unos buenos músculos! Mira tus brazos, cómo has adelgazado, y aquí te toco todas las costillas, y aquí… no, aquí estás normal… sí, sí, ¡estás muy normal, te lo digo yo, normalísimo…!

La verdad es que estaba algo falto de ejercicio, pero con su paciente ayuda intenté recuperar la forma y el tiempo perdido.

Había que ponerse al día, y yo tenía mucho que hacer. Cuando yo me cansaba, empezaba ella, que también tenía tareas pendientes, pero afortunadamente conseguí cerrar el pico antes de señalárselo.

—¿Recuerdas de lo que hablamos antes de irme? —le recordé en un momento de tranquilidad—: Que, si los dioses lo querían, nos volveríamos a ver, ¡y así ha sido! Tal vez no me creyeras en aquel momento.

—Me acuerdo, Quintilio, y les doy las gracias por haberte traído de vuelta. ¡Pero estás demasiado nervioso! No sé si es porque eres romano o porque eres así de temperamental. Aquí somos mucho más tranquilos y podemos disfrutar más de los placeres de la vida.

En cuanto a eso, no había duda, porque mientras me explicaba ya se había subido encima de mí y había comenzado a moverse de nuevo.

A última hora de la tarde decidí salir de casa e ir a por mis cosas para continuar con la copia. Justo en la puerta me topé con Domicio que me preguntó tranquilamente:

—Quintilio, al final, ¿tú también te has enrolado?

No entendí de inmediato lo que me quería decir, pero luego vi caras sonrientes y risitas a mi alrededor, y Arrio, que señalaba la ventana abierta desde la que los hombres del patio habían oído todas nuestras andanzas en el tálamo, me hizo un gesto elocuente con la mano.

Me dirigí al *tablinum* de la villa para copiar la relación lo más rápidamente posible. Eran muchas páginas, densamente escritas, y me llevaría no menos de dos días. Y, además, no bastaba con copiarlo al pie de la letra, sino que había que reinterpretarlo un poco para que lo que escribiría fuera legible y comprensible para cualquiera.

Me entregué de lleno a los pergaminos y sólo hice una breve pausa para cenar, reanudando inmediatamente después y continuando hasta donde mis ojos pudieron aguantar.

Intenté echarme en la cama y dormir, pero no pude, pues la pobre Arethi había estado sola demasiado tiempo, y era un momento en que necesitaba consuelo masculino.

Y no es que me disgustara, el problema era que el tribuno Elpidio estaba aguardando mi relación.

Aquella noche tuve que consolarla durante mucho tiempo.

Por la mañana temprano, ya amanecía, me despertó un dolor en el dedo gordo del pie, y ni siquiera dándome la vuelta pude escapar del odioso tormento. Abrí los ojos y en la penumbra distinguí al final de la cama a la vieja Cleide con una gran taza en la mano.

—¡Dile que se vaya! —le grité a Arethi. Pero ella, somnolienta, se dio la vuelta resoplando.

—¡Dile que se vaya! —repetí. Pero no había nada que hacer. No me quedaba otra que resignarme a tomar el brebaje.

A la hora quinta[14] el vigía dio la alarma: venía gente.

Interrumpí la copia del manuscrito y fui a ver quién había llegado. Era un legado escoltado por un legionario.

Se presentó educadamente:

—Soy el legado Lucio Segundo, secretario del general Octavio Escaurio. Necesito hablar contigo inmediatamente.

Hice que se acomodara en la casa, y mientras el siervo nos traía algo de beber le invité a que me explicara el motivo de su visita.

—Agrimensor, me envía el general Octavio Escaurio para saber qué tal lo llevas. Estamos impacientes por leer tu informe porque las noticias que nos ha aportado el tribuno Elpidio sólo desvelan en parte las muchas dudas que tenemos sobre todo el asunto. ¿Cuánto tiempo necesitas para terminar la copia?

—Necesito como mínimo todo el día de hoy, tal vez incluso mañana —y tomé mi rollo de pergamino de piel de conejo y se lo mostré—. Esto es lo escrito. Como me señaló Elpidio, hay numerosos pasajes que no resultan claros para quienes no formaron parte de la expedición. De hecho, esta relación, aunque completa, es una transcripción escueta de los acontecimientos tal y como los registré in situ, día tras día. El orden es estrictamente cronológico, pero a veces, cuando redactaba el informe, en Cimeria o durante el viaje, daba muchas cosas por supuestas, así que es necesario hacer algunas aclaraciones.

—Sí, lo comprendo —añadió el legado, admirando el manuscrito desenrollado sobre la mesa, leyendo algunas líneas aquí y allá, y observando las palabras densamente escritas, las fechas, los nombres, y los diminutos mapas que de tanto en tanto se espaciaban en el texto.

—Ahora que veo el manuscrito entiendo de qué se trata. Elpidio había intentado explicárnoslo, pero me doy cuenta de que no es tan sencillo.

—La otra posibilidad —continué—, es que os entregue el diario tal cual, y que luego me pidáis detalles caso por caso. Dependerá de la prisa que tengáis.

—No, esperaremos. Creo que Elpidio vendrá en persona a recoger la relación. Que sea hoy o mañana no cambia nada. Aún no lo sabes, anoche intentaron detener al traidor tracio, ese Servilio, pero no se rindió y fue herido mortalmente en el enfrentamiento a una treintena de millas a levante de Thessalonica. Capturamos a cinco hombres que estaban con él: dos mercenarios y tres tracios, pero con toda seguridad se nos escaparon otros tres. Esos cinco están ahora en manos de los verdugos, que para hacerles hablar les

arrancarán las uñas con tenazas. Y hablarán, ya lo creo que hablarán.

— Era evidente que Servilio no se rendiría. Él ya sabía lo que le esperaba. ¿Así que pronto tendremos más noticias del complot?

—Supongo que sí —me respondió Lucio Segundo—. Ahora regresaré al cuartel. El tribuno Elpidio vendrá mañana. Que sepas que, en cualquier caso, serás interrogado por el general, porque este asunto es demasiado grave y tendrás que informar al mismísimo César de lo sucedido.

—No tenía ninguna duda al respecto. Mañana estará acabado.

Le acompañé hasta la salida de la villa, y luego llamé a los dos soldados que Elpidio me había dejado. Me habían visto discutir con el legado, y les pregunté:

—¿Podríais decirme quién es esa persona de uniforme que estaba conmigo hace un momento?

—Claro, lo conocemos muy bien —me respondieron—, ¡es el secretario del general Escaurio, el hombre de César!

A estas alturas empezaba a temer trampas por todas partes, incluso espías y suplantación de identidades.

Reuní a los hombres y les dije:

—Falta poco para la entrega del escrito —no necesitaba dar más explicaciones porque todos sabían que estaba completando el informe de la expedición—. No sé lo que está pasando, en cualquier caso no debemos fiarnos. Seguiremos con los turnos de guardia, día y noche, y a la menor señal de llegada de visitantes tomaremos las armas. Mañana por la mañana tendréis que montar guardia incluso mientras nuestros invitados estén aquí.

Arrio comprendió la gravedad del momento, se detuvo para establecer el turno de guardia e hizo con el dedo índice ese signo circular que significa 'luego he de contarte algo'.

Poco después llamó a la puerta del estudio y yo interrumpí mi trabajo para escucharle.

—Quintilio —me dijo—, ¡estamos cerca del epílogo! Una vez entregado el escrito, nuestra misión habrá terminado, ¿verdad?

—Bueno, la verdad es que no lo sé. La misión terminará cuando se entregue el escrito a los oficiales, se lea, se comprenda al detalle y

se nos haya interrogado y hayamos declarado. Sólo entonces habrá terminado.

—Pero ¿qué más tenemos que hacer ahora? ¡Hemos cumplido con nuestro deber! ¿Tienes miedo de algo?

—No, no albergo ningún temor. Nuestra misión ha ido bien, en el sentido de que tú y yo hemos hecho lo que teníamos que hacer. Son los generales los que han fracasado: ¡no han conseguido instalar al plenipotenciario de César en el reino del Bósforo! Por eso, todos ellos se sentirán como perros apaleados, ¡y nadie querrá ir a decirle al César que han matado a su tribuno! Ése es el único problema. Pero a nosotros no nos podrán acusar de nada, eso tenlo por seguro.

—Y por eso temes que hasta en el último momento pueda pasarnos algo a nosotros o a ese escrito.

—¡Así es!

—Estoy de acuerdo contigo, Quintilio. Pero también quería hablarte de algo serio, y no es que todo esto fuera divertido. Quería preguntarte, entonces… ¿se ha acabado la misión?

—Más o menos sí, pero ¿te lo acabo de explicar?, ¿no?

—Sí, porque verás, estaba pensando una cosa… ¿nos van a mandar pronto de vuelta a Italia?

—Arrio, vete al grano. ¿Hay que ir a matar a alguien?

—¡Quiero rescatar a Domitila! ¿Me echarás una mano?

Ése era el tormento de Arrio, que mantenía una bonita historia de amor con aquella mujer: al no poder casarse por ser un legionario de servicio, y hallándose ella en estado servil, no le quedaba otra que comprarla. Eso era algo que se le consentía a un legionario de servicio, aunque la sirvienta no debía entorpecer la labor del soldado.

Nunca podría negarle nada a Arrio, no después de nuestro encarcelamiento juntos, donde probablemente me había salvado la vida. Ni después de la expedición a Cimeria, tras las marchas y el naufragio en el mar; pero en aquel momento decidí tomarle un poco el pelo.

—En teoría podría ayudarte, pero sólo soy un civil. Eres tú el *optio* al mando, el de mayor rango. ¿Te parece correcto pedir favores a tus

subordinados?

—Pero ¿cómo? Creía que una vez me habías dicho que me echarías una mano.

—Tu idea me parece una artimaña para burlar los reglamentos del ejército. Si el prefecto se entera de esto, ¿cómo voy a quedar?

—Bueno, si quieres verlo así… pero espera, Quintilio, ¿podrías salir un momento a ver esto que hay aquí fuera?

Salí a la puerta para ver qué más había, y nada más cruzar el umbral recibí en la cara un cubo de agua y barro de la obra del pozo.

—Si éstos son los términos del acuerdo ya lo discutiremos —le respondí, mientras los legionarios se partían de risa y Arethi se asomaba a la ventana de la planta de arriba para ver qué nos traíamos entre manos.

A la mañana siguiente, el tribuno Elpidio se presentó a la hora cuarta. Yo acababa de terminar de transcribir el informe, y la tinta apenas se había secado.

El vigía dio la alarma y el tribuno Elpidio, que venía con seis guardias a caballo, se topó con ocho hombres con aspecto de forajidos armados hasta los dientes. Sí, ocho, porque además de nosotros seis, ahora también los dos hombres de guardia que me habían enviado del cuartel obedecían las órdenes de Arrio.

—Caramba, Quintilio, ¿esperabas acaso a otro? —me preguntó un poco sorprendido el tribuno.

—Tribuno, tendrás que disculparme, pero nunca se es demasiado precavido. Estoy pensando en la mejor manera de proteger el documento que el general Escaurio está aguardando.

—No puedo culparte, Quintilio —me dijo mientras se apeaba del caballo. Luego continuó en voz baja, para que nadie le oyera—: Acabamos de dar con el traidor Servilio, pero ha preferido dejarse matar antes que rendirse. Sin embargo, los sicarios tracios que estaban con él están hablando, ¡pero uno de los legados del Estado Mayor del general Escaurio ha desaparecido! Cogió sus pertenencias y desapareció del cuartel y de Thessalonica. Él era la serpiente que transmitía la información. Le estamos buscando, no conseguirá hallar

refugio en ninguna parte, ¡e incluso ahora, si acudiera a los cimerios, lo eliminarían de inmediato!

Al entrar en la casa observó nuestra banda y comentó:

—Por lo que veo, armas viejas, pero bien afiladas. ¡Parecéis una verdadera banda de asaltantes! —Y el comentario no conllevaba ningún desprecio.

Luego, pasando por delante de sus dos hombres que habíamos, por así decirlo, 'tomado prestados', les comentó:

—Con vosotros dos saldaremos cuentas en el cuartel. —Sus propios soldados, ¡se habían atrevido a mostrarle sus armas!

—Quintilio, estoy muy satisfecho con todo lo que Arrio y tú habéis hecho con los medios y hombres a vuestra disposición, ¡incluso con estos sinvergüenzas de aquí fuera! Creo que hice una buena inversión al sacaros de la Cárcel Mamertina.

Nos sentamos y le mostré el documento bellamente transcrito.

Lo hojeó rápidamente y señaló:

—Los escribas lo están esperando para hacer un par de copias más. Las necesitarán los ingenieros para los datos sobre carreteras y cruces de ríos, y una copia irá a Roma con el informe final. Guardaremos una copia aquí, en el Mando de Thessalonica, y la utilizará el general que tenga que preparar su informe. Conservad vuestro querido manuscrito, porque nunca se sabe, es un testimonio precioso y os será útil. El general te interrogará dentro de unos días. Yo también debería estar presente en el interrogatorio. Supongo que no te culparán, pero sin duda fue una dura derrota para el general no haber sido capaz de colocar al plenipotenciario de César en el lugar adecuado.

—Estoy a tu disposición, tribuno. ¿Tengo unos días antes de la deposición?

—En el cuartel habrá que discutir mucho sobre todo esto, y tu documento también tendrá que ser examinado. Otros oficiales querrán estar al corriente de los resultados. Creo que nos llevará al menos cuatro o cinco días. Te mandaré llamar.

—Bien —le respondí—. Aprovecharé el tiempo para terminar algunos trabajos en esta finca donde me aloja esta buena gente.

—Trabaja tranquilamente, Quintilio, pero no te alejes, y eso vale también para tus hombres. ¿Necesitas dinero?

—Tendré que darles algo a estos hombres, pero de momento bastaría con que pudieran comprarse ropa nueva. Y luego tendré que permitirles salir una noche para emborracharse e ir a un burdel. Estaba pensando en enviar a la mitad de los hombres, con la otra mitad para vigilarlos, alternándolos la noche siguiente. ¿Crees que puedo hacerlo?

—Que salgan sólo dos hombres a la vez, con otros dos haciendo guardia. Tenemos tiempo suficiente para que todos hagan sus salidas. Haz que beban lo menos posible. Es más, ¡que no beban nada! ¡Que les prohíban el vino! En cualquier caso, apruebo que no confíes en nada ni en nadie hasta que todo esto termine. Por cierto, se me olvidaba, ¡le debemos un gran agradecimiento a ese banquero, a ese Persopoulos, que incluso adelantó algo de dinero de nuestra parte al que trajo tu carta de Tomis a Thessalonica con gran solicitud! Debes decirme cómo vamos a pagarle. ¿Hago que le envíen de inmediato esos cien denarios más una espléndida recompensa?

—Debo confiarte algo, tribuno. El dueño de ese banco no aceptará ni un sestercio de recompensa, sólo ha colaborado para ayudarnos tanto a ti como a mí. Pero tú lo conoces muy bien, ¡no es otro que el griego Hicesio, que se esconde aquí por miedo a acabar en la Cárcel Mamertina como me ocurrió a mí!

—¡Vaya! ¡Qué te parece! ¡Eso sí que no me lo esperaba! ¡Ese viejo zorro de Hicesio! —exclamó asombrado el tribuno, que conocía muy bien al griego, pues ya había aprovechado de sus artimañas en más de una misión.

—Y no sólo se ocupó de la misiva secreta—añadí—, sino que financió nuestro regreso de Tomis con muchos centenares de denarios, hasta ahora quizá deban de ser mil, con los que pagamos los caballos, el pasaje en barco, las armas y la prima de desertores y mercenarios. A través de ese canal del banco tuvimos los medios para regresar a Macedonia prácticamente sin que nadie nos molestara; la situación era tal que no podíamos recurrir al ejército, ¡ya lo sabes! ¡Y tú recibiste mi mensaje!

—Sólo puedo admirar la forma en que esto se ha llevado a cabo, y te aseguro que todos seréis recompensados como es debido. Nunca había pensado en la posibilidad de utilizar las comunicaciones entre argentarios.

Como la ocasión era propicia llegué a decirle:

—Yo ya sé lo que te pedirá Hicesio: desde hace años vive con el temor de ir a la cárcel a causa de ciertas viejas rencillas con el Erario que han degenerado en flagrantes injusticias. Ahora desea poder volver a entrar en la república con la cabeza bien alta, con un salvoconducto que ya no le lleve ante el juez por hechos pasados, como me ocurrió a mí. Pero también te pedirá información sobre una finca que le fue arrebatada por uno de los traidores de Atenas, aquellos que habían urdido el fraude de la plata de Lavrios, que seguramente recuerdas bien.

—Estaría encantado de darle las gracias a Hicesio, y ahora que me has dicho que ha habido injusticias, ¡iré en persona a averiguar qué ha pasado! ¿Cómo se llamaba aquel traidor?

V.

A las afueras de Thessalonica, Eustratios había dado con un horno que tenía los ladrillos que necesitábamos. Se trataba de una enorme partida que había sido encargada para construir una lujosa villa: el propietario del horno casi había terminado de cocer la cantidad requerida cuando los clientes, por desavenencias familiares, habían interrumpido los trabajos de cimentación sin recoger los ladrillos, y ahora ya no sabía qué hacer con ellos.

El propietario del horno buscaba otro cliente para librarse del problema, e incluso estaba dispuesto a ofrecer un descuento considerable con tal de que el trato se cerrara rápidamente.

Eustratios había traído uno de esos ladrillos y lo examinamos para ver si nos convenía. Después de hacer muchos cálculos decidimos comprar el primer lote, que nos permitiría construir un muro seguro, al menos hasta el fondo actual del pozo. Luego, desde esa profundidad hacia abajo, ahondaríamos la excavación con un diámetro menor, y evaluaríamos en ese momento si comprar o no más ladrillos.

En Macedonia, para fijar los ladrillos se usaba una mezcla similar a nuestra puzolana, que costaba muy poco.

Esa misma mañana comenzaron a llegar los primeros carros con ladrillos y empezamos a formar la pared del pozo, colocándolos uno encima del otro y empezando desde abajo, fijando cada poco algún anillo de ladrillos con un poco de puzolana. Los carreteros también nos echaron una mano a cambio de unas monedas y el trabajo avanzó rápidamente sin causar destrozos en la villa.

Lógicamente, en aquel momento sólo disponíamos de un chorro de agua fétida en el fondo del pozo, y no podíamos estar seguros de que nuestro trabajo produjera al final algún resultado apreciable.

Hacia la hora nona, después de una agradable comida en compañía de los carreteros, empecé a medir los diámetros del pozo a fin de que no quedara ovalado, o como un tubo irregular. De repente, oí que Arethi me llamaba desde la ventana de arriba:

—¡Quintiliooo… ven a mover el arcóóóón!

Interrumpí todas las mediciones, con lo que perdí incluso las ya tomadas, ¡porque el maldito arcón no podía quedarse donde estaba ni un minuto más!

Así que desplacé el arcón ese palmo que hacía falta, descubriendo, sin embargo, que Arethi yacía en la cama completamente desnuda, como esperando algo y acalorada por los primeros días de octubre, que en Thessalonica pueden ser a veces muy calurosos, según los años.

Evidentemente, no podía fingir que no la veía y volver apresuradamente a mis mediciones: era una mujer hermosísima y, a su manera, estaba enamorada de mí. Y cuando ella me provocaba de ese modo, yo sólo podía ceder de buena gana a la pasión.

Así que dejé las escalas de madera graduadas con las marcas de los pies y los dedos y las muescas para los diámetros, y me dediqué a ella, proponiéndome explicarle que las mediciones ya estaban casi hechas, pero lamentablemente perdí el hilo al cabo de unos instantes.

—Quintilio, ¿ves lo bien que te sienta la medicina de Cleide? —me dijo poco después, besándome en la espalda—. ¿Alguna vez habías pensado que te recuperarías tan rápido?

Aquel día nos divertimos de lo lindo, despreocupados como dos jóvenes que empiezan a enamorarse, probando a cada poco algo nuevo.

Incluso encontramos tiempo, entre asalto y asalto, para charlar: ella me habló de los orígenes de la villa, y yo le conté el sueño de Arrio de redimir a Domitila, a la que tanto amaba. Quedó muy impresionada.

Aquellos días pasaron rapidísimos.

La limpieza de la maleza en los patios había concluido, y gracias a la munificencia de las comidas y bebidas que podía permitirme pagar con el dinero prestado por el judío Meshar, los hombres también estaban poniéndose en buena forma.

Una noche decidimos que era necesario concluir rápidamente el asunto del pozo porque si nos llamaban de vuelta a los barracones no podríamos terminar el trabajo y daríamos una pésima imagen del Cuerpo de Ingenieros.

Arrio se empeñó en sujetar la punta de hierro de una reja de arado a una viga oscilante montada en una especie de martinete rudimentario. Un artilugio que había copiado de los que se utilizan para ensartar verticalmente grandes postes en el lecho de los ríos cuando hay que construir puentes. Según él, con este artilugio era posible, mediante su larga viga de pino, asestar violentos golpes al suelo en el fondo del pozo y profundizar en la excavación.

Desde los primeros ensayos comprobamos que la reja de arado nos daba la capacidad de atravesar la tierra dura bajo un codo[15] de agua fétida con golpes repetidos, algo que nunca podríamos hacer con nuestras manos.

Cada hora, un hombre descendía al fondo del pozo para llenar cubos y cubos de la tierra cortada por la reja del arado, permitiendo así continuar la excavación.

De este modo pudimos avanzar, armados de infinita paciencia, hasta una decena de pies por debajo del nivel del agua, destruyendo ese espesor de suelo resistente, casi conglomerado. De pronto esa capa desapareció y una abundante agua brotó de la excavación. ¡Habíamos superado el suelo impermeable y encontrado una veta de arena y grava muy rica en agua!

Seguimos sacando cubos y cubos de tierra de desecho hasta que el agujero quedó completamente limpio y vimos borbotear un agua limpísima, ¡y potable!

—¡Ahí había ido a parar toda el agua! —exclamó Arrio—. Bastaba con perforar esos diez pies de tierra dura e impermeable: ¡el agua estaba justo debajo!

Probamos el agua mientras se aclaraba e inmediatamente comprobamos que era fresca y bebible, sin ningún mal olor.

Llamé al siervo y le hice sacar una jarra para que la llevara a la casa y se la mostrara a Cleide.

La anciana, era ella quien mandaba en la cocina, nos dio su asentimiento con una sonrisa a través de la ventana, y todos los legionarios prorrumpieron en un profundo alarido de satisfacción.

Llevé una tinaja de agua a Arethi para explicarle la feliz noticia, y ella comentó:

—¡Qué bien! Desde hacía varias generaciones, nadie conseguía agua potable en estas colinas. Pero ¿cómo lo habéis hecho?

Le conté brevemente cómo se había llevado a cabo la operación, a lo que ella, ingenuamente, respondió asombrada:

—¡Quién lo iba a decir! Y yo que creía que obligabas a los hombres a trabajar sólo para mantenerlos ocupados, ya que no teníais nada que hacer. Pero ¿tenías una idea de antemano de lo que hacías?

Pensé que era mejor no entrar en explicaciones demasiado técnicas: en lugar de eso, hice llenar la bañera de la pequeña terma doméstica con esa agua, Cleide añadió una gran caldera de agua caliente para que no cogiéramos frío, y luego los dos celebramos la llegada del agua a nuestra manera.

Esa misma noche comenzaron las salidas nocturnas. Dos hombres podían ir al burdel, con la prohibición de trasegar vino, y otros dos irían de guardia, también con la misma prohibición. En cambio, hubo vino gratis en el granero de la villa y partidas de dados. Pero sin dinero, como es costumbre de la legión.

Una tarde, una semana después de la entrega de la famosa copia del informe, llegó un mensajero con una citación para todos para la mañana siguiente, a la hora quinta, en el Puesto de Mando.

El tono era oficial y perentorio, e imaginé que se trataba de la investigación del 'incidente' en Cimeria.

Arreglamos las últimas cosas, recogí las herramientas bajo el cubierto de la villa y comprobé que nada quedara en desorden. Me despedí de Arethi, que temía que desapareciera para siempre, y le aseguré que le enviaría un mensaje en uno o dos días.

Mientras nos marchábamos, fingí no ver a las dos prostitutas que se escabullían por un caminito detrás de la villa, igual que ya había fingido no saber nada de los días y las noches que los hombres las habían alojado en el granero, transformado en un lupanar provisional.

Sólo Cleide preguntó quién había llevado allí a aquellas desgraciadas, pero ninguno de nosotros quiso darse por aludido con su alocución en griego, y nos pusimos en camino hacia la ciudad.

En el cuartel nos estaban esperando y todo el grupo de Cimeria, Arrio, Domicio, yo mismo, los dos legionarios desertores e incluso el mercenario enrolado en Perinto, fuimos conducidos a una gran sala bajo la severa mirada de algunos guardias armados.

Un secretario vino y tomó los nombres de todos, y a última hora de la mañana me condujeron a la sala de interrogatorios.

Se había preparado una comisión de investigación con todo lujo de detalles. Estaban presentes el general Escaurio y un par de legados, el tribuno Elpidio y dos escribas, así como una docena de legionarios de guardia.

Yo estaba muy tranquilo: llevaba conmigo mi pergamino de piel de conejo y ya no suponía ninguna novedad para mí declarar ante los oficiales. Lo más importante era que no tenía nada que ocultar.

El general parecía un personaje rudo, con la barba y el cabello desordenados, poco aseado en conjunto. Debía de tener unos sesenta y cinco años, y me fijé en que movía mal una mano, le faltaba un dedo, probablemente una vieja herida de guerra.

—¿Tú eres el agrimensor Quintilio? —preguntó con voz fuerte.

—Sí, general, soy el agrimensor Quintilio.

—Últimamente se ha hablado mucho de ti en este cuartel. Nosotros queremos indagar algunos hechos, pero me parece que aquí tenemos pocos testigos. —Le escuché sin pestañear.

Él continuó revolviendo sus hojas de papiro:

—Un civil, que ha estado bajo arresto con anterioridad. Luego tenemos a un legionario sacado de la cárcel Mamertina con varios delitos en su historial y a un ignorante legionario de tropa. Ésta es ciertamente toda una compañía de testigos. Y tú también, según me han dicho, acababas de salir de la cárcel Mamertina antes de partir hacia Cimeria.

—Sí general, ¡fui excarcelado porque me declararon completamente inocente!

—Tal vez, ¡de lo contrario no estarías aquí!

El comienzo me pareció un tanto inquietante, pero no podía ser de otro modo, ya que el general se sentía molesto por el fracaso de la expedición. A continuación, me preguntó cómo habíamos preparado la misión antes de partir, y yo le hablé de la reunión en Bononia y de

cómo había buscado los materiales adecuados, pergaminos y tintas especiales, para asegurarme de no perder mis escritos.

En un momento dado, el general interrumpió mi deposición:

—Me dicen que mostraste poco interés por los preparativos, tanto que en Thessalonica permaneciste mucho tiempo fuera del cuartel y sólo apareciste en el momento de la partida, de modo que ni siquiera sabías quiénes eran tus compañeros. ¿Es eso cierto?

—General, habiendo preparado mis pertenencias y siendo un civil no sujeto al cuartel por otras obligaciones, fui huésped de unos amigos aquí en Thessalonica, para lo cual solicité permiso a mi centurión.

—¡Bueno, ahora lo veremos! —me respondió de mala gana.

Por último, comenzó el examen de los datos sobre las rutas descritas en la relación. Esta parte del interrogatorio corrió a cargo de uno de los legados que, evidentemente, había estudiado mi informe con la debida atención y había anotado una lista de preguntas: quería saber dónde estábamos mientras hacíamos las mediciones, dónde estaba el legado Valeriano y quién me había ayudado, cosas que yo podía responder con seguridad, en definitiva, detalles sin interés.

El segundo legado, por su parte, preguntó por la disciplina de la tropa, y yo empecé a explicarle cómo el descontento poco a poco había ido creciendo, y cómo tres legionarios que siempre estaban bromeando entre ellos, entre los que se encontraba especialmente un cierto Decio, se habían convertido en un momento dado en unos murmuradores.

Conté el momento en que se perdió una de las dos *gromas* y el increíble episodio de la desaparición de una mula sin que los guardias se percatasen, lo que levantó una sonrisa en el rostro del tribuno Elpidio, que no se perdía ni una sola palabra desde su silla, al lado del general.

Aquel legado me hizo preguntas muy precisas sobre por qué no se habían tomado medidas disciplinarias inmediatas, y yo le expliqué que tanto el centurión Octavio como el legado Nigro habían tratado de evitar la deserción de gran parte de la unidad.

Mientras los escribas rascaban sus cálamos sobre el papiro, tomando nota de todo, les conté el expediente de fingir el avistamiento de jinetes enemigos a corta distancia del campamento para compactar la unidad, y la marcha nocturna que vino después.

El general, meditabundo, asintió con la cabeza, reconociendo en mi descripción los caracteres de las personas que le acababa de mencionar, a las que él conocía en persona, tanto que señaló que el legado Nigro había sido el único que había intentado restablecer el orden imponiendo la disciplina de guerra.

Los escribas transcribieron todo hasta el más mínimo detalle, cambiando de hoja de vez en cuando.

Uno de los legados me preguntó por el estado de la tropa, y le conté nuestras vicisitudes a causa del hambre y la falta de víveres, y la imposibilidad de conseguirlos de los habitantes de aquella región que o bien estaban muertos o habían huido.

En ese momento, el tribuno Elpidio solicitó hacer algunas preguntas y me pidió que describiera el estado del lugar, relatándole las numerosas inspecciones de los cuchitriles de los bárbaros locales en los que sólo encontramos los esqueletos de sus habitantes, y cómo a menudo hallamos más esqueletos, hechos pedazos, en los patios de las casas, devorados por animales salvajes.

Era ya la hora séptima[16] cuando llegamos a las preguntas sobre la noche de la masacre.

Conté cómo el hambre iba haciendo mella en todos nosotros, nuestros intentos de colocar trampas con lazos para cazar, y cómo antes del amanecer, nosotros cuatro que las habíamos colocado fuimos a inspeccionar para ver si había alguna captura.

—¡Di los nombres de esos hombres! —me ordenó con rudeza el general.

—Éramos el *optio* Arrio y yo, y los legionarios Emilio y Domicio —le respondí.

Comprendí que ésta y otras preguntas similares obedecían a la necesidad de que los nombres de las personas presentes en los hechos quedaran claramente transcritos en el acta.

Entonces relaté con exactitud todo lo sucedido: cómo Arrio y yo, mientras inspeccionábamos las trampas, habíamos visto el ataque a

la escasa luz del amanecer, y cómo desde allí mismo había comenzado nuestra huida por la árida estepa de Cimeria.

El general me preguntó cómo habíamos podido ocultarnos en la estepa, y le expliqué lo que Arrio me había obligado a hacer, cómo nos habíamos descalzado para no dejar las inconfundibles huellas del tachonado de las suelas de las cáligas, y cómo habíamos escarbado una madriguera en la orilla de una zanja para escondernos como míseras ratas.

Pude ver que el general ocultaba un cierto desasosiego mientras escuchaba las etapas de la derrota de la expedición, pero en un momento dado soltó de golpe:

—¡Una bonita narración, sin duda! Pero aquí sólo tenemos tu testimonio, no disponemos de verdaderos testigos fiables, ya que sólo vosotros tres estuvisteis allí y vuestros relatos, que puede que hayáis preparado cuidadosamente, serán sin duda idénticos. ¡Nos falta por tanto un testigo imparcial! Y, además, todas esas aventuras que nos estás contando... ¿cómo podemos estar seguros de que los tres no os quedasteis a mitad de camino, y que ni siquiera llegasteis a Cimeria?

Todo el mundo se dio cuenta de que estas provocaciones eran pura y exclusivamente en beneficio del acta que se estaba transcribiendo, y que el general iba perdiendo fuelle a medida que avanzaba el interrogatorio, y que sus pensamientos reales eran muy distintos.

Pero tuve que responderle, y explicar a la comisión:

—No hay más testigos sencillamente porque sólo tres de nosotros sobrevivimos a la masacre, pero no cabe duda de que, si consiguen atrapar a alguno de los traidores, tendrán otras pruebas que lo respalden, y sin duda con el tiempo, en futuros contactos con el Reino del Bósforo, encontrarán la confirmación de mi testimonio, ¡porque estas traiciones nunca permanecen en secreto por mucho tiempo!

El general movía la cabeza a diestro y siniestro mostrando su descontento, pero no tenía otros argumentos porque toda la historia estaba escrita con detalle en mi informe, y sería posible hacer más comprobaciones. Los oficiales habían tenido a su disposición a los

sicarios que se hallaban apostados a las afueras de Thessalonica, después de su captura seguramente los verdugos les sonsacarían alguna información. Pero tuve mucho cuidado de no señalar eso.

—Entonces, ¿dejasteis a nuestros hombres sin enterrar? —preguntó un legado.

—No se podía actuar de otro modo dada nuestra condición de absoluta inferioridad. Juzgamos más importante no revelar nuestra presencia allí, regresar para entregar la información que habíamos recopilado e informar del asesinato del tribuno Agripa. Sabíamos que nos estarían buscando, el traidor Nigro seguramente había mandado contar los cadáveres, ¡cuatro de nosotros habíamos desaparecido, y sobre todo faltaba yo con mis pergaminos!

Llegados aquí, el interrogatorio se interrumpió para realizar una pausa. La comisión salió, probablemente fueron a comer algo, y yo permanecí allí custodiado por dos guardias.

Al cabo de una hora reanudamos la sesión. Me pidieron información detallada sobre cómo conseguimos navegar con el pecio de una barca reparada como buenamente habíamos podido, y sobre nuestro regreso, cómo logramos eludir a los sicarios haciendo el último tramo por mar y entrando en Thessalonica desde poniente.

En ningún momento se mencionó el mensaje transmitido a través del argentario de Tomis y el liberto Hicesio, y me cuidé mucho de no involucrar a mi amigo en esta historia, porque quien tenía que saberlo, el tribuno Elpidio, ya estaba al corriente.

Parecía que mi interrogatorio había terminado, y que al final lo único que le quedaba al general era un absoluto desastre militar, difícil de justificar ante César.

En un momento dado, en lugar de despedirnos a todos, el veterano oficial ordenó a los guardias, a los escribas y a los dos legados que se marcharan. El tribuno Elpidio se hizo a un lado y el general, tras unos instantes de silencio, dijo gravemente:

—Agrimensor, hemos tenido graves quejas sobre tu inmoral comportamiento durante tu estancia en Thessalonica. ¿Tienes algo que decir?

Esta acusación fue como una bofetada, era algo que no me esperaba.

Debía de tratarse de aquel viejo asunto del legado Marco Polio y la aventura amorosa que yo había tenido con su esposa.

Estaba claro que algo tenía que contestarle. El general esperaba una disculpa de mi parte. Intenté hilvanar un pensamiento, luego, seguro de que no podría salirme con la mía con una frase banal, respondí:

—Por desgracia, ahora, por mucho que pida disculpas, ya no puedo cambiar el pasado. Pero que sepas que después de aquel incidente no volví a hacer nada reprobable. Pido comprensión si mi comportamiento fue considerado ofensivo.

El general me dirigió una mirada desagradable y, al ver que no continuaba, añadió:

—¡Agrimensor! ¡Deberías saber que los oficiales del ejército romano son hombres de honor! Si fueses mi subordinado, ¡sabría muy bien cómo ponerte en tu sitio!

Inesperadamente, el tribuno Elpidio pidió la palabra:

—General, me gustaría recordarte que el agrimensor, poco antes de partir hacia Cimeria, fue tratado por nuestro oficial médico de una fuerte paliza que le había dejado secuelas por todo el cuerpo. Llegué a temer que ni siquiera pudiese participar en la misión, por lo que le permití alojarse con una familia local para que pudiera recuperarse. No intervine porque no forma parte del personal de este cuartel, es simplemente un civil, y no pidió mi intervención en ningún momento. Pero si me permites, me parece que ya se ha llevado su merecido.

El general dedujo que la paliza era el resultado de un ajuste de cuentas por mi *affaire*. Se quedó un momento pensativo y luego añadió, mirándome con gesto adusto:

—Por tu comportamiento privado tienes mi absoluta reprobación. Te aconsejo que tengas cuidado con lo que haces en esta ciudad, pues no es seguro que el tribuno Elpidio esté allí para sacarte de apuros.

Me hizo un gesto con la mano para que me marchara.

Al irme, sin embargo, noté una extraña expresión en su rostro: ¡se estaba riendo entre dientes! Estaba claro que le había hecho gracia la historia del incidente que había acabado con una soberana paliza.

No me dejaron salir del cuartel. Me llevaron a un pequeño cuarto donde sólo había una litera, uno de esos cuartos de servicio para oficiales de paso, y uno de los legados que había participado en el interrogatorio me ordenó que permaneciera allí hasta el final de la investigación.

Al día siguiente interrogaron a Arrio y al legionario Domicio, y por la noche nos soltaron a todos.

Los dos salieron asustados del interrogatorio y, por lo que contaron, estaba claro que se habían recogido sus testimonios sobre los hechos más espinosos, así como cualquier información sobre el asesinato del tribuno Valerio Agripa y la traición de su secretario Licinio Nigro.

Los dos oficiales traidores cargarían con la culpa de todo, el general se estaba creando así una salida, por cierto, muy débil, ¡ya que esos dos eran hombres suyos!

Ahora mi misión había terminado.

Ya habíamos acordado, los tres supervivientes, que pasaríamos unos días en la villa de campo para enterrar los malos recuerdos de la expedición y los interrogatorios. Arrio me había adelantado que tenía que hablarme seriamente y yo no tenía ni idea de lo que tenía en mente. Domicio, por su parte, quería completar algún asunto que había dejado pendiente en el granero de la villa con una de las prostitutas.

Por la noche, el tribuno Elpidio vino a vernos y nos invitó a la ceremonia en memoria de nuestros soldados caídos que tendría lugar en el patio del cuartel a la mañana siguiente. Después de la ceremonia todos seríamos libres de marcharnos, pero con la obligación de declarar en el cuerpo de guardia dónde podrían encontrarnos.

Por último, me pidió que le siguiera a su despacho.

—Quintilio, la misión ha terminado. Te he pedido que vinieras conmigo porque necesito que me ayudes a resolver un asunto. —Y al decir esto, el tribuno cogió una bolsa de cuero y me la entregó. Era pesadísima, parecía llena de plomo.

—Hay tienes cuarenta áureos, las nuevas monedas de oro de César. Corresponden a mil denarios. Te encargo que se los hagas llegar a Hicesio, y que le digas que todo el Mando le agradece su colaboración. De momento, queremos reembolsarle los gastos, pero nos reservamos el derecho de compensarle dignamente. Quiero hablar con él en persona, tengo que discutir un asunto que me preocupa. Tú me diste la idea de utilizar la red de correspondencia de los argentarios para algunas de nuestras misivas, y es una idea que quiero desarrollar aún más para algunos de mis agentes que recogen información allende las fronteras.

—Se lo diré, tribuno —le respondí—. No es fácil encontrarle porque se mantiene en la sombra, siempre tiene miedo de que le detengan por disputas pasadas con los optimates. Sabes que es un liberto, su situación en una cárcel sería muy difícil.

—Eso lo vamos a solucionar. También estoy consiguiendo información para ese otro asunto, la historia de los traidores del Attica.

—También se lo contaré, se alegrará, y te informaré lo antes posible.

—Además quería añadir algo, Quintilio —continuó el tribuno—. Te has dado cuenta de que durante el interrogatorio la posición del general le obligaba a hablar alto y claro.

—Me lo esperaba.

—Todo el Estado Mayor se felicitó de cómo tú y Arrio con vuestra huida gestionasteis el logro parcial de la misión, consiguiendo traer de vuelta las noticias y pruebas que ahora serán enviadas a Roma y discutidas ante el mismísimo César. No sé lo que pasará, porque todo lo que se ha hecho en los dos últimos años a través de nuestros embajadores con el Reino del Bósforo y el Reino del Ponto será cuestionado. Eso supondrá realmente un gravísimo problema, rodarán cabezas. Llevará tiempo. Tal vez me convoquen incluso a mí a Roma para declarar. Sin embargo, el general, a puerta cerrada, tuvo que acatar y felicitarse por el resultado parcial, aunque no pudiera mostrártelo abiertamente. En cualquier caso, ya viste que no insistió en la historia de la queja.

Por prudencia, guardé silencio.

El tribuno sacó otras dos pesadas bolsas de cuero del cajón y, entregándomelas, me dijo:

—Una es para ti y otra para Arrio, os lo habéis ganado. Me ocuparé igualmente del legionario Domicio. Asegúrate de que no se sepa nada de este premio, ¿entendido? Y no dejes que te vean por ahí, ¡esta ciudad está llena de serpientes!

—¡Tienes mi palabra, tribuno!

Salí con mi zurrón lleno de oro: ¡eran dos libras de los nuevos áureos de César!

VI.

A la hora segunda[17] participamos en la ceremonia fúnebre. Junto a nosotros, los supervivientes, se alinearon en la plaza la mayoría de los oficiales del cuartel y una sesentena de legionarios.

Tomó la palabra el general Escaurio, que pronunció un brevísimo discurso sobre el sentido del deber y el sacrificio que en algunas ocasiones puede conllevar. Por último, abrió un papiro y leyó los nombres de los valientes que habían muerto en la misión. Por supuesto, no mencionó ni al guía Servilio ni al legado Nigro, sobre quienes recaería la *damnatio memoriae*[18].

Al final del discurso gritamos el lema de la legión, y a esa señal se abrió la puertecita lateral de la plaza para dejar entrar a un oficiante seguido de dos muchachos con los cuchillos sacrificiales sobre una gran placa de metal.

Arrio me dio un codazo, susurrando entre dientes:

—Otra vez ese maldito borracho. ¡Es él el que malogró nuestra misión! ¿Pero no han podido encontrar a otro?

Yo también miré más detenidamente. Era el mismo y lozano sacerdote que había oficiado el día de nuestra marcha, no cabía duda.

Nadie podría haber olvidado aquella ceremonia: la oveja conducida al sacrificio, probablemente un animal enfermo o con algún problema intestinal, había defecado una cantidad increíble de excrementos nada más ser colocada sobre el altar y había puesto todo perdido, incluidos los sirvientes que la sostenían y el propio oficiante. El sacerdote se había atrevido a afirmar que la ofrenda a los dioses había sido regular y propicia, algo que nadie había creído, y de hecho así había resultado la expedición.

En esta ocasión trajeron un ternero blanco y el sacrificio se desarrolló sin problemas, no se produjo ninguna defecación que resultase motivo de escándalo.

Una vez terminada la ceremonia, nos dispusimos a buscar un carruaje.

En el portón del cuartel no pude evitar otear la calle antes de asomar los pies, consciente de viejas cuentas pendientes que tenía en esta ciudad.

Arrio se dio cuenta y me preguntó:

—¿Aún temes la presencia de sicarios?

—No, es sólo la fuerza de la costumbre.

En la villa todo estaba tan tranquilo tal y como lo había dejado.

Le di un beso a Arethi, que se alegró de verme de vuelta; comí algo con ella y le comenté que mi misión había terminado y podíamos dedicarnos a completar las operaciones inmobiliarias de los terrenos, ya que faltaba poco para la reunión con el magistrado que haría oficial la división de la finca.

Por supuesto, se puso contentísima, pero lo que más le alegró fue que yo me ocupara de ese fastidio.

En los últimos días había redescubierto unos papiros que llevaban años en un baúl del *tablinum*, y la había oído reírse para sus adentros mientras leía las ingeniosas comedias de un tal Anaxándrides[19], comediógrafo originario de la región.

No pude evitar sonreír al ver cómo había cambiado su vida en los últimos tiempos.

Con vistas a la reunión con el magistrado, acompañado de Arrio, fui a dar una vuelta por los edificios para ver si quedaba algo por hacer.

La última limpieza se había llevado a cabo a fondo y los caminos alrededor de la villa incluso habían sido bien nivelados y rastrillados. El aspecto era más que decente para la reunión con los magistrados que iban a quedarse unas horas y que almorzarían con los interesados.

Justo estaba discutiendo cómo preparar una buena parrilla para asar carne, cuando nos llamó la atención un furioso golpeteo de una contraventana de madera en la parte delantera de la villa, e instantes después oí:

—Quintiliooo... esta ventana no se quiere abriiir…

Corrí a ver qué había pasado, y nada más subir las escaleras, mientras le estaba diciendo: «Tienes que quitar ese ganchito de bronce, si no, ya sabes que esta ventana…», descubrí que ella, Arethi, estaba tumbada en la cama, completamente desnuda, esperando a que yo… arreglara también la maldita ventana.

Así era ella, espontánea en todo. ¿Cómo no se podía amar a una mujer como ella?

Aquel día estuvimos juntos hasta la hora de comer, cuando Cleide nos llamó a la mesa.

La vieja sirvienta estaba ciertamente llena de defectos, pero algo había que se le daba muy bien: ¡preparar trocitos de carne recién dorados, no quemados, en la parrilla y bañados en aceite de oliva, especias y guindilla!

Por la tarde, por fin, pude dedicarme a Arrio, que andaba dándole vueltas a ese asunto suyo del que tanto quería tratar conmigo.

Fuimos a echar un vistazo al pozo, que daba mucha agua limpia y fresca, y le formulé la siguiente pregunta, antes de que empezara a hablar:

—Arrio, ¿vamos a hablar de ese problema tuyo, sí o no?

Cogido por sorpresa, aquel *optio* que había conseguido camelarse a bárbaros cimerios y burlarse de tracios y sicarios, se ruborizó como una chiquilla y empezó a murmurar excusas.

Le dejé hablar, esperando a que fuera al grano.

Y por fin, avergonzado, comenzó a explicármelo:

—Verás, Quintilio, el asunto es bastante enrevesado. Toma por ejemplo el desastre que causó el oficiante griego, el que a mí me parece que casi siempre está borracho, ¿recuerdas cuando partimos? Pero ¿a ti te parece que aquello estuvo bien? Desde el principio sostuve que aquello acabaría mal: mira, de treinta y pico legionarios ¡sólo sobrevivimos nosotros tres!

—Oye, Arrio, ¿qué quieres que hagamos ahora, que vayamos a enseñarle su trabajo al oficiante del cuartel? Si al general le vale, pues a nosotros también nos tiene que valer, ¿no crees?

—Tal vez, pero entiéndeme bien, Quintilio: ¡los dioses nos habían advertido de que aquella expedición no saldría bien, y deberíamos haber obrado en consecuencia! O al menos los que nos mandaban

deberían haberlo tenido en cuenta, y no limitarse a sostener que el sacrificio había salido bien. Al fin y al cabo, ¡el oficiante estaba cubierto de estiércol hasta las orejas!

—De acuerdo, Arrio, el sacrificio era un mal presagio, pero eso ya es agua pasada, ¿qué podemos hacer ahora? Trata de ir al grano.

—Sí, Quintilio, ahora te lo explico: ese oficiante borracho… ¡no fue lo único! ¿Recuerdas cuando reparamos aquel pecio, aquella barca naufragada, y luego intentamos hacernos a la mar?

—¡Hum!, ¡claro que me acuerdo! —le respondí—. ¡Por poco morimos todos!

—¡Exacto! ¿Ves ahora cómo funcionan las cosas? Al final, el pobre Emilio se ahogó y Neptuno obtuvo su sacrificio. ¡Uno de nosotros tenía que morir!

—Sí, es cierto —y se me encogió el corazón al recordar el trágico final del legionario, que no sabía nadar—. Pero sigo sin entender dónde quieres ir a parar.

Llevábamos ya un rato intentando llegar al quid de la cuestión, hasta que oí una llamada desde la casa: «Quintiliooo…»

—¡Ahora voy! —respondí, y luego me dirigí a Arrio—: Entonces, ¿cuál es la pregunta?

— La pregunta es muy sencilla: ¿recuerdas aquella estúpida arenga que nos dieron antes de partir? Creo que fue el propio tribuno Elpidio…

La conversación se estaba volviendo embarazosa, y yo no entendía qué había detrás de todas esas maniobras del *optio*.

—Incluso —continuó Arrio—, nos dijeron que prolongarían el año dos o tres meses. ¿Lo recuerdas?

De la casa oí que me llamaban de nuevo: «Quintiliooo...»

—Mira, Arrio, ya terminarás de contármelo después, tengo que ir a ver qué se trae Arethi entre manos.

Entré en casa y la llamé:

—Ya estoy aquí, ¿Dónde estás?

—Estoy arriba —me respondió.

Estaba en el tálamo, medio desnuda y en una pose provocativa, jugando con una pluma de pavo real:

—Quintilio, ¡siempre me dejas aquí sola! ¿Qué trabajo tienes que hacer para descuidarme de esta manera?

Siempre habría trabajo por hacer en esa villa. Y a este paso, siempre quedaría algo pendiente.

Era imposible resistirse a sus provocadoras sonrisas y a su belleza, y a su forma de acariciarse los pechos para que se los mirara, y a los jueguecitos que hacía en la cama para fingir que ocultaba su desnudez mostrándola aún más.

Así que cedí gustosamente para darle algo del placer y la compañía que tanto anhelaba, y si yo daba alguna muestra de cansancio, ella siempre inventaba algún truquito nuevo para despertar de nuevo mi entusiasmo, sacando luego provecho de mí.

Al atardecer, justo antes de la hora de la cena, conseguí escaparme un rato del tálamo. Marché en busca de Arrio para terminar la charla que habíamos dejado sin terminar.

—Arrio, me estabas contando sobre el año que el ilustre César prolongó de tres meses.

—Quintilio, ¡no me tomas en serio! Intento hablarte de cosas serias y no me escuchas. ¿Acaso no hemos vivido muchas cosas juntos y no tengo derecho, por una vez, a que me prestes atención?

—Arrio, tendrás que disculparme, es que con esta mujer… pero me estabas hablando del año prolongado.

—Eso es. Yo jamás he oído hablar de semejantes cosas, ¡pero es cierto que el agua fluye hacia abajo y las plantas no vuelan! Me parece un grandísimo sacrilegio intentar modificar la naturaleza al antojo de quien manda. Y si todos los que mandan… porque luego esos grandes caudillos se mueren, y en su lugar ponen a otros… pues si todos los que mandan cambian las cosas a su antojo, bueno, ¿te parece todo eso razonable?

—Arrio, de acuerdo, no es muy razonable. Pero, en definitiva, ¿tú qué propones?

—Yo creo que todas estas cosas son señales infaustas. Señales infaustas que no sabemos interpretar.

No pude aguantar más los desvaríos de Arrio, pero por la amistad que le profesaba, conseguí con gran esfuerzo guardar silencio.

—Y si éstas son señales infaustas, yo también debo cuidarme mucho con todo lo que hago cada día —continuó con su perorata—. Porque no sé qué podrá pasarme. Y, en cualquier caso, tengo que pensar mucho sobre las decisiones que quiero tomar en la vida.

—¡¡¡Arrio!!! Dime, ¿qué quieres que haga?

—Bueno vale, si te pones así… ¡tú deberías rescatar a Domitila, porque yo no tengo ni un sestercio!

¡Su matraca había llegado al punto final! ¡No disponía del dinero que le pedían! ¡Eso era todo! Ahora estaba claro.

Oí que me llamaban de la casa: «Quintiliooo…»

Pero esta vez era la voz de Cleide, que reclamaba mi presencia porque la cena estaba en la mesa, así que no corría riesgos inmediatos.

—Arrio, tendrás que esperarme aquí un instante, tengo algo que enseñarte. —Entré en la casa y cogí uno de los saquitos con cuarenta de las nuevas monedas de oro de César.

Volví junto a Arrio, que seguía allí un poco ofendido, le puse el saquito en la mano y le dije:

—Ahora puedes rescatar a Domitila por lo menos cuatro o incluso cinco veces… si no más —y me fui a cenar sin esperar su respuesta.

Viví aquel periodo como algo extraño; me sentía como si no estuviera ahí, como si me estuviera observando a mí mismo desde afuera. Era todo demasiado diferente de mi vida habitual, aunque también me preguntaba cuál era mi vida habitual: ¿quizá ser perseguido por sicarios o asesinos, o jugarme la vida en el mar? No lo sabía. Pero ésta era toda una vida de terrateniente, rico y atolondrado, sin preocupación alguna en la cabeza, algo que era absolutamente nuevo y desconocido para mí.

Pasamos unos cuantos días ociosos: fingí desconocer que el legionario Domicio se entregaba a los placeres de Venus y del vino a jornada completa en el granero, con una de esas muchachas que se vendían en las afueras de la ciudad.

Cuando la vi almorzando y bromeando con Domicio y Arrio bajo el pórtico, prácticamente desnuda, hice como que la hermosa muchacha era una vecina que se encontraba allí por casualidad.

De hecho, tampoco reclamé la diferencia de coste de los ladrillos del pozo, diferencia que al final supuso un montón de dinero por los 'errores de cálculo' del legionario Domicio y del mercenario Eustratios, dinero que ahora pasaba a los bolsillos de aquellas muchachas y quizá de algún proxeneta, ya que había no menos de dos mujeres turnándose en el granero. Pero también sospechaba que trabajaban juntas, al mismo tiempo.

Por supuesto, me esforcé en no analizar cuál era el papel de Arrio en el tráfico de chicas: había oído decir que el oficial de mayor rango en el campamento, como es tradición en el ejército romano, nunca puede echarse atrás. Pensándolo bien, sus idas y venidas del granero debían de tener algo que ver. ¡Seguro que también estaba metido en el ajo!

Muy pronto volvería a ver a Hicesio, que nos estaba ayudando con la división de las tierras, y tenía que informarle del premio que nos había concedido el tribuno: llevar encima ciertas cantidades de oro no estaba exento de riesgos, tanto por el robo como porque podían ocurrir mil cosas en las que uno nunca piensa lo suficiente, como perder las bolsas. Y aún estábamos lejos de Italia. El banco nos sería muy útil para transferir este dinero.

Ésta sería nuestra solución, para no poner en peligro la liberación de Domitila.

Ya le había mandado un mensaje a Athanasios Persopoulos con el fin de concertar un encuentro con Hicesio para hablar de éste y otros asuntos.

Pero también tenía el profundo deseo de volver a ver a mi queridísimo amigo, con quien había compartido en el pasado increíbles fugas con los sicarios literalmente pisándonos los talones.

La vida en la villa en los últimos días se había convertido en un apacible, y me atrevería a decir, feliz permiso, si bien no exento de riesgos: por la noche, después de cenar, no tenía ninguna posibilidad de escapar del triclinio sin tragarme el bebedizo de Cleide; cualquier acto de rebeldía por mi parte habría provocado un sinfín de quejas y bufidos.

Tampoco podía librarme del mismo maldito trago a primera hora de la mañana, cuando la vieja venía a retorcerme los dedos de los pies para despertarme y, al encontrarme desnudo, me manoseaba sin ningún tipo de miramiento los muslos y el vientre para ver si había engordado.

Luego estaba Arethi, a quien le encantaba mi compañía en el tálamo o que, al verme cerca, se inventaba algún trabajillo que hacer en la villa y luego me observaba, leyendo de vez en cuando algunas líneas de sus autores clásicos.

Mi vida nunca había sido así, ¡ni siquiera me había atrevido a soñar que algún día fuera así! Si se lo hubiera contado a cualquier conocido mío, nadie me habría creído, así que me tocaría guardármelo todo para mí.

Sólo consideré con cierta molestia el hecho de que la vieja Cleide, nunca satisfecha con sus extraños experimentos reconstituyentes que probaba conmigo, también había empezado a alimentarme con cierto desagradable puré.

Nunca pude entender cómo funcionaba la complicidad entre sierva y ama. Eso era sumamente complicado para un simple agrimensor.

VII.

Y así pasamos una decena de días.

Los encuentros en el tálamo me hicieron vivir un período irreal, e igualmente para Arrio fue un período extraño, de grandes comilonas y borracheras y me imagino, de reflexiones sobre nuestras fortunas.

Cómo le fue al legionario Domicio no podía saberlo, apenas le vi.

De vez en cuando escuchaba carcajadas procedentes del granero, risas de las chicas, pero nunca quise acercarme a comprobar quiénes eran nuestras invitadas. Cleide negaba con la cabeza cuando veía entrar y salir a aquellas jovencitas, que ya nunca eran menos de tres. Pero eso no era asunto nuestro.

Una vez, de refilón, vi al manso de Domicio cuando acababa de hacer una de las suyas: había sacado un tonel de vino del almacén y se había introducido en él, en estrecha compañía de tres o cuatro chicas para darse un inocuo baño. Estaban tan apretados que para sacarlos fue necesario darle la vuelta al barril.

Evidentemente, la sisa que los legionarios habían hecho de mi provisión de ladrillos y puzolana debía de ser mayor de lo que yo sospechaba, no podía explicarse de otro modo. Y desde luego, esas pollinas[20] debían de haberlas comprado a un elevado precio para tenerlas a tiempo completo.

Arrio, sin ningún trabajo exigente que hacer, estaba en la villa como pez fuera del agua. Disfrutaba de este período de asueto a su manera, y a veces lo veía desde la ventana del dormitorio en el que yo estaba permanentemente ocupado, paseando solo por los alrededores en busca de algo que hacer o trazando en las paredes garabatos de barcos, todos ellos con montones de cuadernas y orengas, aunque de vez en cuando también lo veía entrar y salir del granero.

Una tarde me enseñó un dibujo increíble en la pared del almacén contiguo a la villa. Toda la pared le había servido para recoger una de sus ideas: aprovechando que estaba enlucida, había trazado con carboncillo un complicado diseño.

—Quintilio, ven a ver, y dime qué te parece —me pidió, y yo no tuve más remedio que acercarme.

Ante el gran dibujo que había realizado, tuve que preguntarle:

—Y ¿qué es eso? —Se reconocía muy bien la villa, dibujada como si faltara el muro exterior y las estancias estuvieran abiertas al patio; se veía la cocina e incluso la gran bañera de la terma doméstica, en la que Arethi y yo solíamos bañarnos.

En la cocina también se veía, dibujada al carboncillo, la figura de una persona. Tenía que ser Cleide.

—¡Bueno, es un dibujo muy bonito! ¿Para qué sirve? —le pregunté al *optio*.

—Pero, Quintilio, ¿no lo ves? ¿Estás ciego?

—¿Qué debería ver? Explícate mejor.

—Mira: ¡éste es el pozo de agua, el que nos hará famosos para la posteridad! ¡Y ésta es la casa!

Efectivamente, Arrio también había dibujado el pozo, pero parecía cortado en dos desde arriba, como si se viera de perfil o como una tinaja rota, partida por la mitad.

—¿Qué quieres hacer? ¿Excavar junto al pozo? ¿Hacer una cantera? —le insistí.

—Quintilio, ¿pero de verdad no le ves?

—No, Arrio, ¡me lo vas a tener que explicar!

—Esto de aquí es el pozo. ¿Ves ahí en el fondo del pozo? Ese dibujito de ahí es una de esas bombas de bronce que se montan en las naves de nuestra flota. ¿Te suena?

—Hum, si una de esas pesadas bombas de bronce se cayera en un pozo, nunca se podría volver a sacar, ¡y habría que cavar el pozo en otro sitio!

—Quintilio, cuando estás atascado, ¡no hay manera de razonar contigo! Este dibujo te muestra que, si llevas una de esas bombas al fondo del pozo y a continuación haces una conexión con una tubería de plomo, o incluso una tubería de terracota desde la bomba hasta la casa (mira, la tubería es esa línea negra) ¡ese artilugio podría hacer que el agua fuera directamente a tu bañera de la terma dentro de la casa! O si quieres, el agua podría llegar directamente a la cocina. ¿Qué te parece?

—Pues no sé. El dibujo es precioso, y le habrás dedicado mucho tiempo, pero es un artilugio difícil, costoso, y sobre todo ¡inútil! Asegúrate de borrarlo, porque si Arethi lo ve, tendré que explicarle lo que es, ya sabes que no es muy dicha en cosas técnicas, ¡me sacaría de quicio!

En ese instante oí una llamada desde la casa: «Quintiliooo… Quintiliooo…». Era la voz de Arethi, sólo los dioses podían saber lo que necesitaba. Siempre le hacía falta algo.

De pronto lo recordé, ¡se me había olvidado por completo! Me había comentado que ciertos insectos estaban destruyendo unos antiguos papiros de un tal Aminte, un famoso poeta[21], y era necesario limpiarlos con un paño y esparcir un poco de ceniza entre las hojas para que desaparecieran.

Siempre había algo que hacer en esa villa, ¡y ya sólo me faltaba que los legionarios empezaran también a inventarse máquinas hidráulicas!

Aproveché un periodo de calma y salí un par de días con Arrio. Nos aventurábamos a ir de compras por Thessalonica, pero nunca entrábamos en el centro de la ciudad; nos quedábamos en las afueras, comprábamos carne, pescado, queso y aprovechábamos para curiosear en los talleres de herreros y fundidores de bronce que fabricaban objetos increíbles en pequeños hornos.

Yo solía llevar una túnica con capucha que, al echármela por la cabeza, me hacía apenas reconocible, y siempre caminaba con mucha precaución, consciente de los terribles encuentros que se pueden tener, por pura casualidad, en la calle.

Durante una de estas salidas, mientras regateábamos por una veintena de gallinas que íbamos a soltar en los patios de la granja, un chaval, sin decirme nada, me dio en la mano una nota de papiro doblada en cuatro, y luego se marchó rápidamente antes de que pudiera preguntarle nada.

Comprobé bien los alrededores y no vi ninguna cara conocida, así que le hice una señal a Arrio de que el asunto no me convencía, y nos dirigimos apresuradamente hasta un callejón para comprobar nuestros puñales.

Sólo más tarde abrí la nota, que decía:

Te espero mañana a la hora cuarta en mi oficina.
H.

Reconocí la letra: era la de Hicesio, que me había mandado llamar de esa forma un tanto teatral. Así que me tenía controlado, o tal vez temía que me siguieran y por eso me vigilaba.

A la mañana siguiente, Arrio y yo acudimos a la cita.

Athanasios nos hizo pasar y observé que atrancaba la puerta tras nosotros para que no entraran fisgones.

Hicesio salió de una de las habitaciones: era el de siempre, delgado como un pescado seco, con su aceitunada tez típica de la gente del Mediterráneo y un rastro de ungüento en el cabello.

—Griego, ¡te veo bien! ¿Qué tal te va? —le pregunté al tiempo que le abrazaba.

—Bien, Quintilio, me va bien y veo que a ti también. ¿Y este legionario? No me resulta un rostro desconocido.

—Éste es Arrio, un *optio* con el que estuve en Cimeria, y antes en la cárcel Mamertina. Estaba en Mantua cuando nuestro jefe, el arquitecto, aún estaba allí.

—Sí, de hecho, me parecía haberlo visto antes. Venid por aquí conmigo, a mi vivienda privada.

Le seguimos por un pasillo que comunicaba con un lujoso apartamento, lo cruzamos de punta a punta y salimos a un pequeño patio, dentro del edificio de apartamentos:

—Aquélla es mi agencia, pero en realidad vivo aquí.

Entramos en un par de salitas comunes abarrotadas de pergaminos y papiros, con un catre en un rincón. Me di cuenta de que había retomado su pasión por la lectura.

—Hicesio, veo que te va bien.

—Sí, los negocios van bien. Lo que se necesita aquí es un pequeño capital y gente con experiencia que trabaje duro para concluir transacciones modestas, como la de la viuda Arethi, que ya

habéis preparado. Antes que nada, que sepas que soy muy consciente de que le has prestado un grandísimo servicio a la viuda.

No me quedaba muy claro a qué servicio se refería, y el tono se prestaba quizá a más de una interpretación, tanto que Arrio se volvió y sonrió entre dientes.

—Veo que mis enseñanzas —continuó el griego—, aunque sólo seas un agrimensor, ¡al final dieron sus frutos! Yo mismo no podría haber hecho mejor esa división. Y en este sentido tengo buenas noticias para ti, ya se lo contarás a la pobre viuda: ayer vino el vecino a pagar el terreno, ese trozo de tierra inútil al final de la finca que ninguno de los dos propietarios quería. Cobré el dinero, y también pude hacerle un pequeño préstamo a ese sujeto. La semana que viene, Athanasios y yo iremos al latifundio con el magistrado. Tendrás que preparar un rico almuerzo, porque éste querrá comer bien. Ya lo he arreglado con Arethi, y en su momento hablaré con Parmenión, el cuñado. ¡Ya verás cómo todo saldrá bien! Pero ahora ¡háblame de ti! No nos hemos visto desde que te arrestaron, ¡hace ya casi un año!

—Sí, Hicesio, ¡y he pasado las de Caín! Primero con castigos rigurosos en el campamento del prefecto Festio, luego me llevaron a Roma en pleno invierno y me encarcelaron en la Mamertina, donde conocí a Arrio. Tal vez me salvara la vida, porque cuando acabé en la celda estaba gravemente enfermo y él me curó.

—Pero veo que los dos gozáis de buena salud, he oído algo de vuestro viaje a Cimeria, sé que corristeis grave peligro.

—Así fue, en efecto. Pero permíteme, Hicesio, que te hable ahora de un asuntillo relacionado con el oro, luego dejaremos marchar a Arrio y tú y yo discutiremos nuestras cosas. Así que, mientras tanto, debes tomar primero estos cuarenta áureos —y le entregué una bolsita con las monedas de oro—. Es el pago de los gastos que adelantaste por nosotros al cambista de Tomis. Estos áureos nos los ha dado el tribuno Elpidio, luego te explicaré por qué quiere verte. ¿Son suficientes?

—Claro, Quintilio, son más que suficientes, de hecho, ¡seguro que ha pagado de más! Los depositaré en nuestro banco, pero si quieres puedes retirar lo que te parezca.

Habíamos fundado juntos el banco, o, mejor dicho, había sido Hicesio quien lo había creado años atrás con la recompensa por la restitución al Erario del Estado de una enorme suma incautada a un traidor. Así que me había convertido en copropietario con el griego, pero lamentablemente el banco sólo negociaba con sumas escritas en pergaminos, no eran capitales reales como los denarios de oro y plata, aunque él había intentado más de una vez convencerme de que eran lo mismo o casi lo mismo.

—Tratemos ahora otra cuestión. —Le entregué otros dos saquitos de cuero con cuarenta áureos cada uno—. Uno de estos saquitos es de Arrio, y el otro es mío. Es el premio por la misión. Necesitaremos parte de este dinero en Italia porque Arrio quiere rescatar a una sierva. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Sin duda te conviene depositarlos en el banco. Puedo hacerte una carta de depósito con la que podrás lograr que te los restituya un argentario en Italia. El depósito no te costará nada, el canje no lo sé, creo que te pedirán dos denarios por cada cien como comisión, o quizá tres. Depende de a quién te dirijas. Si tiene que rescatar a una sierva, no me cabe duda de que a Arrio le convendría más el oro y no los pergaminos, ¡porque el oro siempre tiene un efecto extraordinario sobre el vendedor! Así que una vez en Italia debería buscar un cambista y conseguir monedas de oro antes de ir a hacer el trato.

—¿Y si por un casual pierdo la carta que me das? —le preguntó Arrio desconfiado, poco convencido de todo el asunto.

—Si la perdieras, puedo enviar una misiva a un argentario de Ravenna con el que mantengo correspondencia, quien te devolverá la suma.

Le explicamos un poco más a Arrio, que comprendió un poco mejor para qué servía una carta de depósito, luego se marchó y nos dejó con nuestros asuntos.

—Ya estamos los dos solos, ¿qué me cuentas, Quintilio? —me preguntó Hicesio—. ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Qué novedades tienes?

—¡He oído que Regila se ha casado! —Se lo dije sin pensármelo dos veces, fue lo primero que se me ocurrió. Regila, la nieta del

arquitecto Sextilio, el antiguo patrón de Hicesio, había sido casi mi prometida. Pero no era más que una muchacha, una de esas jóvenes exuberantes que nunca se sabe lo que tienen en la cabeza. Seguramente había estado enamorada de mí.

—¿Ah sí? Pues mira, tal y como me lo dices… ¿acaso quieres decirme que no se ha casado contigo?

—Efectivamente: se ha casado con otro, un joven suboficial, un *librarius legionis*[22], ya ves, y les deseo toda la felicidad del mundo. Es un buen chaval.

—Pues vaya, lo que son las cosas.

—Y tú, Hicesio, ¿no estás cansado aún de estas largas vacaciones en tu tierra? —le pregunté sonriendo.

—Bueno, debes saber que es algo extraño. Me había propuesto hacer muchas cosas aquí. Pero de pronto me he dado cuenta de que mi vida ya no es como cuando estaba con mi patrón, el arquitecto Sextilio. Tenía que resolver algunos asuntos en esta ciudad, y los he resuelto. Ahora dirijo el banco, que va bien. He de confesarte que Athanasios es un joven muy inteligente. Conocía el trabajo porque ya había estado en un banco. Claro que es joven y le falta experiencia. Pasé un año con él y le enseñé algunos trucos del oficio. Pero es curioso, sabes, creo que he perdido el espíritu de pedagogo que tenía antes. Recuerdo a menudo nuestra huida, cuando nos escondimos en las ciénagas del río Padusa, y cuando hicimos aquel trabajillo en Iader: entonces me sentía más vivo. Aquí me parece que ahora la vida es muy aburrida, entre cuentas para la venta de terrenos y anticipos para la compra de rebaños de ovejas. Tengo la impresión de que hay algo que ya no funciona en mí.

—A mí me sucede lo mismo, Hicesio. Me sentí vivo todos los días que duró la expedición que acabamos de finalizar, a pesar de que no faltaban obstáculos. ¡Sólo sobrevivimos tres!

—Lo sé, Quintilio. Me lo han contado. ¡A veces también me habría gustado acompañarte en vez de estar aquí prestando dracmas a insulsos mercaderes de vino y aceitunas!

—¿Y por qué no vuelves con nosotros? Creo que el tribuno Elpidio quiere discutir algo contigo.

—Bien, ¡hablaré con él! No quiero envejecer entre préstamos y divisiones de terrenos y refugiarme en mis libros por la noche. Siento el deseo de hacer algo diferente. Pero el problema es que, aunque el tribuno Elpidio sea una buena persona, no quiero arriesgarme a acabar de nuevo ante los jueces, y mucho menos en la Mamertina. Confío en el tribuno, pero ¿cómo puedo confiar en los inspectores del Erario? Tendría que obtener un salvoconducto para salir a la luz. La magistratura romana es un nido de víboras, y los odios partidistas nunca se olvidan.

—Es cierto. Sin embargo, has de saber que Elpidio está dispuesto a echarte una mano. Está buscando información sobre tu latifundio, el que le arrebataron a tu familia cuando te esclavizaron por deudas. Me ha asegurado que buscará una solución para rehabilitarte. Si tiene éxito, puede que consigas cierta seguridad. Quizás al final logres que se haga justicia con ese canalla que esclavizó a todos los tuyos. ¿Has sabido algo más de él?

Vi que repentinamente el semblante del griego había cambiado, y había vuelto los ojos al suelo. Me respondió casi en un susurro:

—Nepio era su nombre. Duilio Nepio. Ahora está muerto. Su hijo, que lleva el mismo nombre, estaba en una lista de traidores que fueron juzgados hace unos meses.

—Sí, recuerdo que lo anotaste en la lista de oficiales traidores, los que fueron decapitados.

—Como predije, si tienes buena memoria, una vez descubierto fue el primero en pasarse al bando de los investigadores, y a cambio de su miserable vida traicionó a todos sus compañeros, facilitando sus nombres a los jueces del ejército. A cambio obtuvo el perdón, así que primero traicionó a César, y después traicionó a los traidores, para continuar así en Atenas con su vida de lujo.

No supe qué responderle. Por desgracia, a veces para hacer justicia es necesario transigir incluso con los traidores.

—Nunca dirás ni una palabra a nadie sobre lo que te voy a decir —continuó.

—¡Claro, Hicesio, si no nos fiáramos el uno del otro…!

—Le envié unos sicarios. Busqué a los mejores del mercado y luego, en secreto, a través de un intermediario, los contraté y los

envié a casa de aquel oficial.

Guardó silencio un momento, como para subrayar la gravedad del hecho.

—Eran verdaderos profesionales. Los más caros de Macedonia… no quise escatimar en gastos. Fueron a Atenas y, sin dejar rastro alguno, mataron a todos, también a su suegra y a su mujer, incluso a su hijo pequeño y al perro.

—¡Hiciste bien! Pero ahora no entiendo por qué condenas tu alma por haber aplastado a unas serpientes. ¿Acaso no fueron ellos los que os causaron problemas? Al final no había otro sistema, ¡porque aquel cobarde incluso había embaucado al ejército obteniendo el indulto, y no había dudado en traicionar a sus colegas traidores! Hicesio, de verdad, no te reconozco si te preocupas por esa infame chusma. ¿Acaso has oído de alguien que llore su ausencia?

—No, los únicos que se quejaron fueron algunos familiares de otros traidores, porque habían expresado su deseo de ser ellos quienes lo mataran.

—¡Lo ves! ¡Acabas de aportar una pequeña dosis de justicia a todo este asunto! Ya sabes que las serpientes engendran serpientes. ¡Los jueces se equivocaron al concederle el indulto!

Tuve la impresión de que, al hablar conmigo, Hicesio se había liberado de una carga, y tras algunas recriminaciones más, dejamos atrás el pasado y fuimos a comer a una *popina* cercana.

El griego me contó los últimos acontecimientos del banco y del patrimonio del que era propietario a medias.

—Las pérdidas que tuvimos en Iader el año pasado ya no se compensarán. No hay forma de recuperar nada. Incluso el argentario Pisón, que estaba con nosotros en la empresa, ha perdido el capital invertido.

—Entonces, ¡eso significa que nos ocuparemos de otras actividades! Desde luego, no vale la pena arriesgar grandes sumas en una sola operación. Si queremos ir sobre seguro, continúa como lo estás haciendo ahora con el joven Athanasios.

—Sí, por supuesto, así lo haré. Sólo quería decirte que puedes disponer del capital del banco como lo desees, porque al fin y al cabo es culpa mía la pérdida de esos ciento diecinueve mil denarios.

—Hicesio, ¡ya no te reconozco! Ahora no necesitamos dinero. ¡Y siempre podemos ganar más! ¿Ya no recuerdas que hoy he venido a verte con ciento veinte piezas de oro que seguramente no esperabas? ¡Eso es un total de tres mil denarios! La semana que viene vendrán más, cuando acabemos con la división del latifundio de Arethi. ¿Qué más puedes pedir?

—Entiendo tu punto de vista, Quintilio. Cambiando de tema, ¿sabes por qué el tribuno Elpidio quiere verme?

—Sí, lo sé. Me vio usar el sistema de comunicación entre argentarios, y cree que quizás también sus espías podrían hacerlo. ¿Crees que sería posible?

—Claro, y el tribuno tampoco sería el primero en emplearlo. Lo trataremos tan pronto como terminemos con la división del terreno.

VIII.

Arethi y yo no sabíamos lo que el destino nos depararía y aprovechamos el tiempo que nos dio para alejarnos de todo. Pasamos aquellos días amándonos. Creo que para los dos fue el mejor tiempo que habíamos pasado en muchos años.

Bromeábamos sobre las tareas domésticas, y la veía titubear cuando me pedía que moviera ciertos muebles de la villa que, curiosamente, al poco tiempo de haberlos trasladado, había que devolverlos a su lugar original porque no le agradaban a la vista.

Por último, tuve que dedicarme a preparar la visita del magistrado para la partición.

Esperábamos no menos de una docena de invitados al banquete, y les preparamos una mesa bajo el porche. No pude contar con la ayuda de Arrio ni de Domicio porque, según tenía entendido, había llegado al granero una chica nueva que hablaba una lengua desconocida, nadie la entendía y reinaba gran interés en torno a ella.

No nos quedó más remedio que llamar a un par de campesinos del vecindario, que se encargaron de hacer una última limpieza de los patios y corrales, mojándolo bien todo para evitar que al pasar se levantara polvo.

Todo había cambiado en la villa en pocas semanas.

Ahora que yo me ocupaba de las cosas más urgentes de la finca, Arethi ya no se interesaba por nada de lo que ocurría y confiaba ciegamente en mí.

Se dedicaba a leer las obras de ciertos poetas griegos: yo veía los papiros dando vueltas por las mesas, y a veces hablábamos de nosotros, de la vida en Roma o de las cosas que nos rodeaban. En uno de aquellos momentos, Arethi me preguntó si aquellas chicas que en ocasiones veía deambulando por los edificios de la granja, y especialmente por el granero, eran vecinas nuestras.

Yo, naturalmente, no podía saberlo, ya que muy bien podían vivir en las proximidades, y le dije que le preguntaría a Domicio, que las

conocía bien. Pero enseguida pasó a otra cosa, pellizcándome ferozmente y provocándome: —Vamos, dime que te gusto, ¡venga dímelo…!

—Venga, por todos los dioses, ¡díselo! —se oyó una voz en falsete que respondía desde el patio. Entre legionarios, no había respeto por la vida privada de los demás, pero aquí estábamos en casa ajena, ¡y a ese granuja le tendría que advertir que se guardara mucho de hacerse el chistoso!

Algún que otro roce amenazaba con surgir con la vieja criada Cleide que, por alguna razón desconocida, insistía en preocuparse por mi salud. A veces dudaba de si estaba más preocupada por mi gallardía que por mi propia salud.

Me acosaba día y noche con sus brebajes y también estaba intentaba meter baza en lo que comía. No me preocupaba que me hiciera daño, era experta en remedios campesinos que sin duda me sentaban bien, y se preocupaba de buena fe, sin embargo....

Empezó a obligarme a comer carne cruda, de excelente calidad y exquisita, sólo que corría el riesgo de cansar un poco.

Una noche, durante la cena, me presentó un plato con dos enormes criadillas de toro, muy poco hechas. En ese momento me rebelé, porque ya no soportaba que la sierva insistiera tanto en sus curas, supuestamente reconstituyentes, y se lo señalé a Arethi, porque no parecía demasiado elegante insistir en algo así con un invitado.

Arethi regañó a la anciana, pero al final negando con la cabeza me señaló:

—Quintilio, esta vieja sierva es una mujer del campo, no entra en razón. Incluso yo a veces tengo que hacer lo que quiere, si no, ella sigue insistiendo y no hay manera de quitársela de encima. Mira, a lo mejor tardamos menos si te comes las dichosas criadillas, ¡no vaya a ser que se niegue a darnos de comer mañana!

A regañadientes tuve que hacer un esfuerzo y satisfacer a la vieja, pero empecé a cavilar sobre cómo devolverles la broma a las dos.

Afortunadamente Cleide no estaba siempre pendiente de mí, sino que también se ocupaba de su ama.

Y así, una vez las pillé mientras Cleide le daba a la viuda, tumbada desnuda en la cama, un vigoroso masaje con aceite de oliva y otras cremas orientales apropiadas para reafirmar sus músculos, y los masajes estaban tan bien hechos que, al cabo de un rato, después de haber echado a la vieja y cerrado apresuradamente la puerta, empecé yo a dárselos.

Entre risas y bromas, hablábamos a menudo de temas serios. Ella se confesó un día, mostrando una evidente sinceridad:

—Quintilio, contigo me he reencontrado a mí misma, y me has devuelto el gusto por el placer y la vida. No era justo que viviera enterrada en aquella casa de la ciudad. Si tú te fueras, no sé qué podría hacer. Por cierto, ¿no habrás pensado en marcharte? Si al menos estuvieras un poco menos inquieto con todos tus turbios negocios y esas misiones en las que no te dan nada que comer…

Yo no podía mentirle, y evitando rodeos innecesarios le confesé:

—Arethi, has sido un cielo para mí y me has ayudado en los momentos difíciles. ¡Piensa que con tus monedas de oro Arrio y yo hasta salvamos la vida! Pero sabes muy bien que estoy de servicio. Podrían llamarme en cualquier momento. Yo sirvo en el Cuerpo de Ingenieros del Ejército, ¡no soy un rico terrateniente!

La bella Arethi lo sabía perfectamente, pero aun así derramó algunas lágrimas:

—¿Ves? Justo ahora que empezaba a olvidar mi soledad, y que nos sentíamos tan bien juntos con nuestros jueguecitos…

Siguió gimoteando un rato, pero conocía mi situación y sabía que lo nuestro sólo podía ser una relación pasajera para mitigar la soledad y no podía durar para siempre.

Y llegó el día de la partición de la tierra.

Di orden de sacar a las chicas del granero, pero a regañadientes tuve que fingir que no veía que, en lugar de marcharse, se escondían en un desván.

No tuve el coraje de ensañarme con ellas, porque sabía que, cuando nos fuéramos, volverían a su miserable vida en la calle y a

pasar hambre, ya que ni siquiera conseguían reunir comida suficiente para sus necesidades.

El programa del día incluía un suntuoso festín y no escatimé en carne, condimentos ni aceitunas. Habría de sobra para todos, incluso para esas chicas.

Un par de campesinos del vecindario vinieron a echar una mano con los caballos de los invitados y se ocuparían del fuego para los asados, y cuando llegara el momento oportuno se encargarían igualmente de retirar los platos de la mesa.

Entre los primeros en llegar, hacia la hora quinta, estaba Parmenión, al que yo no conocía. Nos presentamos y pude ver que no era, en absoluto, un tímido simplón. Hablaba nuestra lengua, no con fluidez, pero lo suficiente para hacerse entender.

Me explicó que amaba la tierra, pero que el trabajo agrícola debía abordarse con continuidad, dinero y mucha mano de obra. Por eso no pensaba mover un dedo hasta que terminaran las divisiones.

Vi por casualidad a los dos campesinos sacando agua del pozo para los caballos, y a uno se le escapó un comentario:

—¿Ves cómo es todo aquí? Tanta tierra, tanta sequía, poca agua ¡que ni siquiera sirve para el ganado!

Y le contesté al acercarnos al pozo, mientras charlábamos:

—Pues a mí no me parece que sea así, aquí disponemos de agua de excelente calidad ¡y en abundancia! Podrías poner veinte siervos a sacar agua, pero nunca conseguirías secar el pozo.

Él también se percató de que el pozo era nuevo, y que disponía de un revestimiento de ladrillo.

—Eso no estaba aquí antes —observó.

—Así es, lo excavamos nosotros hace unos días.

—¿Y encontrasteis agua?

—¡Ya la estás viendo! —le respondí mientras los campesinos seguían echando cubos en un abrevadero.

En ese instante llegó Hicesio en un carruaje con su secretario de confianza, Athanasios, y sus dos caballos también fueron llevados a abrevar.

Parmenión observó asombrado cómo los caballos bebían con fruición:

—¡Mira, ya no hacen ascos al agua de este pozo!

Hicesio observaba la escena y ya se había dado cuenta de cuál era el motivo de su interés: él también sabía que aquí nadie tenía agua buena, y mucho menos en cantidad. El agua era el gran problema que impedía el desarrollo rural de la zona.

Por último, llegó el magistrado en un lujoso carruaje junto con dos testigos y un chaval de dieciséis años cubierto de granos, probablemente un aprendiz que hacía las veces de ordenanza.

El magistrado era un tipo flaco, enjuto, consumido; había visto a gente a la que le estaba llegando su hora con un aspecto muy parecido. De los dos testigos, el primero era un tipo regordete con una túnica salpicada de manchas de grasa, y el segundo, de mofletes colorados: resultaba fácil identificarlos como dos borrachines de taberna que, gracias a que eran capaces de escribir su propio nombre, no habían desaprovechado la oportunidad de darse una comilona a costa ajena.

El magistrado dispuso una pequeña mesa en la que abrió los papiros que se habían preparado con anterioridad con las fórmulas exigidas por la ley. Indicó al joven cubierto de granos que hiciera sonar una campanilla de bronce, que formaba parte de su utilería, y dirigió unas palabras a los presentes sobre el motivo de la reunión.

Luego pasó rápidamente a la hoja en la que ya se había transcrito la declaración, en la que los dos copropietarios confirmaban que la propiedad dividida según sus intenciones por el agrimensor Fausto Quintilio, del Cuerpo de Ingenieros de Roma, satisfacía sus necesidades, ya que se había comprobado que los dos lotes tenían el mismo valor, mientras que un tercero ya había sido vendido de mutuo acuerdo y el dinero se dividiría a partes iguales.

Por supuesto, Arethi no fue convocada, pues sería el tutor Diotimo quien diese el asentimiento por ella.

En ese momento me di cuenta de que el tutor parecía haber bebido ya bastante vino, y que sería necesario mantenerlo bajo control para que pudiera aguantar hasta el final de la ceremonia.

A preguntas del magistrado, Diotimo y Parmenión juraron que les parecía bien, y entonces el magistrado estampó su sello en la escritura e hizo que los dos testigos pusieran sus iniciales. El joven

cubierto de granos calentó el lacre en una vela y en un instante el sello quedó grabado.

Todos bebieron un buen vaso de vino, y en ese momento, empezando ya a preocuparme, llevé a Arethi aparte y le dije que vigilara de cerca a su tutor: si no llegaba al final de la ceremonia ella ya podría ir despidiéndose de la villa, que era lo único que le importaba de toda la finca.

Arethi le comentó algo a Cleide, que se dirigió hacia la cocina como un rayo.

El magistrado se adelantó e hizo que los testigos rubricaran los demás documentos que luego irían al *Tabularium* para su registro. Una vez terminado el examen de los papiros, ordenó con autoridad que fueran llevados a la mesa porque, como declaró, ‘¡la ley no tenía un segundo que perder!’

Enseguida se confirmó que los testigos, como yo había adivinado, eran efectivamente dos borrachuzos, porque empezaron a trasegar vino como si de eso dependiera su vida.

Hicesio, detrás de mí, me explicó que no me preocupara, pues el magistrado, un viejo zorro del oficio, ya había hecho que los dos empedernidos bebedores pusieran todas las iniciales necesarias, y aunque hubiesen rodado por debajo de la mesa, ya no le importaría a nadie.

Era a Diotimo, en cambio, a quien había que mantener sobrio.

Continuamos con la carne, el pescado y los quesos.

En un momento dado noté movimiento y vi que Cleide invitaba autoritariamente a Diotimo a pasar a la cocina, luego los vi a través de la ventana enzarzarse en una acalorada discusión. Al cabo de un rato, Diotimo salió sin poder contar lo que había sucedido.

Pero le vi discretamente nervioso, algo que no iba con él. La sierva debía de haberle obligado a beber alguna pócima estimulante. Arethi me dedicó una pequeña sonrisa, para hacerme saber que el tutor estaría bien hasta la noche. Cleide tomó asiento detrás de Diotimo para controlar su bebida… por si acaso, imaginé.

Comimos y bebimos hasta saciarnos; hacia el final del banquete observé que Hicesio había empezado a hablar con Parmenión, y poco después ambos se levantaron del banco.

La jugada no se le había escapado a Arethi, que me dirigió una sonrisa burlona, indicándome que todo estaba bajo control.

Observé cómo Parmenión e Hicesio recorrían la era y gesticulaban alrededor del pozo mirando en su interior. En un momento dado, Parmenión cogió un cubo y sacó un poco de agua, dando un sorbo.

Decidí ir a ver también lo que aquellos dos estaban tramando sobre el pozo, que nosotros habíamos excavado y construido.

Arethi me agarró por la túnica, clavándome las uñas en la piel e impidiéndome moverme, al tiempo que me ponía una copa de vino en la mano.

Me susurró al oído, con cara sonriente, pero en tono perentorio:

—¡Quintilio, bébete el vino y ni se te ocurra moverte de aquí!

Todo lo que estaba pasando estaba fuera de mi alcance.

Recordé que los griegos tenían a veces una forma de pensar y de ver las cosas mucho más retorcida que la nuestra, y me quedé en mi sitio confiando que Arethi e Hicesio supieran realmente lo que hacían.

La pantomima en torno al pozo se prolongó durante un buen rato, y observé cómo llamaban a los dos campesinos del vecindario para que sacaran muchos cubos de agua con los que llenaron todos los bebederos disponibles, y luego empezaron a verter el agua en el suelo.

Arrio y yo nos miramos. Arrio se encogió de hombros para confirmarme que tampoco entendía lo que estaban tramando.

Y Arethi seguía sonriendo.

En cierto momento, una serie de sonoros eructos indicaron que el almuerzo estaba llegando a su fin, y se soltó a las gallinas para que se metieran por debajo de la mesa a recoger las sobras que se les habían escapado a los comensales.

El magistrado dio la orden al muchacho lleno de granos que actuaba como su ayudante para que tocara la campanilla de plata, indicando que el almuerzo había terminado y se volvía a la división de la tierra.

Hicesio y Parmenión no abandonaban el pozo. Parmenión daba muestras de preocupación.

Al final se decidieron y comparecieron todos ante el magistrado. El chico de los granos estaba preparando las papeletas de papiro dobladas que se extraerían para asignar las propiedades.

Athanasios parecía susurrar las instrucciones finales al oído de Parmenión y, en un momento dado, éste caminó inseguro frente al magistrado y le hizo señas de que quería decir unas palabras.

El magistrado le indicó cortésmente que hablara.

—Agradezco a mi cuñada y a su tutor —dijo tímidamente Parmenión, ya que los dioses no le habían concedido el don de la palabra—, por este suculento almuerzo con el que celebramos la memoria de mi hermano, desaparecido hace exactamente tres años. En su recuerdo, he decidido dejar la elección de una de las parcelas a mi cuñada. ¡Elige la que prefieras!

El magistrado aceptó de buen grado la solución de Parmenión y ordenó que se alzaran copas de vino en memoria del finado.

Luego le preguntó al tutor Diotimo:

—¿Cuál de los dos lotes eliges?

Diotimo, visiblemente alterado por la pócima que había ingerido antes, respondió con voz chillona:

—Arethi, ¿qué lote prefieres?

—Le agradezco a mi cuñado Parmenión —respondió Arethi, tomando la palabra—, a quien siempre estaré agradecida por permitirme conservar esta villa donde pasé con mi marido, su hermano, los momentos más felices de mi vida. Elijo el lote con la villa —concluyó sin vacilar.

En ese momento surgió en mí una terrible duda, cogí a Hicesio por la túnica y le susurré:

—Pero, Hicesio, ¿y el dinero de la venta del solar que nadie quería?

En lugar de una respuesta recibí un pisotón en el dedo gordo del pie que hizo que a punto estuviera de hacerme chillar de dolor.

Le fulminé con la mirada, pues yo no entendía qué demonios habían tramado la viuda y él.

Arrio también me hizo una seña desconsolada, negando con la cabeza.

Así terminó el asunto de la división, y mientras el magistrado y demás asistentes se marchaban, hice que el legionario Domicio y Arrio llevaran al granero un par de caballetes, una tosca mesa de madera y todo lo que había sobrado del copioso almuerzo, que no dejaba de ser una gran cantidad de comida y vino, para que incluso aquellas desgraciadas muchachas que, de tanto en tanto, se asomaban por una ventana del desván pudieran celebrarlo.

—No creas que no me he dado cuenta de todos tus tejemanejes —me dijo Arethi que, de pie detrás de mí, había observado mis maniobras—. Domicio me ha dicho quiénes son esas cuatro fulanas —continuó—, ¡le he interrogado! ¡No son de nuestro vecindario!

—Que sean lo que sean —le respondí—. ¡Hoy quiero que ellas también estén a gusto! Todos hemos comido y bebido, y hemos conseguido lo que queríamos.

Hubo un instante de silencio porque se acabaron las bromas entre nosotros.

Me cogió de la mano:

—Por eso te quiero tanto, Quintilio —dijo mirándome a los ojos.

Arrio y yo nos sentamos en la boca del pozo. Me refresqué con un trapo empapado en agua el moratón que se me estaba hinchando el dedo que mi apacible amigo Hicesio, que ahora se acercaba a mí, me había pisado con toda la fuerza que tenía.

—Griego, ¿por qué no me explicas lo que os traéis entre manos en lugar de destrozarme el pie? —le pregunté, mientras le saludaba de manera poco cordial.

—Quintilio, cuando no se entienden las cosas, es mejor callar. Todos se van, pronto podrás entrar en la casa y la propia Arethi te explicará lo que, por ti mismo, no has conseguido comprender.

Los dos campesinos que nos habían ayudado también se marcharon, y yo entré en la villa con Hicesio.

Arethi estaba preparando una bebida reconstituyente, porque el día había sido un poco pesado.

—¡Quintilio no ha entendido nada! —exclamó Hicesio haciendo un primer balance.

—Es lógico, es un portento haciendo pozos, ¡pero no es griego! —respondió Arethi sonriendo, mientras nos servía las bebidas.

—Quintilio, todo lo que hemos hecho ha sido ejecutar tu plan —explicó Arethi mientras yo seguía esperando una aclaración—. Plan que ya era perfecto desde la primera propuesta que formulaste, cuando apareciste en mi casa completamente magullado.

—Bueno, ¿queréis hacerme el favor de explicarme a qué venía todo ese jaleo alrededor del pozo con vuestro cuñado?

—Quintilio, hemos realizado tu proyecto —continuó Hicesio—. Pero sólo esta mañana me he enterado de lo que habíais hecho aquí, yo no sabía que habíais encontrado tan excelente agua. Así que Arethi y yo hemos pensado en ofrecerle a Parmenión, en lugar de la mitad del dinero del lote vendido, ¡otro pozo para el agua!

El rápido intercambio de posiciones en la negociación me había confundido.

—Hicesio, por favor, explícamelo de nuevo con calma.

—¡Quintilio! Hemos vendido por veinticuatro mil denarios la parcela que no le interesaba ni a Parmenión ni a Arethi. —Hicesio empezó a explicarme como si estuviera enseñando a contar a un niño.

Arethi reía dichosa, lo cual me irritaba mucho porque normalmente se mostraba indiferente, y ahora, de repente, entendía todas las artimañas de la negociación.

—Hemos vendido esa tierra por veinticuatro mil denarios. Doce mil iban a ser para Arethi y doce mil para Parmenión. ¿Hasta aquí lo entiendes?

—Por supuesto, está clarísimo, Hicesio, ¿y qué es lo que no entiendo? —le contesté.

—Pero tú, después de haber realizado el proyecto de división, has aumentado una enormidad el valor de la parcela con la villa. Ahora que tienes agua limpia, esta parcela quizá valga el doble. Ésa era la duda de Parmenión. Si este solar valía antes ochenta mil denarios, ahora vale por lo menos ciento cuarenta mil, o incluso ciento cincuenta mil, ¡gracias al agua! ¿Has entendido bien?

—¡Sí, entendido! Pero yo no podía saber que el agua valiese tanto. Sin embargo, sólo puedo alegrarme por Arethi, ¡porque con nuestro

trabajo ve aumentar el valor de su propiedad!

—Perfecto. Ahora sígueme con atención, Quintilio, porque ahora viene la parte que no entiendes —continuó Hicesio—. Aquí el agua bebible, para hombres y ganado, tiene un valor inmenso. Si le hubiera ofrecido a Parmenión los doce mil denarios de la parte de Arethi de las tierras vendidas, ¡habría sido muy poco ahora que esta villa tiene agua!

—¡Ah! ¡Mira por dónde! —se me escapó.

—Sí, y toda la negociación estaba a punto de venirse abajo. En lugar de dinero, le ofrecí a Parmenión, y en tu nombre, un pozo como éste, que comenzarás a cavar de inmediato con la ayuda de tus legionarios. Y esto también aumentará enormemente el valor del otro lote.

—¡Ah, ahora lo entiendo! —le respondí—. Pero habrá mucho trabajo por delante.

Por fin me quedaba claro el embrollo. ¡Sólo Hicesio podía llegar al fondo de semejante maraña!

Empecé a pensar de dónde sacaría la mano de obra para la excavación, y entonces me vino algo a la cabeza:

—Hicesio, ¿y para eso necesitabas destrozarme el dedo gordo del pie?

El griego meneó la cabeza y dijo desconsoladamente:

—Arethi, por favor, ¡explícaselo tú!

—Quintilio, ¿te ha quedado claro lo que hemos hecho? —me preguntó la mujer. Yo asentí con la cabeza—. Si está todo claro, Arrio y tú llamaréis a vuestros colegas y levantaréis otro pozo igual que el mío para mi cuñado. Yo pagaré todos los gastos, y ofreceré un rico premio a los que trabajen. Arrio tendrá como premio el dinero que le hace falta para redimir a la mujer que ama y algo más, por si acaso. Tú tendrás como premio los doce mil denarios que me has ahorrado, ¡la mitad del lote ya vendido! ¿Estás contento?

¡Me quedé boquiabierto y mudo! ¡Más que contento estaba encantado!

En ese instante sentí un golpecito en el hombro. Me di la vuelta y vi a Cleide con el bebedizo en la mano: ¡me había visto fatigado y necesitado de un tonificante!

IX.

Supongo que fue el exmercenario Eustratios el que hizo correr la voz de que había trasiego de mujeres en nuestro granero. ¡Sólo podía haber sido él!

Por eso, cuando al día siguiente di una vuelta por el cuartel en busca de algún voluntario entre los legionarios que no estaban de servicio para excavar el pozo de Parmenión, éstos se daban codazos por participar en el trabajo. Fue necesario hacer una primera selección entre los más aptos, descartando a los enclenques, y para el resto hubo que echarlo a suertes.

¡Nunca se había visto una participación tan diligente en un trabajo del Cuerpo de Ingenieros! No tuve la confirmación, o tal vez fuera sólo un bulo, pero oí que incluso se había producido un intento de soborno y otro de compraventa del derecho a ir a excavar, por el que le ofrecieron a la contraparte, ¡dos meses de *stipendium*!

Así que, mientras volvía a la villa con los hombres necesarios, me planteé que tarde o temprano tendría que resolver aquel asunto del granero.

Preparé un par de plomadas y una plantilla hecha con tablas delgadas con el diámetro del pozo, y envié a Eustratios y Domicio, que ya conocían a los hombres del horno, a comprar los ladrillos que necesitábamos.

Hice una inspección con Parmenión, que me indicó dónde quería su pozo, y puse a los hombres a la faena.

En sólo dos días, se excavó el pozo hasta la durísima capa que tan bien conocíamos. Desde luego, a los hombres no les importaba excavar una hora a destajo, y luego dar paso a otro legionario fresco.

Para entonces ya estábamos familiarizados con el trabajo y en cuanto pudimos, se empezó a colocar el revestimiento del pozo, lo que se hizo disponiendo los ladrillos de forma ordenada y echando de tanto en tanto alguna que otra palada de puzolana.

Justo después, montamos el martinete que servía para asestar fuertes golpes con el tronco de pino que llevaba en la punta la reja

del arado. De esta forma, en un día, cincelamos el suelo compacto hasta perforar los diez pies de grosor de la veta estéril y llegar a la arena y la grava que se encontraba debajo.

Parmenión observaba con interés nuestra eficacia romana, pidiendo de vez en cuando alguna información. Y justo cuando brotaba la primera agua limpia y empezaban a sacar los primeros cubos, los hombres del horno que nos abastecían de ladrillos también vinieron de visita.

Me alegré de conocer a tanta gente enamorada de su trabajo, les ofrecí vino y al mismo tiempo, le pedí a Parmenión si podía preguntarles por qué habían tenido la feliz idea de venir a visitarnos.

Descubrí que su visita no era pura y simple cortesía. Estaba relacionada con un asunto muy sencillo: ¡no les habían pagado, ni por la primera ni por la segunda entrega de ladrillos! ¡No habían recibido ni un as de cobre!

En un abrir y cerrar de ojos lo comprendí todo: el exmercenario Eustratios y el legionario Domicio se las habían arreglado para poder tener siempre mujeres jóvenes en el granero. Yo les había dado dinero para pagar los ladrillos, pero ellos lo habían utilizado para algo muy distinto.

Me dirigí de inmediato al granero a pedir explicaciones, pero encontré a tres legionarios haciendo cola, esperando su turno, y a otros dos que acababan de salir, tumbados bajo el porche bebiendo vino.

Por lo que pude comprender, el legionario Domicio había organizado a sus compañeros de manera que todos trabajaran un turno en la obra a cambio de un revolcón gratis en el lupanar, amén del vino por cuenta de la casa, después otro turno en la obra y ¡así sucesivamente!

La rotación de hombres era prácticamente continua. Habían instalado en el granero un auténtico lupanar.

Decidí prudentemente no levantar ninguna polémica, estaba solo y no sabía cómo se lo tomarían los legionarios, que eran unos cuantos y que yo mismo había elegido de entre los más robustos.

Al día siguiente el pozo ya estaba terminado y entregado al más que satisfecho Parmenión, que ya estaba listo para construir una nueva granja y comenzar las labores agrícolas.

Los legionarios, entristecidos por el fin del jolgorio, se resignaron a regresar a sus barracones como si les correspondiese ir a un funeral. Antes de marcharse, uno de ellos tuvo incluso la osadía de preguntarme si quedaban más pozos por excavar en las cercanías.

Estuve en un tris de ir a agarrarle a Domicio del cuello, pero justo en aquel momento oí una voz que me llamaba desde la ventana del dormitorio: «Quintiliooo… pero… ¿dónde estáááás…?».

Por la tarde se había fijado una reunión con Hicesio y el tribuno Elpidio en la oficina del banco.

Llegué a la cita un poco antes de la hora fijada e Hicesio aprovechó para informarme del depósito que se había hecho a mi nombre aquella mañana. Diotimo había venido a propósito para traer un escrito, una carta de depósito de doce mil denarios; a la hora quinta, al tutor ya se le habían subido los colores.

Poco después llegó también el tribuno Elpidio, y Athanasios ordenó que sirvieran la cena que había encargado en una *popina*[23]; después se marchó a su casa mientras los guardias de escolta permanecían en la entrada de la oficina.

—Me alegra verte de nuevo y con buena salud, Hicesio —dijo el tribuno tras unas breves palabras de cortesía, y nos sentamos a cenar.

—Estoy aquí esta noche para agradecerte por tu cooperación en la desafortunada misión que acaba de terminar. Muy desafortunada por desgracia, aunque debo decir que nuestro Quintilio completó su tarea. Ahora, sin embargo, el Mando ya no sabe cómo recomponer la situación. Todo lo que habíamos preparado para el Reino del Bósforo, acuerdos políticos, pactos, planes para la base naval, todo se ha ido al traste, y tendremos que empezar de cero. Nadie quiere ir a presentar los resultados a César… pero ése es otro asunto. ¿Te has instalado bien aquí en Thessalonica?

—Te agradezco la cortesía, tribuno —le respondió Hicesio—, y también te agradezco que honres mi hogar molestándote en venir

hasta aquí. Últimamente he preferido no frecuentar demasiado los ambientes públicos romanos, y sabes de sobra por qué.

La sopa de calamares era excelente e Hicesio continuó:

—En los últimos años, como bien sabes, ayudamos al partido de César y siempre existe el riesgo de que alguien intente vengarse. Un viejo asunto sin resolver con el Erario del Estado podría ser la excusa para quitarme de en medio.

—Sí, lo sé. En Roma, la situación es complicada debido a muchos políticos y partidarios de las facciones que se han colado por todas partes —confirmó el tribuno—. Afortunadamente, aquí en Macedonia la situación es mucho más tranquila, y me complace traerte noticias de tu latifundio, el que se encuentra a septentrión de Thessalonica y que le arrebataron a tu familia. Con mi secretario hemos examinado algunos documentos de la época, los que aún se podían encontrar, ya que estamos hablando de escrituras de hace más de treinta años. El asunto ya no puede reconstruirse por completo, pero no cabe duda de que Duilio Nepio, el padre, y su hijo homónimo, fueron dos absolutos canallas que deshonraron a nuestro ejército. He oído que el hijo fue asesinado hace unos meses con toda su familia, en Atenas, no sé si te habrá llegado la noticia.

Hicesio y yo pusimos cara de asombro, como si no supiéramos nada de lo que le había ocurrido al muy canalla, y seguimos comiendo.

—Pero aun así no nos sorprendió —continuó el tribuno—. Había tanta gente que lo quería muerto después de que revelara la lista completa de los participantes en la conspiración de Atenas, que ya sabíamos que acabarían pidiendo la vez para tener el honor de matarlo. Por eso el juez le había dejado marchar voluntariamente; ¡sabía que no saldría indemne! Pero olvidemos los muertos y hablemos de los vivos. Te estaba diciendo que no será posible reconstruir los hechos de hace treinta años, pero he pedido una dispensa especial al prefecto de Thessalonica para que seas rehabilitado, de una vez por todas. Aportaremos los testimonios necesarios, tanto para la misión en el Attica del año pasado como para ésta. Ya he preparado los escritos. Y por los méritos adquiridos con la última misión he pedido que te sea devuelto el latifundio que

un día perteneció a tu familia. Con la muerte de Nepio ha sido abandonado y corre el riesgo de ser confiscado por la Oficina de Bienes del Estado.

—Te estoy muy agradecido, tribuno. No dudaba de que te interesarías por mi caso, y espero que nuestros deseos puedan hacerse realidad. También debo agradecerte el dinero que me enviaste a través de Quintilio. A este respecto, quería recordarte que Quintilio contó con la colaboración de un inteligente banquero judío de la ciudad de Tomis, en Tracia. Estaba pensando en enviarle un agradecimiento tal vez, si fuera posible, a través de una persona que debe pasar por allí.

—Claro, Hicesio. Uno de mis hombres podría hacerse cargo. Necesitamos información constante sobre los movimientos en esa zona fronteriza —continuó el tribuno—, pero quería preguntarte lo siguiente: ¿cuántos argentarios hay en esa zona limítrofe?

—En la frontera con Tracia hay varios. Están dispersos entre la población, pero en Tomis hay siete u ocho, entre argentarios, cambistas y numularios. Todos ellos son judíos, y están en contacto constante entre sí.

—¿Y tú crees que esos argentarios judíos que viven en esas regiones, y que son además las fronteras de nuestro comercio, son dignos de confianza? ¡Respóndeme tú, Quintilio!

—El argentario Meshar, al que he conocido en persona, es un hombre honesto. Antes incluso de saber quién era yo, me habló en nuestro idioma, me reconoció al instante como ciudadano romano y, espontáneamente, me pagó el baño cuando iba buscando información. Es evidente que estos judíos están dispersos por aquel territorio y no han conseguido formar su propia colonia; se afanan por pequeños préstamos ayudándose unos a otros. Tengo la impresión de que también son mal tolerados por la población.

—Quintilio lo ha comprendido muy bien —asintió Hicesio—. Estos judíos pertenecen a familias aisladas que se apoyan mutuamente por lazos de parentesco y religión, y que no se mezclan con los tracios. Suelen ser personas rectas, religiosas y leales a los deberes de la familia y de su pueblo. Creo que son despreciados por los tracios, y sólo los toleran por pura necesidad. Esos argentarios no tienen

mucha fuerza económica, son pobres, ése es el verdadero problema —continuó el griego—. Tendrás que pensártelo bien, tribuno, porque cualquier expansión de nuestros mercados que lleve hasta allí los bienes de la civilización requiere dinero y crédito, algo que sólo pueden proporcionaros los argentarios. Y los tracios no tienen nada de eso. Deben necesariamente confiar en esos judíos. Si fortalecemos la posición de estos pequeños argentarios, aumentaremos la penetración de las mercaderías de Roma. Pero eso no es lo que querías saber ahora. Querías saber si son de fiar para nosotros, es decir, si podemos confiar en ellos lo suficiente como para entregarles mensajes escritos comprometedores.

El tribuno Elpidio asintió gravemente con la cabeza, mientras mordisqueaba un muslo de pollo.

—Yo creo que se puede confiar en ellos —concluyó Hicesio—. No en todos, ciertamente. Las personas deben ser escogidas. Estoy convencido de que se puede confiar en ellos, aunque no abiertamente y a la luz del día. Creo que esta gente, los judíos, no desea servir a los romanos, a quienes desprecian secretamente por tener otra religión, pero seguramente ayudarían en secreto a colegas griegos. Sería una colaboración honesta. Lo viste en esta última expedición. En ninguna otra parte de la república un banquero habría dado ese dinero a Quintilio sólo con su palabra.

—Es muy interesante lo que afirmas, Hicesio —respondió el tribuno—. Incluso un colega mío ya me ha advertido que estos judíos nunca colaborarían abiertamente con Roma, tanto porque no pueden hacerlo ya que viven aislados entre los tracios y en una condición de sumisión e inferioridad, como porque, y ésta es la razón principal, no ven las cosas de la misma manera que nosotros. Es lo que tú dices, tienen otros dioses.

—Por otra parte, no hay rastro de argentarios judíos a septentrión del río Ister[24] —continuó con su explicación Hicesio—, y eso es obvio: entre esos pueblos nómadas de las estepas no hay trabajo para un argentario porque no tienen propiedades, tienen todos sus bienes a lomos de sus caballos y sólo hacen trueque de ovejas, caballos y mujeres.

—¿Y crees que hay argentarios en el Reino del Bósforo?

—Sí, claro que los hay, tribuno, pero ésos son griegos. Con ellos se nos podría facilitar el intercambio de información, pero serán mucho menos de fiar para el trabajo en el que estás pensando, porque están incrustados en la población y, por tanto, es fácil que cambien de bando. Yo no tendría la misma confianza en ellos que en los judíos de los que hemos hablado antes.

Mientras escuchaba, empecé a darme cuenta del gran atolladero en el que se encontraban el tribuno Elpidio, el general Escaurio y el propio César, con este reino cimerio heredado de Pompeyo, pero tan lejano que resultaba difícil de controlar.

Seguimos un buen rato discutiendo sobre la circulación de cartas de crédito entre los argentarios, la transmisión de papiros con mensajes secretos ocultos en su bastoncillo central de madera, el *umbilicus*, y de códigos secretos. Fue una cena muy agradable en la que nos olvidamos de los rangos.

Ya entrada la noche, el tribuno Elpidio se despidió.

En la puerta, en voz baja, se dirigió a mí:

—Quintilio, tu partida rumbo a Italia está cerca. Pasado mañana te llamarán del cuartel, aún hay asuntos que discutir.

Entendí por el tono que algunas de estas cosas debían ser absolutamente desagradables, al menos para él, y no podía ser de otra manera ya que la reciente expedición había sido organizada en gran parte por él.

—También partirán contigo Arrio y Domicio, que en Roma podrían aportar detalles del viaje, interesantes para un militar y que tú podrías haber pasado por alto.

—Estoy a tus órdenes, tribuno.

Ya era tarde y aquella noche me quedé a dormir en casa de Hicesio, pues no me fiaba de desplazarme solo por la traicionera ciudad de Thessalonica.

Por la mañana, antes de marcharme, desayuné con el griego, y éste me sorprendió con algo que me dijo:

—Quintilio, si alguna vez tienes algo complicado que hacer y, consciente de tus limitaciones como agrimensor, necesitas mi ilustrado consejo, pues que sepas que puedes recurrir a mí sin ningún complejo. Estoy empezando a cansarme de estar escondido

en este agujero. Esperaré a ver si hay algún resultado con el prefecto de la ciudad para mi rehabilitación, pero después quiero marcharme una temporada. Ya he hablado con Stratios Persopoulos para que tome las riendas y ayude al joven Athanasios, a quien estoy haciendo el traspaso.

—Te entiendo, griego, estabas acostumbrado a vivir una vida de lujo con tu amo Sextilio, y ahora ser el dueño de un banco se te hace aburrido. ¡Imagina que por alguna razón no hubieras tenido la *manumissio*[25]! —me burlé de él.

—¡Me la merecía, Quintilio! —Cuando se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo, continuó con lo que estaba diciendo—. No tendremos problemas con el banco porque, con el límite que he fijado, Stratios y Athanasios como mucho llegarán a perder mil denarios, no más. Permaneceremos en contacto: podrás enviarme mensajes a este banco, Athanasios sabrá dónde encontrarme. O tal vez ya esté en casa de Pisón en Ravenna. Te enviaré mensajes de Pisón o del prefecto Festio. Ahora mientras estás aquí, toma todo el dinero que necesites. ¡Eres más joven que yo! Yo necesito muy poco. Mientras tanto, me han ordenado que te dé estos mil denarios en monedas, están en esta bolsa, para pagar tus gastos y dar una recompensa a los legionarios que te ayudaron con el pozo.

Era el valor de más de dos años de mi *stipendium* como agrimensor experimentado.

Y al final, mientras yo me levantaba, añadió:

—Y recuerda decirle a Arrio que se han depositado mil denarios a su nombre para que pueda rescatar a su chica. Es un regalo personal de Arethi.

Hice señas a un cochero para que me llevara a la villa de campo, donde lo encontré todo patas arriba. Arethi no sabía por qué no había regresado aquella noche, ni qué me había ocurrido. Temía que me hubiera marchado sin avisarla y que no regresara jamás.

Subí corriendo a consolarla: la encontré llorando. Tuve que explicarle dónde había estado y que me había quedado a dormir en casa de Hicesio.

Pero en cuanto se restableció la calma, le di la noticia:

—Arethi, ya sabes que debo volver al servicio.

—Lo sé… hace tiempo que lo sé —dijo en tono lastimero, y después de un tenso silencio, añadió—: Mira, Quintilio, vosotros los romanos podéis ser buena gente, pero siempre estáis demasiado inquietos, siempre tenéis que correr de aquí para allá, comprendes, no es posible estar con vosotros ni un solo momento en paz y tranquilidad.

—Pero Arethi, ¿qué estás diciendo? ¿Acaso no estoy tranquilo cuando estamos juntos? ¿Qué más quieres?

—¡Vamos, Quintilio, tú ya me entiendes! No te hagas el tonto. ¡Siempre tienes en mente esas expediciones tuyas de las que vuelves muerto de hambre y tan consumido como un pescado reseco… donde no te dan de comer! ¡Si no fuera por Cleide, no sé cómo estarías ahora! Vosotros, los romanos, no amáis la vida, no sé cómo hacéroslo entender.

—Ah, por cierto, y en cuanto a Cleide, ¡no me hables más de ella y de sus malditos brebajes de campesina! ¡Estoy hasta las narices! ¡Debes enfrentarte a esa sirvienta! Es más, ¡deberías deshacerte de ella! La otra noche vino a buscarme con un pote de ungüento, la verdad es que no sé cómo tus siervos pueden tomar semejantes iniciativas, ¡imagínate, incluso quería que me untara ese ungüento en la verga! Pero ¿se ha oído alguna vez que a una sierva se le permita tal comportamiento con un huésped?

—Quintilio, debes comprenderla, es una mujer ignorante, es del campo. Y además se preocupa por tu salud y de que puedas disfrutar conmigo, y yo a su vez contigo. ¿Pero al final te pones ese ungüento? ¿Y funciona? ¿O no funciona? ¡Dímelo! Quiero saberlo.

La miré sin saber si reírme o estallar de rabia.

Sólo me quedaba un día para poner las últimas cosas en su sitio.

Le expliqué a Domicio que me quedaba con su premio, junto con el del exmercenario Eustratios, ya que se habían 'olvidado' de pagar los ladrillos del horno. No me contestaron nada.

Informé a Arrio del premio que Arethi le había concedido, por lo que me dio las gracias, pero señalando que ya tenía el dinero que el tribuno Elpidio le había dado también como premio.

—Pero ¿de qué te preocupas, Arrio? —le pregunté—. ¿De tener más dinero del necesario? Eso significa que tu vida con Domitila será un poco más lujosa, ¿no?

—Pues igual tienes razón, Quintilio —me respondió.

La tranquila vida en el campo le había transformado. Para peor. Parecía senil, no reconocía al *optio* que me había sacado de apuros en el mar Euxino. La vida tranquila no era para él. Debíamos encontrar algo que hacer, y cuanto antes mejor.

Paseamos juntos por la finca, como si fuéramos auténticos terratenientes. Ambos estábamos satisfechos de cómo habíamos arreglado las cosas aquí: mientras caminábamos vimos a lo lejos a dos campesinos sacando agua para los bueyes del pozo que habíamos excavado para Parmenión. Dejábamos este lugar un poco mejor de lo que lo habíamos hallado.

La última noche fue difícil. Arethi estaba un poco intranquila porque se iba a quedar sola. Siempre había sabido que no podríamos estar juntos mucho tiempo. Ella era una rica terrateniente, y yo un agrimensor civil, insatisfecho con la vida ordinaria.

Pero ella no sabía lo que le esperaba al día siguiente. Aquella noche hablamos un poco, más seriamente.

Le pedí que volviera a la vida en la ciudad y que no se encerrara en el campo, ni reanudara el luto, pero al mismo tiempo que no hiciera nada precipitado. Siempre podía contar con la ayuda de su primo Agapios y de Hicesio, y también de Persopoulos, que podía aconsejarla.

Y yo también reflexioné sobre cómo esa mujer rica, a veces caprichosa, al final había podido beneficiarse de nuestra presencia durante un alegre paréntesis, y hacernos felices a todos nosotros también, porque era justo disfrutar de cada oportunidad, porque la vida es breve.

Había sido generosa conmigo y con todos los hombres de mi pandilla. Ahora me apenaba marcharme.

En las horas previas al amanecer, en un momento dado se aferró a mí y la oí llorar en silencio.

Y entonces le pedí algo:

—Arethi, las cuatro chicas del pajar…

—Sí, Quintilio —me respondió entre lágrimas.

—No permitas que vuelvan a hacer la calle. ¿Podrías intentar colocarlas? En algún lugar, hacerlas trabajar con Cleide, qué sé yo, ponerlas a criar gallinas. No dejes que sigan con esa vida. Pronto se quedarán sin un as, no podrán mantenerse, acabarán mal. Sólo son unas chiquillas.

—Sí, Quintilio, ya lo sé, lo haré —respondió aspirando por la nariz.

—Quintilio —añadió poco después, con la voz alterada por las lágrimas —, sólo soy una mujer que ya no tiene a nadie.

—No es cierto Arethi, eres una mujer rica y hermosa, y tus días de mala suerte ya han terminado porque amas la vida, y vas a ser muy feliz.

Me abrazó aún más fuerte y sentí sus lágrimas en mi piel, y luego un mordisco, pero no de resentimiento.

Permanecimos abrazados, pero no volvimos a hablar. Al amanecer me vestí, le di un beso y me fui. Me embargaba una gran tristeza, no pude añadir nada más.

Ella sabía que yo quería que se quedara allí en la cama y que no bajara a acompañarme, ni a saludarme desde la ventana.

Al pasar por la cocina le di un beso en la mejilla a la vieja Cleide, que sin mediar palabra me entregó un frasco de pomada para los muslos y las nalgas, bajé por el camino con mi zurrón y las pocas cosas que llevaba y me junté con Arrio y Domicio que ya estaban ahí esperándome.

La roja luz del amanecer nos sorprendió mientras caminábamos.

LOS PAPIROS DE ALEXANDRIA

X.

—¿Esta vez sí que se ha acabado, eh, Quintilio? —se burló de mí el tribuno Elpidio con una sonrisa.

— Sí, tribuno, esta vez sí que se ha acabado. Hemos hecho todo lo que hemos podido por nuestra parte, y te aseguro que no podríamos haber hecho nada más, en serio.

—Claro, Quintilio, eso todos lo sabemos. Gracias a ti, ahora conocemos las rutas terrestres a través de esas áridas praderas, pero el resto, lamentablemente, fue un absoluto fracaso. Y para colmo, la muerte de Agripa. No sé qué sucederá en la Urbe una vez que hayan comprendido todo lo que pasó —continuó hablando el tribuno mientras jugueteaba con un cálamo—. A vosotros tres, que habéis regresado vivos de la expedición, se os interrogará de nuevo en Roma, porque quieren conocer detalles que sólo la viva voz de los testigos puede aportar. Los testimonios que disteis aquí en Thessalonica hace unas semanas fueron muy útiles para enviar una relación del 'incidente' al Mando de la Urbe, pero me temo que esas declaraciones valen muy poco. De hecho, no valen nada.

—Yo también me había preguntado en innumerables ocasiones si el asunto terminaría aquí y nunca se volvería a hablar de ello. Sin embargo, hemos respondido a todas las preguntas que nos han hecho, tribuno, y no tenemos nada que ocultar —le señalé.

—Sí, desde luego, y eso es cierto desde tu punto de vista. Pero, mira, en este cuartel fuisteis interrogados por una comisión de investigación presidida por el general Escaurio, ¡y la traición que llevó al exterminio de la unidad fue preparada por dos hombres de su Estado Mayor! Una investigación cuestionable que dará lugar a críticas feroces, cuando no a graves sospechas. Ten por seguro que en la Urbe querrán que se llegue hasta el fondo del asunto.

Mientras me explicaba cómo estaban las cosas, el tribuno jugueteaba ahora con la punta de hierro de un *pilum*, que servía para mantener aplastado sobre la mesa un manojo de hojas de papiro, ahora con unos cálamos que no eran culpables de los trágicos resultados de la expedición.

El tribuno estaba mucho más preocupado de lo que aparentaba.

—El hecho es que no debe hablarse a la ligera del fracaso de nuestra expedición. Los tres, por supuesto, tendréis que presentaros en el Mando, no podréis rehusar dar aclaraciones en persona, pero lo mejor es que no lleguéis a Roma demasiado pronto porque sólo acabaríais siendo pasto de oficiales curiosos a los que no podríais negar información. No sé qué pasaría si se extendieran rumores incontrolados. Seguramente alguien del partido opositor a César se aprovecharía de ello azuzando alguna intriga en el senado, ése es mi gran temor. Por eso he decidido que te presentes en el Mando justo a tiempo para responder a la comisión de oficiales de César, no antes.

—No tienes más que ordenarlo, tribuno. Los tres podríamos instalarnos en algún sitio y salir sólo el día que nos llamen para hacernos esas preguntas. ¿Crees que tenemos algo que temer?

—No, vosotros no tenéis nada que temer. Todo el mundo sabe que dijisteis la verdad y que la unidad sufrió una emboscada. Incluso tenemos las confesiones de los sicarios que os esperaban aquí en Thessalonica. Me encargaré de que no surjan más problemas para vosotros tres. ¡Pero hablemos de lo que nos queda por hacer! Estáis a punto de regresar a la república, y me gustaría que lo hicierais por mar y no por la Vía Egnatia. Disponemos de naves rápidas, viajaréis cómodamente.

—Eso no supone ningún problema para mí, tribuno. Ya he recorrido la Vía Egnatia hasta Dyrrachium tres veces y no me llama demasiado la atención. —Sin embargo, un viaje por mar no era necesariamente menos cansado, y a veces las olas traían sorpresas inesperadas.

—Nos reuniremos todos en Roma tres o cuatro días antes de los idus de diciembre[26]. La comisión de investigación se establecerá en esos días, justo antes de la llegada de César. Mientras tanto, permaneceréis ocultos en Atenas. He pensado que podríais pasar unos días tomando medidas en un almacén de las oficinas de la Aduana que está bajo el mando del general Nerva, un viejo compañero de armas con el que serví en la Galia. No os llevará

mucho tiempo, supongo que lo terminaréis en un abrir y cerrar de ojos.

Llevaba casi un año ausente de Italia, y el tribuno, viendo mi perplejidad ante la amenaza de prorrogar la misión, añadió:

—No debes preocuparte, Quintilio, sólo serán unos días, Atenas está prácticamente en el camino hacia Italia, ¡y es una ciudad tan grande como Roma! Aún tendrás a Arrio y Domicio contigo para que te echen una mano. ¿Sabes lo que estaba pensando? Si Hicesio quisiera ir contigo, podría ahorrarte algo de tiempo haciendo los cálculos. Si se lo pides seguro que irá, porque Atenas no está lejos de aquí, sólo a unos días en barco. Y una vez que termine lo del general Nerva podrás visitar la ciudad, que no es algo que se pueda hacer todos los días. Para ti serán unas vacaciones, y me encargaré personalmente de que te ayuden nuestros hombres destinados allí para que no corras peligro.

Ciertamente no podía protestar ante la solicitud del tribuno: ni siquiera era una orden, sino más bien una cortés petición. Cuando lo había necesitado, él no había dudado en venir a sacarme de la cárcel Mamertina. Al final, se trataba de perder tan sólo unos días, además no tenía ningún compromiso urgente en Italia.

Hablamos de varios temas y de las preguntas que me harían en Roma sobre la expedición en Cimeria. Y al final, me recordó con aire serio:

—Guarda cuidadosamente el pergamino de piel de conejo con el diario de la expedición: lo necesitarás para no correr el riesgo de contradecirte. Además, te doy un consejo: no hables de ese asunto del interrogatorio con Arrio y Domicio. Si lo habláis entre vosotros, es inevitable que lleguéis a una versión consensuada de los hechos, lo cual, te lo advierto de antemano, podría resultar peligroso. En estas investigaciones, los interrogatorios corren a cargo de ciertos oficiales, viejos zorros, que saben distinguir en un instante si hay algo erróneo en una narración, algo inventado. Así que no cometáis el error de poneros de acuerdo. Sed sinceros, contad las cosas que cada uno de vosotros vio, con vuestras propias palabras.

Me tomé su consejo al pie de la letra y me di cuenta de que este interrogatorio iba en serio.

—Que tengas un buen viaje, Quintilio —me deseó por último al despedirse—. Vigila de cerca a tus dos compañeros, y que se presenten en el cuartel en el momento indicado. Sus declaraciones servirán de apoyo a las tuyas, ¡para que este asunto se cierre de una vez por todas!

Enseguida me encontré a Arrio y Domicio de charleta con colegas suyos en el patio de armas:

—El programa ha sufrido un ligero cambio —le expliqué a Arrio—. Pasaremos unos días en Atenas, serán prácticamente unas cortas vacaciones. El tribuno prefiere que nos presentemos en el Mando de la Urbe para prestar declaración en el último momento. Me ha hecho entender que vosotros dos estaríais obligados, por vuestro rango, a responder a las preguntas de cualquier oficial superior con el que os cruzaseis en el cuartel. En cambio, cuanto menos se hable de la conclusión de nuestra expedición, mucho mejor.

—En la práctica, ¿estamos de permiso? —me preguntó Domicio sonriendo.

—En teoría, sí. Sólo que hay que hacer un trabajito en Atenas, un favor que me ha pedido el tribuno, pero que no debería suponer gran cosa por lo que he entendido.

Arrio ya mostraba signos de preocupación:

—Pero ¿no será largo? Sabes que tengo ese tema pendiente…

—Lo sé, Arrio, no lo he olvidado. —Era el asunto de la criada a la que quería rescatar en Placentia, en el Po. Le había prometido que le ayudaría.

—De todas formas, debemos estar en la Urbe antes de los idus de diciembre, así que no tardaremos mucho. ¡Ésas son las órdenes!

No perdí más tiempo con ellos dos y mientras ya empezaba a oscurecer, porque a finales de octubre los días empiezan a ser muy cortos, en la plaza paré un carruaje que me condujo al centro de Thessalonica.

Por el camino razoné que la última vez que había visto al griego Hicesio, había tenido la impresión de que estaba esperando cualquier excusa para alejarse de su trabajo de argentario y de las negociaciones de préstamos a indolentes pastores de ovejas o ignorantes y enriquecidos comerciantes de aceite.

Incluso me había ofrecido socarronamente su ayuda.

Caminé los últimos cien pasos para comprobar si había alguna cara sospechosa por los alrededores, y luego llamé a la puerta de su oficina de argentario.

Athanasios me abrió la puerta y, tras comprobar meticulosamente la calle, puso el pasador en la puerta y, tras sacar las llaves, me condujo a través del anónimo patio interior hasta la casa del griego.

Hicesio estaba enfrascado con sus enmohecidos papiros que cubrían la mayor parte de la mesa junto con restos de comida no demasiado recientes. Había un par de candiles y una vela que, más que alumbrar, ahumaban la estancia.

—¡Ah!, ¿eres tú, Quintilio? Creía que ya habías partido hacia Italia —ésas fueron sus palabras de bienvenida.

—Efectivamente, estamos listos para partir. He pasado a verte porque que el tribuno nos ha alargado un poco el viaje de regreso.

—¿No vendrás a quejarte por eso, eh, Quintilio? Piensa que tus dos amigos y tú ni siquiera sufriréis las angustias de algún apático centurión, y que lleváis casi un año viajando a expensas del Estado. Es cierto que os habéis jugado el pellejo, pero si lo piensas por un instante, ¿quién no se arriesga hoy en día?

—Puede que sea como dices, pero tengo que confesarte que no me importaría holgazanear un poco por tierras itálicas, ¡donde la comida es la que comía de niño y la gente habla un idioma que entiendo!

—En cuanto a la comprensión de la lengua, sólo tienes que compadecerte de ti mismo. De todos modos, ya deberías saber que en griego o en latín la gente siempre dice lo mismo. Pero veo que estás un tanto alterado, y tal vez hayas venido a hablarme de algo. Athanasios, ¿qué te parecería si pidiéramos comida para los dos de la pequeña *popina* que está aquí cerca?

El ayudante me vio sonreír ante las debilidades del griego que se encontraba atrapado entre papiros, desperdicios y papeleo de préstamos, y se fue a buscarnos algo de comer.

—Ahora te cuento, Hicesio —continué despejando un banco de algunos papeles—. Por lo que he entendido tras hablar con el tribuno, el fracaso de la misión de Agripa en Cimeria y la eliminación

de la unidad provocarán que rueden cabezas entre los oficiales. Bueno, en realidad no me lo ha dicho, pero cuesta poco imaginárselo.

—Yo también creo que esto acabará mal para alguien. Cuando suceden este tipo de cosas, o se encuentra al culpable de inmediato o hay que encontrar a alguien adecuado a quien echarle la culpa de todo, no cabe otra.

—El tribuno Elpidio teme que antes de que nos interroguen los oficiales de César en Roma, que sin duda querrán hablar con nosotros, los supervivientes, para tener noticias de primera mano, alguno de nosotros tres termine dando noticias a algún desconfiado oficial que pueda montar un complot contra el partido de César.

—Es obvio, Quintilio, el tribuno ha acertado. Por lo que he sabido, se trató de una traición. Y también entiendo sus preocupaciones porque está profundamente involucrado en esta operación. Sin duda, el asunto llegará al senado. ¿Temes que puedan encarcelarte otra vez?

—No, el tribuno está seguro de que no sucederá. Otra cosa le preocupa, creo. Lo he pensado: en la Urbe siempre puedo fingir que no sé muchas cosas porque sólo soy el agrimensor que dibuja los mapas y hace el conteo de pies y millas, en definitiva, soy un civil. Por otro lado, Arrio y Domicio son dos legionarios transferidos al Cuerpo de Ingenieros. Ellos dos no pueden negarse a responder ante un oficial superior, y podrían dejar escapar información que, si fuera mal utilizada por algún sabihondo… así que al tribuno le gustaría mantenernos alejados unos días antes de ir a Roma. Nos quedaremos en Atenas.

En ese instante entró Athanasios con un sirviente que nos entregó un par de bandejas con nuestra cena.

Comenzamos a picotear un poco de verduras fritas.

—¿Así que realizaréis una parada en Atenas?

—Sí, Hicesio, en realidad hay un trabajito que realizar, mencionó unas mediciones que hay que tomar en un cuartel, y quería preguntarte si te gustaría acompañarme. Viajaremos cómodamente por mar, me lo ha asegurado el tribuno. Y sólo sería un compromiso de unos pocos días.

No cabía duda de que el griego estaba aburrido de la vida que llevaba en Thessalonica, y empecé a ver cómo le brillaban los ojos.

—La verdad es que llevaba tiempo pensando en ir a buscar algunos libros nuevos, y ciertamente, hay varias librerías bien surtidas en Atenas. Conozco bien a los libreros de Thessalonica a estas alturas, ya sé lo que se puede encontrar en sus emporios. Y, en cualquier caso, si puedo, me veré encantado de echarle una mano al tribuno Elpidio, que está indagando sobre cómo resolver mi situación con los inspectores del Erario. Aún siguen buscándome.

—Me alegro de que estés con nosotros. ¡Veremos juntos Atenas! Y trabajaremos juntos durante unos días como hicimos en Mantua. Prepara tus cosas, nos encontraremos pasado mañana al amanecer en el muelle de mando del puerto para embarcar en una nave militar.

Nos llevaron a Atenas en una veloz *actuaria*[27] que servía para el Mando y, una vez en el mar, les expliqué a Arrio y Domicio lo poco que sabía del trabajo que nos esperaba.

No vi a Hicesio durante un par de días: estaba ocupado discutiendo con el capitán de la nave sobre las estrellas y los cálculos que podían servir para mantener el rumbo incluso por la noche.

Durante el viaje, una sutil inquietud empezó a hacerme compañía.

Con el final de mi permiso en la villa de campo, también había terminado mi aventura con Arethi, una mujer, rica y noble, a la que nunca habría podido siquiera acercarme de no haber sido por la casualidad y la misión que, accidentalmente, me había permitido conocerla. Al no tenerla ya cerca, me di cuenta de lo grande que era la distancia que nos separaba. La nuestra había sido una relación posible sólo gracias al aislamiento de una casa de campo y por la condición especialmente frágil de la viuda. Nunca podría haber durado mucho.

Cuando nos hubiéramos cansado de los placeres de Venus, ¿qué podría haber hecho yo para complacerla? ¿Acompañarla a banquetes con miembros de la nobleza local, oficiales superiores y magistrados?

Podría haberme quitado las cáligas y haberme calzado unos zapatos elegantes, pero nunca habría estado a la altura de la bellísima viuda.

Había sido mejor reincorporarme a filas antes de que nuestra aventura se desmoronara. En el recuerdo siempre nos querríamos como si aquellos días nunca hubiesen tenido fin.

Claro que echaría de menos aquel largo permiso, ¡y de por vida! De pronto me dio por sonreír al recordar a la vieja sirvienta Cleide atormentándome con sus brebajes.

Mirando a lo lejos, mar adentro, apoyado en la amurada de la nave, recordé los peligros que había corrido y a mis amigos muertos. Las noches en los campamentos instalados en la estepa. El olor a humo de los arbustos secos que quemábamos para calentar algo de comer. ¡Y el hambre! Compartida a partes iguales entre todos, oficiales y subalternos. El olor del sudor de los legionarios, el polvo del camino y las largas marchas, cada uno aislado en sus propios pensamientos.

No todos eran amigos míos en la unidad que había sido masacrada. Algunos, de hecho, muchos, eran ciertamente unos holgazanes, los hechos lo habían demostrado claramente. Pero los oficiales y mi colega Calpurnio se habían merecido mi estima. Más de una vez había imaginado que él y yo habríamos podido trabajar juntos después de la expedición. Y seguía siendo un misterio por qué los tres habíamos sobrevivido.

Al final, los supervivientes éramos personas que quizá lo merecíamos menos que los demás. ¿Había hecho el destino su elección? Una vez oí decir que eran los mejores los que sobrevivían.

Tal vez no fuese así. No podía saberlo, pero ciertamente yo no estaba entre los mejores. ¿Y Domicio entonces? ¿Y Arrio?

De vez en cuando, volvía ese pensamiento que nunca se iba del todo: ¿nos iban a permitir los dioses regresar a nuestra tierra? ¿Tendríamos que pagar un precio por ello?

Arrio intuyó algo de lo que pasaba por mi cabeza al verme contemplar el mar durante largas horas apoyado en el balcón de proa de la nave, y de buen humor me preguntó:

—Quintilio, ¿qué te preocupa? ¿Tienes esposa e hijos esperándote en Roma? La Urbe siempre estará allí, aguardando, ¿qué asuntos tienes que sean tan urgentes?

No tenía esposa y tampoco una prometida esperándome. De vez en cuando me venía a la mente el recuerdo de Regila, la joven nieta del arquitecto Sextilio. Tiempo atrás, yo le había gustado, pero no me había declarado y ella se había desposado con otro. Tal vez tendría ocasión de volver a verla en Roma, ni siquiera sabía cómo estaba. Por qué me preocupaba entonces de lo que hacía aquella mujer, no lo sabía.

Pensamientos contradictorios e inconclusos se arremolinaban incesantemente en mi mente durante los días que duró el viaje en la esbelta nave militar hasta el Pireo, el puerto de Atenas.

Al desembarcar en el Pireo nos acompañaron a un enorme cuartel frente a los muelles.

Ya habían sido avisados de nuestra llegada y un ordenanza nos condujo a Hicesio y a mí a un diminuto alojamiento de la primera planta, por un pasillo donde daban otras pequeñas estancias ocupadas por oficiales. Arrio y Domicio fueron alojados temporalmente en un pequeño cuarto contiguo al *valetudinarium*[28] para mantenerlos separados de las tropas.

Esa misma noche, ambos pidieron un permiso al centurión del cuerpo de guardia para dar una vuelta por las dos o tres tabernas que había en el puerto.

Todo el puerto estaba rodeado de altos muros, estaba vigilado y nadie podía salir del recinto portuario; el centurión les concedió el permiso, siempre que un par de camaradas de armas los escoltaran con órdenes de vigilarlos para que no se emborracharan ni se metieran en ninguna reyerta.

El tribuno Elpidio había tomado medidas para informar a los oficiales de este cuartel de que, tanto para mis dos camaradas como para mí, había orden de presentarse en el Mando de la Urbe para una investigación. Había pedido que siempre fuéramos seguidos y vigilados por guardias que nos alejaran de problemas.

Era el noveno día antes de las calendas de noviembre[29], y en Atenas el tiempo seguía siendo agradable a pesar de que los días ya iban acortándose.

Hicesio se metió en su catre mientras yo, que no tenía sueño, salí a pasear por la terraza que hacía las veces de techo del cuartel.

El edificio militar daba al puerto; era una construcción muy grande de mármol hasta la altura de un hombre, y luego de ladrillos cocidos en horno. Albergaba el Mando Militar del Puerto del Pireo y las oficinas de la Aduana que controlaban toda la mercancía que llegaba a Atenas. El ejército cobraba un impuesto sobre todo lo que desembarcaba, como ocurría a la entrada de cada provincia.

La terraza era un magnífico observatorio del tráfico naval en la rada: desde allí se podía disfrutar del magnífico espectáculo de decenas de barcos anclados. Una miríada de pequeñas embarcaciones estacionaba en el área protegida del puerto.

Ya era de noche, y las luces de lámparas de aceite y candelas señalaban los barcos fondeados: eran pescadores que vivían a bordo de sus embarcaciones o que intentaban reparar sus redes para el día siguiente. Más allá se vislumbraban luces borrosas, intermitentes por la distancia: eran barcos que pescaban sepias y calamares, atrayéndolos con lámparas o antorchas. Pasé buena parte de la tarde observando aquellos puntitos de luz, absorto en mis pensamientos.

XI.

A primera hora de la mañana un ordenanza nos dio la bienvenida:

—Me complace traeros los saludos de nuestros oficiales. Sabed que a la hora séptima almorzaréis con el general Nerva, comandante del cuartel, que desea hablaros.

—No faltaremos a la cita —le respondí al joven—. Pero, por simple curiosidad, ¿puedes explicarme a qué os dedicáis en esta guarnición?

—No es una guarnición cualquiera —sonrió el ordenanza—, ¡éste es el cuartel de la oficina de la Aduana del puerto de Atenas! Somos militares, pero de un tipo especial. No luchamos directamente. ¡ah, y no es que no podamos ser igualmente movilizados! Pero la principal tarea de todos nosotros, oficiales y tropa, es recaudar los derechos de todo lo que entra por mar en la provincia, y comprobar que los impuestos de todas las mercancías se pagan debidamente al Estado.

—He visto que el puerto es enorme. ¿Cuántos sois?

—Somos medio centenar de oficiales y suboficiales, y contamos con ciento cincuenta legionarios para vigilancia y servicios. Desde aquí recibimos las naves onerarias con suministros para las seis legiones de la Macedonia. ¡Sin nosotros, las legiones se quedarían sin comer!

Hicesio también se unió a la conversación:

—Hace tiempo oí hablar de los inmensos almacenes que aseguran el sustento de las legiones estacionadas en Macedonia.

—¡Son nuestros *horrea*[30]! Están aquí detrás, a diez pasos de donde estamos. Podéis ir a visitarlos cuando queráis. Son todo un espectáculo.

El joven ordenanza nos explicó, en pocas palabras, cómo movernos por el cuartel, y a la hora séptima nos presentamos en el ala reservada a los rangos superiores; nos condujeron a una sala donde Hicesio y yo fuimos presentados al general Claudio Vero Nerva y al legado Flavio Balbo.

Tras una breve presentación, tomamos asiento sin ninguna formalidad en una mesa muy bien puesta, y los siervos vinieron y

colocaron delante de nosotros unos platos grandes y humeantes.

Un par de guardias cerraron la puerta y el griego y yo nos quedamos a solas con los dos oficiales superiores. Nadie más había sido admitido.

—¡Sabed que estoy encantado de conoceros en persona! —exclamó el general Nerva con una amplia sonrisa y sirviéndose generosas cucharadas de verduras asadas en el plato. Era un oficial corpulento que pasaba la cincuentena, con un amplio y afable rostro enmarcado por una larga cabellera, parte de ella ya canosa, y una perpetua sonrisa en los labios; me fijé en que, de vez en cuando, enfatizaba sus frases haciendo girar unas enormes manos de herrero.

El legado Balbo, el segundo oficial al mando en el Cuartel, era más joven, debía de tener entre treinta y cuarenta años.

No llevaba uniforme, sino que vestía elegantemente como un civil; parecía un alto funcionario del Estado, o incluso un magistrado, por la fúnebre expresión de su rostro. Pero una cosa no podía dejar de llamar la atención en el legado: ¡su blanquísima piel! Supuse que detestaba el sol, como otros muchos nobles que no querían adquirir la tez oscura, propia de los siervos.

Él también fue generoso con los comentarios de bienvenida:

—Nos complace teneros entre nosotros. Aquí no luchamos con las armas tradicionales. Hacemos un trabajo distinto al de otras unidades del ejército, y es un trabajo que permite luchar a los demás.

El legado se explicaba con palabras rebuscadas y frases cortas, intercaladas con largos silencios. Me di cuenta de que los dos debían de haber hablado ya largo y tendido sobre nosotros y la tarea que nos esperaba, y sospeché que lo que querían que hiciéramos era algo complicado que nadie quería o podía resolver.

No dejé de observar que ni siquiera había un escriba para tomar nota de lo que se decía, de lo que deduje que nuestra tarea requería el máximo secreto y que ningún otro oficial del destacamento portuario participaría en ella.

Tarea secreta o no, los sirvientes habían colocado sobre la mesa un enorme plato con sabrosas lonchas de carne y guarnición de

verduras fritas que desprendían un delicioso aroma. Nos servimos con familiaridad, como si todos fuéramos viejos camaradas en lugar de ser nosotros dos despreciables civiles, uno, para colmo, un liberto, y ellos, oficiales de alto rango.

Degustamos la excelente carne y las verduras asadas, y el legado Balbo, abandonando por un momento la actitud que hacía que pareciera un pretor, nos explicó:

—Esto es cordero cocinado al estilo de Tarpeyo[31]. Aquí en el cuartel tenemos un siervo que es capaz de hacer éste y otro par de platos similares. Es griego, pero en parte gracias a su madre y en parte gracias a nuestros cocineros, ha aprendido a colmarnos de dicha.

Intercambiamos cumplidos y charlamos durante no menos de media hora. Sólo después, agotado el deber de hospitalidad, el general Nerva nos condujo al asunto por el que había solicitado nuestra presencia en Atenas; Hicesio no dejó de subrayarlo tocándome con la rodilla, para indicarme que estuviera atento.

—Hace unas semanas se lo comenté por pura casualidad a Elpidio. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, desde que estuvimos juntos en Italia. También estuvimos unos meses en la misma legión en la Galia, pero entonces no teníamos rangos, sino que éramos más jóvenes y fuertes. Estuvimos juntos en Avaricum[32] en el año 703[33]. Y recordad que mientras asediábamos aquella ciudad teníamos que defender nuestras espaldas de Vercingétorix. Aquellos eran años en los que, con César, ¡uno ciertamente no se aburría, aunque llevara una vida infernal!

El griego y yo esbozamos una sonrisa de circunstancias sin interrumpirlo.

—Hace un par de semanas, como os estaba diciendo, me encontré de casualidad con Elpidio en una reunión en la que se discutían los suministros a las legiones en Macedonia, y le pregunté si podía echarme una mano, pues sé que por lo general siempre anda moviéndose en aguas turbulentas, en operaciones de las que hay que hablar poco y que no deben ser conocidas fuera del Mando. Se mostró dispuesto a ayudarme y a pediros que vinierais aquí a Atenas

de manera informal, no por conductos oficiales. Y os agradezco que hayáis aceptado.

Efectivamente, el tribuno Elpidio no había alzado la voz para ordenarnos venir aquí, es más, había dicho que se trataba casi de unas vacaciones. Pero, claro, yo tampoco podía darle una respuesta negativa.

Prudentemente, hice como si nada.

—Debéis saber que necesito recabar información fiable sobre algunos acontecimientos que se están produciendo en nuestros almacenes y de los que no logramos hacernos una idea exacta —continuó el general—. No olvidéis que, en los *horrea* del puerto, que lindan con este cuartel, se almacena trigo para asegurar los suministros necesarios a las legiones estacionadas en Macedonia y a parte de la flota que circula por el Egeo. En realidad, no es sólo trigo, también hay farro. Aquí almacenamos a veces hasta ciento cincuenta mil cuadrantales[34] de trigo, lo necesario para una campaña de guerra. Pues bien, y para no irnos por las ramas, ¡estamos sufriendo unas mermas considerables! Éste es nuestro problema.

E hizo una pausa, muy significativa.

—Por mucho que comprobemos y volvamos a comprobar cada eslabón de la cadena de suministro, no conseguimos entender lo que ocurre.

—Naturalmente, comprenderéis que se trata de hacer algunas comprobaciones en la más absoluta discreción —intervino el legado Balbo con voz grave y mesurada—. Por eso hemos estado buscando a gente ajena a las filas del ejército. No queremos que nadie sepa que nos estamos moviendo o lo que estamos investigando. Elpidio nos dijo que vosotros dos estabais de paso por Thessalonica, y mencionó que ya habíais lidiado con asuntos similares, ¡y ahora confiamos en que tengáis la capacidad y la astucia de descubrir algo!

Asentí, las explicaciones habían sido claras, y como mis pensamientos ya habían corrido hacia la necesidad de una coartada para moverme libremente entre los demás soldados, les pregunté a los dos oficiales:

—Supongo que ya habréis pensado cuál puede ser nuestra tarea, al menos la oficial, porque es obvio que aquí estaremos en contacto con oficiales y suboficiales, y me imagino que también con la tropa.

—Por supuesto —asintió el general Nerva—. En el ínterin, la tropa no deberá saber nada, ni se le deberá dar explicaciones de ningún tipo. Es evidente que en algún oficial se despertará la curiosidad, y ya hemos pensado en una explicación plausible y muy concreta. Vosotros siempre seréis parcos en palabras —señaló alzando el dedo índice—, pero si os veis obligados, podéis decir que los dos os encargamos que tomarais medidas de los almacenes con vistas a construir unos nuevos. Hace años que se habla de unos nuevos almacenes; a corto plazo no se van a levantar, pero la excusa es admisible. Si os encontráis en un aprieto, diréis que os encargaron hacer unas mediciones para el nuevo proyecto. Pensamos que tú, Quintilio, podrías ser el agrimensor jefe de este proyecto, no te representará ningún esfuerzo porque ya es tu trabajo, y tu ayudante griego será tu secretario o el *librarius legionis* que te ayuda con la contabilidad. Los dos legionarios que te acompañan serán tus ayudantes de campo. Me han dicho que son del cuerpo de Ingenieros, así que, aunque se les escape algo sobre otros trabajos, no se traicionarán a sí mismos. Sin embargo, por mayor seguridad, ni siquiera ellos tendrán que conocer los detalles de esta misión.

—Así lo haremos, general —le confirmé—. Has de saber, sin embargo, que con el *optio* Arrio y el legionario Domicio ya hemos arriesgado nuestras vidas en misiones anteriores en las que todos aprendimos a mantener la boca cerrada. Pero ¿qué es exactamente lo que queréis saber?

—Básicamente queremos comprobar cuánto trigo contienen los almacenes del Estado, y cuánto entra y cuánto sale. Hay mermas, pero en un almacén de este tamaño con mucho trigo entrando y saliendo todo el tiempo, no es fácil saberlo, ¡y mucho menos descubrir cómo puede estar ocurriendo! Hemos barajado distintas hipótesis, mi colega Balbo y yo llevamos tiempo trabajando en ello, pero no logramos imaginar un sistema plausible por el que puedan conseguir quitarnos grandes cantidades de trigo.

La explicación me llenó de estupor, porque estaba claro que no se trataba de unos cuantos sacos de trigo, había entendido por la actitud seria de los oficiales que el asunto afectaba al menos a miles de sacos.

—Supongo que lleváis un registro de todas las mercancías que salen, carga por carga —pregunté tratando de sonsacarles algo más.

—Por supuesto. Aquí todo lo vigilan nuestros oficiales y lo apuntan en los registros. El control de las salidas no es un problema: varios oficiales toman nota de cada movimiento, y los registros son revisados periódicamente por el legado Balbo, que hace los recuentos mensuales.

—La cuestión de las salidas de mercancías es muy complicada —precisó el legado, colocando una manzana ya cortada sobre la mesa —. Habéis de saber que los ingresos anuales por cereales corresponden al cargamento de una sesentena de naves onerarias, que atracan en el muelle de enfrente y se descargan una a una. El control de las entradas es, por tanto, muy fácil. Las salidas, en cambio, se producen con muchos cargamentos pequeños que salen en barco o con caravanas de carros, a veces incluso en bastos de mulas o carretas individuales. Entregamos el trigo a las unidades y legiones que de tanto en tanto lo solicitan, así que tenemos decenas y decenas de operaciones de salida al día. Nuestros hombres efectúan el registro de las salidas anotando las etiquetas que acompañan a cada saco, y esto se hace para cada carga, ya sea pequeña o grande.

—Lo que el legado Balbo quería explicaros —intervino el general— es que una vez que los sacos han salido de nuestros almacenes, es imposible rastrear dónde van a parar: se dispersan entre los cientos de cuarteles y unidades del ejército en Macedonia. Nadie puede acompañar a cada carro y comprobar la ruta que sigue, si vuelve a la unidad o adónde. Pero a nosotros nos da igual adónde vaya el trigo, siempre que la carga haya sido debidamente registrada a la salida y borrada de los registros.

—Desde que una carga es marcada en el registro de salida por el *librarius legionis* de turno, ya no nos importa, porque ya no es nuestra —precisó el legado Balbo.

Hicesio levantó la mano con el índice extendido señalando que quería intervenir y, una vez obtenido el consentimiento, preguntó:

—Entonces, ¿cómo sabéis que tenéis mermas? Si registráis los ingresos y las salidas, no debería ser posible.

—Pues bien, es precisamente por eso por lo que estáis aquí: en nuestros almacenes tanto entra y tanto sale, como documentan los registros y documentos de carga del Erario egipcio, porque todo el trigo de los últimos tiempos procede de Alexandria. Sin embargo, y a pesar de todos nuestros recuentos, algo ocurre entre lo que entra y lo que sale, porque todos los años, al final de la campaña, nos vemos obligados a pedir más dinero al Erario de la Urbe para cubrir las mermas. Por eso queremos que vosotros reviséis las salas donde se almacena el trigo.

Hicesio volvió a hacer señas de que quería decir algo:

—Si las salas de los almacenes tienen forma geométrica, no debería ser demasiado difícil calcular el volumen disponible para el trigo y determinar cuánto se deposita en ellas.

—Supongo que sí. Tenemos conocimiento de la dimensión de los depósitos a través del registro de entradas y salidas. Nuestros oficiales son estrictos en el control de los sacos. Llevan el registro saco por saco, sellando el documento que acompaña a cada saco, que en realidad es una placa de plomo atada con un cordel al cuello de cada saco, en la que se estampa el sello del Ejército con las iniciales del oficial que ha efectuado el control.

—Y entonces, ¿dónde creéis que va a parar el trigo robado?

—¡Conseguir que ese trigo robado desaparezca, no es ningún problema en Macedonia! Creemos que las mercancías que se sustraen clandestinamente en el puerto, y no te hablo sólo de trigo, sino de muchos otros productos, alimentan un mercado para los civiles, para la población en general.

—Esta situación ya se ha prolongado demasiado y no puede tolerarse por más tiempo —comentó con voz grave el legado Balbo —. Debido a las mermas, no sólo se pone en entredicho el buen nombre del ejército, sino que, al llegar el final de la primavera, el trigo almacenado de la cosecha anterior se agota antes de que se hayan completado las asignaciones a las legiones y unidades que lo

solicitan. Esto alimenta el descontento entre las tropas y los retrasos en la obtención de nuevos suministros crean murmuraciones entre los oficiales. Los encargados de las reservas sostienen que los suministros que se nos entregan corresponden exactamente a lo que se les solicita según las previsiones indicadas por el Mando de la provincia de Macedonia año tras año, pero al final siempre faltan cantidades considerables, que no se pueden justificar con pérdidas menores.

Un nebuloso asunto de hurtos de trigo, por lo tanto, en el que a mí no me apetecía ahondar después de haberme servido en abundancia de los apetecibles platos.

Escuchando al legado Balbo tuve la impresión de que me recordaba a alguien, y me distraje unos instantes intentando recordar a quién podría parecerse, pero no me vino a la mente nadie en particular. Y de repente me acordé. Era su porte, sus maneras, no su aspecto ni sus rasgos faciales.

Su lenguaje y su porte indicaban que procedía de alguna antigua familia noble, y el tono excesivamente pálido de su piel, casi del color de la leche, hacía pensar en un fuerte deseo de separación de la clase servil y de todos aquellos que se ensucian las manos para ganarse la vida.

Un inquisidor del Erario del Estado, eso es lo que me recordaba.

Uno de esos personajes a medio camino entre oficial del ejército y magistrado de la antigua nobleza, siempre dispuesto a encontrar culpables hasta debajo de las piedras y, si no los había, a apresar al primer desdichado que cayera en sus garras.

Hicesio y yo ya habíamos conocido a algunos de esos diligentes investigadores. Uno de ellos me había llevado a la cárcel Mamertina.

Me devolvió a la realidad la voz del general Nerva que se disponía a sacar sus conclusiones:

—Para que os quede bien claro, las pérdidas, estamos hablando de bastantes talentos de plata, ¡tienen que ser cubiertas por el Erario! El trigo para el Ejército no es propiedad de la *Annona*[35], y es el Erario el que tiene que desembolsar unas cantidades nada desdeñables de dinero para compensar el déficit debido a la compra

de más trigo. Dejo que vuestra imaginación se haga una idea de lo incómoda que es nuestra posición en esta coyuntura.

Noté que el legado Balbo fruncía el ceño y mostraba algunas arrugas en el rostro.

El problema de los oficiales estaba claro:

—General, entonces ¿crees que con las medidas y los cálculos podemos llegar al origen de las mermas?

—Yo creo que sí. No puedo creer que haya entidades sobrenaturales o enviadas por los dioses que provoquen que el trigo desaparezca. Aquí se trata de dinero. Se mencionó algo sobre una extraña historia de plata en el Attica, una investigación en la que trabajasteis hace un año, y esperamos que también podáis ayudarnos aquí.

El general no pudo evitar darse cuenta de que Hicesio y yo nos habíamos puesto muy serios de repente. Aquella investigación había sido un asunto muy delicado, y ahora nos encontrábamos en Atenas, el lugar donde se había preparado la traición por la que muchos oficiales habían sido pasados por las armas. El tribuno Elpidio me había asegurado de que nadie sabía nada de Hicesio y de mí. La nuestra era una posición muy incómoda: habíamos reunido las pruebas para enviar al verdugo a medio centenar de blasonados oficiales.

—Pero tranquilizaos —continuó el general—, aquí nadie sabe quiénes sois ni que hayáis participado en esa investigación. Os lo digo ahora, porque nadie debe saber que estáis aquí. Muchos oficiales han sido arrestados y ejecutados por esa historia. No es que no se lo merecieran, pero si nadie sabe nada de vosotros, estaréis más seguros.

Y el legado añadió:

—Estáis aquí de incógnito para hacer un trabajo para nosotros, y os protegeremos de cualquier encuentro no deseado.

Tantas palabras, pero al final seguían sin decirnos cómo debíamos proceder:

—Cumpliremos vuestras órdenes. En resumen, ¿por dónde deberíamos empezar?

—En primer lugar, haced una inspección de los *horrea*, comenzad por tomar medidas en las salas donde almacenamos el trigo. Empezad a trabajar, luego cuando hayáis visto el entorno discutiremos más a fondo los detalles.

XII.

Empezamos por las salas de los *horrea*.

Llamé también a Arrio y Domicio, y nos acompañó a los almacenes Manio Cotta, el ordenanza del legado Balbo.

Los *horrea* eran un enorme complejo de edificaciones en forma de U en cuyo interior había unas grandes salas, todas iguales. Un patio adoquinado en el centro de los edificios estaba dedicado a la carga de los carros de salida.

El edificio estaba en excelentes condiciones: el suelo, perfectamente nivelado con ladrillos cocidos colocados en espiga, permitía que los carros pasaran fácilmente incluso entre las salas. Observamos el buen estado de las vigas de madera que sostenían el tejado, cubierto de tejas cocidas en horno.

El ambiente era polvoriento debido a la continua manipulación del trigo, pero en su conjunto estaba seco y aireado, perfectamente adaptado a su finalidad y, por último, pero no por ello menos importante, impregnado de un agradabilísimo olor a trigo, que recordaba al pan. En las grandes salas numeradas vimos, almacenados en perfecto orden, un número desorbitado de sacos que contenían el trigo que garantizaba el abastecimiento anual de la milicia.

Los sacos estaban dispuestos en meticuloso orden, todos idénticos, tejidos con fibra de cáñamo mezcladas con lino. Cada uno llevaba en la boca, bien sujeta con una cuerda de cáñamo, una etiqueta gris de plomo.

El suministro de los *horrea* de Macedonia dependía de Alexandria, y los sacos que se exhibían eran los de la cosecha anual que acababa de llegar del fértil valle del Nilo.

Según los oficiales, el almacén, que estaba prácticamente lleno, esperaba recibir los cargamentos de las dos o tres últimas naves onerarias, y ya contenía más de veinte millones de libras de trigo.

La unidad de medida utilizada por el Erario egipcio, y adoptada también en los *horrea*, era el cuadrantal; un saco contenía

exactamente tres cuadrantales. A su vez, un cuadrantal equivalía a tres modios[36], que era la medida de trigo más utilizada también en Italia.

Una vez concluida la visita por todo el edificio, decidimos que instalaríamos una gran mesa de trabajo en una sala parcialmente vacía, y desde allí comenzaríamos nuestras mediciones.

Nos instalamos en la sala XXXIX, que nunca se utilizaba como almacén salvo en caso de grandes desplazamientos del ejército y la consiguiente necesidad de suministros extraordinarios de trigo.

Arrio y Domicio tomaron prestados de los voluntariosos legionarios que trabajaban en los almacenes, caballetes y tablones de madera cepillada para montar una mesa de trabajo, y prepararon reglas y cuerdas con nudos, con largas varillas que servirían para llevar un extremo de la cuerda de medir a posiciones inalcanzables, como ocurre siempre que se miden alturas.

Fuimos a la oficina de intendencia a aprovisionarnos de papiro, cálamos y tintas, y en pocas horas comenzamos a trabajar.

La sala en la que habíamos instalado el despacho era la primera: yo dirigía a Arrio y Domicio basándome en un diagrama que ya habíamos discutido y que había dibujado en una tablilla encerada, y a medida que llegaban las medidas, Hicesio, en la mesa, las transcribía en una hoja de papiro.

Los dos legionarios fueron tendiendo las cuerdas con nudos por cualquier rincón de la sala, y nos daban los resultados en pies y pulgadas, estas últimas tomadas con una regla de madera. Lo medimos todo, desde el grosor de las paredes hasta la anchura de los pasadizos entre una sala y otra. Tomamos alturas, y no se nos escapó ni una sola diagonal.

Cuando estuvimos seguros de haber terminado con la sala en la que estábamos, pasamos a la de al lado, e Hicesio nos siguió con unas tablillas enceradas para anotarlo todo.

En las salas que estaban llenas de sacos casi hasta el techo, tomar medidas resultaba más complicado.

No podía dejar de admirarse el meticuloso orden en que se habían dispuesto los sacos: los oficiales supervisaban cuidadosamente esta operación y el almacén completo se presentaba con una pared

perfectamente vertical de sacos repletos y apilados geométricamente. Las costuras inferiores de los sacos, claramente visibles en la pared formada por la pila, describían un dibujo regular en espiga, como una urdimbre preparada por un hábil tejedor.

A estas alturas ya habíamos entrado en el espíritu de la construcción: teníamos claro cómo los constructores habían levantado los muros, cuyo grosor disminuía notablemente con la altura, y no teníamos motivos para pensar que hubiera irregularidades significativas en el suelo bajo los sacos como para alterar los volúmenes.

Pronto nos dimos cuenta de que el edificio había sido levantado por constructores expertos y, de hecho, sólo encontramos insignificantes diferencias entre las medidas de una sala a otra.

Medimos con sumo cuidado la altura alcanzada por los sacos y, al tratarse de una superficie irregular, sacamos promedios y obtuvimos niveles con unas cañas de India bien rectas. Tomamos las mismas medidas varias veces para intentar reducir el margen de error. Marcamos en las paredes con carboncillos las alturas alcanzadas por los sacos, y Arrio añadió el año de la medición, 708, que quedaría como testimonio del nivel de los sacos de trigo presentes en el año en curso.

En un par de días, llegamos a conocer a las decenas de legionarios que custodiaban los almacenes y a sus oficiales, que de hecho parecían bastante preocupados al ver a unos extraños tomando extrañas medidas. No nos preguntaron nada porque ya se había extendido el rumor de que estábamos bajo las órdenes directas del general.

Observamos las etiquetas de plomo sujetas con un cordel en la boca de cada saco, todas completamente idénticas. No llevaban números, pero estaban troqueladas con una especie de tenacilla que vimos colgada del hombro del oficial de guardia: llevaba el sello del Erario, y bastaba presionar el tierno plomo para grabar el símbolo de la Oficina. De hecho, también había otro sello en las planchas de plomo, un indescifrable jeroglífico encerrado en un cartucho cuadrado que sin duda se ponía en Alexandria.

Fue Arrio quien me señaló que los oficiales guardaban con mucho cuidado la tenacilla con la que ponían el sello, y nunca la dejaban desatendida. La metían en un estuche de cuero especialmente diseñado que llevaban en bandolera, y la tenacilla misma tenía una cadena que el oficial de turno se colgaba al cuello, para no correr el riesgo de dejársela por ahí durante alguna operación. A Domicio incluso le pareció excesivo: —¡Ni que se tratara de un punzón para acuñar monedas!

Conocimos a Claudio Caeso, un *librarius legionis* que llevaba la cuenta de los sacos en los registros. También él se mostró intrigado al vernos, pero no nos hizo ninguna pregunta sobre nuestra tarea. Ahora todos sabían que hablábamos con el general a puerta cerrada, y no se atrevían a decirnos nada.

Al quinto día, habíamos terminado la primera ronda de mediciones y ya podíamos empezar con el primer dibujo del plano del almacén y a trazar las secciones de las salas.

Había una cantina en el cuartel que proporcionaba una comida bastante agradable, ciertamente mucho mejor que la de los campamentos legionarios, pero yo quería algo que no fuera comida militar y, durante el día, había estado hablando con los cocineros; pasándoles unos pocos denarios había conseguido comprar una buena loncha de pez cerdo[37], que por la noche nos sirvieron en trocitos exquisitamente asados con pimienta, ligústico, orégano, perejil, cilantro, ruda y menta seca. ¡Un plato exquisito!

Aproveché la ocasión para invitar al *librarius legionis* Claudio Caeso a acompañarnos. El simpático joven procedía de Firmum[38] y aspiraba a labrarse un camino en el ejército. Claro que había empezado con mal pie, porque su carrera se desarrollaba en un almacén del ejército donde había constantes hurtos; naturalmente, yo no le dije nada, y fue lo bastante listo como para no preguntarnos cómo progresaba nuestro trabajo.

Ese mismo día, los cocineros se excedieron con el pez cerdo. Cocinaron suficiente para al menos una veintena de personas, y nosotros aprovechamos para entablar conversación con los

legionarios del cuartel, invitándolos a aprovechar la comida, y se sirvieron sin ningún tipo de reparo.

En los días siguientes, Hicesio y yo esbozamos los primeros diseños de los planos de los almacenes; el griego me echó una mano, ahora dictando las medidas, ahora comprobando que las hubiera transcrito correctamente, tal como habíamos hecho más de una vez años antes, cuando trabajábamos juntos en la *limitatio* de Mantua, en la Galia Cisalpina.

Por supuesto, había que volver a comprobar muchas medidas, razón por la cual Arrio y Domicio iban y venían constantemente con cuerdas de medición.

Mientras yo me afanaba en trazar las líneas de mis dibujos con las reglas de bronce, mi mente era libre de fantasear y, naturalmente, meditaba sobre la extraña historia de los robos de trigo. Sabía que no había sector de los suministros al ejército o a la flota en el que no se produjeran sisas. Demasiada gente, desde los oficiales hasta los legionarios, ansiaba quedarse para sí una pizca de la riqueza que pasaba diariamente entre sus manos.

Aquí, evidentemente, habían demostrado un ingenio inusitado, robando trigo como hacen las ratas en los graneros del campo.

Se lo conté a Hicesio, que no pudo evitar una sonrisa:

—Claro, Quintilio, y también te darás cuenta de que estamos hablando de ratas muy, muy grandes: estamos hablando de miles de sacos de trigo que faltan en el registro.

—Sólo es cuestión de proporciones. ¿Sabes lo que estaba pensando? Las ratas roban semillas haciendo túneles. ¿No crees que es posible que aquí también haya túneles?

—Puede ser, pero sin duda tendrían que estar todos muy atareados para permitir el tránsito de porteadores con tal cantidad de sacos al hombro.

—En cualquier caso, creo que es una hipótesis que no debe descartarse por completo. En mi opinión, nadie ha sido capaz nunca de hacer un reconocimiento exacto de las salas vacías, completamente vacías de su contenido, y luego hay otra cosa: si

cambias los rótulos de las salas, pues bien ite reto a distinguir una sala de otra!

—Entiendo lo que quieres decir, Quintilio. Tal vez alguien podría haber inventado alguna imaginativa forma de mostrar una sala por otra y aprovecharse de la confusión, pero de momento la tuya no es más que una ingeniosa hipótesis, una hipótesis que requeriría si no alguna prueba, al menos un indicio.

Se quedó un momento en silencio, meditando algo, y luego concluyó:

—Sin embargo, he de señalarte algo, Quintilio. Me esperaba un trabajo completamente diferente para realizar aquí en Atenas. Me habías mencionado que serían prácticamente unas vacaciones.

—Así me lo había explicado el tribuno Elpidio. Ahora, incluso a mí me parece bastante más complicado, pero quizá ni siquiera él supiera realmente de qué se trataba.

Y complicadas, las pesquisas lo fueron de verdad. Esos ladrones debían de haberse inventado algo francamente ingenioso. Incluso en la Urbe se oían a veces historias de robos y estafas tan ingeniosas que rozaban lo increíble. La única certeza era que de estas salas se robaba trigo, al parecer sin pasar por las salidas, suponiendo que fuera cierto que todo quedaba registrado.

Una tarde, el general Nerva vino a visitarnos a los *horrea*. Se acercó para ver si todo marchaba correctamente.

Hablamos durante media hora sobre cómo estábamos llevando a cabo las mediciones, y yo aproveché la oportunidad para desviar la discusión hacia la hipótesis sobre la que tanto había estado reflexionando.

—General, quería preguntarte si alguna vez habéis considerado la posibilidad de que haya un túnel oculto, o un pasadizo secreto por el que se pueda robar el trigo.

Formulé mi pregunta con una sonrisa, como dando a entender que se trataba más de una extraña curiosidad que de una verdadera cuestión pertinente para nuestro trabajo.

Pero el general no me devolvió la sonrisa ni mucho menos.

—Es algo en lo que hemos pensado más de una vez, así que no creáis que me estáis preguntando algo nuevo. No obstante, debéis saber que, o el legado Balbo, o bien yo mismo, asistimos a la inspección que se realiza cada vez que se vacía una sala, y a estas inspecciones también asisten otros oficiales cuyo trabajo es comprobar la integridad de la sala y que no entre humedad en ella. Verás, estamos a orillas del mar, y si el trigo se estropeara por la humedad, pues bien, ¡yo sería el máximo responsable a los ojos del César!

Asentí, escuchando con interés la explicación.

—El año pasado, uno de mis oficiales comprobó que no había nada anormal en suelos y paredes. Le ordené que con un mazo de madera golpeara por todas partes, con la excusa de que queríamos comprobar que no hubiera ratoneras. No encontramos nada, ni trampillas ni piedras que se movieran. Sin embargo, me alegro de que vosotros también examinéis esta posibilidad. Ahora tengo que asistir a una reunión, pero estoy a la espera de que aviséis a mi ordenanza de que habéis terminado vuestras indagaciones, y luego vengáis a informarme.

XIII.

En cuanto terminamos las mediciones de las salas, Hicesio y yo nos dedicamos a preparar los planos y a calcular los volúmenes.

Aquel día Arrio y Domicio pidieron permiso para ir a la ciudad. Supuse que querían ir a dar una vuelta por algún burdel, pero el centurión tenía sus órdenes y sólo los dejó salir dentro del perímetro del puerto, acompañados por legionarios del cuartel.

Informamos al ordenanza del general Nerva de que habíamos terminado la primera parte de nuestro trabajo, para ponerle al corriente y pedirle órdenes sobre cómo proceder a continuación. Y esa misma tarde vinieron a llamarnos para que nos presentáramos en las oficinas del Mando.

Como en la anterior ocasión, encontramos al general Nerva y al legado Balbo sin escribas, también a puerta cerrada, y comenzamos a dar nuestras explicaciones.

Nos dejaron hablar sin interrumpirnos. Les describimos cómo habíamos realizado las mediciones y cómo habíamos examinado meticulosamente sala por sala.

Al final, el general Nerva resumió la situación:

—Así pues, y si no he entendido mal, ya habéis terminado de examinar las salas y habéis tomado todas las medidas que necesitabais. De modo que ahora sabéis exactamente cuál es la capacidad de cada sala, y tal vez podríais intentar pronosticar cuánto trigo hay en ellas, o hacer un cálculo aproximado.

Hicesio le dejó terminar y le contestó con gravedad:

—Efectivamente, hemos medido los volúmenes de las salas ocupadas por el trigo. Podemos convertirlos en el peso real de los cereales, aunque esto requeriría algunos cálculos adicionales, porque no están simplemente a granel, sino en pesados sacos. La aritmética nos permite saber a cuántas libras corresponde un volumen determinado y, por lo tanto, en teoría, midiendo la altura alcanzada por los sacos, podríamos obtener el peso del trigo presente en cada sala.

—¡Eso es lo que queremos! —exclamó el general—. Ahora, para que podáis seguir adelante, os explicaré detalladamente cómo se realiza el traslado de los cereales al ejército, empezando por los almacenes de Alexandria. El primer etiquetado de los sacos se hace cuando la nave zarpa de Egipto. Es allí donde se coloca la placa de plomo que se ve atada con un cordel al cuello de cada saco. Este procedimiento fue establecido por el Erario hace varios años.

El legado Balbo escuchaba atentamente, dejando hablar al general.

—En la práctica, durante la descarga de la nave aquí en el Pireo, controlamos los sacos y las placas de plomo que los acompañan. A la entrada de los almacenes se efectúa el registro: cuando los sacos cruzan el umbral, uno de nuestros oficiales sella cada placa de plomo con un punzón montado en una gran tenaza de hierro, que seguramente habréis visto colgada del cuello de un *librarius legionis*. El mismo oficial lleva la cuenta de los sacos en los que ha estampado el punzón en un registro diario, una hoja de papiro que entrega cada tarde en nuestras oficinas. Con esto concluye la estiba del grano. El procedimiento para la entrega del trigo o el farro a las legiones es similar: cuando salen los sacos, se deja constancia de que el saco ha sido descargado de nuestro almacén y en la placa de plomo se practica un agujero para anularla con un punzón de forma circular. La placa de plomo cancelada se desprende del saco cuando éste se carga en los carros y sale de los almacenes, y luego se entrega en nuestra oficina junto con el registro diario de salida; como decíamos antes, una simple hoja de papiro rellenada por un *librarius legionis*.

El proceso estaba claro. Al final, los controles sólo se centraban en las placas, ya que era inútil controlar enormes cantidades de trigo que nadie podía mover sin ser visto. Aproveché la ocasión para preguntar al general:

—Pero, en definitiva, ¿cuánto trigo pasa por aquí cada año?

—El año pasado fue la carga de cincuenta y nueve naves onerarias, este año la de sesenta y dos, pero quizá lleguen un par más. Al final son unos veinticinco millones de libras de trigo al año. El suministro anual para seis legiones y seis mil hombres de la flota.

Hicesio tenía algunas dudas:

—Lo sentimos, general, creo que seremos capaces de completar las mediciones y cálculos que nos pides, eso sí, pero puede que no seamos capaces de averiguar qué sistema se utiliza para robar el trigo.

—¡Existe, existe! Estamos seguros de que existe. Por supuesto, no podemos estar seguros de que vosotros dos lo descubráis, pero si empezamos a eliminar ciertas posibilidades, poco a poco comprenderemos en cuál de los pasos se produce la sisa. Dicen que los números obedecen a sus propias e inflexibles leyes, no a las dúctiles leyes de los hombres, ¡y poco a poco iremos estrechando el círculo de posibilidades!

El discurso había sido claro: ¡en el fondo iban a tientas en la oscuridad! Tendríamos que descartar algunas posibilidades, y según ellos podríamos llegar a saber si los robos se producían entre la nave y el almacén, o en el almacén, o a la salida del almacén durante la entrega del trigo a las unidades de las legiones.

Yo seguía teniendo alguna duda y le pedí al general que nos dijera algo más:

—Perdón si insisto, general, pero has dicho que ni siquiera estáis seguros de que se trate de un robo organizado.

— Sí, ésa es una de las posibilidades. El año pasado interrogamos a un sabio que nos explicó que se produce una disminución del grano debido al largo viaje por mar y a la humedad que absorbe durante el transporte, humedad que luego se pierde durante el largo almacenamiento en nuestros almacenes. Se cree que esto produce una pérdida de peso, pero no sabemos en qué medida. Según este erudito, recibimos, por ejemplo, una libra, y tras la larga estiba entregamos en los almacenes una cantidad ligeramente inferior. Pero creemos que la merma es muy pequeña, ¡y desde luego no puede ser de uno de cada diez sacos!

—Otro sabio, que consultamos poco después, quiso convencernos exactamente de lo contrario —intervino puntilloso el legado Balbo.

—¡Esto que os cuento ahora debe permanecer en absoluto secreto! —retomó la palabra el general, cambiando de tono y mirándonos fijamente a los ojos. Una vez que le aseguramos que

comprendíamos lo delicado del asunto, continuó en voz baja—: El año pasado desaparecieron doce mil sacos, ¡lo que equivale a seis naves! ¡No puedo creer que el trigo pueda disminuir tanto!

Hicesio movió la mano para pedir la palabra:

—Desde luego es una cantidad enorme. Pero ¿y si las placas de plomo fueran falsas?

El legado Balbo le respondió:

—Las placas se preparan en Alexandria y nacen con la marca del Erario de la reina Cleopatra, como éstas que veis sobre la mesa.

Y nos mostró un par de placas, tiernas láminas de plomo:

—Como puedes ver, además de la imagen de la serpiente, que es el símbolo de esa reina, hay estampados unos jeroglíficos: es el registro de salida de la mercancía, e indica que cada saco ha sido despachado por el Erario egipcio y transferido a la república romana. Cuando se descarga el trigo, como os ha explicado el general, nuestro oficial perfora la placa de plomo con el sello de este almacén; de este modo lo recibe oficialmente y lo anota en nuestro registro. Tenemos un control muy escrupuloso, y por esta misma razón, así como por razones de principio, ¡no podemos aceptar ladrones en nuestras filas!

Salimos de la reunión llenos de dudas sobre lo que sucedía en esos almacenes, y aún no estaba claro qué debíamos hacer. Continuamos discutiendo largamente entre nosotros e hicimos complicadas hipótesis sobre dónde podría estar el fraude, suponiendo que realmente existiera. Al cabo de un par de días, naturalmente, solo conseguí un terrible dolor de cabeza.

Hicesio, en cambio, se había obsesionado con las placas de plomo, porque según él, dada la inmensa cantidad de grano desaparecido, el origen del déficit era principalmente contable y no material. Se dedicó incluso a recoger una treintena de piedras planas y, con tinta y cálamos, las numeró para hacer pruebas de movimiento entre dos cuencos.

Comenzó a simular los traslados entre la nave y los almacenes, y entre los almacenes y las legiones de destino.

Continuó con esto durante bastante tiempo, pero obviamente no consiguió nada.

XIV.

Convine con el griego en que era necesario que estudiar más detenidamente la ruta de los cereales. En su conjunto, se trataba de operaciones complicadísimas: el traslado de mercancías del Erario de los Ptolomeos al romano, por no hablar del trabajoso transporte por mar. Se decía que los administradores egipcios eran amantes del papeleo y no descuidaban ningún expediente para convertir su trabajo en algo complicado e indescifrable para cualquiera.

Entre una contabilidad tortuosa de propósito y un embrollo sólo hay un pequeño paso. Lamentablemente, no podíamos ir a Alexandria para ver lo que ocurría en el momento del embarque, cuando se preparaban las famosas placas de plomo y se emparejaban con cada saco. Sin embargo, sí tuvimos la oportunidad de ir al puerto para ver la llegada del trigo, ya que unas naves, un tanto rezagadas, estaban haciendo su último viaje antes del invierno y un par de ellas estaban fondeadas a la espera de desembarcar su carga.

Hicesio y yo no quisimos desaprovechar la oportunidad, y fuimos a echar un vistazo a los muelles de madera donde atracaba el barco durante la descarga, que se hallaban a pocos pasos del cuartel.

Llegamos justo a tiempo para ver cómo una nave oneraria terminaba sus operaciones con una procesión de mozos de carga y siervos que iban y venían. En la puerta de acceso a los almacenes vimos al oficial comprobando cuidadosamente las estampillas de plomo a medida que los sacos pasaban ante él. El recorrido de los porteadores estaba vigilado por legionarios, atentos a que nadie se escondiera entre los sacos de grano o cometiera alguna irregularidad.

Terminada la descarga, los porteadores salían por una puerta lateral, vigilada a su vez por un legionario imponente como un gladiador de circo, y se dirigían de nuevo a la nave para cargar con otro saco.

Por la tarde, la nave vacía fue remolcada por un bote de remos, y su lugar lo ocupó otra nave oneraria recién llegada; el bajo nivel sobre el agua indicaba que estaba cargada hasta los topes. Un guardia me explicó que se trataba de una embarcación que llevaba en sus bodegas un cargamento de más de dos mil sacos de trigo.

En unos instantes comenzó de nuevo la ronda de porteadores. El trabajo estaba bien organizado: unos hombres transportaban un saco cada vez desde la bodega hasta la cubierta de la nave y lo colocaban sobre una tabla sostenida por caballetes a cuatro pies del suelo; desde esa tabla era más fácil colocar la carga a cuestas de un porteador.

Había no menos de ochenta siervos y peones que habían elegido el triste oficio de porteador, todos ellos musculosos y corpulentos, con planta de luchadores, porque esta labor habría acabado con la vida de un hombre de complexión normal.

Cada uno de ellos cargaba su saco y lo llevaba hasta la sala designada, caminando doscientos pasos, aplastados por ese inmenso peso.

Un legionario que estaba cerca de nosotros me recordó que los sacos eran todos completamente iguales y contenían tres cuadrantes de trigo, es decir, nueve modios, que correspondían por término medio a ciento setenta libras[39].

Los porteadores se tambaleaban bajo el enorme peso. Observé que la operación más difícil era colocar el saco sobre la espalda de cada porteador: un segundo porteador echaba una mano para levantarlo a la altura adecuada. Casi todos ellos, para ayudarse a sostener la enorme carga, se servían de una banda de tela que abrazaba la parte superior del saco que tenían a cuestas y a la vez les rodeaba la frente. Aunque por mucho que facilitara el transporte del pesado saco, también resultaba sumamente peligroso, ya que si tropezaban y el saco se les resbalaba y caía al suelo, ¡corrían el riesgo de que la banda les rompiera el cuello!

Durante el traslado se paraban brevemente para que el oficial tuviera tiempo de marcar la placa de plomo con el consabido punzón.

Yo me había convertido en todo un experto en falsificar sellos y estaba seguro de que no había punzón que no pudiera falsificarse. Le susurré a Hicesio que era necesario que estudiara bien aquel punzón e intentara tener uno entre mis manos.

Al oír vocear a los mozos de carga, me di cuenta de que la tripulación de la nave era en gran parte griega, pero el capitán y su ayudante eran romanos. Los dos, desde la cubierta del barco, no dejaban de controlarnos mientras husmeábamos con avidez entre los descargadores.

Al cabo de un rato, el capitán, ahora sospechoso por la presencia de civiles desconocidos en los muelles anotando algo en sus tablillas enceradas, algo que probablemente tenía que ver con su cargamento, decidió dar el primer paso y se dirigió hacia la pasarela, dejando a su ayudante supervisando la descarga.

Seguramente temía que estuviésemos allí para controlarles, ya que normalmente los capitanes de naves onerarias siempre tienen algo que ocultar: a menudo transportan pasajeros indocumentados e incluso buscados o mercancías falsificadas, o evaden impuestos para las provincias al no pagar los aranceles.

Él también se dio cuenta de que éramos romanos:

—Siempre me complace encontrarme con compatriotas lejos de casa —dijo, sonriendo afablemente para entablar conversación—. ¡Soy el capitán Lelio Pansa, *magister navis* de esta hermosa oneraria!

Una nave oneraria podía ser tan hermosa como una piedra o un tronco de madera; la del capitán Pansa tenía frisos de colores que llevaban años decolorándose, y ni siquiera era una nave nueva. Oí a Arrio tildándola de 'asqueroso cacharro'.

Estaba muy claro que el capitán quería saber quiénes éramos y por qué estábamos en una zona a la que normalmente los civiles no tienen acceso.

Hicesio le agradeció cortésmente la bienvenida y le contestó con amabilidad:

—*Magister*, no pretendíamos perturbar tus operaciones, estamos tomando algunas medidas porque puede que haya trabajo que hacer en estos almacenes y nos interesa saber cómo se lleva a cabo la

manipulación del trigo. Por eso queremos presenciar, por una vez, la descarga de una nave oneraria, una operación que nunca hemos tenido la oportunidad de observar.

No cabía duda de que el capitán no tenía la conciencia muy tranquila y, confirmando con su comportamiento que tenía algo que ocultar, se apresuró a invitarnos a cenar. Imaginaba, seguramente, que comiendo y bebiendo nos sonsacaría todo lo que le pudiese interesarle.

No teníamos nada que pudiera interesarle, y ni siquiera le estábamos investigando. Sin embargo, aceptamos gustosos la invitación, además no teníamos nada que hacer y podía ser una diversión interesante.

Por la noche nos reunimos todos frente a una taberna, a doscientos pasos del cuartel, ya que no se nos permitía salir de los muros del puerto, y la cena estuvo llena de sorpresas.

El capitán lo intentó, pero no consiguió que bebiéramos tanto como le hubiera gustado. En cambio, fue Hicesio quien empezó a hacerle preguntas sobre Alexandria, una después de otra.

Esto también me interesó, ya que durante días no habíamos hablado de otra cosa que de la exótica ciudad egipcia de donde procedía el trigo.

—¡Cuántas veces he deseado ir allí y nunca he podido! —le confió el griego suspirando.

—Bueno, a mi modo de ver, no te has perdido gran cosa. Luego, en otoño, cuando vamos a cargar el trigo, la ciudad está plagada del hedor de los egipcios y del de sus cebollas, que desprenden unos olores terribles cuando las asan. No es que no estén buenas, no digo eso, son deliciosas, sólo que todo tiene un límite. Y luego, moviéndote por Alexandria, ¡has de tener mucho cuidado con lo que haces!

—¿Es una ciudad llena de peligros? —le pregunté, interesado, al capitán.

—¿Peligros? ¡Ah, sí, puedes decirlo bien alto! ¡No puedes distraerte ni un instante! Todo es una letrina, cuando estás en medio de la muchedumbre entre un empujón y otro, si no tienes cuidado por donde caminas, ¡acabas en los regueros que se levantan en

medio de las calles y te embadurnas de los pies a la cabeza! ¡La limpieza es un desastre! ¡No veía el momento de terminar la carga e irme!

—Pues yo pensaba que la ciudad era hermosísima, con todos sus templos, ¡y no hay que olvidar que fue fundada por Alejandro Magno! —insistió Hicesio.

—Sí, pero quizá te refieras a los barrios altos y a la ciudad monumental, el Brucheion, el que está allende las murallas, donde se halla el palacio de los Ptolomeos, donde estuvo César el año pasado. El Brucheion está justo encima del puerto, y su reina Cleopatra puede ver todo lo que acontece en los barcos desde sus terrazas. Nunca he estado allí. Pero conozco bien el puerto, o, mejor dicho, los dos puertos, tanto el de poniente como el de levante, y he de decirte que su invento, la gran torre de señales en el islote de Faro, justo al lado del puerto, es algo que tienes que ver con tus propios ojos para creerlo.

Yo escuchaba cada una de sus palabras con estupor.

—No se puede imaginar que el hombre haya podido construir semejante edificio. ¡Tiene cuatrocientos treinta pies de altura!

Al ver mi expresión de incredulidad, al capitán Pansa se le escapó una sonrisa, pero continuó:

—¡Has de saber que el fuego de las señales está encendido día y noche, y que hay un constante ir y venir de carros de leña para mantener la llama visible! Durante el día queman leña y brea, el aceite de piedra como lo llaman allí, ese lodo apestoso que usamos para calafatear las naves. Tienen enormes cantidades, viene de Oriente, lo queman para hacer humo y el penacho negro se puede ver desde muchas millas de distancia. Por la noche queman madera seca, seleccionada y troceada para que no produzca humo, pero sí una llama brillante. A veces también se utilizan grandes lámparas de aceite que queman aceite de linaza puro. ¡Las luces de las torres pueden verse en el mar a más de treinta millas de distancia[40]!

Negué con la cabeza sonriendo:

—Eso es imposible, no hay nada que pueda distinguirse a treinta millas de distancia, ¡sólo una gran montaña, o las estrellas del firmamento!

—Tú, joven, no me crees, pero yo te digo que es así, ¡y sólo puedo desearte que tengas la oportunidad de ver esa maravilla con tus propios ojos! —respondió serio el *magister*.

Hicesio miraba socarrón, ahora al capitán, ahora a mi rostro desconfiado, pues él ya conocía esa maravilla y disfrutaba de mi asombro. Me había dicho que nunca había estado en Alexandria, pero comprendí que conocía aquella ciudad porque había estado allí.

—Utilizan enormes espejos hechos de grandes placas de bronce pulido —continuó el capitán—. Esos espejos tienen el poder de concentrar la luz, por eso se ve a gran distancia. Si no fuera por ellos, en realidad tendrías razón porque la distancia es enorme. Pero eso no es todo: los fareros mueven con una máquina esos espejos durante la noche, ¡para que los que naveguen sepan por el ir y venir de la luz que ésa es la señal de la torre de Alexandria y no una estrella! ¡Esto es lo que hicieron los egipcios!

—Había oído que se trataba de una magnífica obra, pero no creía que hubieran llegado tan lejos.

Nosotros, en el mundo romano, no teníamos nada parecido, y ni siquiera en Ostia, que recibía un gran número de barcos, había oído hablar de tales proezas. Había algunas torres de señales para las naves onerarias, quizá torres de cincuenta pies de altura, o pilones hechos de troncos como los que se utilizaban para la señalización del ejército, pero aquí estábamos hablando de algo completamente distinto.

Al final nuestra cena fue deliciosa y estuvo amenizada por la animada compañía del capitán Pansa, que resultó ser un comensal encantador e hicimos tan buenas migas, que empecé a contarle algo sobre nuestro trabajo a lo largo de las vías consulares en los Apeninos, lo que le despertó una curiosidad especial, porque nunca se había imaginado todo el trabajo que estaba realizando el Cuerpo de Ingenieros para mantener las vías en servicio.

Hicesio, por su parte, confesó que sólo era un erudito liberto, obligado por las necesidades de la vida a vivir de sus habilidades matemáticas, lo cual tampoco estaba muy lejos de la realidad. Y mientras hablaban de las maravillas de la ciudad de los Ptolomeos,

Hicesio no pudo resistirse a preguntar al capitán si había visto alguna vez la Gran Biblioteca de Alexandria.

—Por desgracia, he de confesaros que, aunque he estado en Alexandria no menos de una treintena de veces, casi siempre para cargar grano, nunca he estado en la Biblioteca. He oído hablar de ella muchas veces, y sé que eruditos de todo el mundo acuden para consultar o copiar volúmenes y textos, sagrados o profanos, ¡que se remontan hasta la antigüedad! Algunos se quedan a vivir allí durante años, para estudiar y aprender cosas inaccesibles en sus lugares de origen. También hay muchos romanos entre ellos. Pero yo, personalmente, nunca he estado allí.

—¿Así que tampoco sabes nada de lo que pasó hace dos años, cuando se dijo que César le había prendido fuego?

— No, no sé qué pasó con el incendio. Lo que es seguro es que toda la flota egipcia de la rada fue pasto de las llamas y hubo miles de muertos. Todavía se pueden ver naves medio quemadas y hundidas, cuyos mástiles sobresalen chamuscados del agua. El fuego se extendió a la parte baja de la ciudad y, si he de confesártelo, ¡también espero que quemara algunas de sus fétidas cocinas repletas de cebollas!

Hablamos largo y tendido sobre Alexandria. Sólo con oír hablar de la Gran Biblioteca a Hicesio se le habían saltado las lágrimas, pero, al fin y al cabo, el capitán tenía muy poca información sobre la ciudad y lo que se traían entre manos los gobernantes locales de los que tanto se había hablado últimamente. Sólo conocía el puerto y los almacenes. Una vez había visto de lejos el Soma, el mausoleo de Alejandro Magno, que era también el monumento funerario de los Ptolomeos. ¡Se decía que en una gran cripta se conservaban los restos mortales de Alejandro Magno!

Al igual que Hicesio, yo también me sentí un poco irritado por el hecho de que él hubiera tenido todas aquellas maravillas al alcance de la mano, y al final sólo se acordase de las apestosas cebollas de Alexandria.

Pero en conjunto fue una cena muy agradable, y cuando llegó la hora de regresar el capitán nos dio las gracias:

—Nunca habría pensado que encontraría gente tan amable y hospitalaria nada más atracar con mi carga, y si nuestro erudito me lo permite, pues bien, me gustaría aprovechar la oportunidad para pedirle un favor.

—Por supuesto capitán, si me es posible, y dentro de los límites de mi conocimiento.

—Se trata de algo muy sencillo. Como has visto, acabo de llegar de Alexandria, y quizá sepas que en esa ciudad los muchachos y los jóvenes venden de todo por las calles para ganarse la vida: desde sus malditas cebollas, que intentan que cualquiera compre y con las que te persiguen cuando vas por la calle, hasta las cosas más extrañas: incienso, oropel, estatuillas de sus falsos dioses. ¡Imagínate que incluso tienen dioses con forma de gato! ¿Alguna vez has pensado que podrías adorar a un gato? ¡Así es su confusa religión!

Hicesio sonrió ladino, sabía muy bien a qué dioses adoraban los egipcios, ¡conocía todo su Panteón!

—Por las calles tratan de vendértelo todo, ¡ya te lo he dicho! Y antes de irme, para quitarme de en medio a dos chavales que no me dejaban en paz, prácticamente me obligaron a comprarles unos antiguos papiros.

Hicesio se sobresaltó y abrió súbitamente ojos y oídos, pues los papiros y los libros[41] antiguos habían sido siempre su pasión, y le parecía un sueño oír hablar de antiguos papiros egipcios. ¡Y además de Alexandria! ¡Vendidos en la calle!

—No quería comprarlos, pero me acompañaba uno de nuestros oficiales que conoce Egipto, está destinado allí, y me dijo: "¡Comprueba de qué se trata! Muy a menudo circulan por aquí libros antiguos que, llevados a Roma, o incluso simplemente a Atenas, ¡alcanzan un gran valor!"

Hicesio a duras penas permitió al capitán Pansa terminar.

—Y así me convenció, y compré tres libros a un precio elevadísimo: lo que quería preguntarte es si podrías echarles un vistazo y decirme si ha sido un buen negocio, es decir, quizás tú puedas decirme su valor, al menos aproximadamente, o si es mejor tirarlos directamente al fuego.

Hicesio asintió con la boca abierta y los ojos entrecerrados, al oír hablar de fuego.

—Vaya, ¿y pagaste mucho por ellos? —le pregunté.

—Mira, me muero de vergüenza si te lo digo. Me gustaría que nuestro erudito amigo los viera antes de decirte nada. ¿Sabes lo que haré? Mañana te los mandaré al cuartel con un criado; me encontrarás en el puerto cuando quieras y ya me dirás, ¡qué negocio he hecho! Yo me quedaré aquí con mi barco a la espera de las órdenes del armador; no nos moveremos de aquí antes de una docena de días.

Pero Hicesio se había emocionado de tal forma, ante la mención de los papiros de Alexandria, que parecía un niño al que le han prometido un dulce, y le dijo al capitán:

—El cuartel está a cincuenta pasos de tu barco, mientras regresamos para irnos a acostar podríamos acompañarte, tú podrías entregarme los papiros, ¡y no hará falta que me mandes un siervo mañana!

Esperamos en el muelle de madera a que el capitán subiera a bordo para buscar con una lámpara aquellas tres obras maestras sin las cuales Hicesio jamás habría conciliado el sueño, y por último nos despedimos de él.

XV.

Hicesio, botín en mano, se acercó al cuerpo de guardia del cuartel para pedir prestadas tres o cuatro lámparas de aceite, las dos que ya teníamos en nuestro cuartito eran insuficientes. Les explicó a los guardias que tenía que realizar un importante trabajo extra y que, desde luego, no era el momento de escatimar con el aceite. En cuanto estuvimos en el cuartito, empezó a hojear los tres pergaminos, sordo y ciego ante todo lo que ocurría a su alrededor.

Durante la noche me desperté un par de veces y en todo momento le vi siempre enfrascado en la lectura.

A la mañana lo encontré dormitando en su catre, y pude ver mejor las tres maravillas que le habían robado el sueño: eran tres pergaminos muy antiguos, quizá de un centenar de años o más, y un poco gastados de haber pasado de mano en mano por quién sabe cuántas personas. También parecían un poco mohosos. Apestaban a ratón.

Desenrollé algunas páginas y enseguida me di cuenta de que dos de los libros estaban en griego y el tercero en egipcio, una lengua cuyos jeroglíficos son absolutamente ilegibles para quien no los conoce.

Ese día Hicesio durmió hasta la hora sexta y no vino a trabajar con nosotros al almacén. Yo seguí adelante con los bocetos de los dibujos.

Por la tarde, un ordenanza vino a informarnos de que el legado Balbo nos esperaba en su despacho a la hora undécima[42].

Nos presentamos con algunos de nuestros papeles y dispuestos a dar explicaciones sobre la marcha de los trabajos. Junto con el legado encontramos también al general Nerva.

—Estamos a punto de terminar los planos exactos de los almacenes, con el cálculo de su volumen —comencé mi explicación —. Así, una vez comprobados estos resultados, podrán utilizarse para cualquier otro cálculo que queramos realizar.

—No tengáis ningún apuro si necesitáis ayuda; hablad con mi ordenanza Manio Cotta, al que ya conocéis. Hará todo lo posible por poner a vuestra disposición algún legionario o cualquier otra cosa que necesitéis.

—Te lo agradezco, legado, ¡nosotros ya hemos sacado buen partido de él estos últimos días! —le respondí—, pero ¿cuánto tiempo tenemos para resolver estas pesquisas? ¿Sabías que el tribuno Elpidio nos dijo que tendríamos que ir a Roma para declarar frente al Mando?

Nos respondió el general Nerva:

—¡Ah! No tenéis que preocuparos por eso, ¡vais a tener incluso tres meses más!

Al ver nuestra expresión sorprendida, consideró oportuno añadir una explicación:

—No sé si lo sabéis, pero César ha ampliado el año en casi tres meses, ¡así que a este año no le va a faltar tiempo!

Hicesio y yo nos miramos sonriendo, menudas bromas gastaban por estos lares! Pero luego miramos al general y nos dimos cuenta de que no bromeaba.

—Está claro que no sabéis nada —siguió el general—. Nos llegó la orden perentoria del César de prolongar el año en ochenta días, ¡prácticamente tres meses!

Sonrió al ver que le mirábamos boquiabiertos.

—¡Y no me preguntéis qué significa eso! Sólo puedo deciros que, si pensabais que teníais que estar en Roma en un mes, pues ahora resulta que podéis añadir otros tres. Así que tenéis todo el tiempo que queráis para tomar vuestras medidas. ¡Incluso podríais contar uno a uno todos los ladrillos de los *horrea*!

Claro que, si era algo que había dicho el César, había que obedecer. Por muy raro que pareciera, tendríamos que dejar para otro momento lo de profundizar lo que significaba añadir tres meses al año corriente.

Y continué mi exposición explicando lo que habíamos estado haciendo durante los últimos días en los almacenes:

—Hemos completado las mediciones de las superficies y alturas de cada sala. Hemos hecho marcas con carboncillos a la altura a la que

llegaban los sacos de trigo, para poder medir el volumen real de mercancías en cada sala; es obvio que no nos interesa la parte que no está ocupada por el trigo.

Al legado Balbo no se le escapó ni una palabra; evidentemente estaba tratando de darse cuenta de la profundidad de nuestra investigación.

—En cuanto el liberto Hicesio completó el cálculo de la parte del volumen de las salas que realmente ocupan los sacos, tuvimos que hacer un cambio en nuestros cálculos. Explícale tú, Hicesio, cómo lo hiciste.

El griego continuó con el lenguaje propio de un preceptor, que podía parecer demasiado simplista, pero que al final permitía comprender claramente el fondo de la exposición:

—En primer lugar, hicimos un cálculo exacto de los volúmenes ocupados por los sacos de trigo en cada sala, marcando en las paredes con trazos de carboncillo las alturas alcanzadas por los sacos, añadiendo el número correspondiente a este año, el 708. Es evidente que mi cálculo se refiere a la estiba de este año; no sabemos cómo se estibará el trigo en los años venideros. Ahora razonemos que, según nuestra hipótesis, el año que viene los porteadores estibarán los sacos exactamente igual que este año, alcanzando las marcas que hemos dejado a la vista. Si así fuera, podríamos suponer que el grano estibado sea el mismo para ambos años, o incluso para los años venideros si se respeta esta regla.

Los oficiales escuchaban atentamente, tratando de imaginar cuál era el objetivo de Hicesio tras ese amplio preámbulo. El griego continuó:

—Se podría pensar que una estiba diferente, por ejemplo, una disposición diferente de las filas y capas de sacos podría dar lugar a un llenado con una cantidad diferente de trigo. Esto es cierto, pero por algunas pruebas que hemos realizado parece que el error por una disposición diferente de los sacos puede considerarse insignificante, al menos con respecto a lo que buscamos. Tenemos pruebas de ello. Pero retrocedamos un paso en nuestro razonamiento: una vez determinado el volumen de las salas destinadas al almacenaje de los sacos, y sabiendo cuántos sacos

contenía un determinado volumen, calculé tanto el peso del trigo como el número de modios de trigo, o cuadrantales si queréis, estibados en cada sala.

El general le miraba lleno de admiración porque comprendía que nuestro trabajo avanzaba con rapidez y gran precisión. Pero luego debió surgirle alguna duda: llevaba años al frente de estos almacenes y conocía a fondo todos los problemas del almacenaje de grano.

Aprovechó una parada de Hicesio, que estaba recuperando el aliento, para preguntarle:

—Entiendo el proceso que has utilizado, pero por lo que sé, por muy bien que los porteadores intenten ordenar los sacos, siempre quedan huecos entre ellos, ¡y me han dicho que hasta las ratas los atraviesan! ¿Cómo has calculado esos espacios?

Hicesio asintió, meditó un instante la respuesta y luego le explicó:

—Nos equivocaríamos si pensáramos que el volumen destinado a la estiba de sacos corresponde en su totalidad al trigo. De hecho, como bien sabéis, por muy hábiles que sean los mozos de carga a la hora de disponer los sacos en estricto orden, siempre orientados de la misma manera, siempre quedan espacios vacíos. Pues bien, esos huecos no creo que puedan calcularse. Ninguna fórmula matemática puede calcular el volumen de esas formas tan extrañas como los huecos que se forman entre tres sacos llenos de grano. Así que hace un par de días hicimos una prueba: pedimos prestados unos veinte mozos de carga a Cotta, el ordenanza del legado, y en un día trasladamos todos los sacos que ocupaban la sala XXI. Luego, por supuesto, los volvimos a poner en su sitio. Uno de sus *librarii legionis* nos echó una mano, ¡básicamente, lo único que hizo fue contar las etiquetas de plomo a su paso!

Hicesio esperó a que se entendiera bien lo que habíamos hecho, y cuando vio que nuestros interlocutores asentían, continuó:

—Éste es el sistema por el que pudimos establecer el número de sacos que ocupaban un volumen determinado, como he dicho antes, y al saber cuántos modios de cereal eran, porque cada saco corresponde exactamente a nueve modios, ¡descubrimos el volumen de los huecos!

Los oficiales sonrieron ante la argucia del griego, que impertérrito, continuó:

—Os diré que comprobamos que los huecos eran menores de lo que esperábamos, porque los sacos de cereal, como también nos indicaron los porteadores, al ser pisados para colocar encima otra hilera o capa de sacos, tienden a adherirse mejor entre sí y como consecuencia, los huecos entre ellos se reducen mucho, aunque no desaparezcan del todo.

—¡Oh, vaya! ¡Escucha eso! Nunca había pensado en algo así. ¿Y a cuánto os parece que corresponden en definitiva las pérdidas?

—El recuento que hicimos es bastante exacto: ¡poco más de dos modios por cada cien!

—Dos modios por cada cien, es una cantidad muy inferior a la que estamos buscando. Toda esta historia de los volúmenes no debería tener que ver con las mermas, aunque, claro, así podemos saber cuánto cereal hay en cada sala. ¡Ahora lo hemos comprobado! —concluyó el general.

—Atención: guardad un registro de vuestras medidas. Escribidlo todo —añadió el legado Balbo—. Nosotros también pensábamos que la colocación de los sacos en las salas de los *horrea* no tenía nada que ver con las mermas, y ahora gracias a vuestro trabajo y a vuestros cálculos disponemos de un elemento que nos ayudará a demostrar que la tropa del cuartel y nuestros oficiales trabajan con seriedad.

Tuve la impresión de que el general Nerva mostraba aprecio por nuestro trabajo y comprendía las dificultades que habíamos encontrado. El legado Balbo, en cambio, se mantenía siempre en sus trece, con ese aire un tanto huraño de inquisidor que yo había notado desde la primera vez que le vi.

Si mi intuición no fallaba, aunque estuviésemos trabajando para él, no valoraba en absoluto nuestra labor. Muchos nobles piensan que todo les es debido por su fortuna.

Y luego aquella tez, aquella piel demasiado pálida, bajo la cual se veían apenas las venas azules. No se me iba de la cabeza. Tenía la impresión de que aquel hombre podría convertirse en un peligrosísimo enemigo si le hubiéramos dado la oportunidad.

XVI.

De vuelta a nuestro cubículo, le pregunté a Hicesio:

—¿Has entendido algo de lo que quería decir el general con esa historia de que añadían tres meses al año?

Por supuesto, tampoco el griego podía tener ni la menor idea de lo que significaba, así que continué:

—Tengo la impresión de que estas 'vacaciones', como las definió el tribuno, se están alargando y complicando más de lo previsto. Cuanto más nos acercamos a la Urbe, ¡más se aleja!

—Quintilio, a estas alturas, no nos queda otra que completar este trabajo. Debería ser un asunto breve, y es posible que no consigamos descubrir nada nuevo. Pero tendremos que hacer lo que nos han pedido.

Resoplé y cambié de tema:

—No me has dicho nada de esos tres papiros que tanto te interesaban y en los que pasaste la noche anterior. ¿Te has enterado de qué tratan?

El griego sonrió esta vez, sus ojos se iluminaron de felicidad, como los de un colegial:

—Quintilio, tú no puedes entender lo que significa para un erudito tener en sus manos libros que provienen de la mismísima Alexandria —y sacó de un saquito de lienzo los tres rollos—. Dos de ellos ya los conocía, uno de oídas, y otro incluso ya lo había leído, al menos en parte. El tercero, por desgracia, no sé de qué trata, porque está escrito en lengua egipcia, que no puedo leer.

Y mientras hablaba, desenrolló un trozo del pergamino, mostrándome las extrañísimas líneas, garabatos y patas de gallina, que para los egipcios constituían su impenetrable escritura.

—Y los otros dos, en cambio, ¿están escritos en griego?

—Sí, Quintilio, están en griego y he podido hojearlos con facilidad. Has de saber que, en la Gran Biblioteca de Alexandria, la mayor del mundo, todos los libros, o casi todos, están escritos o traducidos al griego, porque el nuestro es el idioma universal.

—Pero ¿cuántos libros hay en esa biblioteca?

—¡Se habla de seiscientos mil papiros. Pero ya oíste ayer al capitán del barco, no se sabe exactamente qué pasó, ¡y si la Gran Biblioteca fue incendiada!

Aquella noche, tumbado en mi catre, mientras se agotaba el aceite de la lamparita, me quedé un rato observando las figuras del techo dejadas por el agua de alguna tormenta que, sólo los dioses saben hacía cuánto, tal vez años, se había filtrado por el tejado dejando manchas en el yeso. Las manchas formaban figuras irregulares, y si las miraba durante mucho tiempo se formaban imágenes que desaparecían en cuanto apartaba la mirada.

Ya estaba cansado de esta misión. Había pasado un año desde que me habían liberado de la Mamertina con Arrio. Era la víspera de las calendas de diciembre cuando el tribuno Elpidio había venido a sacarme de la cárcel.

Había sido un año durísimo: había escapado de la muerte por inanición en la estepa del Bósforo Cimerio, y de los ejércitos de los pérfidos gobernantes de aquellos tristes lugares, y había huido, con Arrio y Domicio, de sus sicarios que nos esperaban en Thessalonica. Habíamos atravesado tierras asoladas por la peste en las que los animales salvajes habían arrastrado, por corrales y eras, los huesos de los seres humanos que allí habían habitado. Nos habíamos salvado del mar Euxino y de los monstruos que allí acechaban durante la noche, de la pradera yerma y estéril de Tracia, del hambre y de la sed. Y me parecía que había llegado el momento de regresar a Italia. También era cierto que no tenía un hogar propio, pero quizá podría disfrutar un poco, al menos, de la compañía de mis padres.

En este año que terminaba había gozado de una inmensa libertad, pero la mía había sido en cierto modo una triste libertad; sólo había podido disfrutar de los placeres de una familia robando un poco a otras familias, en casas ajenas, e incluso con mujeres ajenas. Y ahora me habían relegado a esta nueva misión que no tenía ni pies ni cabeza, para hacer unas comprobaciones que las tendría que haber realizado un *librarius legionis*. Por último, ¡el año se prolongaría tres meses más! Algo nunca visto u oído.

¡Mi misión no tenía fin! No era más que un deambular de problema en problema, y de tierra en tierra.

Y, por último, el pensamiento, que de vez en cuando, se apoderaba de cada uno de los tres que habíamos escapado a la muerte, se revelaba más cierto que nunca: sólo volveríamos a nuestra tierra cuando los dioses lo quisieran, y tal vez tendríamos que pagar un precio muy caro.

Me pasaba días enteros trazando líneas y corrigiendo planos de los *horrea* sobre un tablón de nuestro cubículo, que había elegido como mi despacho porque no podía dejar que los oficiales ni los legionarios me vieran por los barracones con nuestros mapas y cálculos de trigo. Estábamos obligados a mantener la máxima discreción, nadie debía sospechar lo que hacíamos.

Trazar planos de edificios era algo que siempre me había gustado. En cierto modo, me despejaba la mente mientras mis manos avanzaban solas trazando líneas, haciendo pequeñas correcciones, y rayando el papiro con una afiladísima lanceta.

Hicesio lo sabía, y al verme concentrado en mi trabajo, pero calmado y dispuesto a escucharle, enardecido por aquellos mohosos rollos de papiro egipcio, no encontró nada mejor que hacerme partícipe de sus extrañas lecturas.

Mientras seguía trazando mis líneas comenzó a hablarme precisamente de aquellos tres papiros en los que había puesto sus manos.

—Como te comentaba, Quintilio, uno de esos dos libros ya lo conocía, se trata del *Ars Grammatica* del gran maestro Dionisio de Tracia, una obra muy difundida en Grecia y en todo el mundo mediterráneo. También existen muchos ejemplares en Roma, es un libro famoso.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y en qué consiste tan meritorio trabajo?

—Fue escrito hace setenta u ochenta años por un tal Dionisio de Tracia, que de tracio no tenía nada. Era de Alexandria. Tal vez su padre fuese oriundo de Tracia, por lo que también lo denominaban de Tracia, para distinguirlo de otros Dionisios que había en aquella época. Por eso, se interesó toda su vida en cuáles debían ser las

reglas para hablar entre nosotros, es decir, las reglas que debían usarse en la conversación, tanto hablada como escrita.

—¡Un trabajo muy extraño, Hicesio! Y se me ocurre que, si era hijo de un tracio, también sería una persona despreciable. ¿Acaso los bárbaros tracios necesitan darse reglas en su lengua, para hablar entre ellos?

—Claro que no, Quintilio. Como bien sabes por haber vivido entre ellos, su sociedad carece de reglas, ¡por eso siguen siendo bárbaros! —me contestó, sonriendo ante mi ignorancia.

Intenté cambiar de tema porque no me interesaba en absoluto, y de este modo le espeté:

—El caso es que, si es un libro muy común, no tendrá mucho valor.

—Así es, supongo que tendrá un valor modesto, pero seguramente no inferior a cuarenta o cincuenta denarios, y si además consideras que procede de Alexandria, ¡su valor debe ser mayor! Ciertamente no será una de esas copias que encontramos en Roma, mal transcritas por algún ignorante tendero que las ha plagado de errores. Pero para saberlo tendríamos que hacer algunas comparaciones, cosa que por desgracia no podemos hacer aquí.

'Lo que me faltaba' pensé para mis adentros.

—¿Y los otros dos? ¿Tienen algún valor?

—Los estoy evaluando, Quintilio. Uno de ellos está en lengua egipcia, así que no puedo saber de qué trata porque, para mi desdicha, no conozco ese idioma. En cuanto sea posible, haré que algún oficial me acompañe a Atenas para buscar a alguien que pueda traducirme algo de egipcio. Al fin y al cabo, ¡podría tratarse de una obra que ya conozco, pero traducida a la lengua egipcia!

—¿Y el tercer libro?

—La tercera es una obra que no conocía, sólo había oído hablar del autor, muy por encima. Es una 'Diatriba' de un tal Teles de Megara, si no me equivoco un filósofo que vivió hace unos doscientos años.

—¡Ah!, así que es un libro que nos pone al día de hechos recientes.

—En realidad, no. Que sepas que la 'Diatriba'…

Ya no pude aguantar más. Las complicadas disertaciones de Hicesio me entraban por un oído y me salían por el otro, como el murmullo del puerto a través de la ventana.

Afortunadamente, a cierta hora se nos ocurrió ir a las cocinas a comer algo.

Mi única esperanza era terminar lo antes posible y volver a Italia.

Al día siguiente fuimos a hablar con el oficial que vigilaba el portón y le explicamos que necesitábamos encontrar a alguien que conociera la lengua egipcia para ciertos documentos que tenían que ver con el trigo. Naturalmente, no había documentos en egipcio, pero por si por un casual, el general Nerva o el legado Balbo querían saber en qué estábamos trabajando, les diríamos que queríamos traducir los jeroglíficos grabados en las placas del cereal, en el sello que se grababa en el plomo cuando partía de Alexandria.

Sabía que nos observaban. Había preocupación por lo que hacíamos, y ya me había dado cuenta un par de veces de que el ordenanza del legado, Cotta, me estaba vigilando. Por orden de su superior, observaba discretamente lo que hacíamos.

El tal Cotta era un tipo raro. Tenía el cargo de ordenanza y, por tanto, tenía el mismo grado que un legionario, pero tenía algo diferente a los demás. No poseía rasgos característicos porque era de complexión media y bastante fornido, como la mayoría de los legionarios. Lo único en lo que me había fijado era en que le faltaba un dedo, tal vez por una vieja herida de combate. Nunca hablaba con nadie, y desde luego no era el tipo de ordenanza que cuida la ropa de su superior o lava su colada. Más bien daba la idea de ser un rufián, o un espía. Nos observaba de lejos: ni siquiera le veíamos, pero siempre sabía lo que estábamos haciendo.

Por eso tomamos precauciones preparando una coartada para nuestro viaje a Atenas. Sería útil para nosotros y para la investigación conocer el menor detalle de esas placas de plomo.

Además, con Hicesio lo habíamos hablado varias veces: las placas eran todas idénticas y llevaban, desde la fundición, el símbolo del Erario de la reina Cleopatra, la serpiente estilizada. Luego se le había añadido una marca, parecida a las que hacía nuestro oficial, pero en

caracteres jeroglíficos, y habíamos comprobado que en todo el depósito sólo aparecían dos tipos diferentes de punzones.

Tenía que ser algo relacionado con el oficial que había supervisado la descarga de los sacos del Erario egipcio de uno en uno, probablemente sus iniciales.

Así que nos tomamos el día libre, Hicesio con el papiro egipcio en su zurrón y yo con un par de placas de plomo, y partimos con cuatro legionarios de escolta en dirección al centro de la hermosa ciudad de Atenas.

Encontramos un hueco en uno de esos carruajes que circulan continuamente entre Atenas y el puerto del Pireo, transportando personas y objetos a lo largo de las cuatro millas que separan el puerto de la ciudad.

Saliendo de las murallas del puerto, mi asombro fue grande al descubrir que todo el camino hasta la ciudad, cuyas casas y Acrópolis blanqueaban a lo lejos, estaba en medio de dos inmensos muros rectos que bordeaban la calle tanto por la derecha como por la izquierda.

Hicesio vio mi asombro y sonriendo me explicó:

—Quintilio, debes saber que la civilización griega es antiquísima. Hace cinco siglos teníamos el ejército más poderoso del mundo, y nuestros soldados y parte de la población se alimentaban del trigo que llegaba del Helesponto y de las tierras que rodeaban el mar Euxino. En aquellos años los enfrentamientos entre ejércitos eran casi sólo terrestres, pero Atenas, aunque ya tenía la supremacía total sobre los mares gracias a la Liga de Delos[43], para defender la ciudad, construyó grandes murallas que la hicieron inexpugnable como si fuera una isla. También se amuralló el puerto, que a su vez se convirtió en una segunda pequeña isla fortificada. Para conectar el puerto con la ciudad, fue necesario mantener la gran avenida que ahora estamos recorriendo, a su vez protegida de los 'Muros Largos' que todavía puedes ver, aunque no son exactamente los mismos de aquel entonces, porque fueron reparados y levantados varias veces.

Hicesio estaba algo familiarizado con el centro de la ciudad y bajo su guía nos dirigimos directamente a una librería. Dejé allí al griego y con los cuatro legionarios me colé por la puerta de al lado: era una

taberna donde tomamos un abundante desayuno a base de queso de oveja, aceitunas, fruta y vino.

Pagué la cuenta de aquellos buenos legionarios y luego fui a ver si Hicesio había terminado de hablar de papiros egipcios.

Lo encontré en una mesita de la librería, hablando con un tipo de estatura imponente, calvo y sin un pelo de barba. Se notaba que era un liberto, y ni siquiera era griego, debía de ser egipcio.

Estaban inmersos en complejos razonamientos. También me acerqué a escuchar algo, invitado con un gesto de la cabeza del amable librero, y oí una historia muy extraña que tenía que ver con la confusa religión de los egipcios.

El librero, que se llamaba Makalán, debía de ser un hombre muy culto. En absoluto intimidado, es más, encantado de tener también a un segundo espectador, siguió leyendo el papiro, enrollándolo en su bastoncillo de madera, y siguió hablando, pasando del griego al latín para que yo también pudiera entender.

Señaló con el dedo los extraños símbolos y patas de gallina escritos en el pergamino:

—Aquí continúa la historia del príncipe Keper, que narra su cuento: es la historia del sacerdote Ubainer, que se había casado con una hermosa mujer, pero también algo tonta y ciertamente muy poco decente. Un día, esta mujer se enamoró de un civil, un ignorante mercader cuyo nombre ni siquiera se menciona, sólo para demostrarnos lo poco que valía.

El egipcio Makalán ahora me miraba a mí, ahora a Hicesio, para asegurarse de que todo quedaba claro.

—Evidentemente, la mujer se entregaba a aquel mercader, ¡a saber lo que imaginaba ver en él! Sin duda algo que sólo ella podía percibir, pues el hombre no era más que un don nadie de los que todos los mercados están llenos. El sacerdote Ubainer había notado que aquel hombre visitaba su casa con demasiada frecuencia, y por algunas actitudes de su mujer empezó a sospechar algo. Era un hombre de religión, una persona como es debido. Pero también conocía todos los hechizos, ¡y con él no se podía bromear! Finalmente, el sacerdote decidió poner las cosas en su sitio, porque la intriga no podía continuar así. Tomó la cera de unas velas y

fabricó un pequeño cocodrilo, como tantas veces se hace para que jueguen los niños. Pero no se trataba en absoluto de un juguete: el sacerdote Ubainer infundió en el cocodrilo de cera poderes sobrenaturales mediante ciertas fórmulas ancestrales que sólo él conocía, con el fin de contrarrestar la sórdida amistad que había surgido entre su esposa y el mercader, ¡porque él nunca iba a permitir que en su casa sucediera algo tan indecoroso!

El asunto se estaba poniendo interesante, Hicesio y yo estábamos ahora pendientes de los labios del egipcio.

—¡Ahora viene la parte más jugosa! —exclamó Makalán desenrollando otro trozo de papiro—. El mercader había oído algo sobre el cocodrilo de cera, ¡pero como era un absoluto ignorante no se lo creyó, ni atribuyó peligro alguno al pequeño reptil! Al contrario, burlándose del sacerdote, ¡siguió visitando a su mujer mientras él estaba en el templo cumpliendo con sus deberes religiosos!

» Pero el cocodrilo de cera tenía terribles poderes y, al cabo de unos días, el mercader empezó a quejarse de dolores en el vientre, como… si un cocodrilo le hubiera atrapado las entrañas y no quisiera soltarlas. Al poco tiempo, la enfermedad empeoró y murió. Y la mujer del sacerdote, que no era en absoluto inocente, ante el cocodrilo de cera tuvo que confesar todo lo que había hecho con el mercader, y según las leyes de la época fue acusada de adulterio y luego ¡desollada! Sus cenizas fueron arrojadas al Nilo.

—¿Y a cuándo se remonta esta historia? —le preguntó Hicesio.

—Es una historia antiquísima, todo el mundo a lo largo del Nilo la conoce; como te dije antes, el ciclo de la historia también habla del gran faraón Keops, ¡así que está ambientada hace miles de años!

—¿Y cómo se llama este libro? —le pregunté al erudito egipcio.

—Es el 'Libro de Naneferkeptah[44]' —me respondió el liberto—. Es una obra literaria de origen antiguo que permite a los jóvenes aprender los primeros rudimentos de las leyes y de nuestra religión.

—¿Entonces no son hechos reales? —insistí.

—Claro que no… —respondió sonriendo—, son más bien fábulas, simples cuentos que se narran a los niños y jóvenes egipcios desde hace un sinfín de generaciones.

Tenía que haberme imaginado de inmediato que no era más que palabrería.

Aproveché la ocasión para sacar de mi zurrón las dos placas de plomo y le pedí al erudito que me tradujera lo que estaba escrito en ellas.

Las miró y respondió:

—Este símbolo de serpiente es la insignia de la Ptolomea Cleopatra VII, faraón de Egipto. Este sello grabado significa: 'Khalfani - Tercer funcionario del Erario de Alexandria'. Este otro dice: 'Rehema - Cuarto funcionario del Erario de Alexandria'.

Sellos genéricos de los funcionarios de turno. Ni más ni menos que los que hacíamos nosotros.

XVII.

¡Un libro de cuentos! Y para colmo, escrito con jeroglíficos egipcios… ¡indescifrables! En cuanto Hicesio salió de la librería, no pude evitar señalárselo, y él, sintiéndose burlado, chilló:

—Quintilio, tu hilaridad está absolutamente fuera de lugar, y eso no quiere decir que, según tu ignorante criterio, este libro sea de escaso valor en el mercado de Roma.

—¡Pero son fábulas para niños, Hicesio!

—Eso da igual. Considero que este libro es importantísimo porque nos permite estudiar y comprender su religión, que tú consideras vanamente insustancial porque nunca la has estudiado, ¡y de hecho es mucho más antigua que la nuestra! ¿Y sabes por qué su religión y sus costumbres son importantes para nosotros, los romanos? Porque César es el dueño de Egipto, ¡y el trigo de Roma viene de allí! ¿Lo habías pensado alguna vez?

Me callé sin más y me olvidé del asunto.

Por la noche, ya en nuestro cubículo, retomé la cuestión de los papiros y le pregunté:

—Pero ¿crees que hay alguna relación entre los tres libros que te entregó el capitán? Aunque sólo sea para averiguar su origen.

— Quintilio, por mucho que haya leído a lo largo de mi vida todos los escritos que han llegado a mis manos, que no son pocos, por cierto, debo reconocer que soy un gran ignorante comparado con los que frecuentan la Gran Biblioteca de Alexandria. Sin embargo, no veo relación alguna entre estos tres libros. Ni su autor, ni su época y mucho menos su tema literario. Son muy diferentes entre sí. Pero ¿por qué me lo preguntas?

—Te lo explicaré enseguida, Hicesio. Sospecho que tienen algo que ver con tu Gran Biblioteca: podrían ser libros robados de la Biblioteca de Alexandria, porque las naves onerarias vienen de allí. Y si lo piensas bien, ¡el capitán dice que cargó su nave a pocos centenares de pasos de esa Biblioteca! Pero, aun así, eso no significa

nada. ¿Cuánto crees que valen? Porque eso es, al fin y a la postre, lo que el capitán quería saber.

—No tengo ni idea, es difícil establecer su precio, igual que es muy difícil saber si son copias, copias de copias o incluso peor, porque a medida que se suceden las generaciones de copias se van sumando errores e imprecisiones, y al final si las copias se han reproducido demasiadas veces es posible que se haya alterado el sentido de parte del texto. O que se vuelva incomprensible. Y lo mismo ocurre, lamentablemente, con las traducciones.

—Pero al capitán sólo le interesaba un examen superficial, no demasiado profundo, creo, porque quiere venderlos.

—¡Si es por eso, se los compraré yo mismo! Tengo bastante dinero en el banco y, pensándolo bien, podría ser incluso una buena inversión. Ciertamente mejor que comprar, por ejemplo, un caballo, que tiene el inconveniente de comer heno y de requerir cuidados diarios.

—¿Y tú qué vas a ofrecerle?

—Bah, no sé, yo podría ofrecerle tal vez un centenar.

—¿De ases?

—No, estaba hablando de denarios por cada libro, por supuesto.

—¡Hicesio, has perdido el juicio! ¿Pero no has oído lo que ha dicho el capitán? ¡Que compró estos libros a unos críos que conoció en la calle! No debió pagar más de un as o dos por cada uno, o tal vez por los tres juntos. ¡Se los habrán dado al mismo precio que esas cebollas que venden en la calle! Seguramente se trata de mercancía robada, y cualquier oferta será bien acogida por el capitán.

—Quintilio, ¿acaso subestimas el valor del conocimiento?

—Tienes razón, tal vez lo haya subestimado. Pero sé que la mercancía robada vale muy poco, y aún menos si la pagas con dinero en efectivo. Mira, hagamos una prueba: déjame a mí la tarea de comprárselos al capitán, y luego ya veremos.

—Tal vez te deje intentarlo siempre que no indignes al capitán y le hagas huir con estos libros, porque verás, ya les he cogido cierto cariño, incluso al que está en egipcio, tal vez incluso intente estudiar un poco ese idioma, así que, Quintilio, debes darme tu palabra de

que si no lo consigues aceptarás su precio siempre que no exceda de trescientos denarios entre los tres.

—De acuerdo, Hicesio, ¡déjame intentarlo!

—Debes saber que desde hace bastante tiempo trato de reunir una pequeña biblioteca propia. Me gustaría vivir lo suficiente para unirla con la que en su día perteneció al arquitecto Sextilio y, quién sabe, puede que los dioses me lo concedan.

Definitivamente, iba a ser yo quien se ocupase de la compra de esos tres libros. Hicesio no entendía muy bien cómo funcionaban las cosas cuando se trataba de bienes robados, así que, si le hubiera dejado, ¡habría dilapidado todo un capital!

Sin embargo, la misteriosa historia de la Gran Biblioteca me intrigaba a pesar de no ser un erudito. Había oído hablar del asunto el año anterior, poco después de la campaña egipcia de César, pero en Roma todo el mundo estaba más interesado en los exóticos asuntos de la familia real de los Ptolomeos y, en particular, en los cotilleos mundanos sobre las mujeres de la familia, entre las que destacaba Cleopatra VII[45].

Así que, mientras seguía con mis dibujos de los edificios del almacén en grandes hojas de papiro, mi mente divagaba sobre las peculiaridades de Egipto, sus gentes y sus gobernantes. Y sobre el gran río Nilo, en cuyas turbias aguas decían que vivían cocodrilos.

La tierra de los misterios. Misterios por doquier. Se hablaba mucho en la Urbe sobre los acuerdos a los que César había llegado con Cleopatra y su hermano Ptolomeo XIV, tras la traición del hermano mayor, Ptolomeo XIII.

También habían circulado muchas y lujuriosas habladurías sobre aquella Cleopatra, pero claro, era una reina, y tenía todo el derecho del mundo a hacer lo que le viniera en gana.

César, por otro lado, siempre había demostrado que sus acciones iban encaminadas al bienestar del Estado, y no cabía duda de que lo que había hecho con la reina de Egipto era únicamente en beneficio de la república.

Durante los largos días dedicados a realizar mediciones en las salas de los almacenes, me había familiarizado con el *librarius*

legionis Claudio Caeso, encargado de elaborar el registro diario de cargas y descargas de los almacenes.

En realidad, no era un auténtico registro, sino que se trataba simplemente de una hoja de papiro en la que se escribían los movimientos diarios, y que se entregaba cada noche al Mando.

De vez en cuando también nos reuníamos en la pequeña cantina del cuartel, y aquella tarde me senté en el banco a su lado para charlar un rato.

Llevaba todo el día pensando en las cosas tan extrañas que debieron de ver los legionarios y oficiales que habían participado en la guerra de Alexandria, sólo un par de años antes, bajo el mando de César. A saber, si incluso había entre ellos algún agrimensor.

Entre un vaso de vino y otro aproveché para preguntarle al amable joven:

—Por casualidad, ¿no habrías estado en la guerra de Alexandria con César?

—No, Quintilio, siempre he estado destinado aquí, en Atenas: llevo cuatro años supervisando el registro de mercancías en los almacenes. Pero, por supuesto, me habría encantado conocer Egipto. Todos los que han estado allí cuentan maravillas, ¡y han regresado cubiertos de oro o plata!

—Sí, cuanto más oigo hablar de Egipto y del valle del Nilo, más se despierta en mí una inmensa curiosidad. He oído hablar de esa torre de señales que indica el puerto de Alexandria a los barcos.

—Sí, a mí también me han hablado muchas veces de ella, todos los marinos que surcan estos mares la conocen muy bien, y no dejan de repetir que también nosotros, los romanos, deberíamos construir otras similares. Pero si te quedas en Atenas por un tiempo, tal vez tengas la oportunidad de viajar a Alexandria. Desde aquí el viaje no es muy largo, ¡se tarda menos que navegando a Roma por la ruta de poniente! Con una nave militar, y si los vientos son favorables, puedes arribar a las aguas del Nilo en siete u ocho días.

—Puede que no me quede aquí mucho tiempo, pero desde luego esa ciudad con su hermosa reina suscita en mí una gran curiosidad.

Claudio Caeso señaló a otro legionario que estaba comiendo no muy lejos de nuestra mesa y dijo:

—Ése es Lucio, estuvo un año en Alexandria, ¡la conoce bien! Siempre nos cuenta algo.

Y le hizo un gesto para que se acercara a sentarse con nosotros. El legionario cogió su cuenco y con una afable sonrisa se acercó a nuestro grupo.

—Lucio, a este joven civil le pica la curiosidad por Alexandria, tú has estado allí, ¿verdad?

—Sí, estuve un año allí, toda la guerra con César. Y te gustaría verla con tus propios ojos, supongo —respondió bonachón, sonriéndome.

—¡Buf, ya lo creo! Oigo hablar de esa ciudad a todas horas. Así que… ¿viste la gran torre de señales con tus propios ojos?

—¿La Torre de Faro? Bueno, ¡es difícil no verla! Tanto desde tierra como desde el mar. ¡Es tan alta…!

—¿Y a qué te dedicabas en Egipto?

—Pues a lo mismo que hago aquí: soy ayudante del centurión Tito Vestino, nos encargamos de los suministros para la tropa, y estaba con él en Alexandria. Él mismo estuvo en lo alto de la torre de señales por la que preguntas. En cuanto lo vea te lo presentaré. En esa época yo siempre andaba entre el grano, las ovejas y los cuartos de buey, de hecho, vi bastante poco de Alexandria.

—Me interesaría conocer lo del incendio, ¿es cierto que fue César quien provocó el fuego que destruyó buena parte de la ciudad?

—¡En persona, seguro que no! Pero, desde luego que dio la orden. Fue un infierno. Por culpa del viento, los que estábamos atrincherados en el palacio de la reina ¡casi morimos abrasados!

—Pero ¿por qué dio la orden de provocar el incendio?

—Estábamos sitiados, separados de los nuestros y a la espera de refuerzos que vinieran a sacarnos de allí. La flota egipcia, la del hermano de la reina Cleopatra que quería gobernar Egipto en su lugar, había cerrado tanto la ruta marítima como nuestra retirada por tierra. Para mantenerla a raya, César esperó a que soplara un viento favorable y envió dos centurias con hombres disfrazados de inofensivos civiles egipcios para arrojar ánforas de brea ardiendo sobre los barcos anclados en los muelles. Como el viento era favorable, los barcos prendieron como la paja: estaban amarrados

unos a otros y pocos pudieron escapar. Murieron miles de marineros egipcios. Cuando terminó el incendio de la flota, las llamas siguieron su camino y quemaron parte de la ciudad.

—¿Y sabes si la Gran Biblioteca también ardió?

—No, eso no te lo sabría decir. Pero si hablas con el centurión Vestino, él es mucho más instruido que yo, y seguramente sabrá responderte. Mañana estará de guardia en los almacenes, y yo estaré con él. ¡Ven a vernos!

Le tomé la palabra porque cualquier excusa era buena para escapar del tedioso trabajo de dibujar los planos de los almacenes. Al día siguiente por la tarde me hice con una tinaja de vino y un cuenco de pescadito frito en escabeche y me dirigí a buscar al centurión Vestino al cuerpo de guardia. El legionario Lucio, a quien había conocido la noche anterior, estaba con él y nos presentó.

El centurión era todo un hombretón, con unas manos tan grandes que dejaban pensar en una fuerza inmensa. Pero a pesar de su aspecto, que recordaba al de ciertos figurantes circenses que iniciaban los juegos realizando atrevidas acrobacias y levantando cosas y personas con facilidad, era un oficial algo cultivado, muy lejos de ser un tosco militar.

—Veo que no te has presentado con las manos vacías —me recibió con una sonrisa—. Has hecho bien. Aquí nos aburrimos, tenemos muy poco que hacer sobre todo ahora que ha terminado la época mejor para navegar. Ya suponía que vendrías a verme, Lucio me comentó algo.

—Sí, centurión, como sabes, estamos haciendo mediciones en las salas, y estar en medio del trigo de Alexandria todo el tiempo me ha despertado mucha curiosidad por saber algo sobre esa ciudad. En realidad, me encantaría visitarla, pero tengo que cumplir con mi servicio, así que por el momento me conformo con hablar con alguien que ya haya estado.

—Te comprendo, Quintilio, Egipto es una tierra magnífica, no es que allí no haya también problemas, pero es impresionante ver esa ciudad tan diferente de las nuestras y el gran río Nilo. Y, además, en Egipto vimos mujeres hermosas, ¡sobre todo las de la nobleza!

—Anoche inicié una conversación en la mesa con Lucio, pero fue incapaz de responderme. Quería preguntarte lo siguiente: tú estuviste allí con César, ¿verdad?

—¡Claro!, estuvimos atrincherados con él durante un tiempo en el Brucheion, el complejo palaciego de la reina. El ejército egipcio nos asediaba y no sabíamos qué camino tomar. ¡Lo tuvimos difícil!

—¿Estuviste ahí durante el incendio?

—¡Ya lo creo que estuve! ¡Con decirte que yo fui uno de los que lo inició! —me respondió sonriente.

—¿Fue César quien dio la orden de quemar la Gran Biblioteca?

—No, no. No fue así. Esta historia se cuenta siempre de mil maneras y, todas menos una, equivocadas. César nos ordenó prender fuego a su flota que estaba fondeada en la rada entre el Brucheion y la península de Faro, donde se alza la gran torre de señales. La maniobra, bien organizada por nuestro general Rufión, funcionó a la perfección, y antes de que dieran la alarma el fuego ya había prendido. Fue hace exactamente dos años, creo que el tercer día antes de los idus de noviembre[46]. Lamentablemente, el viento hizo más de lo necesario, y llegó a incendiar parte de la ciudad, los barrios bajos y los almacenes, e incluso llegó hasta el Brucheion.

—Entonces, ¿no ardió la Gran Biblioteca?

—Sufrió pequeños daños, el fuego alcanzó las paredes de la biblioteca y algo en su interior se incendió, pero me enteré de que no era nada. César tranquilizó a la reina prometiéndole que lo arreglaría todo, y cuando zarpamos de Egipto vi los andamios y los albañiles terminando la restauración de los muros del Brucheion y de la Biblioteca. Los daños fueron mínimos.

—Me alegra oírlo, se lo diré a mi colega, que es un erudito y estaba muy preocupado de que todo ese conocimiento se hubiera convertido en ceniza. Así que, ¿Alexandria ha vuelto a ser lo que era antes del incendio?

—No, eso no lo creo. Los palacios de la reina han sido reparados, sufrieron algunos daños por el asedio: techos derrumbados por el lanzamiento de piedras, algún intento de saqueo, ya sabes, las cosas de siempre. También los templos de la ciudad han sido restaurados. Los soldados, ya sean romanos o egipcios, causan siempre daños

allá por donde pasan. Los habitantes de la ciudad baja la están arreglando por su cuenta. César arengó a los representantes del pueblo y les dijo que eso era lo que se habían ganado con sus falsos faraones. Se lo habían buscado.

—Y la torre de señales para navegantes, ¿resultó dañada?

—No, la torre del islote de Faro no sufrió ningún daño, cuando provocamos el incendio el viento soplaba desde el mar hacia la ciudad. Ahora que lo preguntas, sin embargo, recuerdo que ardieron algunos almacenes de su Aduana que daban a la rada, y también ardió un almacén de la Gran Biblioteca, que según parece contenía papiros destinados a ser enviados a otros lugares. Tras el incendio, mi unidad permaneció allí otros cuatro meses, mientras César, una vez derrotado el ejército egipcio, emprendía un largo viaje por el Nilo junto con la reina. Ella le mostró todas las bellezas de Egipto, los barcos llegaron hasta las fronteras de Nubia. Por supuesto la tropa no hizo otra cosa que despotricar contra todo lo que ella les mostraba. Cuando nos fuimos, César decidió dejar las legiones XVII y XXXVII en Alexandria, a las órdenes del general Rufión. Desde entonces me he reincorporado a mi antiguo trabajo en los suministros.

XVIII.

Por la tarde, para romper la monotonía del trabajo, me dirigí a la terraza que daba al puerto para observar el movimiento de los barcos.

Desde la balconada crucé la mirada con la del capitán Pansa que, en la cubierta de su nave, gritaba órdenes a un par de hombres que se afanaban en colocar unos cabos. Estaba tan sólo a unas decenas de pasos de mí, ya que la nave estaba anclada en el muelle situado frente a los almacenes y el cuartel; le hice una señal con la mano para hacerle saber que después iría a verle.

Obtuve permiso del oficial del cuerpo de guardia y al atardecer salí a visitarle. Dejé a Hicesio bien acompañado en la salita: estaba leyendo esas terribles disputas escritas, las "Diatribas", como él doctamente las llamaba.

El capitán Pansa se alegró de verme:

—Tengo que quedarme de guardia en el barco, no puedo ir muy lejos, y estoy confinado en el puerto con un par de imbéciles que tengo por marineros que no tienen ganas de trabajar. Espero que aún no hayas cenado.

Le negué con la cabeza y me condujo hasta el extremo de un destartalado muelle donde había una barquita con un enjuto siervo a los remos. Subimos a ella y tras una breve travesía de un centenar de pasos, llegamos a una barcaza anclada en medio de la rada e iluminada con farolillos, de donde llegaban ruidos de algarabía y de gente comiendo y bebiendo.

La barcaza no era más que una taberna flotante que estaba anclada en medio del agua para alegrar las tardes de los que se veían obligados a permanecer en el puerto. El olor a comida era delicioso, y había un único mostrador en cubierta alrededor del cual habían tomado asiento una docena de comensales.

Se estaba un poco apretujados, pero el olor era sumamente tentador y ayudaba a pasar por alto el aspecto equívoco de los acompañantes ocasionales.

Una vieja vino y nos sirvió dos grandes platos de carne de caballa guisada con huevos y sazonada generosamente con pimienta oriental y otras especias. Aspiré profundamente el aroma del vino en el que se había hervido el fragante pescado y, antes de atacarlo, regamos la caballa con *garum*.

¡Un plato excelente! Aparte del dudoso aspecto de la taberna flotante, los comensales que tal vez fuesen jornaleros y alguno hasta parecía un pirata, pero el plato no habría afeado a una rica cantina de la Urbe.

—Pero si yo ya conozco esta receta, ¡la he probado en Roma! —le dije al capitán después del primer bocado—. Es caballa en salsa[47], igual que la nuestra, ¡también la saben hacer aquí!

—Claro, Quintilio, estamos en el Attica, pero la cocina marinera es la misma en todas partes.

Mientras disfrutábamos de la sabrosa caballa, y yo pensaba que ésa sería nuestra cena, la anciana vino a la mesa y dejó ante nosotros un plato con calamares rellenos pasados por la sartén[48], y una rica guarnición de verduras asadas.

Y el vino tampoco estuvo nada mal.

Era increíble: la pobre gente del puerto, en aquella destartalada taberna flotante, ¡disfrutaba de platos que yo habría dado por dignos de la realeza!

Y no fue la única sorpresa. Mientras estábamos allí degustando los calamares, asados en su punto y con muchas especias, vi una figura vagamente familiar salir de la trampilla que daba a la bodega, pero sólo la vi de espaldas. Por último, aquella figura se dio la vuelta. ¡Era Arrio!

—Arrio, pero ¿qué haces en esta barcaza?

—Hum, ya sabes, de vez en cuando vengo por aquí a cambiar de aires, en el cuartel por la noche no tenemos nada que hacer.

Y en ese momento vi también a Domicio saliendo a gatas por la trampilla, seguido de una muchacha prácticamente desnuda.

¡La barcaza también hacía las veces de lupanar! ¡El puerto estaba lleno de sorpresas!

Los dos se detuvieron un momento con nosotros para tomar un vaso de vino, luego se fueron a buscar al criado que estaba

esperando con su barquita justo debajo de la barcaza para llevarlos de vuelta al muelle.

Aquella cena fue memorable y al final tuve que agradecerle al capitán que me hubiera iniciado en el camino de la buena mesa. Me dedicó una amplia sonrisa y no dejó de observar:

—Esos caraduras de tus hombres no te habían dicho nada, ¿verdad? ¡Vienen aquí por las chicas!

Por último, también llegó nuestro turno, ya que la vieja había empezado a barrer la cubierta y a golpearnos con el mango de la escoba para avisarnos de que era hora de marcharnos.

Una vez desembarcados en el pontón le dije:

—Capitán, quería hablarte de los libros que le entregaste a mi colega Hicesio, los ha estudiado bien.

El capitán sonrió.

—Ya ha terminado de examinarlos, y me ha explicado que uno es una gramática para escolares, el segundo es un libro de habladurías y el tercero es uno de cuentos para niños, ¡pero escrito en jeroglíficos egipcios! Hicesio quiere que te los compre. Es un apasionado de los libros, solía ocuparse de la biblioteca de un rico patrón.

—¡Me alegro mucho de que Hicesio haya comprendido de qué tratan! De hecho, quería venderlos, no sabría qué hacer con ellos, ¡tengo mucho que hacer durante el día! Pero ¿te dijo el griego lo que podrían valer?

—Desde luego no sacaras un capital por ellos —le respondí sonriendo—. Podrían tener algún valor si se expusieran en una gran tienda por la que pasaran estudiosos que quizá estén interesados en el género.

—Quintilio, ven a mi barco y mientras hablamos te convidaré a un trago de buen vino egipcio.

Así que subimos al barco; un marinero de guardia nos entregó una vela resguardada por un armazón metálico con la que descendimos a la bodega, maloliente como la de todos los barcos, aunque aliviada por el olor agradable de los cereales transportados desde Egipto y que aún estaban ahí.

El capitán me abrió paso hasta su cubículo, en la práctica poco más que un cajón de madera en la popa del barco en la que nunca habríamos podido estar de pie. Encendió un par de lámparas y, tras sentarme en un baúl, empezó a rebuscar el vino.

Mientras lo servía dijo:

—Éste es de Alexandria, lo compré hace unos días. —Y me ofreció un cuenco de barro.

Lo probé:

—Hum, a mí me sabe raro.

—¡No es vino como el nuestro! Este se hace con la savia de la palmera. Claro está, también tienen vino hecho con uvas, no es que falten viñedos a orillas del Nilo. Pero de vez en cuando me gusta probar alguna de sus especialidades. Ese sabor particular que te queda en la boca, creo que es debido al lagarto.

—¿…?

—¡El lagarto! ¡Meten uno en cada botella! Aseguran que infunde un gusto especial. Este zumo es especialmente bueno cuando se cena demasiado, y en el mar es útil si alguien está enfermo.

—Por supuesto. Los egipcios tendrán sus costumbres —le respondí amablemente, tratando de desterrar la idea del lagarto.

—Pero Quintilio, ahora hablemos de libros, ¡me pica la curiosidad!

—Como te estaba diciendo, Hicesio los examinó detenidamente. Me preguntó por cuánto te gustaría dejárselos.

—¡Ja, ja, ja, enseguida vi que era un erudito!, ¡se nota a la legua! ¡Y no ha podido resistirse! Dile que le regalo esos tres libros. Pero a mí me interesaba saber cuánto podrían valer porque podría tener muchos más para vender.

—¡Ah, ahora lo entiendo! Te voy a decir la verdad: en manos de un estudioso, esos libros podrían incluso tener cierto valor, digamos una decena de denarios cada uno. El problema no son los libros, sino los estudiosos. Si tienes más libros así, ten en cuenta que un erudito querrá leerlos tranquilamente por la noche, como si abrazara a una virgen, y luego el asunto se complica, porque querrá saber si son copias, o incluso copias de copias. Ya sabes cómo son los eruditos. Si has comprado algunos más será mejor que ofrezcas todo

el lote a un precio muy bajo, que se los lleven de inmediato y no empiecen a montar jaleo.

El capitán me escuchaba atentamente, dándome a entender que estaba acostumbrado a comerciar con mercancías.

—Te pondré un ejemplo: Hicesio empezó a hablarme de la vida, obra y milagros de cierto escritor que había hecho normas para hablar, ya sabes, las reglas para juntar las palabras y que podamos entendernos, la gramática, en definitiva. Se me puso dolor de cabeza. Ése fue el primero de los libros. El tercero —y aquí no pude contenerme y me eché a reír a carcajadas—, el tercero era un libro de cuentos infantiles en lengua egipcia, y deberías haberles oído a Hicesio y a un librero de Atenas discutiendo sobre esos antiguos cuentos para peques. En resumidas cuentas, tuve que aguantar toda su cháchara que no terminaba nunca. Pero los eruditos son así, ¡no hay nada que hacer!

—Ya, sospechaba algo así. Has dado en el clavo: ¡el problema no son los libros en sí, sino los compradores! ¡Así son esta clase de compradores! —concluyó resignado—. Pero, en última instancia, ¿cuánto crees que se podría pedir por ellos?

Reflexioné un momento:

—Mira, si he de serte sincero, tratándose de unos libros adquiridos a ciegas, aunque procedentes de Alexandria, ciudad de gran fama por su biblioteca, creo que uno o dos denarios cada uno.

—Bueno, siempre es mejor que nada, ¿no? ¿Os interesaría algún otro libro?

—A Hicesio seguro. Estaría encantado de gastar dinero en libros. Siempre le han gustado las antiguallas y los cachivaches viejos. ¿Tienes muchas para vender?

—Tengo que comprobarlo, los tengo en la bodega del barco. ¿Y tú estarías interesado?

—No, yo no. Hicesio es tu hombre. Pero dime, ¿cuántos tienes?

—Unos cuantos. ¿Tenéis dinero?

Empecé a comprender, y le respondí, sonriente:

—Sí, podemos disponer de dinero. Pero hay que ver cuántos libros hay y de qué tratan. Si son papiros para quemar en el fogón, ¡desde luego no merece la pena pagarlos con denarios de plata!

—Mira, vamos a hacer una cosa: te daré algunos más y tú harás que Hicesio los valore. Pero deberás jurarme por todos los dioses que guardarás silencio sobre todo este asunto. No estoy seguro de quién me los vendió en Alexandria, así que es mejor que quede entre vosotros y yo.

Era tal y como había imaginado. ¡Se trataba de mercancía robada! ¡Y los ladrones ni siquiera sabían lo que habían robado!

—Sí, de acuerdo, dame algún ejemplar más y te diré si podemos cerrar el trato. Pero me tienes que decir cuántos tienes.

—Vosotros los miráis, y mañana, cuando nos veamos, os digo cuántos tengo.

Comprendí que no era el momento de regatear y que el lote era grande.

El capitán Pansa cogió una lámpara y salió del cubículo, para regresar un momento después arrastrando un pesado saco de aspecto familiar: era un saco completamente idéntico a los que estaban repletos de trigo y que veía todos los días.

Pero no sólo eso. ¡Incluso tenía en la boca el sello de plomo del Erario de Cleopatra!

El capitán cortó el cordel y dijo:

—Llévate algunos, luego nos veremos y ya razonaremos el asunto.

—¿Cuántos me llevo?

—Coge los que quieras, ¡siempre que puedas volver al cuartel sin caerte del muelle! Espera. Te daré un saco vacío.

Eché unos cuarenta papiros a voleo, y luego le pregunté con descaro:

—¿Puedes darme esa bonita placa de plomo llena de símbolos egipcios?

Era la placa del Erario de Cleopatra.

— No, ésa la necesito para otra cosa… Bueno ¡cógela, tengo otras!

Me quedé estupefacto al oír que podía 'necesitarla para otra cosa', pero por fortuna, en el oscuro vientre del barco no me vio la cara.

Con el singular botín echado al hombro me despedí de él y emprendí el camino de regreso al embarcadero.

Las noticias que ahora llevaba conmigo eran numerosas: había un cargamento de libros robados en Alexandria, tal vez un cargamento

de gran valor, y, lo que resultaba aún más increíble, ¡había placas del Erario egipcio que circulaban libremente ocultando mercancías robadas y de contrabando!

Entré en nuestro cuartito y me encontré a Hicesio dormido sobre uno de los papiros. Evidentemente había empezado a leer, pero luego había caído rendido en los brazos de Morfeo.

Estaba al corriente de que había ido a hablar de 'sus' tres papiros, y en cuanto se desperezó, me preguntó:

—¿Has llegado a algún acuerdo con el capitán?

Y le di la gran noticia:

—Hicesio, ¡agárrate fuerte! ¡Te los ha regalado!

Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro, como la de un niño feliz con el regalo de un juguete.

—Pero no es ésa la única noticia. Mira aquí —Y, abierto el saco, empecé a sacar rollos de papiro de diversas formas y tamaños, nuevos y viejos, revueltos como si fuera mercancía que se iba a tirar a la basura.

—¡Por el supremo Júpiter!, ¿y ahora qué haremos?, ¿nos los podemos quedar? —Y empezó a desenrollarlos como si fueran objetos preciosos. Le dejé así un rato, hasta que se le pasara la excitación inicial.

Estuvo así durante media hora. Luego se detuvo en silencio, y sólo dijo:

—Podrían proceder de una biblioteca de la importancia de la de mi patrón Sextilio.

—Hicesio, ¿has visto qué novedad? Ahora si te has calmado tienes que escucharme, porque hay otra noticia más importante.

Me miró seriamente y asintió.

—Así que, en primer lugar, que sepas que de estos libros hay varios sacos, por lo que he entendido hasta ahora. Se trata de una gran remesa, que creo que puede tener un valor considerable.

—¿Incluso sacos? ¿Sabes cuántos libros son?

—No lo sé, Hicesio, no he podido ver. Pero sacos hay, de eso estoy seguro, porque me ha dejado coger los que he querido de un saco abierto a tal efecto, un saco como éste.

—Es un saco normal y corriente, parece uno de esos sacos de trigo en medio de los que pasamos todo el día empolvándonos.

—Así es. La boca del saco estaba cerrada con un cordel y con una de éstas —Y le entregué una de las familiares placas de plomo.

— Pero ¡si es una placa del Erario de Alexandria! ¡Como las de nuestro trigo! No, espera, creo que hay algo diferente…

—¡No te esfuerces, Hicesio! Te diré cuál es la única diferencia: ¡carece del sello de entrada al almacén del Erario Romano! ¡Ésa es la única diferencia!

—¿Y crees que ese cargamento de libros, que por lo que entiendo vienen todos en sacos de grano, crees que quiere venderlos?

—Sí, quiere venderlos. Lo hemos hablado un poco esta noche. Sé que tiene que salir de Atenas en unos días para algún otro viaje, por lo que tiene que vender todo rápidamente. Esto es, y no me cabe duda, propiedad robada, la habrá obtenido por muy poco, tenemos que hacerle una oferta. Creo que la aceptará.

—Ya… y si son cientos de libros ¿cómo vamos a pagarlos?

—Me encargo yo, Hicesio. Hasta ahora le he dejado creer que podría conseguir uno o dos denarios por cada libro. Confié en lo que me dijiste, que valen mucho más. ¿Lo hice mal?

—Es increíble lo que me dices, Quintilio. ¿No te estarás burlando de mí, por casualidad? ¡Nadie ha comprado nunca libros por uno o dos denarios cada uno!

—Déjame hablar, Hicesio, sólo quiero saber de ti si estás seguro de que estamos haciendo un buen negocio si le pagamos, por ejemplo, un denario por cada uno. Sólo dime eso. Mañana me ocuparé de ello.

Hicesio me miró extrañado, aún sin creerse que estuviera hablándole en serio.

—Has de saber que tengo que llevarle la respuesta y hacerle saber si somos capaces de organizar un pago con oro o plata, porque el capitán seguramente no querrá llevarse pedazos de pergamino con sellos.

—Si es sólo por eso, me basta con hablar con un argentario de aquí, sólo conozco uno, y tener dinero en monedas de oro o plata, desde luego, no representará ningún problema.

—¿Cómo nos comportamos? ¿Si nos da quinientos libros le pedimos quinientos denarios? ¿Y si los libros fueran mil? ¿Le damos mil denarios? Yo diría que no, porque si la cantidad aumenta, el precio de un solo ejemplar debe disminuir, se hace lo mismo con los grandes rebaños de ganado, podríamos darle… ¿tres sestercios por libro?

—Quintilio, ¡no sé si te das cuenta de lo que estás diciendo! En la gran biblioteca de Alexandria dicen que hay seiscientos mil libros. ¿Vas a comprar todo el conocimiento de la humanidad, desde que los dioses pusieron a los hombres en la tierra, por medio millón de denarios? ¿Una suma absurdamente ridícula?

—¡No tienes que preocuparte por todo el saber humano, Hicesio! Sólo estamos hablando de un lote de objetos robados. Intenta verlo de otra manera, ¡qué sé yo!, que, si no pones a salvo estos libros, no sabemos qué pasará con ellos. ¡Podrían acabar en una fogata! ¿Ahora cómo lo ves?

Guardamos silencio durante un rato, yo sentado en mi catre e Hicesio, perplejo, en la mesa, incapaz de convencerse de que lo que para él tenía un valor inmenso, podía venderse por un odre de vino. Pero vi que había estirado el brazo y puesto una mano en el montón de rollos. ¡Jamás, por ningún motivo, moral o económico, correcto o incorrecto, permitiría que esos rollos escaparan de sus garras!

XIX.

Había veintinueve de esos grandes sacos, los del trigo con el sello de plomo del Erario de Cleopatra, bien llenos de rollos de papiro.

Yo me encargaba de la negociación, y pensé que lo mejor era dejar que Hicesio se quedara en el cuartel, porque su presencia haría subir inevitablemente el precio.

Primero tuve que garantizar al capitán Pansa el pago en oro de la mercancía cuando ésta abandonara el barco.

Discutimos cómo evitar llamar la atención con nuestros tejemanejes, algo en lo que el capitán, afortunadamente, tenía mucha experiencia. Explicó que iba a alejar un poco el barco de la rada, dejar que se perdiera de vista y luego volvería a entrar y atracar a trescientos pasos de los almacenes del ejército.

Nadie se habría percatado del insólito tráfico. Los sacos de trigo egipcios habrían sido sustituidos en la bodega, antes de la descarga, por anónimos sacos de cáñamo de fabricación griega, del tipo que se utilizaba para las aceitunas.

Hicesio ya me había explicado que los mozos de carga vendrían a cargar con sacos nuevos, nunca usados antes, y que cada saco sería doble, es decir, uno dentro del otro para proteger mejor la carga.

Empezamos a discutir de dinero, y era evidente que el capitán no sabía cuántos libros había sacado de Alexandria.

Según él, eran más de tres mil libros.

Así que decidimos calcular por peso.

Llamamos a un porteador para que nos ayudara a estimar el envío, y le hicimos levantar unos cuantos sacos; el hombre, experto en el manejo de mercancías, juzgó que eran menos pesados que los de trigo, y aventuró que pesaban una media de ciento treinta y cinco libras cada uno, más o menos. No teníamos otro medio de pesarlos; el mozo apestaba a vino, orines y sudor rancio de una forma exagerada, y tomamos su dictamen al pie de la letra.

El capitán y yo estuvimos de acuerdo en que un papiro pesaría una libra o poco más, por lo que supusimos que cada saco contenía unos ciento veinte libros.

Y así estimamos que se trataba de un cargamento de tres mil quinientos libros. Durante mi estancia en Macedonia había visto cómo mercadeaban: lanzaban un precio absurdo y luego lo discutían. Así que le hice una primera oferta de dos mil quinientos denarios, ante la cual Pansa puso el grito en el cielo, jurando por su madre que sería más conveniente devolvérselos a los ladrones que se los habían vendido, ¡o arrojarlos directamente al mar!

Yo no disponía de demasiado tiempo para regatear, el barco estaba atracado en el muelle frente al cuartel y nos encontrábamos bajo la atenta mirada de los soldados de guardia que me habían visto embarcar.

Estaba convencido de que el capitán había conseguido el lote completo por una hogaza de pan, tal vez unos cientos de denarios, ¡posiblemente, un precio cercano al del trigo que se suponía contenían aquellos sacos precintados por los funcionarios de Cleopatra!

Para no andarnos por las ramas, le pregunté si él, todo un capitán romano que había recorrido los mares tendría valor cómo para echar de su barco a un argentario que venía a traerle lingotes de oro por el equivalente a tres mil denarios.

Y le repetí que no tenía más tiempo para regatear.

El capitán Pansa lo comprendió, sabía que los guardias estaban en el muelle y tenían órdenes de vigilarme, pero como no quería rendirse fue a su camarote, sacó un voluminoso rollo de pergamino y me lo ofreció, insistiéndome:

—Sube a cuatro mil denarios y te daré también este rollo de pergaminos: son mapas de Egipto, me han dicho que valen una fortuna.

Eché un vistazo apresurado: eran varias hojas grandes de cuero tan anchas como se podrían sacar del lomo de un animal. Debía de tratarse de una valiosa piel de cerdo.

Las ojeé rápidamente. Los mapas eran un tema que conocía perfectamente: enseguida reconocí en aquellos pergaminos la artesanía de cartógrafos profesionales, no de jornaleros de tres al cuarto.

Pero no tenía ni idea de cuánto valían, ni de si representaban Egipto o alguna tierra de Oriente, o qué otras partes del mundo, porque todos estaban escritos en lengua egipcia.

En cualquier caso, eran mapas bien dibujados y, desde el primer vistazo, supe que se trataba de un trabajo que a veces llevaba muchos meses para un solo mapa. Incluso dudé de que se tratara de material que pudiera circular libremente. Por no mencionar que los mapas importantes se conservaban celosamente en el Mando y un civil nunca podría haberlos consultado con facilidad, ya que detrás de los mapas, especialmente de los de países externos a la república, siempre circulaban intereses de conquista o de expediciones militares.

—Tres mil doscientos —le ofrecí al capitán—. No puedo darte más.

—¡Tres mil quinientos!

—Tres mil trescientos, *magister*, tengo que irme ya. Me llevaré los mapas ahora, y mañana enviaré a los hombres a cambiar los sacos y descargar. El argentario estará en el muelle con el oro.

El capitán pareció asentir a regañadientes, pero luego esbozó una sonrisa:

—¡Has hecho un gran negocio, Quintilio! —y nos escupimos en las manos, estrechándolas para confirmar el contrato. Y para demostrarme que no me guardaba rencor, quiso a toda costa regalarme una botella de esa exquisita bebida alejandrina, la de lagarto, que no pude rechazar por simple cortesía.

Así que regresé al cuartel con el pesado rollo de mapas y el preciado licor, que regalaría a algún legionario a las primeras de cambio.

Le pedí ayuda a Arrio, que se había enterado, al menos a grandes rasgos, de que se estaba preparando un acuerdo. Se quedó vigilando desde la terraza que no se produjera ninguna descarga clandestina de los sacos, que ya eran virtualmente nuestros. A última hora de la noche Domicio le relevó.

Encontré a Hicesio paseándose impaciente por las salas de los *horrea*, como si estuviese sufriendo retortijones de estómago. El legionario Septimio, que estaba de guardia, me indicó que a lo mejor el griego estaba enfermo, y mencionó ciertas especias utilizadas en

la cantina del cuartel. Y no me quedó otra que explicarle educadamente:

—No, Septimio, no creo que sea por culpa de las especias. Está muy preocupado por el proyecto en el que estamos trabajando, es algo muy complicado, ¡y tiene miedo de equivocarse! Pero gracias por decírmelo, intentaré tranquilizarle.

Me llevé a Hicesio a una sala apartada del almacén donde nadie pudiera oírnos. Él aguardaba ansioso el resultado de las negociaciones, eso era lo que le ponía enfermo, y no le hice esperar más:

—Hicesio, ¡los libros serán unos tres mil quinientos! He pactado tres mil trescientos denarios. Debes ir sin demora a Atenas para preparar el pago, que se efectuará mañana en el muelle.

Al oír el número de libros, Hicesio se aferró a mí, temiendo caerse, y de hecho tuve que sujetarle.

En cuanto volvió en sí, balbuceó con un hilillo de voz:

—Entonces… ¡ahora se supone que soy dueño de una de las bibliotecas más grandes del mundo! ¡Ay, si mi amigo y patrón, el arquitecto Sextilio, estuviera aquí! Se volvería loco al ver todos estos papiros, ¡y a saber cuánto tiempo me llevará sólo leerlos!, ¡qué digo, sólo catalogarlos y saber lo que contienen!

—Hicesio, ¡ahora no te dejes llevar por la euforia! Habrá que tener mucho cuidado, estos libros son bienes robados. No sé qué riesgos corremos, pero tendremos que asegurar el silencio de todos los que tengan algo que ver con esto, especialmente tu argentario y los porteadores que empaquetarán y descargarán la mercancía. Todo tendrá que desaparecer rápidamente y nadie tendrá que hablar de ello. Debes ir de inmediato a Atenas para organizar el pago, tendrás que organizar el transporte y encontrar mozos de carga que guarden silencio de todo lo que vean. ¿Comprendes? ¿Crees que puedes hacerlo?

—Por supuesto que sí, Quintilio, ya lo había comprendido desde un principio. ¡Pero hay que volver a arriesgarse para salvar todo este saber! Y también habrá que tener mucho cuidado porque no sabemos qué valor tiene esta biblioteca, y quizá en comparación con su importancia, nuestras vidas no valgan nada.

Eso ya me pareció una exageración de erudito, pero lo dejé pasar:

—Tal vez, Hicesio, tal vez. En cualquier caso, ¡no debemos dejar rastro! ¡Si son objetos robados de la Biblioteca de Alexandria, es como decir que se los han robado al mismísimo César!

—¿Y esos pergaminos que llevas bajo el brazo?

—Son mapas, podrían valer una fortuna. Ahora voy a nuestro cubículo a estudiarlos. Te lo digo ahora mismo, si es algo que me interesa, me gustaría quedármelos. ¿Te importa?

—No, Quintilio, claro que puedes quedártelos. Pero ¿has pensado que mi vida nunca será lo bastante larga para leer todos esos libros? ¡Ay, si los hubiéramos encontrado hace treinta años! ¡Habría tenido treinta años más para estudiarlos!

Y me vino a la mente: 'Puede que tú sí, pero yo no. Todavía no había nacido', pero no quise mofarme de él en aquel momento de euforia.

Esa misma tarde, Hicesio obtuvo permiso para visitar a un librero de Atenas. El motivo que dio al oficial de guardia fue que antes de terminar los planos de los nuevos almacenes y marcharse de Atenas deseaba comprar libros, o hacer que se los copiaran si no encontraba copias en la tienda.

El oficial de guardia aquel día era el mismísimo centurión Tito Vestino; había llegado a conocer al erudito griego de tanto verlo por ahí y sabía que a veces podía parecer excéntrico como todos los eruditos, pero era una persona tranquila, y de buena gana le otorgó el permiso y le dio un par de legionarios de escolta.

Hicesio fue a discutir con un argentario que ya conocía y acordó pedir prestados para el día siguiente a tres mozos de carga y un liberto de confianza, que por una cuantiosa suma olvidarían ipso facto lo que pudieran ver. Destinó un gran anticipo para que los porteadores compraran sacos nuevos y para alquilar dos carros cubiertos con conductor, que transportarían la mercancía a Thessalonica.

Por supuesto, el asunto no acabó ahí.

Por la noche, tuve que echarle una mano para falsificar tanto los permisos necesarios para viajar por las Vías Consulares, como los

papiros adjuntos que demostraban que el cargamento no era otra cosa que la biblioteca privada del riquísimo argentario Nicóteles, un bizantino apasionado de libros y antiguallas.

No nos faltaba material para escribir, y lo oficializamos utilizando un par de sellos falsos que el griego siempre tenía a mano entre sus útiles de escritura, bien escondidos en el interior de una vela de cera.

Mientras manipulábamos las tablillas de madera, los sellos y el lacre, discutíamos sobre la increíble suerte que había tenido el griego al hacerse con una gigantesca biblioteca por tan poco dinero.

—No cabe duda de que debe haber una conexión entre la gran Biblioteca de Alexandria y estos libros —comentó—. Tanto por el gran número como por la variedad de temas tratados, al menos en los que he examinado, no podían proceder de una biblioteca privada. Debe de tener algo que ver con la Gran Biblioteca.

—Sí, Hicesio. Yo también creo que es así. Recuerda que también debes tener mucho cuidado en Thessalonica, porque estos libros serían propiedad de César.

—Eso no quiere decir que no puedan volver a ser del César. Me interesan por el conocimiento que contienen, no por el oro que pueda reportar su venta. Se los entregaría con gusto al Estado siempre que se me permitiera estudiarlos tranquilamente. Sin embargo, ¡ya ves que sigo aquí, escondiéndome del Erario del Estado!

—Tal vez podríamos encontrar un modo de asegurar todos esos libros. Me gustaría entregar algunos de esos mapas al Mando para que los traduzcan y hagan copias. Éste es un material que no está bien dejar en manos de civiles.

—Claro, primero podrías intentar iniciar una conversación sobre los mapas, ya conoces a los oficiales del Mando que se interesan por esas cosas. De todas formas, sé que César ya ha iniciado la construcción de una inmensa biblioteca en Roma que pueda competir con la de Alexandria, y aunque ahora no lo sepamos, ¡quizás estos libros tuvieran allí su destino!

—Sería una obra meritoria erigir una gran biblioteca, ¡y no veo por qué los romanos hemos de ser menos que los egipcios!

—Tengo entendido que el terreno de Roma se compró hace algunos años, mi maestro Sextilio aún vivía, y se depositó un proyecto en el *Tabularium* de la Urbe. Tal vez estén construyendo ya esa gran biblioteca. He oído que los primeros volúmenes estaban repartidos un poco aquí y otro poco allá, sólo estaban esperando a que abriera sus puertas para poder albergar también las numerosas colecciones que los nobles donarán al Estado.

—Quizá estudiándolo todo bien podríamos intentar albergar allí esta colección, que sin duda estaría mejor guardada en manos del Estado que en manos de un solo ciudadano.

—También lo creo así, Quintilio, aunque podría argumentarse que estos libros no estaban bien custodiados por los sabios de Alexandria. Pero quizá con César podría ser diferente. También sé quién es el encargado de la biblioteca por orden directa de César: es Marco Terencio Varrón[49], un erudito que ha trabajado mucho en bibliotecas en su vida, y también conocía a mi difunto amo. Lo vi un par de veces. Y fíjate: consiguió ese trabajo a pesar de ser miembro del partido de los optimates y buen amigo de Pompeyo. Pero han puesto como su responsable a un tal Asinio Polión, a quien no conozco, sin embargo, que yo sepa es un comandante integro y también escribe libros de historia.

—Hicesio, ¿y cómo abordarías el hecho de que todos estos libros están en griego, y algunos incluso en egipcio? ¿Seguirían interesándole a Roma?

—Ciertamente, Quintilio, la biblioteca de César constará de dos grandes edificios gemelos, uno destinado a las obras en griego y otro a las escritas en latín. A estas alturas el uso de la lengua griega en la Urbe ya no es un problema, todos los eruditos la hablan con fluidez. Incluso tú podrías aprenderlo, aunque sólo seas un agrimensor.

En realidad, había aprendido algunas palabras y podía arreglármelas más o menos para las necesidades más diarias, pero aprender a hablar con fluidez un idioma distinto era algo para lo que se necesitaba un maestro.

—Sin embargo, deberemos tener mucho cuidado, y me temo que nunca podremos hablar directamente con el tal Varrón o el tal

Polión, ¡acabaríamos directamente en la cárcel!

XX.

Aquella noche, trabajando en los documentos falsos que acompañarían a los papiros hasta Thessalonica, decidí satisfacer mi curiosidad y le pregunté al griego:

—¿Cómo es posible que conozcas tan bien la ciudad de Alexandria si nunca has estado en ella?

—Has de saber, Quintilio, que un viaje a Alexandria era mi sueño y el de mi patrón, el arquitecto Sextilio. Él se dio cuenta de que estaba envejeciendo, y no quería morir sin haber visitado antes esa ciudad. Discutimos largo y tendido sobre ese viaje, y hablamos con varias personas que ya habían estado allí. Nos planteamos seriamente abandonar la ciudad de Roma durante uno o dos años. Luego llegaron las secuelas de la guerra civil, y por último el puesto de arquitecto encargado de las centuriaciones de la Galia Cisalpina, que por desgracia fue su último trabajo.

—Lo recuerdo muy bien. El campamento en Vadus —sonreí.

—Sí. No pudo escapar de ese cometido porque la orden vino directamente de César, y tal vez, cuando ese trabajo hubiera estado terminado, nos hubiéramos ido, pero ya sabes cómo acabó todo.

—¿Queríais ir a ver la Gran Biblioteca?

—Queríamos hacer mucho más. Queríamos quedarnos en Alexandria un año o dos para conocer a algunos de los muchos eruditos que se congregan allí y hablar con ellos de temas científicos: medicina, astronomía, la ciencia de la construcción de grandes edificios y, por supuesto, no faltarían oportunidades de leer también muchos libros, o de comprar unos cuantos. O de hacer copias. Pero lo que más nos fascinaba era la posibilidad de pasar parte del poco tiempo que tenemos a disposición en nuestras vidas junto a personas verdaderamente eruditas, ésa era nuestra aspiración.

Tuvo un extraño efecto en mí el que me hicieran partícipe de uno de los deseos más íntimos del que había sido el proyectista de las obras de centuración de Mantua y Cremona, bajo cuyas órdenes

había trabajado. Había conocido al hombre, o, mejor dicho, había hablado con él varias veces, pero yo no era más que un agrimensor, joven e ignorante. En realidad, no había llegado a conocerle. En aquel momento me di cuenta de la inmensa distancia que me había separado de aquel hombre ilustre y lamenté la oportunidad perdida de relacionarme con él y entenderle mejor.

—Pero ¿cómo crearon los egipcios en esa ciudad el centro del saber de todo el mundo conocido? ¿De dónde empezaron?

— Los egipcios tienen una civilización mucho más antigua que la nuestra, pero lo que puso todo en marcha en Alexandria se debió a mi compatriota Alejandro Magno, que conquistó Egipto. A su muerte, uno de sus generales, Ptolomeo Sóter, su amigo de la infancia y su guardaespaldas, asumió el gobierno de Egipto. Fue el fundador de la familia reinante, el primer faraón de la dinastía Lágida, o de los Ptolomeos, y antepasado de nuestra Cleopatra VII. Fue él quien inició la construcción de la gran torre de señales para los marinos en el islote de Faro, que fue terminada por su hijo Ptolomeo II. Ptolomeo Sóter también construyó la Gran Biblioteca, que desde entonces recopila libros de todos los saberes y permite leerlos a quienquiera que lo desee.

—Es asombroso cómo todos estos grandes hombres del pasado coincidieran para realizar magníficas obras de las que hablamos, pero ¿cuándo ocurrió eso?

—Alejandro murió en el 430[50], hace doscientos setenta y siete años. Puede que a ti te parezcan muchos años, pero en realidad no lo son en un reino antiguo y estable como Egipto, donde el paso del tiempo se mide en milenios. Y fue siempre aquel Ptolomeo, general de Alejandro, quien envió a sus embajadores a todas las tierras conocidas para conseguir copias de los libros de su saber. Su hijo Ptolomeo II no quiso ser menos y estableció por edicto el 'Fondo de las Naves' ¡que aún existe!

Pude ver que Hicesio estaba realmente emocionado. ¡Quién sabe cuántas veces había soñado con aquella Gran Biblioteca, y cuántas noches había pasado hablando de ella con su maestro, el arquitecto Sextilio!

—El ‘Fondo de las Naves’, para que lo sepas, Quintilio, era un enorme tesoro que se utilizaba para financiar la copia de los libros que se encontraban en cada nave que hacía escala en Alexandria. Los textos originales se conservaban y las copias se devolvían a sus legítimos propietarios. Imagina que en tres siglos se recopilaron unos seiscientos mil libros, ¡y casi todos traducidos al griego! Y con los libros y otros materiales sobrantes de la Gran Biblioteca, copias y documentos desechados, se hizo una segunda biblioteca, la del Serapeum, que contenía más de cuarenta mil libros, y al estar fuera de los palacios de Brucheion, ¡estaba abierta incluso a los profanos!

Aquella noche, Hicesio consiguió hacerme tocar de lleno mi ignorancia, y me hizo desear y soñar aún más con un viaje a Egipto.

Veía en mi mente las enormes salas con sus estanterías de madera donde se almacenaban los libros, además de escribas y asistentes junto con eruditos venidos de todo el mundo conocido.

Me quedé dormido mientras la voz del griego narraba las vicisitudes del cuerpo de Alejandro Magno, conservado en miel en un gran sarcófago que tras interminables andanzas había sido depositado en el mausoleo de Alexandria, a pocos pasos de la biblioteca.

Naturalmente, no conseguí apartar a Hicesio de la descarga de los libros de la nave oneraria del capitán Pansa.

Nunca habría podido resistir el deseo de verlos y tocarlos por fin con sus propias manos.

Conseguimos, con una excusa, que el centurión Tito Vestino nos concediera medio día de permiso, a lo que accedió, siempre y cuando, claro está, no abandonáramos el puerto. Ante mi insistencia permitió, con carácter extraordinario, que nos acompañaran Arrio y Domicio en lugar de los legionarios del cuartel. Le hice creer que queríamos ir a buscar mujeres a algún prostíbulo cercano.

Arrio recibió instrucciones de comprobar lo que hacía el ordenanza Cotta, y una vez que estuvimos seguros de que no nos pisaba los talones nos pusimos en marcha.

Guiamos a Hicesio por los muelles hasta encontrar el barco del capitán Pansa atracado a trescientos pasos del cuartel.

Los mozos de carga ya estaban trabajando y vimos unos sacos, de los griegos para aceitunas, de áspera tela de cáñamo, ya cargados en una carreta cubierta que estaba cerca, esperando.

El capitán Pansa nos saludó con una ligera expresión de preocupación, indicándonos con la mano que estaba a la espera del oro.

Le contesté que tuviese un poco de paciencia, ya que el argentario llegaría en seguida.

Hicesio se precipitó de inmediato al oscuro interior del barco, donde, con la luz que se filtraba por las escotillas abiertas y gracias a la ayuda de un par de velas, dos hombres trasladaban los papiros a los sacos nuevos.

Arrio y Domicio se quedaron por el embarcadero, asegurándose de que no hubiera curiosos por los alrededores, y yo pude malgastar la tarde ayudando a Hicesio a rebuscar entre los apestosos papiros, recogiendo pulgas, arañas y cucarachas en cantidades ingentes, ¡y no sólo eso! Encontramos varios ratones muertos, e incluso una ratonera con sus crías sonrosadas, recién nacidas, escondidas en medio de un pergamino, que Hicesio me explicó que era el de las obras de un tal Démades.

Él sabía de quién se trataba, pero antes de explicármelo quiso asegurarse de que los ratones no hubieran dañado su papiro. Afortunadamente, los animalillos sólo se habían deslizado entre las espirales sueltas del pergamino, aportando briznas de hierba y pequeños fragmentos de tela, como los que utilizan los roedores para preparar sus guaridas.

El griego consideró necesario instruirme sobre quién era ese ilustre personaje, el tal Démades:

—Era un político indigno. Todos en Thessalonica saben quién era Démades. Los eruditos al menos. —Y no pude evitar fijarme que el griego lo nombraba mostrando cierto desdén—. Vivió en Atenas hace unos tres siglos y fue enterrado en Pela, cerca de Thessalonica. Tú también pasaste junto a su tumba, pues se encuentra a lo largo de la Vía Egnatia. Este Démades era realmente una persona despreciable: al principio era representante del partido pro-macedonio, pero por conveniencia cambió varias veces de partido,

¡algo parecido a lo que hacen todavía hoy algunos senadores romanos! ¡Y pasó a la historia por ser voluble y mezquino, carente de principios y siempre dispuesto a venderse por dinero! Fue un triste ejemplo de mal uso de la elocuencia, ¡que poseía y que era ciertamente un don natural!

—Y considera que sus escritos, entre los muchos que están disponibles, ¡han sido elegidos por los ratones!

—¡Quintilio, puede que no sea casualidad! Los ratones, animales malignos que a veces se alimentan de papiros, tal vez se metieran a propósito entre las páginas de la obra de aquel hombre, mezquino y disoluto.

Mientras en la bodega los porteadores iban y venían, el griego hizo una selección y escogió unos cuantos papiros para llevárselos inmediatamente. Le preparamos una bolsa con una veintena de libros.

Yo estuve ocupado largo rato discutiendo con uno de los cuatro hombres que llevarían el cargamento a Thessalonica. El liberto prestado por el argentario era un tal Eufrosinos, y comprendía la delicadeza de la operación que justificaba su fastuosa remuneración.

Le entregué los salvoconductos y las cartas que los acompañaban, y le dejé claro que no se detuviera nunca, salvo las pocas horas de la noche, hasta la entrega. Si todo iba bien, Hicesio le haría llegar un premio adicional en Thessalonica.

Al anochecer, Arrio ayudó a poner sellos de cera en las cuerdas de los sacos, el capitán recibió su oro e Hicesio no se movió del muelle hasta que vio alejarse las dos tambaleantes carretas cargadas con sus tesoros.

En el bullicio del gran puerto, en medio del ajetreo de la gente, nadie prestó atención a nuestro cargamento de mercancías. Cientos de carros salían cada día del puerto con destino a diversos lugares del Attica y Macedonia.

Volvimos a los barracones a altas horas de la noche, y lo primero que hicimos fue lavarnos en la pequeña terma porque estábamos repletos de pulgas.

La operación había salido bien, no había ninguna razón para temer que pasara nada durante el viaje: Eufrosinos me había parecido un

liberto concienzudo que ya se encargaba de entregar la correspondencia de los argentarios, conocía los caminos y había comprendido por la amplitud de la compensación que se trataba de una operación no exenta de riesgos. Sería tan cuidadoso como si transportara objetos de su propiedad, y los documentos de transporte falsificados que le habíamos preparado estaban realmente bien hechos.

No cabía duda de que habíamos realizado un negocio colosal.

Aquellos papiros debían de valer una fortuna: nosotros habíamos pagado quizá una centésima parte de su valor, o probablemente mucho menos.

Por no decir que algunos de ellos, según Hicesio, podrían ser incluso copias únicas, ¡y de ser así tendrían un valor incalculable!

Durante las operaciones de descarga, mientras los metían en los sacos nuevos, olfateé algunos de ellos. Casi todos olían a viejo y a moho, pero algunos todavía tenían un penetrante olor a humo: no cabía duda de que eran papiros que habían sobrevivido al incendio de Alexandria.

Habían sido propiedad de Cleopatra y, por tanto, de César. La presencia de las placas de plomo no dejaba lugar a dudas: los habían robado oficiales que trabajaban en el Erario egipcio, ¡seguramente con la complicidad de quienes colocaban las placas de plomo y los sellos!

Aquella noche, en nuestro cubículo, mientras Hicesio estaba absorto en la lectura de uno de sus rollos, insensible a cualquier cosa que pudiera suceder en el mundo real, me puse a examinar el paquete de mapas y los estudié con atención.

Se trataba de dieciséis pergaminos de piel de cerdo bien curtida.

Ya había visto bastantes mapas de pergamino, y la calidad de su material dejaba suponer que fueran representaciones geográficas de gran categoría.

Mostraban dibujos muy detallados de amplias zonas geográficas con símbolos para indicar ciudades, trazadas con altas torres y recintos amurallados, palmerales y zonas cultivadas en las que los

dibujantes habían estilizado palmeras, espigas de maíz y otros símbolos que yo desconocía.

Definitivamente, no eran mapas de ningún *Tabularium* local, ni de un Erario. Describían vastas regiones, así que nada que tuviera que ver con títulos de propiedad. Parecían mapas militares, como los de nuestro Mando en Roma.

Probablemente tuvieran un valor enorme.

—¿Has visto estos mapas, Hicesio? —le pregunté al griego, que me respondió con un balbuceo incomprensible, perdido como estaba en un papiro que estaba leyendo

Si hubieran sido mapas importantes, no tendría ningún sentido que los conservara yo. Debían ser entregados al ejército. El único lugar adecuado para estos pergaminos era la oficina de mapas del Mando. No podía imaginarme a ninguno más.

Puede que a nuestros generales les pudiera interesar saber algo de los lugares allí representados. Tanto César como Pompeyo, antes que él, no habían desdeñado las expediciones a tierras lejanas. Desgraciadamente, todas las inscripciones estaban en lengua egipcia, por lo que habría que copiar los mapas y traducirlos para que pudieran ser utilizados por nuestros oficiales. Un trabajo realmente largo y complicado.

Finalmente, Hicesio alzó la cabeza de su papiro:

—¿Decías algo, Quintilio?

—Échales un vistazo a estos mapas. Imagínate que los necesitaras para una campaña bélica. Son muy parecidos a los que usan nuestros generales.

—Ya veo, parecen mapas militares, manejamos muchos similares trabajando con el arquitecto Sextilio, hace unos años. Pero están escritos con jeroglíficos. Hay que traducirlos, pero quizá merezca la pena. ¿Has averiguado ya qué lugares están representados en ellos?

—Seguramente se trata de tierras de Oriente, veo un gran río con palmerales y campos cultivados a su alrededor, ¡y luego, más allá, no hay nada más!

—Desde luego, se trata del río Nilo —asintió Hicesio—. Son mapas que representan Egipto. Podrían ser muy valiosos si César no los tuviese ya, lo que no podemos saber.

—Se los entregaremos al Mando de la Urbe, es material que podría ser muy útil.

—Por supuesto, Quintilio, los oficiales del Mando sin duda te lo agradecerán. Ellos podrán valorar si merece la pena volver a dibujarlos y traducirlos. Hay mucha gente en Roma capaz de leer y hablar la lengua egipcia.

—No creo que nadie en el Mando sepa lo que hay en esos remotos lugares —y le señalé con un dedo algunos detalles—. Esto de aquí son ciudades, y esas líneas finas son sin duda carreteras. Estas marcas en el medio son seguramente las distancias, nosotros también las indicamos así.

—Tú lo sabes de sobra, Quintilio —dijo sonriendo el griego—. ¡Porque éste es, más o menos, el trabajo que hiciste en Cimeria!

Me perdí examinando algunos de los detalles dibujados en los mapas, porque, aunque estuvieran escritos con absurdos jeroglíficos egipcios, que nunca habría podido descifrar, los mapas eran mi pan de cada día, y bien podría haber entendido algo de lo que significaban.

De los dieciséis pergaminos, dos parecían obras de pésima calidad, garabateados por algún aprendiz del oficio: estaban hechos sólo con tinta negra y llenos de raspaduras de correcciones y manchas de tinta. Parecían copias menos valiosas con respecto a las otras, que habían sido dibujadas con tintas de varios colores. Debían de ser copias hechas a toda prisa, a nosotros nos pasaba lo mismo, a veces.

Las otras hojas eran originales y no copias, y contenían dibujos ejecutados con gran pericia: la precisión del trazo, el correcto espaciado de las indescifrables letras y, sobre todo, el uso de colores y símbolos para representar ciudades, carreteras y vías fluviales, daban fe de ello.

Después de estudiar estos mapas durante un buen rato, me di cuenta de que ciertos signos indicaban pozos: un símbolo que podía parecerse remotamente a un pozo y su balanza para sacar agua, y debajo tres pequeñas olas para indicar el valioso líquido. En algunos lugares, la ubicación de un pozo puede ser tan importante como la de las ciudades.

Aquella noche me devané los sesos durante un buen rato para averiguar qué lugares estaban allí representados, y finalmente llegué a la conclusión de que cinco pergaminos, los que contenían un gran río que corría entre palmerales y exuberantes jardines dibujados en color, debían de representar una gran parte de Egipto. Algunas de las hojas se unían entre sí y era fácil ver que, uniéndolas, representaban el curso del Nilo. Pero no vi nada que me hiciera pensar en la ciudad de Alexandria, que es gigantesca y se encuentra junto al mar. Tampoco vi los delfines que todos los cartógrafos utilizan, junto con la tinta azul, para indicar los mares.

Tampoco estaba claro en ningún símbolo cuál era el mediodía y el septentrión, el poniente y el levante.

Nueve pergaminos representaban tierras en gran parte deshabitadas, como se deducía de los escasos palmerales y jardines, e igualmente había poquísimas ciudades. Tal vez se tratase de Nubia, un país que, según tenía entendido, comenzaba al mediodía de Egipto.

Era difícil imaginar cuál era el origen de estos mapas. Desde luego no era material de la Gran Biblioteca, era más probable que hubieran pertenecido a militares.

En cuanto a los libros, en cambio, tenía una idea bastante clara: tampoco procedían de la Gran Biblioteca, que estaba bajo el control de los guardias de la reina, al encontrarse en el interior de la zona palaciega de los faraones. Más bien podían proceder de algún lugar que tenía que ver con la *Annona* egipcia, o bien con su Erario. Debían de venir de aquellos almacenes destruidos por el fuego, almacenes que daban a la rada, probablemente contiguos a los almacenes del trigo.

Si lo había comprendido bien, no todos los libros que había en ellos y que esperaban ser enviados a alguna parte se habían quemado. Alguien se había ocupado de ellos antes de que las llamas los devoraran.

En ese caso, nadie sabía que se habían salvado muchos libros.

Nadie, salvo los propios ladrones y los funcionarios del Erario egipcio que los habían hecho pasar por trigo poniendo su sello personal.

XXI.

Nuestras pesquisas sobre el robo de trigo estaban en punto muerto.

Los cálculos estaban prácticamente terminados y habíamos vuelto a comprobar los resultados varias veces. Como sospechábamos, no había surgido ni una sola pista útil para comprender en qué paso se producían las mermas.

A estas alturas yo ya estaba cansado del puerto del Pireo y del olor a pescado y a estopa para calafatear los barcos que reinaba en él, pero sobre todo estaba harto de que me mantuvieran vigilado y sin poder moverme.

A veces notaba la presencia de Cotta que, en nombre del legado Balbo, observaba discretamente lo que hacíamos.

Hicesio alivió mi tedio hablándome de Atenas y de la Acrópolis, de la cultura griega y de su antiquísima democracia, esa extraña forma de gobierno en la que no gobernaban los mejores, sino los más gratos al pueblo, es decir, los charlatanes, los comediantes y, por lo general, los más ignorantes.

Obtuvimos del centurión un poco más de libertad para movernos por el puerto, aunque siempre estábamos bajo el control de algún guardia, que nos seguía para asegurarse de que no nos metiéramos en líos.

El puerto era un espectáculo digno de mención: allí se descargaban las mercancías más extrañas, procedentes no sólo del Egeo, sino también de Asia Menor, Siria y Egipto. Fuimos a curiosear por los almacenes que daban a los muelles. Vimos montañas de maderas nobles y minerales preciosos, barras de hierro en bruto y mercancías acabadas y listas para la venta: enormes fardos del excelente papiro egipcio, sacos de algodón, ánforas de vino y *garum*.

Arrio nos llevó a ver un depósito de mármoles preciosos que estaba situado a pocos pasos del recinto de los almacenes del ejército: grandes bloques de mármol de varios colores estaban muy

bien ordenados, y un tropel de esclavos armados con palancas los movían, según las necesidades, sobre rodillos de madera que se desplazaban sobre tablones de madera para evitar que se hundieran en el suelo.

Había suaves mármoles blancos y alabastros semitransparentes procedentes de las islas griegas, pero también vimos grandes bloques rojizos o azulados de Egipto y Siria: granitos y pórfidos durísimos todos ellos, en los que los escultores emplearían un gran número de utensilios. Incluso había columnas acabadas de diversas formas y tamaños.

Los canteros, a la sombra de improvisados toldos de cañizo, se las ingeniaban para extraer estatuas y lápidas de esos grandes bloques, trabajando entre el polvo y las astillas.

Fue precisamente durante uno de nuestros paseos cuando presenciamos una escena interesante: se oyeron unos gritos y, temiendo que se tratara de un operario atrapado bajo algún bloque de mármol inestable, corrimos en su ayuda.

Pero en cuanto doblamos la esquina de una pila de bloques, descubrimos que se trataba sólo de un capataz que castigaba a un operario a vergajazos: en el curso de su trabajo, éste había roto la esquina de una gran losa de mármol blanco de Paros en la que estaba tallando una inscripción. Con toda probabilidad, se trataba del frontón de un monumento funerario.

Hicesio no toleraba ver cómo azotaban a los siervos y les dirigió unas palabras a los dos, instando al capataz a que desistiera. Luego habló con el cantero, que recobró el ánimo, y le explicó que estaba trabajando en los frisos del mausoleo de una de las familias atenienses más importantes. Me quedé con ellos un rato mientras discutían cómo podían remediar la losa de mármol rota.

Los propietarios nunca habrían aceptado una lápida astillada, aunque la fractura sólo afectara a una modesta porción de una esquina.

—Has visto, Quintilio, ¿cómo tratan a los siervos? —me señaló el griego cuando nos marchamos—. Fíjate bien en ese cantero: es un habilidoso artesano, sabe leer y escribir además de hacer muy bien su trabajo, ¡y su capataz no es más que un zopenco analfabeto!

—Hicesio, sabes muy bien que son cosas de la vida, ¡no podemos hacer nada!

—Claro, Quintilio, lo decía por decir, y date cuenta de que lo han azotado, aunque ya habían encontrado la manera de resolver el problema.

—¿Y cómo lo van a hacer? ¿Pegando la pieza rota con masilla?

—No, Quintilio, igual no lo has visto. Cuando nos íbamos ya estaba trazando el nuevo contorno del marco con un trozo de carboncillo. Simplemente reducirá la lápida por dos lados y ampliará el marco que la contiene, nadie notará nada.

—Bien por él, ese cantero está dotado de un ingenio considerable. —Y me abstuve de señalarle que a veces el vergajo hace al hombre más brillante.

Cuando un poco más tarde nos detuvimos en una *popina* para tomar un poco de vino y acompañarlo con unos huevos duros, yo aún estaba dándole vueltas a la historia del cantero que había suscitado un extraño pensamiento en mi interior.

—Hicesio, intenta seguirme en este razonamiento, y dime si me equivoco. Supongamos, por el bien del argumentario, que encuentro un centenar de placas egipcias de plomo tiradas por ahí, con todas las marcas de los punzones ya grabadas tanto por oficiales egipcios como romanos. Si se las llevara al legado Balbo, pensaría que un centenar de sacos han salido de los almacenes, ¿no es así?

—Sí, Quintilio, pero para ello tendrías que contar con la complicidad del *librarius legionis* de turno, que tendría que apuntar en su registro que cien sacos de trigo salieron realmente de los almacenes. Las placas por sí solas no bastan.

—Vale, te lo acepto. Vamos a suponer que el *librarius legionis* está conchabado conmigo. Añadir un centenar de sacos en una hoja de papiro se hace enseguida, falsificar las placas de plomo es mucho más difícil, porque hay que tener los punzones.

—Bien. Pero con esto, ¿qué intentas demostrar?

—Me gustaría demostrarte que, si pudiera entregar cien placas anuladas en la oficina del legado Balbo, podría disponer de un centenar de sacos de trigo que oficialmente habrían salido

regularmente del almacén y podría ir a venderlos al mercado. ¿Te parece poco?

—Entiendo, Quintilio, es un argumento no exento de ingenio. Con una sola persona corrupta a lo largo del recorrido del trigo podrías hacerlo. Pero ¿y las placas de plomo? ¿Cómo las falsificas?

—Tengo entendido que después de un tiempo, las placas son eliminadas, puede que las fundan. Supongamos que logro recuperar un centenar de esas placas ya usadas y anuladas.

—No puedes, Quintilio, sabes que las perforan precisamente para que no se puedan reutilizar, ¡no hay forma de que vuelvan a su ser, como antes de que las agujerearan con el punzón!

—¡Ahí está el truco! Tal vez sí que se pueda. ¿Recuerdas al cantero de esta mañana?

Hicesio en ese momento sonrió ante mi ingenio porque ya había entendido a dónde quería llegar, y me señaló:

—El cantero pudo reducir su losa de mármol porque la rotura estaba limitada a una esquina, una astilla que podía desaparecer rediseñando toda la losa. Las placas de plomo, para ser reutilizadas como tú dices, deberían ser anuladas con el agujero justo cerca del borde.

—Exacto, Hicesio, ¡y luego sólo tienes que recortarlas quitando la parte con el agujero! Tendrías una placa nueva. ¡Hacer el agujero en la punta, cerca del borde, es una operación sencilla que sólo el *librarius legionis* puede realizar! ¡Y ya es mi cómplice porque falsifica el registro!

Hicesio estuvo pensando un rato, no del todo convencido de mi razonamiento.

Luego, negando con la cabeza, concluyó:

—No, Quintilio. Tu razonamiento es erróneo. Si vuelves a poner en circulación cien placas usadas, aunque las hayas recortado por la parte que contiene el agujero con el que se anulan, no tienes cien sacos de trigo para disponer de ellos a tu conveniencia. Simplemente tienes cien placas para reutilizar. ¿Y el trigo? Tienes cien placas, pero no los cien sacos de trigo correspondientes. Al final no tendrías esos cien sacos para vender en el mercado negro, y no ganarías nada haciéndolo.

Tuve que rendirme a la evidencia, mi razonamiento no era nada coherente.

—Pero esta argumentación tuya… —retomó la palabra el griego dubitativo—, me da una idea de lo fácil que es crear una contabilidad falsa. ¿No será que este truco con las placas sirve para encubrir algo distinto? De hecho, podríamos seguir el camino de las placas. Igual merece la pena mencionárselo a los oficiales.

Por la noche, pedimos al ordenanza hablar unos momentos con el legado Balbo.

Nos recibió enseguida, mandó salir al ordenanza Cotta y le informamos, de pie ante su escritorio, de lo que acabábamos de descubrir.

El legado escuchó con mucha atención nuestros abstrusos razonamientos sobre las placas anuladas con el agujero en el borde, sin mover ni un músculo de la cara ni dar señal alguna de lo que estaba pensando.

Al final de todas nuestras explicaciones concluyó:

—El general Nerva y yo también habíamos razonado hace algún tiempo sobre esta posibilidad. Ahora supongo que querréis examinar las placas antes de que sean eliminadas.

—Si eso fuera posible, legado. Quizá pudiéramos entender algo más, y si por casualidad encontráramos alguna placa recortada, podríamos deducir que vamos por buen camino.

El legado reflexionó unos instantes, pensativo, y finalmente agitó la campanilla de bronce que tenía sobre la mesa y la puerta se abrió, dejando entrar a Cotta.

—Trae un par de puñados de placas anuladas —le ordenó.

El ordenanza regresó al cabo de unos instantes con las manos repletas de placas de plomo.

Eran trozos de placas cortados exactamente por la mitad.

—Explícales por qué están cortados en dos —le ordenó al ordenanza.

—Las corto yo mismo con unas cizallas todas las noches en cuanto el *legatus legionis* de la jornada me las entrega. No queremos confusiones con las placas. Éste es el mejor sistema.

Hicesio y yo nos quedamos alelados intentando argumentar alguna excusa: ahora estaba claro que así no podía desaparecer el trigo.

—No hace falta que os disculpéis —dijo el legado—. ¡Estáis aquí para investigar todos los caminos! Sospecháis que las placas han sido falsificadas, o que han sido recortadas cortando la parte que lleva el agujero de anulación. Pues bien, ahora también habéis despertado en mí nuevas dudas. Mi ordenanza tiene en su despacho unas cestas con unos cuantos miles de placas del año anuladas. Salgamos de dudas y comprobémoslas.

Durante los dos días siguientes, todos nosotros, Hicesio, Arrio, Domicio y yo, nos instalamos en el despacho del ordenanza del legado y comenzamos, sobre dos mesas, la inspección de miles y miles de placas de blandas láminas de plomo, todas ya cortadas por la mitad.

Para aclarar lo que buscábamos, Domicio preparó un par de medias placas 'falsas' que había recortado eliminando una tira de la anchura correspondiente al agujero de la anulación. Disimuló el corte fresco raspándolo y redondeándolo primero con un cuchillo y luego con una piedra de afilar. Luego, ató una de estas placas 'falsas' a cada mesa con un cordel, de modo que nos resultara fácil hacer la comparación.

Examinamos cientos y cientos de libras de placas cortadas en dos por el diligente ordenanza, pero no pudimos encontrar ni una sola que se pareciera a las muestras preparadas por Domicio.

Al final del segundo día estaba claro que nos habíamos equivocado. Teníamos que dirigir nuestra atención a otra parte.

El legado Balbo, con el rostro impasible surcado por algunas arrugas que denotaban una creciente irritación, nos despidió diciendo:

—Mantenedme informado si hay algún progreso.

XXII.

En esa plácida tarde de noviembre, ¡o lo que fuera!, porque gracias a la prolongación del año nadie sabía en qué día o mes nos encontrábamos, Hicesio y yo nos retiramos a nuestro cubículo, él a leer uno de sus papiros, y yo a recordar la villa de campo y las exuberantes formas de la viuda Arethi.

Me había concentrado en estudiar las manchas de humedad del techo.

Desde mi catre le zarandeé a Hicesio; el cuartito era minúsculo y apenas cabían los dos catres y la mesita que había en medio.

—Hicesio, no sé si te has fijado, ¡pero esta vez estamos dando una paupérrima impresión! Puede que el tribuno Elpidio haya prometido a estos oficiales que destaparíamos el embrollo, ¡probablemente contaban con nosotros!

—Lo he pensado, Quintilio, y me temo que esta vez no llegaremos a ninguna parte. Este asunto del puerto y los almacenes es realmente complicado, y la cantidad de mercancías que circulan en ellos es enorme. Todo el sistema de registro del paso del trigo es algo que debería investigarse mucho más a fondo. Hay que tener en cuenta que aquí intervienen dos Erarios estatales, el egipcio y el romano, y ya sabemos lo complicado que es tratar incluso con uno sólo de esos gigantes. Y con dos a la vez…

Se me pusieron los pelos de punta al recordar todos los problemas que habíamos tenido con el Erario del Estado, y los que podrían haber surgido si hubiéramos tenido que tratar con dos Erarios al mismo tiempo.

—Y luego este trabajo nuestro aquí en Atenas no se parece en absoluto a esas vacaciones de las que nos habían hablado, al menos de momento —concluyó Hicesio.

—¡No creo que puedas quejarte, griego! ¿Ya has olvidado lo que acabamos de enviar en esas carretas?

—No, Quintilio, no lo he olvidado. Y siempre estaré agradecido al destino que concedió estar aquí en el momento más oportuno para

salvar toda esa sabiduría. Sólo estaba considerando que nuestra situación no es de las mejores, y puede que el tribuno Elpidio haya exagerado nuestras capacidades de manera un tanto imprudente.

—Eso es seguro. Pero ¿quién podía saber lo que estaba ocurriendo aquí? Y, de todos modos, tienes razón, bajo ningún concepto son unas vacaciones. Estamos vigilados día y noche, y ni siquiera podemos salir del puerto sin ser acompañados por una escolta.

—Tal vez no nos lo hayan contado todo —continuó el griego—. Nos han dado alguna información sobre los intentos que ya han hecho para averiguar dónde va a parar todo lo sisado, y no han descubierto nada, ellos que conocen todos los detalles de los movimientos del trigo. He de decirte que mi impresión es que tanto los oficiales como la soldadesca de este cuartel están cumpliendo con su deber, es más, tengo la impresión de que tal vez estén al corriente de que estamos aquí y tengan cierto temor de lo que podamos descubrir.

—¡Quizá por el deshonor que caería sobre el cuartel! Seguro que si surge algo habrá oficiales que acabarán siendo juzgados, ¡y tendrán que demostrar su inocencia con uñas y dientes! Si se descubre a un culpable, será decapitado para dar ejemplo. Pase lo que pase, muchos oficiales serán degradados, y quizás algunos acaben en la cárcel.

—¡Así es, Quintilio! Si alguna vez hay un juicio, también involucrarán a los del Erario del Estado, que deben pagar la compra del trigo que falta, ¡y sabemos de sobra cómo se las gastan! ¡Peor que las fieras del circo!

Hicesio cerró sus papiros porque había comprendido que era un buen momento para comentar el resultado de nuestras pesquisas, y así seguimos hablando durante un buen rato de todo lo que habíamos visto y medido hasta ese día.

—Hicesio, ¿crees que las mediciones que hemos hecho están bien realizadas? ¿Podríamos haber pasado algo por alto?

—No, Quintilio, yo también me lo he cuestionado y creo que no. Si hubiera habido errores importantes me habría dado cuenta. Las salas de los almacenes son prácticamente todas iguales; además he hecho una prueba de los cálculos adoptando algunas simplificaciones

y siempre obtenía cifras que no eran muy discordantes. No, debe haber algo más que se nos escapa. Aquí estamos hablando de un modio de trigo por cada diez, no es una cantidad que pueda explicarse por algún pequeño error de cálculo. Debe tratarse de algo muy grande, algo que, sin embargo, no se ve.

—¿Crees que hemos investigado en la dirección equivocada?

—Sí, Quintilio, ahora estoy convencido de ello. Deberíamos haber dedicado mucho más tiempo a reconstruir y estudiar las placas de plomo, porque a fin de cuentas me parece que los problemas surgen de esas placas, no de los sacos de trigo ni de los volúmenes de las salas. Quizá deberíamos haber ido a Alexandria para observar cómo se emiten las placas, y qué ocurre a la salida de los almacenes de Alexandria cuando se registra el embarque de la mercancía, donde las placas reciben el primer sello del Erario de la reina Cleopatra.

—No podíamos, Hicesio, ya sabes que nos esperan en Roma.

—Sí, pero tú también has visto el recorrido de los sacos de trigo desde que los llevan al almacén y se les hace la marca con las tenacillas del oficial de guardia. Hasta que el trigo sale y la placa de plomo se anula, no pasa nada. Todos los números cuadran. Cuando comprobamos todas esas placas de plomo en el despacho del general, ya habíamos llegado a esa misma conclusión. Y como entonces, sigo pensando que un engaño de este tamaño no se puede tramar moviendo miles de sacos de trigo, algo que nunca se podría hacer a escondidas. ¿Quién los desplazaría? ¿Quién proporcionaría los carros? ¿Con qué documentos saldrían de los depósitos? ¿Y adónde irían? ¿tal vez, a abastecer legiones fantasmas?

Hicesio tenía razón. Sin embargo, no era posible descartar, a priori, la posibilidad de que una falsificación diera lugar a que miles de sacos acabaran en otra parte, en una legión fantasma, precisamente. Todo en orden en los registros de depósito, en apariencia, y el grano entregado a otros destinatarios.

Mientras yo me perdía en esta fascinante hipótesis, Hicesio continuó:

—La única hipótesis aún viable es que el engaño se esté tramando en el conteo de las placas de plomo, algún truco que tenga que ver

con esas chapas. El engaño debe estar en los documentos, no en la mercancía. Si así fuera, sería algo que puede ocurrir con el consenso de muy pocas personas, y por lo tanto se puede controlar fácilmente sin que nada se filtre al exterior.

La llama de nuestro pequeño candil empezó a parpadear, señal inequívoca de que el aceite se estaba acabando, y nosotros, como de costumbre, no habíamos llegado a ninguna conclusión.

Durante la noche me despertaron unos ruidos extraños en el cuartito: era Hicesio que trasteaba en la oscuridad intentando encender el candil sin conseguirlo. Desde luego estaba intentando hacer algo. A veces nos encontrábamos con una rata en el catre del dormitorio.

Al final el griego me preguntó en voz baja:

—Quintilio, ¿estás despierto?

—Ahora sí, pero antes te aseguro que estaba dormido.

—Quintilio, échame una mano, ¿tienes otro candil?

Tanteé con las manos hasta encontrarle, pues aún tenía aceite, y me puse a raspar el eslabón para encenderlo. Una operación sumamente difícil de realizar, especialmente en la oscuridad y cuando uno todavía está medio dormido. Me llevó un rato prender un trozo de yesca, pero finalmente pasé la llama a la mecha del dichoso candil.

—Hicesio, pero ¿qué tienes que hacer de noche que no puedas hacer de día?

—Quintilio, no hagas ruido —susurró con una voz grave—. Me ha venido a la cabeza una idea terrible.

—¿De noche?

Haciéndome señas con las manos para que guardara silencio, el griego se acomodó con la lamparita en la mesa y comenzó a imitar algo moviendo las piedrecitas numeradas que usaba para hacer sus pruebas. Primero, las movió sobre un trozo de papiro, luego fuera del papiro, y después de nuevo sobre el papiro. Por último, añadió un segundo trozo de papiro y continuó moviendo las piedrecitas, sin dejar de mover los labios como si estuviera hablando consigo mismo.

Me quedé observando lo que estaba tramando.

Sin duda había descubierto, o creía haber descubierto algo grave.

Después de seguir trasteando un poco más con las piedras sobre las hojas de papiro, el griego se volvió hacia mí y me susurró con voz temblorosa, como si tuviera mucho miedo:

—Quintilio, ¡me temo que estamos metidos en un buen lío!

El tono de preocupación, las pupilas dilatadas y la expresión del rostro acentuada por la escasa luz de la lamparita no admitían réplica: el griego estaba verdaderamente aterrorizado.

Me sobresalté, le miré y esperé a que aclarara sus ideas.

—¡Me temo que estamos metidos en un buen lío! —repitió en un susurro—. Y estamos en un buen lío porque estamos sacando a la luz algo que debe continuar siendo secreto.

—Explícate mejor, Hicesio, ¿de qué se trata? ¿Algo por lo que debemos huir inmediatamente? —Me dio un vuelco el corazón porque yo llevaba días dándole vueltas a una hipótesis atrevida que temía tanto, que nunca había querido ni hablar de ella: ¡la posibilidad de que alguien estuviera guardando provisiones en secreto para la rebelión de una legión!

—No lo sé, Quintilio… —empezó a balbucear—. Me temo que las cosas no son como nos las han contado. Estoy convencido de que en estos almacenes no pasa nada que tenga que ver con la merma del trigo.

—Sí, Hicesio, a eso ya habíamos llegado, tanto que incluso hicimos la comprobación de la placa de plomo. ¿Qué era lo que íbamos a destapar según tú?

—No, aún no lo hemos destapado del todo, ¡por suerte para nosotros! He llegado a ello por casualidad, pensando en mis papiros, los papiros del capitán Pansa, los que acabamos de descargar a trescientos pasos de aquí. No hay robo de trigo en estos almacenes, puede estar seguro de ello, éste debe ser nuestro punto de partida. Nadie sería capaz de manejar cantidades tan inmensas de trigo como las de la sisa sin involucrar a todo un ejército de mozos de carga y oficiales de control. Y además el personal de los cuarteles, centuriones, legionarios y escribas. Aquí todos son conscientes de las sisas y también has visto que les aterra acabar en manos de los

verdugos o en juicio, y son diligentes en sus controles hasta el exceso. Nada puede conseguir engañarles. El asunto, en cambio, es mucho más sencillo.

La llama de la lamparita parpadeaba y todo resto de sueño había desaparecido. Empecé a sentir algo parecido a la pata imaginaria de una gran ave rapaz desgarrándome el estómago.

—¡Es con las placas con las que se produce el engaño! ¡Teníamos razón! ¡Parte del cereal ni siquiera sale de las naves! Estoy seguro de que hay capitanes complacientes que se prestan al tráfico lucrativo, puedes tomar como ejemplo a nuestro capitán Pansa contrabandeando libros. ¡Propiedad del César, como has señalado! Parte del trigo, el que falta, se queda en las naves, ¡y sólo llegan a tierra las placas de plomo!

—Pero las placas se sellan con el punzón, y luego se anulan agujereándolas y dejándolas inservibles —le respondí.

—Eso es cierto, Quintilio. Y durante las noches y los días en que no hay carga y descarga, ¿dónde está la tenacilla?

—¡En el despacho del legado Balbo, con guardias en la puerta!

—Así es, Quintilio. No cuesta nada estampar el sello de entrada de la carga en el almacén del ejército y hacer el agujero en la placa de anulación. Son las placas las que garantizan el registro, no los sacos de trigo. El verdadero control es el de las placas en la oficina, no de los sacos de trigo depositados en el almacén.

—Entonces tú crees que el trigo ni siquiera entra en los *horrea*. ¿Y adónde va?

—Pero ¿adónde quieres que vaya, Quintilio? El complaciente capitán va y lo descarga a trescientos pasos de distancia, en otro muelle, o tal vez en algún otro puerto, ¡y por último lo venden en el mercado! ¡Igual que lo ha hecho con nuestros libros! Todo lo que tiene que hacer es cambiar su amarre, o salir de la rada y navegar de nuevo hasta otro lugar tres horas más tarde. Nadie mantiene la nave bajo control. ¡Es exquisito trigo egipcio, se vende bien en todas partes! Y, por cierto, hay otras naves en el puerto descargando sacos de trigo destinados a la población civil. Nadie controla lo que hacen esas naves.

—Así, si se dice que el grano no entra en los almacenes, basta con que alguien lleve las placas al cuartel y las selle con las tenacillas de timbrar. El punzón, sin embargo, está bajo llave del legado o del general…

En ese momento me callé, porque yo también lo había entendido, y las uñas de la gran ave rapaz imaginaria se clavaban aún más en mi estómago:

—Ahí es donde van a parar las placas de tus libros sacados de contrabando de Alexandria, como las del trigo, ésas también acabarán en el Erario tarde o temprano, pero sólo las placas, ¡porque no hay ningún saco de trigo! ¡Por eso mismo, el capitán Pansa quería quedárselas! Alguien se las comprará.

El velo se había levantado: para que el engaño funcionase, bastaba con que los dos más altos oficiales del cuartel se pusieran de acuerdo entre ellos y compartieran algo de dinero con un capitán complaciente, ¡que nunca rechazaría el trato!

—Pero es un negocio enorme, ¿y crees que se lo quedan todo?

—¿Y por qué no, Quintilio? ¿Acaso los oficiales superiores no sirven en las provincias para enriquecerse?

—¡Es una barbaridad! ¡Estamos hablando de la desaparición de más de doscientos mil modios al año!

—Así es, Quintilio, ¡son como mínimo veinticinco mil sacos de trigo egipcio los que desaparecen cada año! Se venden en la plaza de Atenas, ya que aquí llegan remesas privadas procedentes de Alexandria en nombre de otros armadores y que alimentan el mercado del Attica. Los civiles también tienen que comer.

Guardé silencio, confuso y aún incrédulo.

Si era así, habíamos descubierto algo a lo que nunca deberíamos habernos acercado. Pero aún me costaba creerlo.

—Admitamos por un instante que tengas razón. ¿Y por qué nos habrían llamado a nosotros?

—Ésta es una pregunta muy fácil de responder. Somos civiles. Somos personas ajenas al control jerárquico del ejército. No respondemos directamente ante una cadena de mando militar. Por eso el tribuno Elpidio se alegra cuando le hacemos indagaciones:

¡sólo hablamos con él, y sólo respondemos ante él! Nunca lo hacemos ante ningún Estado Mayor.

—Puede que sea así Hicesio, pero ¿no crees que podrían haber encontrado a otra persona?

—¿Y eso por qué, Quintilio? Somos perfectos para este trabajo. Si no averiguamos nada, tendrán en sus manos tu declaración, que al final de la investigación sellarás como experto agrimensor al servicio del Cuerpo de Ingenieros, y además persona ya de confianza de oficiales de reconocido prestigio, el tribuno Elpidio y el legado Veranio del Mando de la Urbe para ser más exactos, los cuales garantizarán que te conocen bien. Eres un agrimensor que nunca se ha metido en chanchullos con estos oficiales y en la plaza de Atenas. ¿No es ésta tu primera vez por estos lares?

—Sí, eso ya lo sabes, Hicesio, la última vez estuvimos juntos en el Attica para la misión en las minas de plata de Lavrios, pero nunca llegamos hasta Atenas.

—Exacto, Quintilio, y ahí hemos demostrado que somos capaces de llevar a cabo investigaciones complicadas como ésta, ¡nos lo ha reconocido todo el mundo!

No sabía qué más añadir. Pero me quedaba una duda:

—Me parece increíble que confiaran en nosotros para traernos aquí a investigar como si ya estuvieran perfectamente seguros de que no íbamos a descubrir la verdad, ¡ni siquiera ellos podían saber lo que descubriríamos!

—¡Lo sabían, Quintilio, descuida! ¡Piénsalo bien! Nunca podremos conseguir pruebas contra esos dos. Tal vez sólo podamos encontrar pruebas que excluyan la responsabilidad del cuartel y de los oficiales superiores. Podríamos encontrar pruebas de que esos oficiales cumplieron con su deber. Pero a los responsables, ¿cómo podríamos encontrarlos con las tenacillas en la mano sellando las placas de esos sacos que nunca entraron en los *horrea*?

—Ya —murmuré con una mezcla de decepción y preocupación—. A ellos les basta con que el capitán de la nave con la que tienen el acuerdo les entregue las placas. —Instantes después, lleno de angustia, añadí—. Hicesio, si averiguan que lo sabemos, ¿nos eliminarán?

—Sí, Quintilio, por eso te he dicho antes que podríamos tener problemas.

No tenía ninguna gana de seguir durmiendo.

'Son casi unas vacaciones' nos había dicho el tribuno Elpidio antes de salir de Thessalonica. Por supuesto, ni siquiera él podía imaginar en qué estercolero nos había metido.

Cuanto más pensaba en ello, más se me encogía el corazón: estaba claro que no había ningún otro motivo razonable para creer que las cosas fueran distintas de lo que había dicho Hicesio.

Era cierto que los oficiales servían en las provincias sólo para enriquecerse. Sólo unos pocos buscaban la gloria, pero al final todos querían volver a Roma con oro o plata.

Todo el interés del general Nerva por nuestro trabajo, y sus fingidas preocupaciones… ¡Eran solamente una farsa! ¿Y las aprensiones del legado Balbo por el buen nombre del cuartel? Falsedades muy bien representadas. No me costó aceptar esta nueva forma de ver las cosas porque ya me había dado cuenta de que había algo muy sospechoso en ese individuo y en sus palabras.

Y ahora estábamos en manos de esos dos oficiales, un general y un legado que querían enriquecerse, ¡y no debían descubrir que habíamos reconstruido la cadena de sus engaños!

XXIII.

Hicesio y yo discutimos largamente nuestro descubrimiento durante los días siguientes.

Aunque no teníamos pruebas concretas, nuestras sospechas sobre cómo se producía el desfalco eran muy lógicas, y poco a poco fuimos encajando pequeñas piezas que hacían cada vez más claro todo el rompecabezas.

Y, en cualquier caso, una vez excluidas las hipótesis manifiestamente imposibles, sólo quedaban las que, aunque difíciles de aceptar, eran lógicas y probablemente ciertas.

Podíamos haber llegado a esa conclusión mucho antes. Habría bastado con reflexionar más profundamente sobre el entorno en el que nos habían llamado a investigar: todos estaban al tanto de la corrupción generalizada en las oficinas que se ocupaban del aprovisionamiento de las legiones y la flota, no era ninguna novedad.

Del mismo modo, todo el mundo sabía que había armadores y capitanes cuyos barcos surcaban el Egeo, a menudo dedicados al contrabando y si no, manifiestamente a la piratería, o al menos dando apoyo a piratas o colaborando con ellos. La mayoría de los que se hacían a la mar en nuestra época pertenecían a esa categoría.

Y además en Atenas, encrucijada del tráfico marítimo hacia Oriente, se vendía y se podía comprar de todo y en todo momento, como nosotros mismos habíamos podido comprobar.

Lo que nos había abierto los ojos había sido el tráfico de libros robados en Alexandria. Si no hubiéramos tropezado por pura casualidad con ese negocio, probablemente nunca habríamos comprendido cómo funcionaba el engaño, que en el fondo era de una sencillez apabullante.

Pero Hicesio y yo también razonamos sobre varias hipótesis alternativas, y al final nos centramos en una que parecía más interesante que todas las demás: la posibilidad de que parte del

cargamento de grano se descargara y vendiera en Creta o en algún otro puerto intermedio del mar Egeo, y que nunca llegara a Atenas, donde sólo desembarcaban bajo cuerda las placas de plomo de la parte de cargamento que faltaba, ¡o tal vez incluso del cargamento completo de una nave oneraria!

Cada una de estas hipótesis implicaba sin lugar a dudas al general Nerva, al tribuno Balbo y al capitán de la nave oneraria de turno, el responsable material del cambio de destino del trigo y de dejar libre de inmediato a la tripulación, cuando no incluso de sustituirla en algún puerto intermedio, para deshacerse de los testigos de todo el embrollo.

Dependiendo de la magnitud del desfalco, debía de haber varios capitanes de naves onerarias participando en este comercio.

La organización era perfecta: el capitán ejecutaba materialmente el robo y desviaba el trigo hacia el mercado civil, mientras que los oficiales anotaban alimentos que nunca habían llegado a los almacenes, cargándoselos al Erario del Estado.

A medida que estas deliberaciones se prolongaban, todas las ramificaciones del asunto y las personas implicadas nos parecían cada vez más claras: capitanes despreocupados, oficiales que se enriquecían descaradamente, mercaderes que compraban mercancías robadas por debajo del precio de mercado, ¡suboficiales que lo ignoraban todo y legionarios aterrorizados ante la posibilidad de acabar víctimas del verdugo!

Y, por último, llegamos a considerar que la riqueza robada podría servir incluso para comprar la impunidad, sobornando a los magistrados, ante la enorme sustracción realizada.

Y el miedo fue mi triste compañero durante estos pesarosos razonamientos.

El miedo a que Arrio o Domicio descubrieran accidentalmente algo por ahí, o por nuestras conversaciones, o dejaran escapar que nosotros también estábamos involucrados en el contrabando de bienes robados.

Y no menos importante, el parlanchín del capitán Pansa, un buen hombre, pero campechano, propenso a la buena comida y al buen

vino. Vigilábamos su barco, preocupados por si se iba de la lengua sobre la venta de libros con sus compinches.

De hecho, Pansa conocía muy bien tanto al general Nerva como al legado Balbo, a quienes entregaba el trigo. Sin duda mantenía negocios privados con ellos y se prestaba a vender el trigo robado entregándoles las placas de plomo. Una palabra equivocada suya sobre el mercadeo de nuestros libros habría alertado a los dos oficiales superiores: enseguida se habrían dado cuenta de que sabíamos demasiado sobre tráficos ilícitos producidos de un extremo al otro del mar Egeo.

También tenía otra fuente de aprensión: no estaba seguro de ser un buen mentiroso y cada día que pasaba me hacía sentir en la cuerda floja a medida que el juego se hacía más y más difícil de sostener.

Mis preocupaciones se concentraron también en Hicesio, mi buen amigo que, a pesar de su perspicacia, era a menudo propenso a distraerse y puede que él tampoco fuera lo bastante bueno como para mantener oculto lo que habíamos descubierto.

Una noche discutimos a fondo sobre el carácter de los dos oficiales, por supuesto siempre hablándonos al oído, para que nadie pudiese oír nuestras conversaciones a través de las rendijas de la puerta.

Pensamos en el carácter jovial del general Nerva. Si nos hubiera descubierto, habría habido margen para negociar con él, sobre todo si le hubiéramos hecho saber que nosotros también habíamos comprado mercancías robadas y que, a fin de cuentas, nos habíamos involucrado tanto como ellos, ni más ni menos.

El legado Balbo era el verdadero problema: seguramente nunca dejaría atrás testigos de sus oscuros manejos, y llegamos incluso a argumentar lo mal emparejada que estaba esa pareja de oficiales.

Hicesio incluso profetizó el fin de su alianza:

—Tarde o temprano su relación acabará, no puede durar eternamente. Las mermas son enormes y los comandantes serán sustituidos. Esos dos son demasiado diferentes de carácter, y el general me parece estar en clara desventaja con respecto al legado,

que además de ser noble tiene el plus de su despiadado carácter para defenderse.

—Sí, Hicesio, me he dado cuenta: si esos dos llegan a enfrentarse, el general llevará las de perder, porque ese legado tiene madera de inquisidor, y puede que ya esté tramando cómo poner a salvo el dinero que ha robado.

—Quintilio, es probable que termine así. El robo no puede continuar mucho más tiempo y el general probablemente acabará mal. Si se le pone en una posición en la que ya no pueda hablar, le tocará cargar con toda la culpa. El legado Balbo conseguirá un ascenso y volverá a Roma con su dinero y un premio, quizás deje la carrera militar y se vaya a mandar a otro sitio.

—Desde luego, donde se mueva el dinero: en el Erario del Estado, no me cabe duda, ¡ahí es donde tendría que estar!

—No hay que descartarlo, Quintilio, ¡de hecho tiene el carácter adecuado!

Volvimos a comprobar con desgana nuestros cálculos, que nada nuevo habrían podido revelar.

Durante las que hubieran sido las Compitales, si el antiguo calendario todavía hubiera sido válido, una buena noticia nos dio un atisbo de alivio: una mañana vimos cómo la nave oneraria del capitán Pansa se alejaba lentamente sobre las tranquilas olas del puerto; se dirigía a mar abierto para realizar otro viaje a pesar de que ya era invierno y los vientos y el riesgo de mal tiempo aconsejaban detener por completo la navegación mercante.

Con su marcha, desaparecía una de las fuentes de problemas.

En aquellos días presté mucha atención a Arrio y Domicio porque podían haber intuido algo; intenté disimular lo mejor que pude las preocupaciones que poco a poco iban creciendo en mí. Ya no me mostraba desenfadado, sólo esperaba terminar pronto el trabajo, y la angustia me había robado cualquier rastro de apetito.

Se notaba a la legua que estaba preocupado, y me inventé que sufría dolores de estómago por algo que había comido. Discutiendo con el médico del cuartel, encontré la manera de echarle la culpa a las especias picantes con las que a veces se excedía la cocina griega.

Pero lo que realmente me había hecho perder las ganas de comer eran las conversaciones nocturnas con Hicesio. El tema principal de nuestros conciliábulos era qué pasaría si el general Nerva y el legado Balbo hubieran sospechado, al interrogarnos sobre los resultados de nuestra investigación, que habíamos reconstruido por completo su estafa.

Evidentemente, cuando aún no sabíamos nada era fácil pasar por inocentones, y nuestra ingenuidad mucho más veraz.

Hicesio una noche sacó valientemente las conclusiones susurrando muy bajito en nuestro cuartito, para que nadie pudiese oírnos:

—Quintilio, no debemos hacernos ilusiones. Si esos dos se dan cuenta de que sabemos cómo funciona la estafa tendrán que eliminarnos. Me temo que no hay más opciones.

Naturalmente, yo me guardaba mis propias objeciones:

—Hicesio, pero ¿qué te crees, que un legado y un general pueden matarnos así, tranquilamente, en su propio cuartel?

—No, Quintilio, evidentemente no se mancharán las manos. Pero el servicio podría organizarse de varias maneras. Por poner un ejemplo que tú también puedas entender, piensa que aquí en Atenas siguen viviendo las familias del medio centenar de oficiales que fueron pasados por las armas el año pasado por la conspiración, la de la plata del Lavrios. Bastaría con que alguien pasara la voz de que estamos aquí, y en dichas familias, donde quedan hermanos y parientes, muchísimos en el ejército y quizá algunos incluso en este cuartel, se darían de cuchilladas entre ellos por tener el honor de liquidarnos. Como ves, algo muy sencillo de organizar: ¡bastaría con unas palabras susurradas al oído de la persona adecuada!

—Hicesio, ¿y si nos largáramos ahora que podemos?

—Sí, también es una posibilidad. Ciertamente podríamos escapar. Pero se preguntarían por qué hemos desaparecido, e inmediatamente tendrían la respuesta. El ordenanza Cotta nos vigila. Su tarea es estudiar si algo de nuestro comportamiento les da a entender que nos hemos dado cuenta de lo que está pasando aquí. Si así fuera, tendrían aún más razones para quitarnos de en medio. Todo lo que tendrían que hacer es acusarnos de algo, aquí en Atenas se producen hechos infames todos los días, tendrían mucho donde

elegir. O tal vez enviarían unos buenos sicarios a buscarnos. Los hay, y muy muy efectivos, aquí en el Attica.

—Entonces, en tu opinión, ¿no tenemos escapatoria?

—Tenemos buenas posibilidades, Quintilio. Hasta ahora no hemos cometido errores. Lo malo es que estamos muy involucrados y tendremos que seguir hasta el final. Hay que tener mucho cuidado de no perder la concentración y no revelar nada de lo que sabemos. Vamos a tener que terminar esta historia aquí, no podemos simplemente huir.

—¿Y si enviamos una carta al tribuno Elpidio?

Hicesio negó con la cabeza y me miró desolado:

—¿Acaso quieres que testifique a tu favor contra un general y un legado? ¿Sin pruebas? ¿Y qué iba a declarar?

Por la mañana vino a buscarme un ordenanza: me dijo que a la hora sexta debíamos presentarnos, Hicesio y yo, ante el general Nerva.

Imaginé que los dos oficiales, a los que no veíamos desde hacía unos días, querían un informe para saber hasta dónde habíamos llegado.

Hacía tiempo que esperaba esta convocatoria, y sería el último informe, porque ya no teníamos más hipótesis que investigar, ni teorías que desarrollar.

El griego y yo nos armamos de valor y empleamos el tiempo restante en aclarar lo que podía decirse y lo que debía callarse.

Le insistí una y otra vez al griego que no se dejara engañar y no aludiera a nada que tuviera que ver con los papiros de Alexandria. Esa historia no debía mencionarse nunca.

A la hora sexta acudimos a la cita.

Igual que las otras veces, mandaron salir a los siervos y ordenanzas y, con las puertas cerradas y dos guardias vigilando desde el exterior, comenzamos a exponer nuestros últimos progresos.

Llevaba conmigo un rollo de grandes hojas de papiro en las que habíamos dibujado con precisión el plano de los *horrea* y la posición

de todas las entradas, con muchas medidas transcritas con diminutos números en tinta roja.

Hicesio, por su parte, llevaba consigo un fajo de una treintena de hojas de papel con sus cálculos.

Mi tarea fue relativamente sencilla, consistía en exponer cuestiones de agrimensura en las que yo era experto. Guie a los oficiales por los entresijos de la geometría de las salas y les expliqué los detalles de las mediciones que habíamos realizado en el interior del edificio. Llegué a ilustrar las numerosas pruebas que habíamos completado para definir el volumen geométrico exacto, eliminando los estrechamientos de las paredes, incluidas las mediciones de las diagonales, y cómo habíamos conseguido llevar el extremo de la cuerda con nudos hasta los puntos inalcanzables sujetándola con una caña muy larga.

Pronto me di cuenta de que a los altos mandos no les interesaban mis números, y abrevié mis explicaciones.

En cuanto terminé, Hicesio tomó la palabra con la voz persuasiva de un preceptor que abre las puertas de la aritmética a unos ignorantes aprendices:

—Como ha explicado el agrimensor, hemos medido los volúmenes de las salas y los volúmenes ocupados por los sacos de trigo y farro, sala por sala. Una vez conocidos los volúmenes, aplicamos la fórmula que habíamos contrastado días atrás cuando vaciamos la Sala XXI por completo, lo que nos permitió tener una prueba concreta de cuántos sacos llenos ocupaban un determinado volumen. Con este paso averiguamos cuál es el volumen real del trigo en los almacenes. El volumen se ha convertido en modios o, si se prefiere, en libras, porque cualquier comerciante sabe que un modio de trigo seco pesa diecinueve libras y un cuarto.

—¿Afirmas que sabes cuántas libras de trigo hay en los almacenes?

—Sí, general, pero si me lo permites, quisiera explicarte que las libras no son importantes. Te pido pacientemente que me sigas en el razonamiento por unos instantes más. Decía entonces que conocemos cuántos modios de trigo hay en los almacenes, y sabiendo que tres modios equivalen exactamente a un cuadrantal, y

que cada saco proveniente de Egipto contiene exactamente tres cuadrantales, pues bien, podemos obtener la confirmación del número de sacos presentes mediante el cálculo.

En cuanto Hicesio dejó de hablar, se hizo el silencio. Quizá no todos los pasos habían sido muy claros, pero el tono del griego había sido perentorio y era evidente que el trabajo había sido revisado en repetidas ocasiones.

El general Nerva se sirvió un trago tomándose su tiempo porque ciertamente no lo había entendido del todo y, tras beber un par de dedos de vino, fue al grano:

—¡Así que la investigación estaría terminada! ¿Y qué dicen vuestros resultados?

Hicesio estaba esperando este momento: abrió las dos grandes hojas de papiro en las que había estado trabajando durante los últimos diez días. En la primera estaban las medidas de los volúmenes ocupados por los sacos de trigo o farro, sala por sala, y el equivalente en modios: el resultado de todas nuestras mediciones de las salas y los cálculos para obtener, a partir de los volúmenes, el equivalente en modios de trigo. En la segunda hoja, alineados en el mismo orden para facilitar la comparación, estaban los datos copiados del registro del *librarius legionis*, es decir, el número de modios de trigo que había en cada sala según el recuento de los oficiales de control.

—Como podemos observar comparando estas dos columnas de resultados, según nuestras averiguaciones, en las distintas salas de los *horrea* se estiba un número de modios casi igual al que figura en los registros del oficial encargado. La diferencia entre los recuentos del *legatus legionis* y nuestros cálculos, sala por sala, es del orden de unos dos modios por cada cien, unas veces más y otras menos. Éste es un resultado que las matemáticas dicen que es lógico, teniendo en cuenta muchas pequeñas diferencias debidas a las medidas y a la estiba de los sacos. Por otra parte, quiero señalar que, a partir de esta comparación, en algunas salas las medidas de modios de trigo son mayores, y en otras menores, comparando de nuevo nuestra estimación con el recuento de vuestros oficiales.

—Y, en definitiva, ¿qué significa esto en vuestra opinión? —nos preguntó el legado Balbo, cuyo rostro, durante todas nuestras explicaciones, había permanecido tan inexpresivo como el de una estatua de mármol.

Y como si estuviese hablando a unos estúpidos jovenzuelos, Hicesio concluyó:

—Significa que, en nuestra más humilde opinión, no hay ningún desfalco desde que el trigo entra por la puerta del almacén hasta que sale. Al menos no hoy y en la situación en que hemos llevado a cabo nuestras mediciones.

—Entonces, ¿a vosotros os parece que aquí no pasa nada? —puntualizó el general Nerva—. ¿Se corresponden las existencias calculadas por vosotros con lo registrado en la carga y descarga?

—Prácticamente sí, considerando las diferencias mínimas y justificables.

El general Nerva tamborileó con sus dedos sobre la mesa durante unos instantes, mientras el legado permanecía imperturbable; miró mis dibujos y, alisándose la barba, sacó la siguiente conclusión:

—Así que no habéis encontrado nada. ¿A estas alturas qué debemos pensar? ¿Que no hay ninguna sisa? ¿O que tal vez el engaño no tiene lugar en estos *horrea*?

—Por supuesto, general. El tránsito de grano está correctamente documentado tanto por las placas de plomo anuladas como por los registros rellenados por tu *librarius legionis*. Creemos que el engaño, si lo hay, no tiene lugar entre los muros de vuestros almacenes, y que ninguno de tus oficiales está implicado. Éstos se cambian con frecuencia, y sabes que una operación de la envergadura de la que nos describiste, cuando hablamos de ella por primera vez, no podría permanecer secreta durante mucho tiempo. Así que vuestros oficiales realizan los registros de carga y descarga correctamente, como lo demuestra la entrega de las placas.

—Desde luego es muy interesante lo que nos cuentas. Me alivia porque nunca quise verme envuelto en un escándalo, pero por otro lado nos queda el problema del descubierto a justificar en Roma. —Una disimulada satisfacción brillaba en sus luminosos ojos.

Ambos oficiales permanecieron pensativos unos instantes, y finalmente el general Nerva se volvió hacia el legado Balbo:

—¿Qué hacemos ahora? ¿Irás a Roma?

En ese instante incluso yo noté el toque de falsedad en las frases que se intercambiaban los dos oficiales, como si tuvieran que ponerse de acuerdo entre ellos sobre qué hacer ante nosotros. Me quedó claro que se trataba de una escenita especial para Hicesio y para mí, esta vez ni siquiera demasiado bien interpretada.

—Sí, puedo ir yo —respondió el legado—. Creo que podré explicar la situación. Estos expertos nuestros que hicieron las mediciones están por encima de toda sospecha, y nos fueron presentados por oficiales que, a su vez, estaban libres de cualquier duda. Fueron capaces de poner patas arriba los *horrea* con la total colaboración de nuestros oficiales, y creo que es plausible lo que dice el liberto Hicesio, que, si hubiera una implicación de nuestros oficiales o legionarios del cuartel, afectaría a tanta gente que no podría permanecer en secreto durante mucho tiempo. ¡Estamos hablando de miles de sacos de trigo! Hay que convencerse de que el engaño, y suponiendo que no sea otra cosa, ¡sucede fuera! Creo que así se lo podremos explicar al Mando de la Urbe. Necesitaré, sin embargo, vuestros informes y tablas, que me parecen realizados con sumo cuidado, y una copia de vuestros cálculos.

—Bueno, preparad un detallado informe escrito de lo que habéis hecho —concluyó el general Nerva—. No olvidéis mencionar los controles de las placas anuladas y cortadas, y esas observaciones que acabáis de hacer sobre nuestros oficiales. Necesitaremos dos copias de todo, porque quiero guardar una aquí en este Mando.

Luego tocó la campanilla e hizo traer más vino, mientras cada uno de nosotros permanecía pensativo un momento sobre las conclusiones.

—Cuando nos hayáis entregado las copias —indicó el legado—, podremos dar por concluida vuestra tarea a nuestra entera satisfacción, y podréis partir hacia vuestros destinos. No hemos resuelto el misterio del desfalco, pero ahora gracias a vosotros hemos aclarado lo que ocurre en nuestros almacenes, y sabemos que los controles de nuestros oficiales son rigurosos. Por supuesto,

la historia no ha terminado, porque seguiremos investigando. En cualquier caso, sabed que os estamos agradecidos por la labor desempeñada, y me encargaré de que, junto con nuestra gratitud, os marchéis con una recompensa.

Ahora también habíamos aprobado el examen final.

No sospechaban que el griego y yo estábamos al corriente de todo el complot, y empecé a respirar aliviado.

Apenas habíamos despegado las posaderas de los bancos cuando el legado Balbo, con su actitud grave de magistrado inquisitivo, hizo una última pregunta a Hicesio.

Comprendí al instante que era una pregunta con trampa, y mi corazón se estremeció de pavor.

—Liberto, has podido comprobar todo lo que pasa aquí. Pero te pregunto ahora: si tuvieras la libertad absoluta de ir hurgando por donde quisieras, y de interrogar a cualquiera y sin ningún miramiento como si fueras un pretor, entonces, ¿dónde irías a buscar?

Todo había ido bien hasta ese momento, y tanto el griego como yo habíamos conseguido controlar nuestras reacciones sin dar la impresión de estar preocupados o asustados.

Temí que Hicesio se traicionara a sí mismo.

O que hablara más de lo necesario.

O que se mostrara indeciso.

El griego permaneció durante unos instantes callado y pensativo, llevándose el dedo índice a los labios, y me di cuenta de la dificultad que conllevaba responder a aquella pregunta, porque nunca podía ser una opinión obvia o circunstancial que pudiese ofender la inteligencia de los dos oficiales superiores y diera la impresión de que estábamos interpretando una obra de teatro.

Hicesio contestó sosegadamente, como si se alegrara de que le hubieran hecho aquella pregunta:

—No lo dudaría, legado. Enviaría un espía a Alexandria para estudiar la carga del trigo, pero no en los muelles. Tampoco entre los oficiales romanos. Yo ordenaría que se investigara la emisión y circulación de las placas de plomo que salen del Erario, o en su caso de la Anona, de la reina Cleopatra. No hemos encontrado ninguna

falsificación, pero me he convencido de que las mermas de las que os quejáis no son en realidad escasez de trigo, sino que pueden estar relacionadas con el hecho de que se produzcan registros incorrectos.

Continuando con esa voz suya tan persuasiva, pero agrandando los ojos, concluyó:

—No sabemos lo que sucede, pero si los egipcios emiten más placas que sacos, puede dar lugar a partidas difícilmente controlables. Para ellos, emitir esas placas de vil plomo es, en definitiva, como acuñar dinero contante y sonante. No puede haber otra explicación, porque cuando realizamos los controles en vuestro despacho no encontramos ni una sola placa falsa, ni una sola de las miles que examinamos. Así que todas las que circulan son auténticas. ¿Entendéis lo que eso significa?

La insolente contestación de Hicesio les dejó estupefactos porque no esperaban que hubiéramos llegado tan lejos con la investigación, y yo respiré aliviado porque me di cuenta de que el griego que dirigía falsamente su atención hacia el Erario de Alexandria les proporcionaba un expediente válido para continuar su engaño culpando a otros. Y mientras tanto, desviaba su atención de nosotros.

De hecho, les había dado la solución más plausible entre las erróneas, que por supuesto nunca podríamos verificar.

A estas alturas ya nos habíamos dado cuenta de que los oficiales del Erario egipcio también eran una banda de timadores, implicados en robos y contrabando. Lo habíamos comprobado con el asunto de los libros, aunque no podíamos sacarlo a la luz.

Y que los oficiales egipcios fueran unos sinvergüenzas, nuestros dos oficiales también lo sabían. El legado Balbo permaneció en silencio unos instantes, estudiando subrepticiamente al general Nerva como si buscara cierta complicidad, y luego, con un brillo en los ojos, ambos se dieron cuenta de las inmensas oportunidades del camino sugerido por el griego.

Balbo, con un timbre de voz que por primera vez apenas ocultaba su satisfacción, concluyó:

— No debéis mencionar, bajo ningún concepto, este último asunto de las placas en vuestra relación. He decidido enviar a alguien a investigar a Alexandria porque no quiero que las sospechas mancillen a este cuartel. Así que nadie debe sospechar que ya estamos investigando lo que sucede en Egipto. Os ordeno que no habléis con nadie, ni siquiera con los oficiales, sobre los resultados de la pesquisa, ¡que continuará hasta que encontremos al culpable!

'Es decir, ¡nunca!' reflexioné en silencio mientras asentíamos con la cabeza reconociendo que la orden había sido clara.

La escena que se había desarrollado ante mis ojos, y el comportamiento de los dos oficiales en la última parte de la reunión, habían sido tan veraces que cualquiera lo hubiera creído.

Pero era una actuación en la que ya no podía creer porque había reconocido, aquí y allá, ciertas notas discordantes en sus palabras. Y tras la aparente familiaridad y bonhomía intuía que aquellos dos podían resultarnos muy peligrosos.

Pero ahora estaban seguros de nuestra buena fe, habían conseguido lo que necesitaban, y el griego y yo pondríamos en breve tantas millas como fuera posible entre ellos y nosotros.

A la noche, después de cenar, en la calma de nuestro cubículo, le dije al oído a Hicesio:

—¡Hoy has dado en el clavo! ¿Cómo se te ha ocurrido de repente ese discurso tan acertado para culpar de todo al Erario egipcio de Alexandria?

—Quintilio, no ha sido nada improvisado —me respondió asombrado—. Hacía tiempo que pensaba aprovechar la ocasión, si ésta se me presentaba, para conducirlos por ese camino. Sin duda era lo único que se podía hacer para que saliéramos bien parados. Ahora pondrán en marcha alguna investigación que, por supuesto, no conducirá a nada, pero que sin duda provocará un grave incidente diplomático entre el ejército de la república y el Erario egipcio. Esto nunca se resolverá entre acusaciones mutuas indemostrables, y así todo seguirá como antes. Y a ti, Quintilio, que sólo eres un agrimensor: ¿cómo se te ha podido ocurrir que yo pudiera inventarme cosas de repente? ¿Cosas de tamaña importancia?

Guardé silencio, dándome cuenta de que había hecho el ridículo.

—Ahora creo que podemos estar tranquilos —concluyó el griego—, les hemos proporcionado unos culpables verosímiles.

XXIV.

Nos encerramos en nuestro cubículo para transcribir las copias, ya que se trataba de documentos que nadie debía ver.

Hicesio hizo traer un par de caballetes y una tabla cepillada para montar una mesa improvisada, y se quedó garabateando sus cuentas y reescribiéndolo todo, mientras yo copiaba al detalle el plano del edificio y las secciones necesarias para ilustrar cómo estaban construidos los almacenes en su interior.

Los dibujos eran bastante complejos, calculé que me llevaría más de una semana.

Estaba realmente cansado de todo ese asunto, y a disgusto con todo el tejemaneje de incontrolables falsedades en torno al trigo y al dinero del Estado.

La prolongada estancia en tierras atenienses me producía una fortísima desazón y resolví terminarlo todo en un máximo de cuatro días.

—En cuanto podamos levar anclas de aquí… —le susurré al griego hablándole al oído, para que nadie pudiese oír nuestra conversación.

— Quintilio, no hace falta que digas nada, terminemos este trágico trabajo y vayámonos lo antes posible.

—Claro, Hicesio, en cuanto tengamos acabados los planos y las copias de tus cálculos levantaremos vuelo, y desde el momento exacto en que pongamos nuestros informes sobre la mesa del general —le susurré—, estos dos ya no nos necesitarán.

—Así es, Quintilio, ya no nos necesitarán —y segundos después añadió—: Y también aprovecho para recordarte otra cosa: que no se te escape nunca que hemos tenido que ver con el consejo de perseguir a los culpables en Egipto. Podría provocar gravísimas represalias.

Tres días después, una tarde, un oficial vino a buscarnos para citarnos a todos en la oficina de intendencia del Cuartel.

Allí nos dieron nuestros permisos para viajar a Roma, válidos también para utilizar los caballos del Estado que solicitaríamos en las estaciones de posta a lo largo de la Vía Appia.

El tesorero nos dio cincuenta denarios en monedas a cada uno para el viaje y dos vales del ejército de doscientos cincuenta denarios para Domicio y Arrio; otros dos vales de setecientos cincuenta denarios eran para Hicesio y para mí. Podríamos haberlos canjeado en cualquier tesorería del ejército o en un argentario.

Ni que decir tiene que confisqué los denarios de Domicio, él sabía muy bien por qué sin necesidad de explicaciones.

Con los permisos ya en mano, estábamos un poco más animados a medida que se acercaba el día de la partida y ese día trabajamos con renovado vigor. Volvimos a comprobar que ninguna línea de los dibujos estuviera fuera de lugar y que las cuentas fueran claramente legibles, incluso para un ignorante. El informe estaba clarísimo y explicaba lo que habíamos hecho: las mediciones de los edificios, las sospechas y comprobaciones, y las conclusiones a las que habíamos llegado.

Poco a poco todo estaba encajando en su sitio.

Casi todo.

A altas horas de la noche oí a Hicesio trasteando. Al poco me susurró al oído:

—Quintilio, ¿podrías hacerme el favor de encender la luz?

—Hicesio, ¿qué pasa? ¿Hay algo más esta noche?

—Quintilio, no hagas ruido —musitó con voz temblorosa—. Enciende la lámpara y te lo explicaré.

Comprendí apesadumbrado que un nuevo problema iba a alegrarnos el día que estaba a punto de comenzar, y me afané con el eslabón para encender la yesca y pasar la llama a la lámpara de aceite.

—¿Qué ha sucedido a mitad de la noche? —le interpelé entre dientes, en voz bajísima pero ya con cierto hartazgo.

—Quintilio, ahora te lo explico, pero será mejor que aprovechemos el silencio y la noche para revisar a fondo todo el cubículo.

Estaba claro que no se debía a ningún molesto ratoncito, y haciendo un inmenso esfuerzo de paciencia le pregunté:

—¿Qué hay que buscar?

—Tenemos que buscar si por un casual existe algún orificio desde el que alguien de los cubículos contiguos haya podido escuchar nuestras conversaciones de los últimos días.

Así que ése era el problema. ¡El griego temía que nos estuvieran espiando!

Un espía no podría haber captado nada importante, siempre nos habíamos hablado al oído.

—¿Por qué quieres hacer esta comprobación, Hicesio?

—Si nos han espiado, seguro que se han dado cuenta de que nos hablamos al oído todo el tiempo por temor a ser escuchados. Cualquiera puede entender el porqué. No es difícil llegar a conclusiones. No habíamos pensado en esto.

Por improbable que me pareciera que nos estuvieran espiando, quise hacerle caso y, moviéndonos en gran silencio, examinamos la totalidad del diminuto habitáculo, estudiando paredes, rincones y también debajo de los dos catres. Finalmente, tapamos el ventanuco con una manta, para que no se viera nada desde el exterior, y por último me cargué al griego a cuestas, ya que era muy liviano. Examinó todo el techo con gran cuidado, tanteando con un cálamo lo que podían parecer pequeños orificios en el yeso, y las manchas de las vigas de madera. Mientras le sujetaba pensé en la dificultad de una eventual huida.

Naturalmente, no encontramos nada.

No supe contenerme:

—Hicesio, ¿qué te ha venido a la cabeza en plena noche?

—Quintilio —me contestó en voz baja, con tono de disculpa—, era una comprobación que, aunque un poco tardía, había que hacer. Y, además, también me ha venido a la mente otra cosa que me dijiste hace unos días: una vez que entreguemos la relación, ‘ya no nos necesitarán’.

Yo lo había dicho, era cierto.

—¿Temes que puedan traicionarnos?

—No, no temo eso. Pero es cierto que ya no les seremos de ninguna utilidad una vez que tengan en sus manos todas nuestras relaciones, y bien podría ocurrirnos un accidente.

—Ya, un accidente. También podría ocurrirnos durante el viaje, fuera de aquí. Estarían aún más seguros de que nadie volvería a hablar del trasiego del trigo, hubiésemos visto lo que hubiésemos visto.

Apagamos la linterna y quitamos la protección del ventanuco. Pero para entonces ya no teníamos ganas de dormir.

Nos sentamos uno al lado del otro en mi catre para poder seguir hablando en voz baja y reflexionando sobre esta nueva y triste posibilidad en la que aún no habíamos caído.

—No lo sé, Hicesio —le dije con un hilo de voz—. Estos oficiales me parecen administradores de bienes del Estado, no son combatientes, no creo que lleguen tan lejos. Quizás lo harían para defenderse, tal vez, pero ahora no tienen ninguna sospecha de estar amenazados.

Tampoco es que estuviera completamente seguro.

Lo único cierto era que cuanto más tiempo pasaba, más peligro corríamos de perder el control de la situación y caer en el pánico.

Nos quedamos a oscuras esperando el amanecer, reflexionando que no teníamos ningún plan preparado para hacer frente a semejante amenaza.

Hicesio en un intento de subirme la moral tuvo la última palabra:

—Sin embargo, que sepas que dejaré disposiciones por si me ocurre algo, para que el inmenso caudal de conocimientos que tú tan bien conoces no corra el riesgo de perderse.

¡Ya estaba harto de esta maldita misión entre ladrones! ‘Prácticamente unas vacaciones’, me habían dicho.

Si esta situación se hubiera prolongado un poco más, seguramente el griego o yo nos habríamos traicionado, y posiblemente por una sandez.

Desde que había salido de Italia hacía casi un año, parecía que las desgracias me acompañaban, y que mi misión en provincias se prolongaba de día en día y de mes en mes.

Y cada día que pasaba viviendo con miedo, pagaba el precio a los dioses sin poder volver aún a mi patria.

Tal vez el destino me tuviera reservado algo más.

Sólo que no tenía ni idea de lo que podía ser.

Pasaron otros dos días sin novedad alguna, terminamos las copias de todos los documentos, y a la hora sexta presentamos los sobres sellados al ordenanza Manio Cotta, que ya había sido informado de la importancia del pliegue; se dirigió rápidamente a entregarlo en el despacho del general Nerva mientras nosotros esperábamos en el atrio por si el oficial deseaba vernos o preguntarnos algo.

El general en ese momento estaba ocupado con el Estado Mayor del Puesto de Aduanas, se oía el murmullo de varias personas discutiendo. Debía de estar celebrándose alguna reunión importante. Pero salió un momento para que le confirmáramos que habíamos escrito todo lo que le interesaba. Nos felicitó diciéndonos que revisaría los escritos ese mismo día y que éramos libres para irnos al día siguiente.

No dudé de que nuestros escritos serían examinados minuciosamente antes de salir del cuartel, pero a pesar de ello nos deseó un buen viaje y nos estrechamos el antebrazo. Todo acabó en la puerta mientras los oficiales aguardaban impacientes en el despacho y nos ahorramos alguna dolorosa prueba más.

Al atardecer, nos acercamos a despedirnos del legado Balbo, pero no se encontraba en el cuartel y dejamos nuestros saludos al ordenanza Cotta.

Me alegré de no tener que actuar de nuevo ante la mirada penetrante de aquel hombre, que para entonces ya me inspiraba cierto temor.

No podía haber salido mejor, pero unos instantes después reflexioné que resultaba extraño que en vísperas de nuestra partida no hubiera querido aprovechar la oportunidad de vernos para ver si había alguna novedad. Tal vez no estuviera en el cuartel por alguna razón precisa.

Al verme preocupado, Hicesio intuyó de inmediato en qué estaba pensando, y él mismo sopesó sin duda que el legado podría estar

ocupado preparando nuestra despedida, la última y definitiva despedida, y me previno:

—Quintilio, no podemos hacer nada —me murmuró al oído—. Hemos jugado bien nuestras opciones, ¡todas! Ahora depende de los dioses y del destino, así que estate tranquilo.

Eso me lo decía a mí, pero en realidad me di cuenta de que se lo decía también a sí mismo.

Aquella noche dormí poquísimo. El legado seguramente se había ido por asuntos propios, era yo quien estaba perdiendo el control.

Al alba del día siguiente acompañé a Hicesio hasta el embarcadero. Para no verse obligado a un agotador viaje en alguna destartalada *raeda*[51], le habíamos arreglado un pasaje en una pequeña nave militar con destino a septentrión.

En pocos días volvería a perderse en los laberínticos recovecos de Thessalonica y estaría definitivamente a salvo. Nadie volvería a encontrarlo, ni siquiera los diligentes investigadores del Erario del Estado.

Llevaba un pequeño zurrón de cuero con unos pocos enseres. Le ayudé a subir a la minúscula barca que le acercaría a la nave, una vieja y cochambrosa oneraria cuyo hedor a equino podía olerse desde tierra. Era una embarcación utilizada para llevar mensajes o algún grupito de militares, o bien monturas para la caballería, como atestiguaba el hedor. Estaba anclada en la rada, a cien pasos del embarcadero, y sólo le aguardaban a él para zarpar.

El griego había llevado siempre consigo varios libros y al no ver su voluminoso saco le cuchicheé al oído:

—¿No habrás olvidado tus libros?

—Ese voluntarioso porteador los está cargando, ¿ves que ya está allí debajo de la nave? —El saco lleno de papiros había llegado al costado del barco en ese mismo momento: eran las obras que le habían parecido más valiosas a Hicesio y que se había llevado consigo, incapaz de separarse de ellas.

— Si el destino decide que me hunda en el mar, pues bien, ¡esos libros estarán conmigo! —concluyó en voz baja y con determinación antes de abrazarnos.

—Envíame una carta al Mando de la Urbe o al Prefecto Festio en cuanto llegues a casa. ¡Que te vaya bien! —le deseé.

—No te olvides de lo que te dije, Quintilio —y ésas fueron sus últimas palabras, susurradas cuando ya tenía un pie en la barca—, que nadie se entere nunca de que fuimos nosotros quienes instigamos la investigación de los oficiales egipcios. Podríamos meternos en un buen lío por algo así.

Le vi alejarse lentamente en el esquife mientras un criado remaba, y subir con movimientos inseguros a la nave, que se balanceaba lentamente sobre la larga ola baja. Los marineros ya estaban levando anclas y arriando la vela entre los chirridos que producía el primer y débil viento de la mañana.

Y la nave se alejó poco a poco.

Cuando su silueta se fundió con la de otras embarcaciones en la rada, me encontré solo en el embarcadero y me di cuenta de que el liberto que se marchaba, y al que tal vez nunca volvería a ver, había sido para mí una pequeña parte de la familia que nunca había tenido.

Le deseé lo mejor en su viaje.

Seguí a Arrio hasta los establos, Domicio nos esperaba sujetando las riendas de los caballos; los cuatro hombres de la escolta estaban listos.

Nos esperaban dos días de viaje hasta la ciudad de Corinto: con un corto traslado por la Vía Militar evitaríamos la larguísima circunnavegación marítima del Peloponeso. En Corinto encontraríamos enseguida una nave militar con destino a la costa italiana, ya que el tráfico era continuo.

Montamos y partimos para volver, por fin, a casa.

Lancé una última mirada al puerto que aún se despertaba antes de doblar por la gran avenida que, en cuatro millas, entre los Muros Largos, conducía a Atenas y salía de la ciudad.

En ese momento, una nave oneraria arrastrada por una barca con seis remeros atracaba en el muelle frente al cuartel que había sido nuestro hogar durante casi dos meses; una nave vacía, con la línea de flotación muy alta.

Algo familiar despertó mi atención. Eché un segundo vistazo y no pude creer lo que estaba viendo: se trataba de la nave oneraria del *magister navis* Lelio Pansa que estaba atracando, vacía y casi sin tripulación, frente al cuartel de la Aduana, sólo los dioses sabían el motivo.

Nada tranquilo al descubrir que el despreocupado capitán seguía por allí, seguí a los restantes jinetes hasta la esquina de la calle, por último, reflexioné un instante y, con una excusa, me detuve:

—Debo apretar la silla, esperadme un minuto —les pedí a mis compañeros, y comprobé lo que ocurría en el muelle.

La nave acababa de atracar; mientras los marineros tensaban las cuerdas para sujetarla al muelle, vi al capitán Pansa desembarcar y colarse por el portón del cuartel. El ordenanza Manio Cotta le esperaba en los escalones.

Evidentemente seguían realizándose muchos trapicheos y yo tenía que alejarme lo más lejos y rápido posible. Ya no podía soportar el castigo al que me habían sometido los dioses y ahora estaba claro que seguir arriesgando mi vida era el precio que debía pagar antes de volver a ver mi tierra.

No me entretuve ni un instante. Volví a montar a caballo y le di una voz al *optio* que mandaba nuestra escolta. Se llamaba Marco, con él había intercambiado algunas palabras en la cantina del cuartel:

—Vamos, en marcha… normalmente, ¿cuánto se tarda en llegar a Corinto?

Yo lo sabía muy bien, eran poco más de sesenta millas de camino de grava con algunos pasajes sinuosos y alguna subida corta, pero quería oírlo para tranquilizarme.

—Siempre tardamos dos días —me respondió el *optio* Marco, sonriendo. Sabía algo de una misión que acabábamos de terminar, y era consciente de que volvíamos a casa tras una larga serie de dificultades.

—Vamos a adelantarnos, tengo que pedirte algo —Y nos colocamos delante del grupito.

— ¿Qué te pasa, Quintilio? —me preguntó el *optio* sin dejar de sonreír—. ¿Ya has sentido el olor de Italia? ¿Te espera alguna joven?

—Escúchame bien, Marco —le respondí en voz baja, con cuidado de que no nos oyera ninguno de los compañeros que teníamos detrás—. Si tuvieras que hacerle un favor a un colega, un favor bien pagado…

—¡Sólo faltaría eso, Quintilio, no tienes ni que pedirlo!

—Bien, ya te he dicho que bien pagado, pero esto es algo que luego tendrás que olvidar, y hacer que tu gente también lo olvide.

—Pide libremente, Quintilio, ¿acaso no somos todos romanos lejos de nuestro hogar y tenemos que ayudarnos mutuamente? En cuanto a guardar silencio... ¡Te doy mi palabra y la de mis hombres siempre y cuando no vaya en contra de nuestras órdenes y nos meta a todos en problemas! Pero… Cuando dices bien pagado, dices… 'bien' ¿cuánto?

—¡Un mes de *stipendium* para cada uno de ellos! Nadie tendrá que enterarse de nada. Todo se reduce a esto: no me apetece perder el tiempo innecesariamente en la carretera. ¡Quiero estar en Corinto esta misma noche!

ANNUS CONFUSIONIS

XXV.

En Brundisium desembarcamos en medio de una confusión increíble. En el puerto se amontonaban mercancías y verduras podridas. Había gente vociferando por todas partes, mulos con sus bastos cargados rebuznando, siervos apaleados por faltas que posiblemente no habían cometido, niños llorando...

No sería capaz decir qué día era, y en aquella Babel nadie podía saberlo.

Parecía que ya nada funcionaba en Italia, como si los bárbaros hubieran descendido desde sus fronteras. No entendíamos lo que pasaba, hasta que un funcionario del puerto nos lo explicó:

—¿Venís de Macedonia? ¡Claro, no podéis saber nada! Es culpa del nuevo calendario. Han cambiado los meses, las estaciones y los días del año. ¡La gente ya no sabe cómo organizarse la vida!

Era la reforma del calendario tan deseada por el ilustre César: la gente no acababa de comprender cómo funcionaba, y era inmensa la confusión en tema de tráfico, comercio y desplazamiento de personas.

Todos los problemas se habían ido acumulando hacia finales de año, y los ciudadanos de la república tenían que lidiar con todos esos días de más que alejaban el nuevo año.

En el Cuartel del puerto de Brundisium presentamos nuestras órdenes y un oficial nos asignó a regañadientes cuatro legionarios de escolta y tres caballos con los que partimos en dirección a Roma.

Aprovechando que la estación seguía siendo extrañamente suave, lo que todo el mundo achacaba a la reforma del calendario, pues las estaciones ya no eran lo que eran, superamos rápidamente los pasos de los Apeninos samnitas y llegamos a la Urbe en nueve días.

Pasamos las murallas sin ningún control, recibiendo tan sólo miradas desganadas de legionarios que se calentaban alrededor de una hoguera a la entrada de la ciudad.

Lo primero que hicimos fue registrar nuestra llegada en el Mando del Viminal, donde reinaba el más absoluto caos debido al sinfín de

errores cometidos en el traslado de hombres y vehículos, una vez más por culpa del nuevo calendario.

No tenían noticias del tribuno Elpidio, así que dejé una nota explicando que habíamos llegado, y al no saber cuándo se realizaría nuestro encuentro, que estaba previsto para el quinto día antes los idus de diciembre, que ya no estábamos seguros de cuándo caería, escribí que pasaría todos los días por el Mando para recibir órdenes.

Arrio me pidió si podía quedarse en el cuartel un par de días para descansar, y al centurión de turno le di instrucciones para que no dejara salir nunca a Domicio. Era un buen legionario, pero después de los problemas que me había causado en Macedonia y todo el dinero que había despilfarrado en rameras, no quería que se metiera en líos en algún lupanar de la Urbe antes de prestar la declaración que nos habían pedido. Sólo cuando se hubieran atendido las necesidades de la instrucción le dejaría salir.

Yo también me quedé una noche en el cuartel, cuyo aire me resultaba familiar, y aproveché las termas militares.

Me costó conciliar el sueño. Al final del fatigoso viaje de regreso, me habían venido a la memoria muchos recuerdos, y mientras estudiaba las vigas del techo y escuchaba los consabidos ruidos de la noche, me acordé de la extraña aventura que acababa de vivir, y de Arethi, la rica y noble viuda que tanto me había amado. Sólo los dioses sabían si volvería a verla, hermosa y generosa… nunca me había pedido nada a cambio.

Yo esperaba, de todo corazón, que encontrara lo que buscaba.

Le había dejado algo en lo que pensar: las cuatro chicas del granero. No había pestañeado, de algún modo se ocuparía de ellas. Y estaba convencido de que lo haría porque yo se lo había pedido.

En la oscuridad de la noche también me acordé de los hombres de nuestra expedición que ya no se hallaban entre nosotros. Octavio, siempre serio y atento a la misión, Maximino, el legado Valeriano y el tribuno Agripa. Todos ellos habían muerto asesinados en aquella lejana estepa, y me había visto obligado a dejar sus cuerpos insepultos a merced de los animales salvajes.

Ahora yo era el portador de la información que, tal vez, daría sentido a sus muertes, el último testigo que, en cierto modo, podía

darle un sentido también a esa increíble expedición.

El último. El significado de lo que había sucedido no me quedaba claro. Era algo en lo que había pensado también el año anterior, cuando supe que mis compañeros de la expedición en el Attica habían encontrado la muerte en Siria.

¿Qué sentido tenía, si es que lo hubiera?

A la mañana siguiente salí a dar una vuelta por la ciudad.

En todas partes se oía hablar del caos debido al nuevo calendario.

Nadie sabía qué día era y en cada tienda se oían cosas distintas. En algunos barrios se podía intuir que, más o menos, todos se habían puesto de acuerdo para utilizar el mismo día del calendario; no es que fuese el día correcto, porque en cuanto salías del barrio te topabas con gente que había decidido que era otro día. Era imposible concertar una cita, y lo único que uno podía hacer era ponerse de acuerdo sin tener en cuenta ningún calendario.

Sólo una cosa era segura y todo el mundo estaba al tanto de ello: este año tendría, por lo menos, setenta días más. Algunos decían que serían exactamente ochenta. Pero nadie sabía el porqué.

En medio de este desorden, mis pasos me condujeron hacia la villa del arquitecto Sextilio en el Celio, la casa de Regila.

Me habría gustado tener noticias de ella, saber cómo le iba a ella y a Rusonio.

Me equivoqué de dirección y por error acabé en el Foro, en medio de una Babel de gente que iba y venía en una confusión ensordecedora, entre mendigos, togados y ladrones, sillas de mano, esclavos sudorosos y las miasmas producidas por las aguas pútridas vertidas en la calle.

Me quedé un rato observando, casi embriagado por el espectáculo de la gran ciudad y finalmente, mareado por el clamor, intenté salir de las calles más concurridas.

Nunca me había visto en medio de un caos semejante, y estaba claro que sólo podría moverme por el centro de la Urbe con alguien familiarizado con el lugar.

Me detuve a comer en una *popina*, también abarrotada de gente, unos que comían, otros que entraban o salían. Y un bullicio

constante de hombres y mujeres, vendedores, mendigos y prostitutas.

Empecé a oír un zumbido en la cabeza, como ese ruido extraño que se oye en los alrededores de las colmenas.

Y mientras observaba estupefacto el inmenso movimiento de gente, el zumbido crecía.

En ese momento emprendí el regreso al cuartel.

Las otras veces me había movido por Roma a caballo, o había transitado por calles menos concurridas. El centro de la Urbe era imposible. Sólo los dioses podían saber cómo lo conseguían los que vivían ahí.

Regresé al cuartel aturdido por esta experiencia y, para colmo, ni siquiera había conseguido acercarme a la villa de Regila para preguntar si había alguna novedad.

Encontré una nota para mí. Procedía del mismo cuartel.

> *Manlio Mamercino legado del Cuerpo de Ingenieros saluda al agrimensor Fausto Quintilio. Vale.*
> *Como preparación para la reunión del Gran Consejo del quinto día antes de los idus de diciembre, te pedimos que acudas a nuestro despacho porque necesitamos urgentemente que nos des alguna información.*
> *Saludos de Manlio Mamercino.*
> *VII a id Dec*[52]

Me dirigí sin más dilación a buscar al legado Mamercino para confirmarle que estaba en el cuartel y a su disposición. Le encontré enseguida en su pequeño despacho. Era un oficial superior del Cuerpo de Ingenieros y me explicó que necesitaba urgentemente cierta información sobre los lugares por los que habíamos pasado en nuestra expedición; para este servicio requeriría la presencia de uno de sus colegas y de un escriba para tomar notas.

Le confirmé que estaba a su disposición y concertamos una cita en la sala de mapas para la mañana siguiente a la hora tercera[53].

Me esperaba que despertara el interés de los cartógrafos del Cuerpo de Ingenieros, ya que tenían muy poca información sobre

esas remotas regiones, especialmente del interior, mientras que disponían de numerosos informes y algunos mapas del mar Euxino y de las ciudades costeras.

El archivo cartográfico se encontraba en una gran sala octogonal que formaba parte del complejo de edificios del Mando. Decenas de estanterías de madera contenían, en un casillero muy parecido a un columbario, miles de rollos de pergamino y papiro en los que estaban dibujadas todas las tierras de la república y provincias, y también las de otros reinos cuyos nombres a veces sonaban desconocidos.

En esa sala, los oficiales podían consultar en grandes mesas los mapas que necesitaban para sus operaciones y, eventualmente, hacer copias para ellos en la oficina de mapas, donde decenas de escribas estaban perennemente ocupados en dicha labor. En los ocho lados de la sala se encontraban unas salitas equipadas con mesas de trabajo, tinteros y tintas, donde los que necesitaban dedicar mucho tiempo a estudiar algún mapa podían retirarse tranquilamente.

A la hora tercera en la gran sala ya había oficiales entrando y saliendo y libertos manteniendo en orden los pergaminos en sus estantes, controlando que nadie saliera por la puerta con un mapa debajo del brazo.

El legado Mamercino me recibió presentándome a un joven colega. Luego, después de pedir a los siervos que le entregaran el mapa que le interesaba, nos instalamos en una de las pequeñas habitaciones que daban a la sala.

—Bien, agrimensor —comenzó a hablar el legado Mamercino—, ¡acabas de regresar de una remota región que muy pocos han tenido la oportunidad de ver!

—Así es, ¡y mucho menos de volver después a la civilización!

—Sí, ya conocemos el nefasto resultado de la misión, nos gustaría comprobar contigo la ruta que recorristeis y tomar nota de ella en este mapa nuestro. Más tarde, vendrá otro legado y te preguntará sobre un lugar en particular.

Toda la mañana estuvimos ocupados con los mapas, yo consultando mi inseparable rollo de pergamino de piel de conejo, y

el legado Mamercino tomando notas sobre una copia de mi diario de viaje.

Poco a poco pudimos traducir mi diario en una línea negra que cruzaba el mapa de la oficina del Cuerpo de Ingenieros.

Con pequeñas y repetidas correcciones pudimos describir por completo la ruta e indicar los campamentos que habíamos ido montando día tras día.

En el mapa, los campamentos aparecían con un cuadradito y la indicación de la fecha.

Luego ubicamos igualmente los pozos que habíamos excavado, lo que fue fácil una vez conocida la ubicación de los campamentos.

Fue más difícil trazar la ruta de vuelta que hicimos navegando en barca, porque tanto Arrio como yo sabíamos muy poco por dónde realizamos aquel trayecto. Pero el legado lo entendió muy bien, sin embargo, muchos tramos de la ruta marítima fueron marcados con una secuencia de puntitos, indicando una ruta incierta.

Me preguntaron por el estado del lugar y el aspecto de la estepa, y el legado siguió tomando notas que sin duda serían útiles si algún día se hubiera decidido construir una carretera. Me adelantó que tal vez tuviéramos que concertar otra reunión en presencia de Arrio para hacer evaluaciones sobre los cruces de los ríos, de los que ya había copiosas anotaciones en mi diario.

A última hora, una vez finalizado el trabajo de transposición de los datos al mapa del Mando, se nos unió un legado que quería preguntarme por un lugar concreto. Se llamaba Lucio Catulo: era un veterano servidor del Estado que debía de tener más de setenta años. Caminaba renqueante con la ayuda de un bastón, ya que estaba aquejado de dolores en las caderas.

Quería noticias mías sobre el río Borystenes y las fronteras del reino del Bósforo. Me hizo preguntas precisas sobre cómo habíamos cruzado el río.

Comprendí que iba a tener un oyente interesado, y empecé a contarle:

—Legado Catulo, en aquel momento las tropas contemplaban la posibilidad de desertar, el cruce del río se realizó en condiciones sumamente precarias. Encontramos una barca abandonada en los

bajíos, apoyada sobre unos caballetes desde la estación anterior. Sus propietarios seguramente habían muerto por la peste. Los ingenieros la pusieron en condiciones de navegar y atravesamos el río dos o tres hombres cada vez. Fue una operación bastante larga, y el único mulo que nos quedaba… bueno, en realidad ése lo pasó en pedazos, y tratamos de comérnoslo en la otra orilla.

Mientras se lo contaba, consultaba mi diario en el pergamino, y relataba nuestras peripecias y el aspecto de los lugares.

—El Borystenes tenía en aquel punto cuatrocientos veinte pasos de ancho, no era ninguna broma cruzarlo, y no había ni rastro de barcaza o cruce organizado. Justo al otro lado del río acampamos cerca de unos montículos de arena, y sólo a la mañana siguiente los vigías se dieron cuenta de que estábamos en medio de una extensión de dunas desoladas como las del desierto libio[54]. Hubo muchos cuchicheos por parte de la tropa y, para colmo, no teníamos nada que comer. La carne de mulo se había desechado porque era incomible.

—Por favor, agrimensor, trata de recordar: cuando pasaste por el Borystenes, ¿cómo eran los alrededores? —insistió el legado Catulo.

—Alrededor del Borystenes, tanto en una ribera como en la otra, hay de tres a cuatro millas de vegetación de valle, matorrales de sauces y grupos de arbustos —expliqué sin esfuerzo leyendo mis notas—. Quizá sea una zona que a veces se inunda, probablemente por las crecidas primaverales. Al final del valle, se sube una leve pendiente que te lleva a una altura de veinte o treinta pies, y comienza la estepa. Pero justo después está ese desierto de arena amarillenta, de un color muy parecido al de la cáscara de las naranjas.

—¿Y qué extensión tendría esa zona de arena? —insistió.

—Los soldados estaban preocupados y el guía, un buen hombre que había estado con nosotros y con uno de sus hijos desde el río Ister, nos dijo que sólo eran unas pocas millas y que no debíamos asustarnos. En realidad, aquellos parajes eran terribles y la marcha agotadora —le respondí, tras consultar de nuevo el diario—. Recorrimos siete u ocho millas. Es un lugar desagradable, infestado de espectros durante la noche, sin senderos ni agua. Totalmente

desprovisto de vegetación, sólo arena y unos míseros arbustos que no satisfarían ni a las cabras.

Charlamos durante un buen rato, y el viejo legado se mostró encantado de oírme hablar de esos lugares, tanto que en un momento dado sospeché que había estado allí, tal vez durante su juventud. Cuando llegamos a la entrada del reino del Bósforo, le describí la tosca estela que habíamos encontrado, erigida con piedras y con el símbolo del sol en su cúspide.

El viejo legado, muy interesado, quiso que le hiciera un dibujo de la misma; tracé la figura en un trozo de papiro para que se hiciera una idea más precisa.

En ese momento se dio por satisfecho, se llevó el dibujo y me dio las gracias, felicitándose por mi espíritu de observación y por haber conseguido sobrevivir a la difícil expedición.

Sólo unos instantes después de que se hubiera marchado, caminando, pero apoyado en su bastón, comprendí que conocía aquellos lugares. Seguramente ya había estado allí, si no, no se podía explicar el brillo de sus ojos al oírme describir aquellos parajes bárbaros.

Y no había venido simplemente a conversar conmigo como acontece entre colegas. Le habían enviado para comprobar que yo decía la verdad y que realmente había estado allí.

No recibí noticias del tribuno Elpidio, de quien sabía que debía presentarse en el Mando para el Gran Consejo el quinto día antes de los idus de diciembre, es decir, al cabo de dos días. A los tres supervivientes de la expedición se nos ordenó permanecer en el cuartel, y yo aproveché para escribir algunas cartas, primero a mi familia, de la que no tenía noticias desde hacía un año, pero también a Pisón en Ravenna, dándole noticias de nuestro común amigo Hicesio.

También le habría escrito a mi amiga Regila, pero no tenía ni idea de dónde se hallaba. De hecho, ni siquiera sabía si deseaba saber algo de mí.

Por último, le envié una afectuosa carta a Arethi. Yo no era nada ducho en escribir cartas a mujeres, y éste era un caso muy particular

porque ella era muchísimo más instruida que yo. Una cosa era reír y bromear juntos, y otra muy distinta redactar una carta como es debido.

Me devané los sesos durante un buen rato sin saber ni cómo empezar ni qué escribirle. Si Hicesio hubiera estado conmigo me habría echado una mano, pero por desgracia estaba solo. Al final, para no equivocarme, me limité a las consabidas bobadas: expresé la esperanza de que los pozos que habíamos cavado siguieran dando agua, de que las chicas del granero no volvieran a la calle y de que la criada Cleide siguiera gozando de buena salud.

En los días siguientes, Arrio y Domicio fueron interrogados en profundidad por el legado Mamercino para obtener más detalles del interior de Tracia. Hicieron su declaración por separado, y probablemente sus observaciones no fueron tan precisas porque carecían de notas en las que basarse.

Sin embargo, se transcribieron todas las observaciones de Arrio sobre la corriente de los ríos que habíamos cruzado, sobre los niveles de crecida que indicaban las plantas muertas y la maleza depositada en las orillas, y sobre el aspecto de los lugares.

No obstante, sus interrogatorios sirvieron para colmar algunas lagunas de mi relato, que carecía de observaciones sobre la población bárbara y los aspectos militares.

Pasé con mis dos camaradas otro par de días en el cuartel, sin poder salir de él. Discutí con Arrio algunos planes para el viaje de rescate de su querida Domitila, y admiré la calma olímpica de Domicio, que, alejado de las féminas, parecía el más tranquilo e infatigable trabajador del cuartel.

A última hora del atardecer, mientras contábamos divertidas anécdotas a la espera de irnos a dormir, un ordenanza vino a buscarme con el ceño fruncido de preocupación y órdenes urgentes:

—Quintilio, ponte el uniforme, ¡y deprisa! El general Corvo quiere hablar contigo ahora mismo. Te espero aquí para acompañarte, no pierdas tiempo.

No tenía ni idea de quién era el tal general Corvo, era la primera vez que escuchaba su nombre.

El ordenanza me condujo a través del cuartel hasta cruzar la barrera formada por unos guerreros germanos, aterradores sólo de verlos, que custodiaban con los gladios desenvainados el área reservada a los oficiales superiores y a las ocasionales visitas de César.

Me hicieron pasar a una sala donde vi en un rincón al tribuno Elpidio, que me hizo un leve gesto con la mano. Estaba con otros tres oficiales. Uno de ellos era el general, un cincuentón bien parecido en uniforme de gala, con numerosas cintas y *phalerae*[55] en la loriga.

Había oído su voz desde el atrio, y estaba despotricando contra los oficiales:

—…tienes mucho que contarme de tus dos hombres en Tomis, hemos perdido el Reino del Bósforo, ¿lo entiendes o no? ¡Lo hemos perdido! ¡PERDIDO!

Me hicieron sitio en la mesa. Era obvio que estaban sacando conclusiones del desastre de Cimeria.

El general continuó tronando:

—No podemos liberar ninguna legión para enviarla allí. ¡Ni una! ¡Es absolutamente imposible! ¿Queda claro? Y ni siquiera tenemos barcos disponibles, probad a preguntarles a los de la flota, la temporada también ha terminado, ya estamos en invierno. ¡Estamos jodidos!

Entonces, mientras todos callaban con los ojos clavados en el suelo, igual que perros apaleados, el general se volvió hacia mi:

—Y tú… eres el agrimensor… —me miró groseramente sin esperar respuesta—. Catulo sostiene que es verdad que has estado más allá del Borystenes, ¡lo que ya es una buena noticia puesto que todo lo que tenemos aquí son traidores y embusteros! Lo que está escrito en tu relación ya lo sabemos. Ahora quiero saber de ti por qué, bajo tu punto de vista, decidieron acabar con toda la unidad en ese preciso lugar que afirmas que está justo en medio del Reino del Bósforo.

—General, te relataré los hechos en los que estuve presente. En primer lugar, debes saber que hasta el río Borystenes fuimos vigilados ocasionalmente por hombres armados a caballo, bárbaros

tracios en grupos de dos o tres, que de vez en cuando comprobaban que avanzábamos. La explicación que me dieron el legado Valeriano y el centurión Octavio fue que estaban comprobando que su oro, es decir, nosotros, avanzaba tranquilamente, porque su tribu cobraría al final de nuestra misión, cuando estuviéramos a punto de regresar cruzando el río Ister, justo antes de abandonar definitivamente su territorio. Sólo entonces recibirían el resto del oro. Custodiaban, por así decirlo, ¡su propio rebaño!

Mientras lo contaba no se oía volar ni una mosca. No era sólo el miedo a lo que había que comunicarle a César, sino que era palpable la curiosidad por saber de boca de alguien que había estado presente cómo habían ido las cosas y cómo unos compañeros de armas habían perdido inútilmente la vida.

—Cuando cruzamos el Borystenes y entramos en Cimeria dejaron de vigilarnos. En las tierras del Bósforo ya no había testigos. Sólo estábamos nosotros, porque la escasa población lugareña había sido exterminada por la peste el año anterior. Los tres supervivientes supusimos que la masacre había tenido lugar allí porque a esas alturas quedaba claro que toda la unidad iba a llegar a Teodosia o bien, a la capital, Penticapaeum. Si hubiéramos dado marcha atrás y regresado por nuestra cuenta hacia el río Ister[56] y Macedonia, quizá no hubiera sido necesario eliminarnos.

Guardé silencio un momento, mientras el general, que había comprendido bien mi respuesta, miraba fijamente el rollo de pergamino de piel de conejo que había colocado sobre la mesa, golpeando nerviosamente con los dedos la superficie.

—¿Tú fuiste testigo y viste a Nigro irse con esos soldados? —me preguntó con tono rencoroso.

—No, general. Pocas horas después de la masacre, recogí el testimonio de un legionario moribundo que aún era capaz de hablar de forma comprensible y que me pidió repetidamente que le vengara: fue él quien vio al traidor Nigro dar órdenes a los jinetes cimerios que les habían atacado, y me contó que aquellos bárbaros no comprendían las órdenes de Nigro, y que éstas fueron traducidas por el guía tracio Servilio. Este testimonio se dio en presencia de otros dos legionarios que se encuentran ahora en este cuartel y

podrán confirmarlo. Nigro y Servilio se marcharon con los cimerios, a caballo, no como prisioneros. Arrio y yo contamos personalmente los cadáveres y nos dimos cuenta de que faltaban cuatro; dos eran los de los traidores, y los otros dos eran los de los legionarios Domicio y Emilio, con los que nos reunimos poco después.

—¿Viste con tus propios ojos al tribuno Agripa muerto? —insistió el general Corvo.

—Sí, general, Le di la vuelta a su cadáver que ya había sido despojado. Me pareció que lo habían matado de dos lanzazos en el costado. Su rostro no estaba ensangrentado y era posible reconocerlo con total certeza.

En ese momento, el general golpeó violentamente la mesa con el puño maldiciendo a los dioses y al destino, y gritó:

—¡Pasarán años antes de que podamos arreglar esta maldita historia! ¡Y durante años esos malditos harán lo que les venga en gana, y no pagarán un as a Roma! ¡Y para colmo, no podremos construir la base para nuestra flota!

Mientras un ordenanza me conducía fuera, el tribuno Elpidio me hizo un gesto silencioso con la mirada; lo interpreté como una señal de que volveríamos a vernos muy pronto.

Sin lugar a dudas, César ya había sido informado del fracaso de la expedición. Pero muy pronto, los oficiales tendrían que presentarle el informe de la investigación y examinar las escasas perspectivas de obtener, algún día, mejores resultados en el reino del Bósforo.

XXVI.

Al día siguiente estaba prevista la llegada del mismísimo César con su escolta. Se interrumpieron los ejercicios en los patios y se prohibió cualquier actividad que no fuera indispensable para el funcionamiento del cuartel porque no querían que hubiera desorden.

Se triplicó la guardia, y de la llegada de César sólo oímos los saludos de su guardia al entrar en el cuartel.

—Por lo que tengo entendido, hoy les están leyendo la cartilla a los que organizaron la expedición a Cimeria —comentó Arrio, dando a entender que alguno acabaría mal.

—Me temo que sí. Deben justificar ante César la muerte de Agripa, uno de sus incondicionales —le respondí—. Y además de la pérdida del hombre, también está la pérdida del reino y la base naval.

—Sin embargo, Quintilio, hemos completado honorablemente nuestra misión, ¿no es así?

—Claro, Arrio, ¡tendrán que darnos el *stipendium* y también un premio!

—Escucha, Quintilio, ya que lo hablamos y como aquí no hay mujeres llamándote por causa de sus urgencias…

Lo miré molesto, recordando muy bien cuando Arethi solía llamarme por 'sus urgencias'. Lamentablemente, aquí no había ninguna hermosa mujer rica y noble deseosa de mi compañía.

— Bueno, como te decía, Quintilio, ahora nos van a dar un buen permiso.

—Arrio, no sigas. Ya te di mi palabra de que iríamos a rescatar a Domitila. En cuanto nos dejen salir, y creo que será pasado mañana, me pasaré por casa de Regila para saber si hay novedades, luego iremos juntos a casa de los padres del prefecto Festio para saludarles y recoger una carta, y después nos marcharemos. De hecho, ¿sabes qué? Hoy mismo tendremos hechos todos los permisos para las Vías Consulares, y mañana a primera hora haremos esas dos visitas, pero iremos a caballo, y a la hora sexta

estaremos ya muy lejos de Roma. He dado una vuelta por la ciudad y he visto que es imposible transitar por ella, parece un inmenso rebaño de cabras enloquecidas. Aprovecharemos este periodo de tiempo benigno para viajar.

—¡Claro, Quintilio! Pero ¿sabías que el buen tiempo se debe en realidad a que César ha retrasado el final del año ochenta días? ¿Te lo han dicho? ¡Era evidente que algo estaba pasando!

Arrio debía haber oído ese rumor que circulaba por el cuartel y las tabernas.

Sólo me quedaba una última cosa por hacer antes de cerrar el capítulo de la desafortunada expedición al Reino del Bósforo y de la peligrosa investigación que nos habíamos visto obligados a realizar en el Pireo.

Arrio había tenido en custodia durante todo el viaje de vuelta el tubo de cuero que yo había mandado fabricar exprofeso por un artesano del Pireo para proteger los hermosos mapas robados en algún lugar de Egipto.

Ahora era el momento de meterles mano, así que le pregunté:

—Arrio, ¿a dónde han ido a parar los pergaminos, los del rollo?

—Los dejé en depósito en el cuerpo de guardia. No me fiaba de llevarlos al dormitorio. Ya sabes que siempre hay legionarios ignorantes a los que les gusta hacer bromas, son curiosos y a veces cometen tonterías por un vaso de vino. ¿Los traigo?

—Sí, ha llegado el momento.

No había ninguna duda de que era mi deber entregar los mapas al oficial del Mando encargado de las provincias exteriores: tal vez fuesen de un valor incalculable si alguien, en algún momento, quería lanzar una empresa militar en aquellas remotas tierras, lo cual era muy posible dadas las precedentes expediciones de César y Pompeyo.

El agrimensor jefe, Seyo Torcuato, el que estaba a cargo de la oficina de mapas y coordinaba a los agrimensores que trabajaban para el Mando, me recibió aquella misma mañana. Sabía que yo era uno de los veteranos de Cimeria, se imaginaba que tenía algo que contarle.

Me había dirigido inmediatamente al responsable de la oficina de mapas porque imaginaba que lo que tenía intención de enseñarle no era algo que se pudiera mostrar libremente, podría haber sido material sustraído bajo engaño, probablemente de una oficina militar similar a ésta. O quizás hubiera preguntas embarazosas que responder.

Si luego había que devolver esos pergaminos a los egipcios, los oficiales se encargarían de ello. Mi lealtad era para con César y este Mando, y sabía que había hecho lo correcto al apoderarme de ellos, por lo que no me preocupaba en absoluto.

En cualquier caso, me había preparado una pequeña historia de refuerzo para contar en caso de que quisieran investigar demasiado a fondo.

Seyo Torcuato era un sesentón de pelo canoso, jovial y lleno de energía. Con toda su experiencia y conocimiento del territorio de la república y de la estructura de los Ingenieros Militares, era el responsable de la conservación y copiado de los mapas que utilizaban los generales, pero mucha gente acudía a él con extrañas preguntas sobre tierras lejanas.

Empleaba a una docena de experimentados agrimensores y a un enjambre de copistas que reproducían los documentos necesarios, de tanto en tanto, para las campañas militares.

Yo ya había estado antes en esa oficina; vi a los copistas trabajando sobre los pergaminos pulcramente extendidos con clavitos sobre las superficies de las mesas, y a los aprendices sacando punta a los cálamos contra una piedra de afilar.

El olor a cuero curtido y a tinta inundaba la sala.

—Bienvenido, Quintilio, a nuestro humilde despacho —dijo el agrimensor recibiéndome con una sonrisa—. Te veo bien y con buena salud, a pesar de que sabemos que las has pasado canutas.

—Te agradezco, agrimensor jefe, por haberme recibido de inmediato. Es cierto que fue duro, y por desgracia, como bien sabes, el destino fue funesto para nuestros compañeros y el tribuno.

—Nos hemos enterado —murmuró con gravedad, como si quisiera cerrar tan infausto tema inmediatamente—, pero dime, ¿cuál es el motivo que te trae hoy a este despacho?

Su sonrisa daba la impresión de que esperaba ver algo extraño, porque con las expediciones de César llegaban al Mando objetos raros recogidos en tierras de nombres impronunciables.

—Necesito mostrarte algo en lo que invertí mucho dinero, y tal vez incluso corrí algún riesgo.

El oficial sonrió bonachón ante mis palabras mientras yo abría el rollo de cuero y sacaba los pergaminos contenidos en él, cuidadosamente sujetos con una cinta.

En cuanto abrí el rollo y aplané el primer pergamino, un mapa de vivos colores, el agrimensor jefe dejó de sonreír y se le formaron dos largas arrugas junto a la nariz y la boca. Hojeó rápidamente los pergaminos mientras el asombro se dibujaba en su rostro.

—¿Cómo has conseguido esto? —me preguntó muy serio, habiendo perdido todo rastro de bonhomía.

—Has de saber que antes de llegar a Roma pasé por Atenas. Ya sabes, todo llega al puerto de esa ciudad, y por poco dinero a veces se pueden hacer grandes negocios.

—¿Sabes qué son estos mapas?

—Bueno sí, tengo una ligera idea, sólo que no conozco la lengua de los egipcios. Los compré porque pensé que podría tratarse de algo de gran valor en manos de las personas adecuadas, y no me pareció correcto dejar que fueran a parar quién sabe dónde.

El agrimensor continuó examinando un pergamino tras otro, con un rostro cada vez más asombrado. Se rascó la cabeza, pensativo, y finalmente le hizo un gesto a su ayudante:

—Vete a ver si el tribuno Claudio Celso está en el cuartel.

Hizo que uno de sus trabajadores trajera una vasija con agua y vino, y me dijo que me sentara frente a su escritorio, en un rincón de la sala.

—¿Sabes, Quintilio, que si te hubieras topado con la gente equivocada te habrías arriesgado a acabar en la cárcel por estos mapas?

—Me lo temía, jefe, pero no podía dejar que los pergaminos quedaran en manos de extraños y acabaran quién sabe dónde. Trabajar en mapas es mi trabajo, y reconocí en éstos la mano de

expertos cartógrafos, ¡no de simples aprendices! Aunque no sabía leer la lengua egipcia, vislumbré cierto potencial.

En ese instante volvió el ayudante:

—El tribuno comunica que vendrá a este despacho en una hora.

—Quintilio, ¡espero que no le hayas hablado a nadie de estos pergaminos!

—No, agrimensor jefe, nadie sabe nada al respecto. Tú eres la primera persona, aparte de mí, que ha abierto este rollo desde que volví de Atenas.

—Bien. Mejor así. Creo que éstos son mapas que no pueden circular libremente. Quédate aquí mientras esperamos a que el tribuno Celso nos diga algo más sobre lo que contienen.

La seriedad del agrimensor jefe me produjo cierta aprensión, y empecé a temer que detrás de aquellos mapas hubiera algo más grave de lo que yo había imaginado, tal vez que se tratara de material robado a nuestro mismísimo ejército a través de algún engaño.

Me senté tranquilamente en un rincón y esperé con un vaso de vino mientras el agrimensor jefe Torcuato examinaba todos los mapas uno a uno. En cierto momento se detuvo y, rascándose la cabeza, ordenó a su ayudante que despidiera a todos los presentes. No quería a nadie cerca y empezó a colocar los mapas en las distintas mesas de trabajo.

Un buen rato después apareció el tribuno Celso.

—¡Buenos días, Torcuato! ¿Por qué me has mandado llamar?

—Tengo algo que mostrarte —respondió con el ceño fruncido.

Permanecí en un rincón de la sala, sin haber sido presentado, observando la escena con curiosidad.

El agrimensor jefe, sin pronunciar palabra, le presentó algunos mapas; el primero era una gran piel de cerdo de forma irregular, de colores brillantes y llena de símbolos y escrituras que parecían arabescos.

Vi que Celso se ponía serio a su vez y tragaba saliva nerviosamente, luego apartaba el primer pergamino para echar un vistazo al de abajo.

Por el rabillo del ojo, Celso se había percatado de mi presencia y, asintiendo con la cabeza, le preguntó al agrimensor Torcuato:

—¿Quién es ese joven? ¿Es uno de los tuyos?

— No, es el joven agrimensor Fausto Quintilio. Acaba de regresar de la desafortunada expedición, ya sabes la de…

—¡Ah! ¿Es él…?

El oficial se acercó a presentarse:

—Te felicito, agrimensor. Yo soy Claudio Celso, y casualmente he llegado a conocer parte de tu historia y la pérdida de nuestra base naval en el Bósforo. Es increíble que hayáis logrado regresar.

—Él ha traído los mapas —añadió el agrimensor jefe.

—¡Por la diosa Diana! —se le escapó al tribuno—. ¿Cómo has conseguido estos mapas? ¿Dónde los has encontrado?

—Fue una casualidad, tribuno, una auténtica casualidad. Me los ofrecieron una banda de ladrones que frecuentaba el puerto de Atenas; esos ladrones ni siquiera sabían lo que eran. Me hizo falta poca imaginación para darme cuenta de que se trataba de objetos robados en Alexandria. Nada más verlos me di cuenta de que no podía tratarse de mapas de algún *tabularium*, eran demasiado parecidos a los que utilizamos en el ejército. Pero no tuve valor para dejarlos allí porque, aunque no conocía la lengua egipcia, imaginé que se trataba de material robado de algún archivo militar. Y pensé en traerlos aquí.

—Hiciste muy bien, éste es exactamente el lugar apropiado. Sin embargo, si te los hubieran encontrado encima, podrían haberte confundido con un espía, o al menos con un ladrón. ¿Habías pensado en eso?

—Sabía que corría algún riesgo y, por desgracia para mí, éste ha sido un año lleno de contratiempos.

—¿Quién está al tanto de que ahora tenemos estos mapas aquí?

—Nadie, tribuno, nadie excepto un par de legionarios que estuvieron conmigo en Cimeria. Uno de ellos, un *optio* para ser más exacto, me ayudó a custodiarlos en el viaje a la Urbe. Pero ninguno de los dos sabe de qué se trata.

—¿No se lo mencionaste al general Corvo? Sé que te llamó a testificar en la investigación.

—No, nadie sabe nada al respecto. No tienen nada que ver con la misión en Cimeria y no hablé de ellos durante la investigación. Tanto es así que los había dejado guardados en el cuerpo de guardia en ese estuche de cuero que ves sobre la mesa. En él está escrita la dirección de este despacho. Siempre viajábamos con esa dirección escrita de forma destacada en el estuche porque era material que yo quisiera que llegase aquí, y quería que llegase, aunque, por desgracia, nos ocurriese algún infortunio en el viaje.

—Es de agradecer tu previsión. Pero ¿de quién los adquiriste?

—No conozco sus nombres. Los compré en el puerto del Pireo a unos marineros que traficaban con objetos robados en Alexandria. También tenían libros, pero no me interesaban. Los mapas, en cambio… sé lo que valen unos buenos mapas y cuántos días o meses se tarda en preparar uno de esta calidad, y no podía arriesgarme a que cayeran en manos de terceras personas. Así que decidí comprarlos.

El tribuno y el agrimensor jefe Torcuato me estudiaban con creciente incredulidad. Pero ahora su incredulidad se mezclaba con una sutil complacencia.

—¿Y cuánto pagaste por ellos? —insistió el oficial, ahora con una leve sonrisa en el rostro.

A estas alturas no podía traicionarme abiertamente y decir que los había conseguido en el regateo por el precio de otros bienes robados. Era una pregunta que no esperaba, así que dije la primera cifra que me vino a la mente: lo que habíamos pagado por toda la biblioteca de Hicesio.

—Tuve que regatear un poco, y para no perderlos tuve que dejarles tres mil trescientos denarios, que me los adelantó un argentario. Desde el primer vistazo pude comprobar que se trataba de material auténtico.

Al tribuno Celso se le escapó una estruendosa carcajada mientras hojeaba los demás pergaminos.

—¿Y ni siquiera sabes lo que son? —insistió otra vez el tribuno.

—Bueno, soy agrimensor, creo que ése es el curso del Nilo, he visto que cuatro hojas están unidas, pero las otras no sé a qué zonas geográficas se refieren. Son lugares que no conozco, los

nombres están escritos en egipcio y habría que traducirlos. De todos modos, siempre he estado de viaje, y tampoco he tenido tiempo de estudiarlos seriamente.

—¿Y qué te gustaría hacer ahora con estos mapas, Quintilio?

—Los compré para entregárselos a este despacho, no me parecía correcto que los tuvieran otros. Egipto es de César, ¿no? Además, estos mapas en las manos equivocadas podrían provocar daños a la república.

—Actuaste correctamente, Quintilio, y todos te estamos agradecidos. Ahora necesito hablar con mis colegas, porque puede ser que estos mapas cambien algunos planes del Mando. Te ruego que me dejes hablar con ellos, sé leer un poco de egipcio porque con César participé en la guerra de Alexandria, y puede que hasta yo sepa a quién pertenecían estos mapas.

—¡Ah! ¿sí? —respondí asombrado—. ¿De quién eran?

—Quintilio, ten paciencia. Por el momento, cuanto menos sepas, mejor. Podría ser un asunto delicado. No te vayas del cuartel y vuelve aquí a la hora undécima.

No pude saber nada más y me dispuse a marcharme.

—¡Incluso han indicado las distancias! —fue lo último que oí de la voz del tribuno Celso que confabulaba con el agrimensor jefe mientras cerraba la puerta.

Empecé a temer que quizás Arrio tuviera que esperar un poquito más para marchar a Placentia.

XXVII.

Era más que evidente que me había hecho con algo importante, ya lo había notado en Atenas desde el primer vistazo.

Pero de todos modos mi viaje había terminado. Esta vez todas mis aventuras habían llegado a su fin y nunca más volvería a saber nada de Atenas ni de aquel maldito almacén de trigo. Y pronto partiría con Arrio para nuestra última misión, tal y como le había prometido.

En eso pensaba mientras esperaba en el atrio, a la hora undécima, a que me llamaran al despacho del agrimensor jefe.

¡Quién sabe, a lo mejor habían avisado al tribuno Elpidio! No me extrañaría que lo hubieran llamado: al fin y al cabo, yo siempre había estado a sus órdenes.

Un ordenanza salió para indicarme que entrara. Me hizo pasar a la gran sala de los escribas, donde vi, además de al agrimensor jefe Seyo Torcuato y al tribuno Celso, a otros dos oficiales. Uno llevaba el uniforme de general.

Estaban revisando mis mapas, en particular uno que a mí no me había revelado nada interesante en el examen que le hice.

Me quedé en un rincón esperando a que se fijaran en mí. Pude verlos de espaldas mientras el tribuno Celso les traducía algunas inscripciones, al tiempo que los dos oficiales superiores le pedían aclaraciones señalando ciertos puntos del mapa:

—Esto es una distancia, ¿no? ¿Qué es lo que está escrito?

—Nueve ríos[57]. Corresponde a sesenta de nuestras millas.

—Muy bien, ¿y eso?

—Once ríos, que son setenta y cinco millas.

—Ésta es la ciudad, ¿no? ¿Qué significa eso?

—Es el cartucho del nombre, es Tadmor[58], ¡es ella!

Por fin se percataron de mi presencia y el general se dirigió directamente a mí:

—¿Eres tú el agrimensor que los encontró?

—Sí, general.

—¿Qué aspecto tenían los que te dieron los mapas?

Me había preparado una historia, porque sabía que eso me lo iban a preguntar seguro:

—Eran romanos… marineros.

—¿Podrías reconocerlos?

—No, general, los vi brevemente en una humeante taberna —me vi obligado a mentirle—, formaban parte de la tripulación de una nave oneraria. Eran dos, no quisieron darme sus nombres. Habían oído que yo estaba haciendo mediciones dentro de los almacenes del ejército en el Pireo, y me los ofrecieron.

—¿Qué crees que podían saber de estos mapas?, ¿cómo los habían conseguido?

—Sabían que eran mapas, pero no tenían ni idea de qué tierras representaban. No sabían exactamente qué eran. Pero alguien les había dicho que podrían ser de gran valor.

—¿Y cuánto pagaste por ellos?

—Tres mil trescientos denarios. Tuve que pedírselos prestados a un argentario porque querían oro.

—En eso anduvieron espabilados. ¿Crees que los robaron?

—No, acababan de llegar al Pireo en una nave procedente de Egipto. Me dijeron que en Alexandria esas cosas se pueden trocar en la calle. También tenían libros, tal vez vinieran del mismo lugar.

—¿No crees que los robaron ellos?

—No, no lo creo. Eran marineros romanos. Como tantos otros, trataban de hacer un pequeño negocio con mercancías valiosas que no abultaran demasiado. Habían conseguido estos mapas por unos pocos denarios en Alexandria, y me los revendieron en Atenas con un gran beneficio. No eran ladrones, eran simples tripulantes de alguna oneraria. Si hubieran sido ladrones me habrían contado más detalles sobre el origen de los mapas para aumentar su valor, pero no sabían nada, ni siquiera de dónde procedían. La única información cierta que tenían era que la persona que se los había dado había insinuado que eran bienes muy valiosos.

Los oficiales se quedaron pensativos unos instantes, y finalmente el tribuno Celso comentó:

—General, mira, no es tan difícil. En Alexandria encuentras de todo en la calle, y robar es lo más normal. Todo lo que se sustrajo durante el incendio acabó revendiéndose a marineros que pasaban por el puerto, los únicos que pagan por llevarse algo de Egipto.

El general no estaba del todo convencido.

Con gesto grave se dirigió al agrimensor jefe Seyo Torcuato:

—Torcuato, ¿crees que existe la remota posibilidad de que estos mapas sean falsos y de que quizá se hayan preparado para que nosotros los encontremos exprofeso?

El agrimensor jefe se lo pensó unos instantes, sacó pensativamente un par de pergaminos del paquete y, sin mediar palabra, negó inequívocamente con la cabeza.

—Así que ahora tenemos los mapas, y para colmo, ¡puede que ellos no lo sepan!

Todos asintieron sonriendo.

—Actuaréis así: estos dos —dijo, separando un par de pergaminos del montón—, el de Judea y el de Tadmor con las rutas del desierto, redibújalos y traduce las inscripciones, los números y los nombres, y las notas si las hay. E intenta hacerlo rápido. Que quede claro que los mapas no deben salir nunca de este despacho, ¡y nadie debe hablar de ellos!

En ese momento, el tribuno Celso hizo una seña al general y lo llamó para que observara un detalle en un mapa.

Y le dijo:

—¿Ves este cartucho? No me había fijado antes. ¡Es el símbolo de Aquilas[59]! Son los mapas de su Estado Mayor, ¡los mismos que se nos habían escapado!

Yo estaba a pocos pasos y fingí no haber oído nada. El general se mostró visiblemente complacido, pero añadió con gravedad:

—Celso, tómate tu tiempo y examina minuciosamente estos pergaminos junto con Torcuato, ¡porque debemos estar completamente seguros de que son auténticos y de que no se trata de un truco, de que no nos dejaron encontrarlos para engañarnos!

Pero se notaba que ya estaba convencido de que eran auténticos y que el azar los había puesto en sus manos. Así que, haciendo un gesto con la cabeza a los presentes, se dispuso a volver a sus

ocupaciones. Su rostro mostraba ya un sinfín de pensamientos que le rondaban la cabeza, proyectos de expediciones militares y nuevas conquistas, posiblemente.

Al salir de la sala me puso la mano en el hombro y me dijo:

—¡Joven, has hecho un buen trabajo! —y en el umbral de la puerta añadió, dirigiéndose al tribuno Celso—: Esta noche, llévatelo a cenar, dale instrucciones, ¡y una buena recompensa!

Durante las tardes de invierno, la oscuridad cae pronto.

Tuve que esperar al tribuno Celso un buen rato, en el atrio.

Me había dado cuenta de que nadie había avisado al tribuno Elpidio, y llegué a la conclusión de que querían que el hallazgo de los mapas permaneciera en secreto. Aunque mi lealtad era para con el tribuno, no me quedó otra que convencerme de que, esta vez, debía permanecer calladito y evitar informarle porque estaba claro, por todo lo que había oído, que había que guardar silencio.

Lo lamenté porque me había sacado de la cárcel en un momento en que me encontraba en apuros, pero bajo ningún concepto podía ignorar las órdenes de un general.

El tribuno Celso estaba de buen humor y me condujo a una taberna que estaba a poca distancia del Mando.

Se llamaba 'El Toro del Ister'. Encima de la puerta se exhibían un par de enormes cuernos de toro, procedentes probablemente de aquellas lejanas tierras.

El lugar también era frecuentado por otros oficiales uniformados y los aromas que circulaban eran muy tentadores.

Tomamos asiento en una mesa preparada para dos personas.

—Quintilio, ¡parece que tuviste buen olfato salvando esos pergaminos!

—Tribuno, lo supe desde el primer momento en que los vi. Los mapas son mi trabajo, me di cuenta enseguida de que los copistas que los hicieron debían de ser entre los más hábiles de Egipto…

—… y ahora nosotros haremos que los copien y traduzcan.

Mientras tanto, la mujer del posadero, una corpulenta lugareña, nos sirvió la ternera frita que era la especialidad de la casa, bien picada con el añadido de pimienta, ligústico, semillas de apio,

comino, orégano, cebolla y pasas sultanas; todo ello cocinado en aceite y mosto, cocido junto con miel, vinagre, vino y salsa[60].

El aroma que se respiraba en la taberna no dejaba lugar a dudas.

—Recibirás una recompensa por lo que has hecho. Y por supuesto el Mando pagará el precio que has indicado, que de todas formas no es un coste muy elevado por esos pergaminos. Sin embargo, se hará en la más absoluta discreción, porque como habrás comprendido, nadie tendrá que saber nada al respecto. El destino de las operaciones militares puede depender del secreto, ¡y no es ninguna broma!

—Entiendo, tribuno. Hablar demasiado genera traición. ¡Vengo de una expedición donde la traición se pagó carísima!

—Lo sabemos, todos acabamos de recibir la reprimenda de César por lo de Cimeria. Pero tú arriesgaste tu vida, por eso el general confía en ti.

Yo no me atrevía a preguntar algo que me rondaba por la cabeza desde hacía tiempo, y como si quisiera adelantarse, el tribuno prosiguió:

—Puedo contarte algo sobre esos mapas, cuya existencia, como hoy te has dado cuenta, ya conocíamos. Te voy a contar algo que tendrá que quedar entre tú y yo.

Asentí que lo había entendido.

—Esos mapas pertenecían al Estado Mayor del general Aquilas, comandante en jefe del ejército egipcio que se opuso a César y nos asedió mientras estábamos en Alexandria. Sabíamos de la existencia de esos mapas porque algunos informantes nos habían hecho saber que en ellos aparecían ciertos caminos, aptos para el paso de caballería y legiones, cuya existencia desconocíamos. César conquistó Egipto, pero es una tierra inmensa: muchos pueblos, una lengua diferente, de hecho, muchas lenguas diferentes. Una religión distinta, incluso animales que nunca habíamos visto. Aún no conocemos bien esa provincia.

Hizo una parada para saborear la deliciosa ternera frita.

Al oír hablar de nuevo de Alexandria y de Egipto, lamenté no haber estado nunca allí, y este pesar era ahora más fuerte después de haber revisado los pergaminos que describían aquellas tierras con

grandes ríos y desiertos, llenas de misterios. Lugares donde vivía la mítica Ave Fénix.

—La guerra de Egipto no fue lo que el populacho o nuestros barrigudos senadores y la curia romana se piensan. La guerra de Egipto fue sobre todo una guerra de espías. Había una lucha de poder entre Ptolomeo XIII y su hermana Cleopatra VII. César se puso del lado de Cleopatra. Hubo negociaciones interminables, embajadores, espías. Incluso sicarios. No había nada que hacer, no se podía llegar a un acuerdo. Yo estaba en Alexandria con César, y estábamos atrapados en el conjunto palaciego del Brucheion, el palacio de Cleopatra. Asediados por el ejército egipcio y su fanático general Aquilas. La situación se desbloqueó después de que César hiciera quemar su flota para mantener la rada accesible a los refuerzos que esperábamos.

—¿Fue el incendio en el que casi arde la Biblioteca? —lo interrumpí.

—¡Ése! Pero la Biblioteca no ardió, sólo sufrió daños menores. Sin embargo, quemaron los almacenes exteriores de la Biblioteca, los que daban al puerto, y con ellos buena parte de los miserables barrios frente a la rada. Debido al fracaso del asedio a César, su general, el Aquilas del que te acabo de hablar, fue ejecutado, y en su lugar se nombró al eunuco Ganímedes. Ya habíamos intentado obtener en secreto copias de esos mapas cuando Aquilas estaba allí, el año pasado, y no lo habíamos conseguido. Cuando Ganímedes asumió el cargo pagamos a expertos espías para que los robaran, pero estaban bien custodiados y nunca se presentó la ocasión propicia.

—No lo entiendo —le interrumpí de nuevo—. Pero ¿César no se había puesto ya de acuerdo con Cleopatra? ¡Estaba sitiado con ella!

— Egipto es un país muy complicado. Si piensas en nuestras facciones aquí en Roma… pues imagínate que en Egipto las divisiones del gobierno son por lo menos diez veces peores. Todos los herederos de los Ptolomeos, su casa reinante, estaban en guerra entre sí. Incluso la hermana menor de Cleopatra, Arsínoe IV, una niñita imbécil, no se andaba con chiquitas. Algunos oficiales egipcios leales a Cleopatra que se habían quedado en el palacio con nosotros

habían conservado algunos mapas, ¡de los que fui yo quien dio la orden hace dos años de hacer copias! Pero su ejército ya se había dividido en dos, igual que ocurrió aquí durante las guerras civiles con Pompeyo, y en el palacio sólo tenían mapas de la zona del delta, que es inmensa, y del Nilo hasta Nubia. Los que tú has traído incluyen no sólo parte de la llanura del Nilo, sino también todas las regiones del oriente, fuera de Egipto; ésos eran los que nos faltaban. ¿Comprendes ahora?

—Sí, lo entiendo. Anotar mapas era mi tarea en Cimeria, señalando caminos, distancias y la ubicación de los pozos.

Ahora me quedaba muy claro que los grandes intereses de la república miraban hacia Oriente. Mucho ya lo había adelantado Pompeyo, y ahora César haría el resto. Pero otros pensamientos también se arremolinaban en mi mente.

—Es importantísimo que no se sepa que disponemos de esos mapas. Cuanto más piensen que nos hallamos en la más absoluta ignorancia, más segura se sentirá esa gente en sus casas. Tarde o temprano habrá operaciones militares.

—Lo comprendo. Ellos no saben lo bien que conocemos sus regiones.

—Pero ¿crees que la historia de estos mapas ha terminado? —retomó la palabra el tribuno Celso con una amplia sonrisa—. ¡Pues está aún bien lejos de haber terminado! Has de saber que, tras la última batalla, la derrota de Ganímedes, el comandante de su ejército y tras la muerte de Ptolomeo XIII en enero de 707[61], yo, aprovechando el fracaso de su ejército y el increíble desorden en el campo de batalla que viene después de una derrota militar, ordené a una docena de mis hombres que se encargaran de la busca de estos mapas. Estaba convencido de encontrarlos en su campamento, porque durante la huida, cuando todo está perdido, nadie se preocupa de esas cosas. Sin embargo, el campo de batalla ya había sido saqueado y sólo se encontraron unos pocos muebles de la tienda del Estado Mayor, pero los mapas y otros documentos que nos interesaban habían desaparecido. Pensamos que los hubieran quemado o robado. En cualquier caso, los habíamos perdido para siempre.

—¡Y en cambio, el azar ha querido que reaparecieran hoy en el despacho del agrimensor jefe Seyo Torcuato! —concluí yo, sonriente.

—¡Así es, Quintilio! Supongo que algún imbécil se hizo con ellos sin conocer su valor, como casi siempre ocurre durante los saqueos. ¡Y ahora me toca a mí darte las gracias en nombre de todo el Estado Mayor!

—¿Y el general de hoy? ¿Es alguien importante?

—¡Ya lo creo!, es Marco Antonio, uno de los generales de mayor confianza de César. Creía que lo conocías.

'Uno de los generales de mayor confianza de César', me estaba diciendo el tribuno Celso. Y aquel general había dado órdenes, según pude oír con mis propios oídos apenas unas horas antes, de que se trazaran y tradujeran mapas de ciertas zonas oscuras y pedregosas del desierto fuera de Egipto, tal vez del ignoto interior de Siria.

Y se había alegrado al ver indicadas algunas carreteras militares que desconocía, con distancias en 'ríos', como los egipcios llamaban a sus millas. Cualquiera habría comprendido que algo se estaba tramando, pero, por supuesto, yo no di señales de haber relacionado todas esas cosas. Pensé que debía hacer un esfuerzo y olvidarme lo antes posible de aquellos áridos caminos por desérticas regiones.

—El general no se olvidará de ti, ¡tenlo por seguro! —añadió el tribuno—. Cuando hace un año se enteró de que esos mapas se habían perdido, ¡parecía un demonio! Tiene una memoria de hierro, y que sepas que jamás olvida a ninguno de los hombres que han trabajado duro con él para conducir a todos a un resultado victorioso.

XXVIII.

Al día siguiente, envié a Arrio a las oficinas a pedir permisos para viajar por las Vías Consulares. Él aprovechó que en el cuartel había mucha gente enterada de nuestras vicisitudes, y todos estuvieron encantados de echarnos una mano en recuerdo de nuestros compañeros caídos. Lo único que tuvimos que hacer fue preparar el equipaje con nuestras pocas pertenencias.

En la oficina de intendencia nos dieron túnicas de invierno y calzones gruesos para montar a caballo y, por la tarde, fui en busca del tribuno Elpidio a pedirle un permiso definitivo para ausentarme durante una veintena de días.

Ahora sí, nuestro larguísimo viaje había terminado.

Encontré al tribuno amargado por el giro de los acontecimientos de los últimos días y por las duras palabras con las que César había amonestado al estado mayor y a todos los implicados en la malograda expedición al Bósforo Cimerio.

Me hizo señas para que le siguiera a su despacho.

Le expliqué que, por motivos familiares, tenía que pedir una excedencia.

—Por supuesto, Quintilio, los empleados de la Oficina de Permisos vinieron a buscarme y ya he firmado tus pases para las Vías Consulares. ¿Va Domicio también contigo? Vamos, lleváoslo de aquí. Tiene derecho a un permiso. Es el único que ha sobrevivido de la tropa, ¡a saber desde cuándo no está con una mujer!

—Así lo haré, tribuno. Hoy pasaré a visitar a la familia del prefecto Festio, y si tienen una carta para él tomaré la Vía Flaminia Menor y se la entregaré.

—Te prepararé la orden para que Domicio se una a vosotros dos, entonces estará nominalmente a cargo del Prefecto Festio. Si hace falta, os buscaré allí.

Le vi un poco triste, y me pareció considerado por mi parte preguntarle:

—Tribuno, ¿cómo ha ido con César?

—¿Cómo quieres que haya ido? Los monarcas del Bósforo nos han engañado renegando de todos los acuerdos alcanzados con los embajadores. César estaba furioso. Nadie sabe cuántos años tardaremos en arreglar las cosas, y tal vez sea necesaria una expedición militar con enormes costes que no estamos seguros de poder cargar a ese reino, que no tiene grandes riquezas. Estábamos interesados en la base naval de Teodosia, y eventualmente, empezar a hacer carreteras en tierra firme, ¡y ahora este proyecto ha quedado bloqueado!

—Tribuno, nosotros cumplimos con nuestro deber, ¡y nada se nos puede reprochar!

—Por supuesto, Quintilio, y yo también, en cierto modo, he sido elogiado porque, aun así, se tomaron las medidas que nos pidieron. Pero por culpa de los traidores, el proyecto político fracasó por completo. El general Escauro, al que conoces bien porque te interrogó en Thessalonica, ha sido destituido. Será expulsado, o tal vez algo peor. Tanto los dos traidores que conociste como el tercer cómplice que estaba en el cuartel de Thessalonica eran sus hombres.

—En los dos meses que estuve con ellos, nunca vi ningún indicio de lo que tramaban esos conspiradores —comenté.

—Por supuesto, vosotros no podíais saber nada al respecto. Han sido muy listos. Pero la culpa fue de Escauro, siempre ha sido un facilitón, debería haber controlado mejor a sus colaboradores, era su deber. No es la primera vez que Escauro se rodea de imbéciles o incluso mucho peor. Ya había ocurrido antes. Pero ahora este capítulo está cerrado, y a mí también me destinarán a otros proyectos. ¡Ah, se me olvidaba!: si le escribes a Hicesio, menciónale que 'nuestros proyectos siguen adelante', ni una palabra más. Confío que en breve el prefecto de Thessalonica le transcriba el acta de rehabilitación, entonces Hicesio será más libre para moverse.

—No se me olvidará, tribuno.

—¡Ah, Quintilio! Quería preguntarte algo. ¿Esas mediciones que hiciste en Atenas? ¿Salió todo bien?

—Muy bien, tribuno. Nos llevó un tiempo, pero completamos todo lo que nos pidieron el general Nerva y el legado Balbo, e incluso

recibimos un premio.

—Me alegra oírlo. Debes saber que el legado Balbo vino el otro día al Mando y no me dijo nada de vuestro trabajo. Me sorprendió un poco, porque si hubiera estado satisfecho, seguro que me lo habría comentado. ¿No habrías causado problemas en Atenas, qué sé yo, algún lío de mujeres…?

Mientras el tribuno hablaba, mi corazón ya había sufrido un par de violentas sacudidas, pero ni me inmuté y contesté, tratando de mantener un tono de voz normal:

—¡Sólo nos faltaba eso, tribuno! Nosotros terminamos nuestro trabajo y ellos se quedaron satisfechos.

—Mejor así. Temía que se hubiese producido algún alboroto, nunca se sabe con los de Aduanas. Ahora puedes volver con seguridad a tu unidad con el prefecto Festio. Tendrás noticias mías pronto, ¡aunque sólo sea para una buena cena! ¡Y ahora lárgate!

Dudaba que el tribuno Elpidio me buscaría algún día sólo para invitarme a cenar, pero siempre le estaría agradecido porque, de no haber sido por él, Arrio y yo nos habríamos podrido en la cárcel Mamertina.

Al salir de su despacho, no dejé de maldecir cordialmente a todos los tramposos que tenían algo que ver tanto con Aduanas como con el Erario.

Envié a un siervo a avisar a Domicio que él también partiría con nosotros y decirle que preparara su equipaje para la hora segunda de la mañana, y que ni se le ocurriera inventar excusas. Aquella noche, en la cantina, nos despedimos de los legionarios y oficiales con los que habíamos tenido alguna relación en esos días.

A la hora segunda[62] nos pusimos en marcha. Nuestro primer destino fue la villa de la familia del prefecto Festio.

Le confiamos los caballos a Domicio en la calle, mientras Arrio y yo llamábamos a la puerta.

Le expliqué al padre del prefecto que tendríamos la oportunidad de pasar por el campamento del Cuerpo de Ingenieros a través de la Vía Flaminia Menor y, mientras él redactaba una breve carta, su esposa nos obligó a tomar un copioso desayuno a base de salchichas de cerdo y pan fresco con romero.

Nos las arreglamos en media hora y, como acababan de sacrificar un cerdo, recibimos de regalo una treintena de libras de salchichas que nos vendrían muy bien si alguna vez nos entraba hambre por el camino.

Luego nos dirigimos al Celio y a la villa de Regila, procurando evitar las calles céntricas y los Foros.

En muy poco tiempo estaba llamando a la puerta de madera de la villa donde había pasado unos agradables días como huésped de la muchacha. Por el ventanuco protegido por la reja apareció la nariz respingona del siervo Apolonio, que me miró detenidamente como si fuera la primera vez que me veía, cuando en realidad me conocía muy bien.

—Apolonio, soy yo, vamos, ábreme.

—Quintilio, ya he visto que eres tú, pero no sé si puedo dejarte entrar.

Oí un alboroto detrás de él, y luego la voz de la sirvienta Acilla:

—Apolonio, imbécil, ¿no ves que es Quintilio? A él puedes abrirle.

La sirvienta nos acomodó en el *tablinum* y nos trajo un zumo de naranja. Por la cara de susto que ponía Apolonio, me di cuenta de que algo iba mal.

—Apolonio —le dije—, sólo pasaba a saludar, me voy de Roma y quería saber si hay noticias de Regila.

Acilla intervino y, con la manera práctica de las mujeres de casa romanas, le dijo al siervo:

—Apolonio, sigue con tus labores, yo me quedaré aquí con Quintilio.

—Acilla, ¿qué ha pasado aquí? —le pregunté.

—Hum, ha pasado… ¡ha pasado que tenemos un nuevo amo!

—Pero ¿la casa ya no es de Regila? —le pregunté atónito.

—Sí, creo que sigue siendo de Regila. Pero se produjo una gran desgracia. Aquí ahora el verdadero amo es Pontidio Rufo, ¡el tío del marido de Regila! Regila ha enviudado. ¡Su marido murió en África!

—Pero ¿cómo? Explícame qué pasó.

—Ah, sí, sí…te lo explico. Te cuento lo que sé. Lucio Rufo, el marido de Regila, un buen chaval que la quería mucho, murió en África a finales de abril. Por lo que veo, no sabes nada.

—Así es, Acilla, he estado muy lejos.

—El muchacho, que acababa de llegar a África, resultó gravemente herido y murió poco después. Acabó en mitad de una escaramuza, en un lugar donde ni siquiera debía estar, ¡así me lo contó Regila, que ahora es viuda! Dejó un mensaje para ti, ahora voy a buscarlo.

—¿Ves qué puñetero es el destino? —exclamó Arrio—. A uno no le da tiempo ni a casarse y se va a la guerra, y allí, al poco de llegar, encuentra la muerte, ¡si eso no es mal fario! Todo el mundo dice que el matrimonio da mala suerte a los legionarios, ¡pues al final tenía razón el prefecto con eso de que 'habíamos sido elegidos'!

Mientras Arrio seguía con sus disparatadas afirmaciones, yo me asombraba del repentino cambio de posiciones que se había producido en unos pocos meses y de cómo el destino había vuelto a cambiarlo todo y a trastocar los planes de nosotros, los humanos.

—Aquí está, ésta es la carta. Regila sabía que tarde o temprano aparecerías por aquí, y me la dejó.

Cogí la carta anudada con un cordel de colores, incrédulo de cómo los dioses habían jugado con nuestras vidas, porque para ellos no era más que una partida de *latrunculi*[63].

—Entiendo, Acilla. ¿Pero por qué Apolonio parecía tan asustado?

—Quintilio, has de saber… —y justo al decir eso Acilla miró a su alrededor y disminuyó el tono de su voz—, has de saber que el nuevo amo, Pontidio Rufo, es un verdadero cabrón, ¡si es que alguna vez no hubo un cabrón en Roma! Nos ha ordenado que no dejemos entrar a nadie, no sé lo que quiere hacer. ¡Creo que quiere vender esta villa y quedarse con el dinero!

—Pero no entiendo nada. ¿Qué tiene que ver este Pontidio Rufo? ¿Y Regila no le ha dicho nada?

—Quintilio, ¡Regila ahora es viuda! Y Pontidio Rufo se ha convertido en su tutor. En primer lugar le quitó las llaves de esta casa, y ella pasó un día a dejarme esta carta, ¡pero tuvo que llamar a escondidas, ni que fuera una sierva!

Me quedé de piedra ante el giro que habían tomado las cosas.

—Pero ¿has visto a Regila? ¿Está bien?

—Sí, la he visto, Quintilio. Está bien, pero es muy infeliz. Aparte de la viudedad no le queda nada, ¡todo ha pasado a manos de su tutor!

Empecé a comprenderlo todo. Y no era, en absoluto, una historia nueva. El derecho de familia otorgaba al tutor de una viuda la facultad discrecional de administrar su patrimonio.

¡Regila se encontraba en serios apuros!

—Escucha, Acilla, ahora mismo voy a leer la carta, y luego probablemente escriba una respuesta. —Rompí los cordones de colores y leí.

Regila Rusonia saluda a Fausto Quintilio.
Querido amigo, como ya habrás sabido si estás leyendo esta carta, todo me ha ido muy mal. El joven que me amaba y era mi marido murió a los pocos días de desembarcar en África, y quedé viuda tras sólo unos pocos meses de matrimonio. Soy huésped en casa de mis suegros, una familia honrada, pero estoy enfrentada a ellos. No sé por qué razón legal ya no puedo disponer de la casa de mi abuelo Sextilio ni tampoco ir a vivir allí. Ya no puedo hacer nada, porque mi tutor decide por mí. Rusonio ha vuelto a la granja de Fidenae, y hace muchos meses que no tengo noticias suyas. Si quieres visitarme, te recibiré con mucho gusto.
Te saludo, mi querida alma gemela.
XV AD Kal Nov DCCVIII[64]

La carta tenía dos meses. Y sólo una cosa estaba clara: Regila lo estaba pasando mal.

Reflexioné unos instantes y luego le pedí a la sirvienta Acilla los útiles de escritura:

—Acilla, tú puedes entregar una carta a Regila sin que lo sepan los demás, ¿no?

—Bueno, no lo sé… —me respondió pensativa—, tal vez podría fingir que le llevo a su casa una túnica olvidada.

Empecé a escribir mi respuesta. Muchos eran los pensamientos que llenaban mi mente. Pero pensé que lo más importante era no incrementar los problemas ya existentes.

De eso se trataba. Era necesario no empeorar la situación.

Ya había oído historias de mujeres maltratadas por tutores o suegros, no era nada nuevo. Y para colmo el tío Rusonio se había marchado.

O tal vez lo habían echado.

Fausto Quintilio saluda a su querida hermana Regila.
Acabo de regresar de un larguísimo viaje a Macedonia, y ahora me veo obligado a ir a cumplir un servicio al que di mi palabra.
Estaré todavía lejos de Roma, tal vez un par de meses, tal vez más. En cuanto pueda, iré a verte. Si me necesitas, allí estaré.
Sé humilde y sumisa, y mantente en armonía con tus suegros.
Recibe mis saludos, Quintilio.
IV ad idus Dec DCCVIII[65]

No es que yo quisiera realmente que se mantuviera en armonía con sus suegros, sino que quería que mantuviera la calma, y también protegerme si por casualidad alguien más leía mi carta.

Por mucho que quisiera hablar con ella lo antes posible, no podía hacerlo. Arrio había seguido observando mis expresiones faciales durante toda la discusión con la sierva Acilla, porque ya había comprendido cuál era mi deseo, y temía que ya no quisiera ayudarle en el rescate de su amada Domitila.

Pero para aquel entonces ya lo había demorado casi un año, y esta vez tenía que cumplir mi palabra con él. Cuanto antes resolviera el rescate de Domitila, antes podría ocuparme de los problemas de Regila. Además, necesitaba reflexionar con mucha calma sobre todo el asunto.

Parecía increíble que en apenas unos meses la muchacha hubiera conseguido meterse en semejantes líos. Y, sin embargo, era esto lo

que había sucedido.

Doblé con energía la carta que acababa de terminar para que se pudiera esconder en cualquier sitio y se la entregué confiado a Acilla.

—Acilla, ¿sabes dónde vive Regila?

—Claro, lo sé, no está muy lejos de aquí.

Le di veinte denarios explicándole:

—Con estos denarios, cómprale un vestido, dile que lo había extraviado en esta villa, ¡y lo que sobre es tuyo!

Acilla me besó en la mejilla, por último, Arrio y yo nos dirigimos a por las monturas. Arrio comprendió mi decisión sin que yo tuviera que decirle una palabra, y me lo agradeció con la mirada.

Yo no intentaría nada precipitadamente.

Yo no me equivocaría, al menos no con Regila de por medio.

Recordaba demasiado bien las muchas historias que se contaban, que habían degenerado con el tiempo en habladurías, pero que tenían una base demasiado cierta: demasiadas viudas que tenían algo de dinero, una vez que se habían vuelto incómodas, habían tenido extraños accidentes que les habían costado la vida.

¿Quién podría echarle una mano a Regila? ¿El bueno de Rusonio, tal vez? Tan bueno como se quiera, pero viejo e incapaz de proteger de verdad a la muchacha. Debería estudiar bien la situación y disponer de la gente adecuada en el lugar adecuado. No podía improvisar.

Esperaba que Regila entendiera por mi carta que debía guardar silencio y no dejar que las espinosas discusiones y situaciones con su familia política se agravaran. Con su marido muerto, ahora ella sólo era un estorbo. Ésa era la triste situación de la mujer en Roma.

XXIX.

Aquel año, aunque ya estábamos a principios de diciembre, la estación invernal no se decidía a llegar con el frío y la nieve habituales.

Yo no creía que el motivo fuera el cambio de calendario que había desplazado el final del año y, en consecuencia, también los rigores del invierno; sin embargo, ¡las pocas heladas nocturnas y el tiempo brumoso de finales de otoño testificaban que eso era exactamente lo que estaba ocurriendo!

Cabalgábamos a toda velocidad, sin importarnos el frío, cambiando de caballo cada vez que encontrábamos una *mansio* o una *mutatio*[66], ya que en aquellos días había muy poco tráfico en las Vías Consulares y en las estaciones de posta del ejército siempre había caballos frescos disponibles.

Arrio había comprendido qué pensamientos me atormentaban.

Domicio, en cambio, no sabía a dónde íbamos y, dos días más tarde, como no había conseguido ninguna explicación, cuando ya habíamos pasado Volsinii Novi en la Vía Cassia, comenzó a imprecar que quería saber adónde le llevábamos.

Arrio, que se alegraba por cada milla recorrida que le acercaba a su Domitila, le reprendió severamente, explicándole que él, el *optio*, era el de mayor rango de esta expedición y, si así lo deseaba, podía aplicar las reglas de la guerra y pasarle por las armas.

¡Y que no se le ocurriese preguntar nada nunca más! Por último, le recordó que el comandante de la expedición, es decir un servidor, sabedor de lo que había sucedido con el dinero de los ladrillos de los pozos de la villa de Thessalonica, ya le había amenazado con abandonarlo a los lobos amarrado a algún roble de los Apeninos, y, para más inri, con una cuerda de salchichas al cuello que sirviera de cebo para atraer a las fieras.

Evidentemente no era cierto.

Sin embargo, Domicio se dio cuenta de que teníamos nuestros propios quebraderos de cabeza y, al no saber si las palabras de Arrio

iban en serio o se trataba de una estúpida broma legionaria, decidió que era mejor seguirnos dócilmente sin inquirir adónde marchábamos.

En pocos días nos aproximamos a las estribaciones de los Apeninos y a la vista del primer miliario de la Vía Flaminia Menor, allende el cual nos esperaban las cuarenta millas del tramo de montaña.

Buscamos por todas partes noticias del paso de correos militares para averiguar el estado de los pasos de los Apeninos, que en aquellos lugares eran de gran altitud y siempre estaban cubiertos de nieve durante el invierno.

Recogimos noticias discordantes, pero que confirmaban que, de un modo u otro, los correos conseguían cruzar.

De hecho, en Faesulae, al anochecer, nos topamos en la *mansio* con un jovencísimo correo, un chaval con sus sacos de correspondencia que acababa de bajar de los puertos, procedente de Bononia. Estaba intentando entrar en calor delante de la chimenea. Nos dijo que los pasos aún eran practicables, pero que tendríamos que pasar a gran velocidad y estar preparados para darnos la vuelta si en algún momento observáramos que el cielo dejaba caer algún copo de nieve.

Seguimos sus recomendaciones al pie de la letra, e incluso escuchamos los consejos de un viejo del lugar que nos ayudó a estabular los caballos.

El tiempo distaba mucho de estar tranquilo; muchas cosas no marchaban como debían. Aquí ya estábamos lejos de la Urbe y se hablaba poco de la confusión generada por el nuevo calendario de César. Sin embargo, la gente había preparado enormes pilas de leña para quemar durante el invierno, y los graneros rebosaban de forraje.

Parecía que en los Apeninos la fuerza del invierno prevalecería sobre cualquier intento de adelantar las estaciones más allá de los fatídicos ochenta días.

Por la mañana, antes del amanecer, ya habíamos dado de comer y beber a los caballos y, con dos monturas de repuesto, partimos a paso rápido por las primeras estribaciones de las montañas,

teniendo mucho cuidado de no hacer sudar y cansar en exceso a los animales.

Yo sabía bien lo que significaba pasar por la Vía Flaminia Menor en invierno: ya lo había hecho el año anterior, y no era algo que se podía tomar a la ligera.

No nos detuvimos bajo ningún concepto.

Avanzamos por el paso, turnándonos de vez en cuando para llevar a los animales del cabestro, caminando junto a ellos para darles calor, bebiendo algunos sorbos de agua y vino de nuestras cantimploras y teniendo cuidado en los tramos helados, cuando la carretera cruzaba laderas sombrías o boscosas.

A medida que subíamos, el frío aumentaba y la escarcha cubría los árboles y el firme. Primero me caí yo, pues el caballo había pisado un trozo de hielo, y poco después cayó también Arrio; no se hizo daño, pero vi que su montura se había roto una de las patas delanteras.

Domicio remató al animal cortándole la gran vena del cuello con un golpe de gladio para evitarle el terrible sufrimiento de acabar devorado vivo por los lobos.

Fuimos castigados por el viento en la parte de la Vía que precedía al primero de los dos pasos, y al rebasarlo, sumidos ya en una gélida nubosidad, empezamos a distinguir algunos copos de nieve. Ya estábamos demasiado arriba, volver atrás habría sido tan peligroso como avanzar.

Continuamos azotados por el viento, siempre a un paso constante para evitar caídas del caballo, y llegamos al segundo puerto, el más alto; era la última hora de la tarde y ya empezaba a oscurecer debido a las breves jornadas invernales. Sólo quedaban siete millas por recorrer, pero terribles, sobre un pavimento helado y cubierto por algún que otro dedo de nieve.

Un par de carcasas de caballos, peladas y cubiertas de incrustaciones de nieve y hielo, señalaban los peligros del paso más alto.

Tras percatarme de su presencia, consideré más seguro recorrer largas distancias con los caballos sujetos del cabestro, ya que los animales se veían en apuros en los helados tramos de bajada.

Pero la Vía aún era transitable y, aparte de algunos lugares donde el viento había amontonado la nieve, no encontramos más dificultades.

Oímos a los lobos aullar no muy lejos de nosotros, y los caballos mostraron signos de nerviosismo, pero llegamos sin incidentes a la falsa meseta donde estaba asentado el campamento del Cuerpo de Ingenieros. Ya era de noche y Arrio silbó para avisar a los centinelas.

El campamento del Cuerpo de Ingenieros era el mismo de siempre, con los guardias alrededor de un brasero y las tiendas del *contubernium* montadas en orden con un poco de nieve en los laterales.

Di nuestros datos personales a los guardias que no me habían reconocido. Un legionario marchó a avisar al prefecto Festio de que había visitantes inesperados, mientras que un par de hombres que nos habían visto bastante fatigados se acercaron para acomodar nuestros caballos en los establos.

Aunque era plena noche, me informaron de que podía pasar a saludar al prefecto en su tienda.

—¡Quintilio! Hacía tiempo que no sabía nada de ti, ¡y temía que te hubiera ocurrido alguna desgracia! —Al darme la bienvenida, me tendió amistosamente el antebrazo.

Nos sentamos en unos bancos alrededor de una mesa del campamento, y un siervo nos trajo vino caliente diluido con agua y miel.

—Sé bienvenido al campamento, ¡ya sabes que ésta sigue siendo tu casa! —continuó afable.

—Te agradezco, prefecto, tu bienvenida. Desgraciadamente, y como sabes muy bien, mis viajes siempre se producen en invierno porque durante el verano, no sé por qué triste designio, me envían sin falta a alguna peligrosa expedición. Y esta vez, además, ¡me presento en vuestro campamento en medio de los rigores del invierno!

—¡Cuéntame dónde has estado!

—Antes que nada, que sepas que te traigo saludos de tu familia —y al decir esto le entregué la carta que su padre le había escrito—. Están bien, viven tranquilos y se quedaron muy contentos porque

acababan de sacrificar un cerdo, cuyas salchichas he podido degustar por el camino. Los vi hace seis días, antes de salir de la Urbe. Tu padre te ruega que los visites en cuanto puedas.

—Fuiste muy amable, Quintilio, al acordarte de mis padres. Pero debes contarme qué hiciste y dónde estuviste.

—Durante el verano participé en una expedición al Reino del Bósforo, a septentrión del mar Euxino. Conmigo estaba Arrio, el legionario que ya conoces, ¡y que ahora ha sido ascendido a *optio*!

—¡Me alegro por él!

—Acompañamos, o más bien deberíamos haber acompañado, al plenipotenciario de César a Teodosia por tierra.

Mientras el prefecto me escuchaba, narré en pocas palabras lo que le había sucedido a la expedición. Un siervo había traído un trozo de asado caliente y rebanadas de pan tostadas con una finísima capa de aceite, y al hilo de la narración pude relajarme y meterme algo en el buche.

Permanecimos un día entero en el campamento, durmiendo y dando un respiro a los caballos.

Al día siguiente partimos de nuevo hacia septentrión y a marchas forzadas, moviéndonos desde el amanecer y parando a altas horas de la noche, en dos días llegamos a la *mansio* de Placentia, y a la mañana siguiente iniciamos la búsqueda de Domitila.

Arrio tomó las riendas. La primera parada fue en el cuartel cercano al puente de barcas sobre el Po, su antiguo lugar de servicio.

Allí uno de sus colegas, el que había llevado los mensajes a la sierva, nos confirmó que había sido trasladada a una aldea a unas siete millas de distancia, en algún lugar en medio de las tierras bajas del Po.

Y así, todos nos vimos obligados a ir hasta esa aldea, 'Ad Padum' se llamaba; en el lugar había una barcaza con cuerda que permitía cruzar el río durante gran parte del año.

Pedimos información a un par de siervos que vimos pasar por la miserable aldea, pero ninguno de los dos supo darnos una indicación precisa.

Una anciana nos dijo que había visto a la sierva unos días antes, y que quizás estuviera trabajando en una villa rural muy próxima.

En los últimos días, Arrio y yo habíamos discutido largo y tendido sobre el rescate de la mujer, y cómo deberíamos comportarnos ya que no era seguro que el amo estuviera dispuesto a cederla. Igualmente era muy era posible que intentara pedirnos por ella una suma desorbitada.

Descarté de inmediato el plan de Domicio, quien, ahora al tanto de todos los detalles, había propuesto que nos presentáramos allí con una veintena de hombres armados para intimidar al propietario. Lástima que Arrio ya hubiera tenido su buena dosis de problemas en esas tierras, y no era conveniente que reapareciera ante un magistrado por algún desafortunado accidente.

Por esta razón, yo me encargaría de continuar con la negociación.

Para ultimar los últimos detalles de la operación le pregunté a Arrio:

—¿Estás seguro de lo que hacemos? ¿Me adelanto yo? ¿Tú ni siquiera quieres dejarte ver?

—¡Quintilio, no hace falta! ¿Quieres que mi enamorada rechace el rescate? ¡Sólo me faltaba eso!

—Estoy seguro de ello, Arrio, pero quizá sea mejor que vayas a saludarla antes, a tu Domitila, para que sepa que estás tú detrás de mi negociación.

Arrio se lo pensó unos instantes:

—A lo mejor es buena idea, para evitar que se altere por nada. Quería darle una sorpresa, pero es lo mismo. Bastará con que le diga unas palabras, luego ya te las apañarás tú con el amo.

—Muy bien, actuaremos así: primero iremos a ver a Domitila, para que puedas hablar con ella y tranquilizarla, y cuando consigas que diga dónde está su amo, nos vamos a buscarlo para hablar de dinero.

Empezamos a deambular por la fría y brumosa campiña decembrina a orillas del Po.

Finalmente, un zagal nos indicó dónde estaba la casa de labor que buscábamos, una hermosa villa de campo con grandes corrales orientados al mediodía que seguramente debía pertenecer a un

adinerado propietario. Lo que quizás hubiera dificultado nuestras negociaciones. Pero no dije nada para no desanimar al bueno de Arrio.

Dejamos los caballos a Domicio, y nos dispusimos a entrar en el patio de la casa de labor.

Le pregunté al primer siervo que vi:

—Chico, ¿es posible hablar con la sierva Domitila?

Y en lugar de responderme, se volvió hacia la era donde trabajaban otros siervos y les gritó:

—¡Eh!, ¡más soldados borrachos buscando al putón de Domitilaaa!…

Arrio y yo nos quedamos boquiabiertos ante tamaña grosería. Yo pretendía reprender al chaval, y Arrio estaba a punto de desenvainar su gladio, cuando seis o siete siervos armados con aperos de labranza y varas empezaron a correr hacia nosotros en actitud agresiva, y deseosos de zurrarnos a base de bien.

Yo ya era todo un experto en palizas propinadas por criados ignorantes y en un instante di la orden de huir: volvimos a montar a caballo y retrocedimos no menos de doscientos pasos.

Entonces me volví hacia los criados che vociferaban y les grité desde mi montura:

—Tened cuidado, porque somos oficiales del ejército y no estamos borrachos. Tengo que hablar con esa mujer y con vuestro amo, y vosotros mucho ojito, que si os atrevéis a pegar a uno de nosotros acabaréis crucificados. ¿He sido claro?

A esas alturas, los ignaros sirvientes se dieron cuenta de que tal vez habían sido demasiado impulsivos, y desde luego yo no estaba borracho.

Uno de ellos me dijo:

—Esa mujer ya no está aquí, la han enviado a una granja en la llanura aluvial, por ese camino, a unas dos millas. El amo vive aquí, podrás encontrarlo esta noche. ¿Debo decirle algo?

—No, no hace falta, volveremos esta noche.

Tomamos un sendero en la dirección indicada y, al cabo de una hora, llegamos a una casucha de tierra y palos con techo de ramas y cañas, junto a un meandro abandonado con agua estancada.

Alrededor de la chabola había huertos con grandes montones de estiércol y corrales para las aves.

Arrio se adelantó para ver si había alguien en la casa.

Yo me quedé unos pasos atrás, listo para intervenir en el caso de que fuera necesario.

Y al final Domitila salió de la casucha.

La miré de arriba a abajo: no era una mujer fea, al revés, podría decirse que era atractiva. Debía de tener unos veinticinco años y podría haber llamado la atención si no hubiera estado tan sucia, vestida con harapos y con el cabello grasiento y descuidado.

Ocupada en destripar gallinas, estaba ensangrentada hasta los codos y algunas plumas se le habían pegado a la ropa y a la piel. Sus mugrientos pies estaban cubiertos de costras de arcilla, como les ocurre a los que caminan descalzos por las arcillosas tierras del Po.

—Domitila, ¿te encuentras bien? —le preguntó Arrio.

Ella lo miró atentamente, dio un paso al frente y le respondió con poco entusiasmo:

—¡Ah!, ¿eres tú? ¿Qué haces aquí?

—¡Pero, Domitila! ¡Soy yo, Arrio! ¿Ya no me reconoces?

—Claro que te reconozco, ¿te has cansado de deambular borracho por las tabernas?

—Domitila… pero ¿qué estás diciendo? ¿No recibiste el mensaje que te envié hace unos meses?

—Ah, sí, aquel legionario que vino, ¡menudo sinvergüenza! Vino a traer un mensaje, no recuerdo para qué, pero luego por ese mensaje quiso acostarse conmigo sin darme ni siquiera un as.

—¡Pero Domitila! ¿No recuerdas lo que me habías prometido?

—¿Qué te había prometido? ¿Morir de hambre esperándote? Dime, ¿estás completamente borracho? ¡Vivo con el granjero Sempronio! Y que sepas que el amo está tan contento con nosotros que este verano nos dio un cerdo para engordar y hace unos días, cuando lo sacrificamos, ¡nos dejó la cabeza y las dos patas delanteras!

—Domitila, pero ¿no vas a venir conmigo? —insistió Arrio, cuya voz temblorosa mostraba ahora perplejidad y asombro.

—Mira, legionario, más vale que te largues a paso ligero, antes de que mi hombre vuelva del campo, ¡si vieras lo rápido que es degollando cerdos!

Entonces la mujer volvió a la casucha para seguir destripando gallinas.

A mí me recordó una de esas mujeres de los bárbaros que tanto se ven en Tracia.

Con buenos modales volví mi caballo hacia Arrio, y caminamos lentamente de regreso.

Él permanecía en silencio, petrificado.

Domicio iba detrás, al final de la fila: lo vi a unos veinte pasos, retorciéndose en la silla con una mano delante de la boca para que no se le escaparan los sollozos de una carcajada difícilmente controlable. Le ordené que se alejara de nosotros porque su mofa podría haberle valido un tajo de gladio.

Tres millas más adelante, una vez pasada la primera y más amarga decepción, le oí a Arrio murmurar para sus adentros: —…la cabeza y las dos patas delanteras… la cabeza y las dos patas delanteras…

XXX.

Nos detuvimos a dormir en una taberna en las afueras de Placentia.

Me quedé a cenar con Arrio, que estaba muy deprimido.

—Arrio, no tienes que lamentarlo —le dije mientras me comía su pollo, ya que él había perdido completamente el apetito—. Eres una buena persona —continué—, y habías encontrado una solución para mejorar la vida de esa joven, ¡pero has podido comprobar que está muy bien viviendo como las mujeres de los bárbaros!

—Sí, lo he visto. Durante un largo año había pensado que podría llevármela conmigo, pero al final resultó ser sólo una hembra de taberna. Se ha vendido por una cabeza de cerdo, ¡ah no!, y también por las patas delanteras, ya la has oído. Y eso que me cuidé mucho, y no quise acercarme demasiado a las chicas del granero cuando estuvimos en Thessalonica, sólo fui con ellas lo mínimo, ¡mientras ese cerdo de Domicio estuvo retozando con las cuatro a la vez! ¡Ese gusano! ¡Y quién sabe cuántas veces!

—Bueno, Arrio, escucha —continué—. Ahora debes pensar que, de un modo u otro, ¡has resuelto el problema con esa mujer!

—Sí, la verdad es que lo he resuelto.

—Entonces, Arrio, ahora necesito que me eches una mano con Regila.

—¡Por supuesto, Quintilio! —me respondió de inmediato, pero con la mente en otra parte. De hecho, prosiguió con el hilo de sus pensamientos—: ¡Y no te he contado toda la historia! ¡Una de esas cuatro chicas del granero me gustaba a rabiar! Seguro que, si se lo hubiera pedido, ¡habría aceptado abandonar su modo de vida y quedarse conmigo!

Aquella noche tuve que dejarle solo, estaba demasiado abrumado por sus pensamientos.

Durante la noche nevó, pero sólo fueron dos dedos de nieve mezclados con agua que no habrían entorpecido nuestra marcha.

Por la mañana, mientras observaba desde la puerta del establo si era posible emprender el viaje, me percaté de repente de que mi

vida volvía a ser la de siempre, que pensaba en las mismas cosas que un año atrás y que había regresado a mi tierra también con la mente, y no sólo con el cuerpo.

Sólo me quedaba una duda: los mapas, los que había entregado en la Oficina del Mando de la Urbe, debían de tener algo que ver con nuestro regreso a las tierras de la república.

Ese pensamiento me acompañó durante todo el trayecto por la Vía Emilia, bajo un cielo plomizo y sin nubes que alternaba breves nevadas en la llanura con finas lloviznas.

Mientras cabalgaba sumido en mis cavilaciones, me encontré reflexionando que algo importante debía estar relacionado con aquellos pergaminos, y me maravillé de no haberlo pensado antes. Cuando los había entregado en el Mando, incluso habían llamado al *magister militum* Marco Antonio, ¡y yo, de puro ignorante, ni siquiera lo había reconocido cuando me había hablado!

Seguramente por aquel rollo de mapas que ingenuamente entregué al Cuartel General de Roma se producirían acontecimientos de gran resonancia, y muy probablemente luctuosos.

Pero ya se sabe, un suceso trágico para alguien puede ser motivo de gloria para otro, y desde luego yo había sido un involuntario instrumento del sino para que se cumplieran los destinos de personas completamente desconocidas para mí.

Era fácil comprender que, gracias a aquellos mapas, las legiones extenderían el dominio de Roma hacia las tierras del interior de Siria y Egipto.

Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar que seguramente en los pergaminos también figuraba la ubicación del Ave Fénix, y yo no tenía ni idea de lo que tenía en mente el general Marco Antonio. Hicesio, en una ocasión, me había contado que incluso Alejandro Magno había viajado a aquellos parajes.

Ahora me quedaba claro que nuestro regreso a la patria, el de los tres supervivientes de Cimeria, nos había sido concedido por los dioses para que pudiéramos completar la entrega de aquellos pergaminos, el sangriento legado del fanático Aquilas, aquel general del ejército egipcio que se había opuesto a César, según me había explicado el tribuno Celso.

Ahora esos mapas habían llegado hasta en nuestro Mando como simientes de una planta ignota cuyo fruto desconocíamos, y que permitirían que otros acontecimientos tuvieran lugar.

Cuando pensaba en esta increíble concatenación de hechos y en el papel que yo, con mis compañeros, había desempeñado en ellos, me sentí pequeño e insignificante.

Pero tuve que resignarme a que no había explicaciones irrefutables para aquellos sucesos, no al menos a mi alcance, y me resigné a saber que el tormento de nuestro casi cautiverio en el Pireo, en manos de aquellos pícaros oficiales, formaba parte de la lección que los dioses habían querido enviarme para recordarme lo precaria que era mi vida, y cómo todos éramos meros peones en sus manos.

Éstos eran mis pensamientos al final del terrible año 708[67].

Era la mañana del último día de diciembre cuando, poco más allá de las puertas de Bononia, giramos en el miliario que indica la Vía Flaminia Menor. El día era frío y algunos copos de nieve anunciaban otra de esas cortas nevadas típicas de los Apeninos.

Nos dispusimos a recorrer a pie las quince millas que nos separaban del campamento del Cuerpo de Ingenieros, y durante la mañana, la aguanieve aumentó avivado por el viento. Domicio y Arrio iban siempre detrás de mí, y todos íbamos convenientemente envueltos en pesadas capas militares.

Las ráfagas amontonaban aguanieve en las partes más expuestas de la carretera, contra las plantas y las laderas orientadas a septentrión, y la nieve empezaba a secarse.

Era ya la hora sexta y llevábamos mucho adelanto en las subidas de los Apeninos cuando Arrio, al notar que el tiempo empeoraba, me preguntó:

—¿Quieres que demos marcha atrás?

—Creo que hay una chabola de pastores antes de llegar al campamento. Si se pone feo, nos refugiaremos allí —le respondí.

Al poco, empezó a nevar en serio, e imaginé que el tramo más alto de la Vía Flaminia Menor ya estaba cortado.

Sólo quedaban unas pocas millas, y aceleramos el paso de los caballos.

LOS PERSONAJES

Fausto Quintilio – agrimensor
Arrio – legionario del Cuerpo de Ingenieros
Domicio – legionario del Cuerpo de Ingenieros
Emilio – legionario
Eustratios – mercenario griego
Annio Elpidio – tribuno
Livio Veranio – tribuno
Arethi – viuda y rica propietaria (Thessalonica)
Cleide – sierva de Arethi (Thessalonica)
Diotimo – tutor de Arethi (Thessalonica)
Parmenión – cuñado de Arethi (Thessalonica)
Servilio – legionario, guía tracio
Publio Festio – prefecto del Cuerpo de Ingenieros
Hicesio – liberto griego, secretario
Stratios Persopoulos – rico (Thessalonica)
Athanasios Persopoulos – hijo de Stratios (Thessalonica)
Valeriano – comandante de la expedición
Valerio Agripa – tribuno, Embajador
Licinio Nigro – legado, secretario del Tribuno Agripa
Octavio Escaurio – general (Thessalonica)
Claudio Vero Nerva – general (Atenas)
Flavio Balbo – legado (Atenas)
Manio Cotta – ordenanza del legado Balbo (Atenas)
Lelio Pansa – capitán de la nave oneraria (Atenas)
Makalán – liberto egipcio, librero (Atenas)
Claudio Caeso – *librarius legionis* (Atenas)
Tito Vestino – centurión (Atenas)
Domitila – amante del legionario Arrio
Regila – nieta del arquitecto Sextilio (Roma)
Nevio Rusonio – tutor de Regila (Roma)

GLOSARIO DE LUGARES

Ad Padum: Calendasco (Provincia de Piacenza, Emilia-Romaña)
Alexandria: Alejandría (Egipto)
Apollonia Pontica: Sozopol (Bulgaria)
Byzantium: Constantinopla, Estambul
Bononia: Bolonia
Borystenes (río): Dniéper (Ucrania)
Bósforo Cimerio: Crimea
Brundisium: Brindisi (Apulia)
Cimeria: Península de Crimea
Eporedia: Ivrea
Faesulae: Fiesole (Toscana)
Fidenae: Villa Spada (Roma)
Flaminia Minor (Via): Vía Flaminia Menor
Iader: Zadar
Ister (Río): Danubio
Lisimathia: Keşan (Turquía)
Perinthus: Marmara Ereğlisi (Turquía)
Placentia: Piacenza (Emilia-Romaña)
Thessalonica: Tesalónica o Salónica (Grecia)
Teodosia: Feodosia (Península de Crimea, Ucrania)
Tomis: Costanza (Rumanía)
Volsinii Novi: Bolsena (provincia de Viterbo, Lacio)

UNIDADES DE MEDIDA

Las horas del día en la Roma Republicana

De las 24 a las 3: *tertia vigilia*
De las 3 a las 6: *quarta vigilia*
De las 6 a las 7: *hora prima*
De las 7 a las 8: *hora secunda*
De las 8 a las 9: *hora tertia*
De las 9 a las 10: *hora quarta*
De las 10 a las 11: *hora quinta*
De las 11 a las 12: *hora sexta*
De las 12 a las 13: *hora septima*
De las 13 a las 14: *hora octava*
De las 14 a las 15: *hora nona*
De las 15 a las 16: *hora decima*
De las 16 a las 17: *hora undecima*
De las 17 a las 18: *hora duodecima*
De las 18 a las 21: *prima vigilia*
De las 21 a las 24: *secunda vigilia*

Unidades de longitud

Dedo = 1,85 cm
Palmo = 7,41 cm
Pie = 29,65 cm
Paso = 1,48 m
Milla = 1,48 km

Monedas y su valor en la época republicana

Áureo = 25 denarios
Denario = 4 sestercios
Sestercio = 4 ases

GLOSARIO DE TÉRMINOS

Actus: unidad de medida de superficie agrícola que equivale aproximadamente a 6 hectáreas.

Adonias: festividad que celebraba la resurrección de Adonis (25 de marzo).

Ager publicus: territorio no cultivado propiedad del Estado. Se «centuriaba» o se desarrollaba mediante la construcción de vías y la regulación del agua (véase «centuriación»).

Architectus: técnico y constructor del ejército romano al servicio, en ocasiones, del propio César. También podía ser un técnico privado, no necesariamente militar, así como un liberto.

Argentario (*argentarius* en latín): banquero o cambista.

As: moneda con valor de 1/10 de denario o 2,5 sestercios.

Aureum (Áureo): moneda de oro introducida por César en la época republicana tardía (46 a. C.), con un valor igual a 25 denarios.

Banco: oficina de un argentario (banquero) o de un cambista, banco.

Cardo: línea de división agrícola o calle que discurría en dirección norte-sur, enmarcada en un plano urbano ortogonal o que indicaba una delimitación norte-sur en la centuriación.

Centuria: unidad de superficie en la base de la cuadrícula del trazado centurial, que consiste en una parcela cuadrada de 710 m de lado (equivalente a 478 pasos romanos) (superficie aproximada de 50 ha).

Centuria: unidad de la legión romana que agrupaba a ochenta legionarios distribuidos en una decena de *contubernia*. El conjunto de la centuria estaba normalmente bajo el mando de un centurión. Dos centurias formaban un manípulo.

Centuriación: (véase también *limitatio*): obra de saneamiento y de organización agraria de las zonas no cultivadas por la que se construían caminos según retículas estrictamente cuadradas, y canalizaciones para eliminar el exceso de agua, a fin de permitir el paso de la misma para su uso agrícola.

Centurión: oficial al mando de una centuria del Ejército Romano, comparable a un moderno oficial de rango medio.

Ceriales (véase también *Ludi Cereales* o *Cerealia*): Festividad que tenía lugar del 12 al 19 de abril e incluía, además del sacrificio de una cerda a Ceres, procesiones nocturnas entre una multitud festiva que lanzaba nueces y dulces**.**

Chorobate: instrumento con una tabla de agua que servía para medir los desniveles, similar a un nivel de burbuja.

Codo: unidad de longitud equivalente a unos 44 centímetros.

Collegium: Asociación dotada de un estatuto que regulaba las actividades de los que ejercen la misma profesión.

***Collegium* de argentarios**: asociación o sociedad de banqueros que tenía por objeto el control del ejercicio de la actividad profesional y, en algunos casos, el reparto del riesgo en los préstamos**.**

Collegium Nautarum: cofradía o sociedad que tenía por objeto el transporte fluvial de mercancías y personas.

Compitalia (o *Ludi Compitalicii*): era una fiesta tradicional celebrada una vez al año, el 3 de enero, en honor de los Lares Compitales (los Lares de los cruces de caminos), divinidades protectoras de la familia y de los cruces de caminos, a los que la gente dedicaba pequeños templos erigidos cerca de donde se cruzaban las carreteras.

Contubernium: pequeña unidad del ejército romano, agrupación de ocho hombres a cargo de un decano.

Damnatio memoriae: borrado del recuerdo de una persona mediante la destrucción de cualquier rastro (escritos y menciones en lápidas) que pudiera transmitirse a la posteridad.

Decumano: línea de división agraria y/o calle que corría en dirección este-oeste. Se cruzaba en ángulo recto con el cardo (calle que corre en dirección norte-sur) para formar un esquema urbano ortogonal.

Decussis: grabado en forma de cruz sobre pilares o hitos gromáticos que indica una referencia topográfica.

Dedo (*digitus*): unidad de medida de longitud equivalente a 1,85 cm aproximadamente.

Denario: unidad monetaria básica, equivalente a 1/25 de *aureum* (a partir del 46 a.C.) y a 4 sestercios o 10 ases.

Fluminis varatio: procedimiento en el que se utiliza la groma para calcular la anchura de los ríos, la extensión de ciénagas y humedales, y la distancia de los barcos que se acercan a los puertos.

Garum: salsa líquida elaborada con vísceras de pescado y pescado salado que los romanos añadían como condimento a muchos platos.

Groma: instrumento de medición característico de los agrimensores que consistía en un soporte en forma de cruz con cinco líneas de plomada montadas en un marco especial en forma de cruz que se utilizaba para realizar alineaciones a la vista, incluso muy grandes, y dibujar ángulos rectos en el terreno***.***

Insula: edificio de varias plantas empleado para viviendas, equivalente a los actuales edificios de apartamentos.

Lanista: propietario de la escuela (*ludus gladiatorius*) donde los gladiadores romanos aprendían el arte de la lucha.

Laralia: festividad en honor de los Lares (1 de mayo).

Latrunculi: juego popular parecido a las damas.

Legatus legionis ("legado"): era el título del comandante de una legión.

Legua: unidad de longitud equivalente a 2,22 km aproximadamente.

Lex Roscia: ley aprobada en el año 49 a.C. por Julio César por la que se concedía el *Plenum ius* a los ciudadanos de la provincia de la Galia Cisalpina que con la *Lex Pompeia de Transpadanis* habían recibido la ciudadanía latina en el 89 a.C., mientras que con la ley del 49 a.C. se les concedía la plena ciudadanía romana.

Libra romana: unidad de medida de peso que corresponde aproximadamente a 327 gramos.

Librarius Legionis: oficial encargado de las tareas administrativas del ejército.

Limitatio (véase también Centuriación): obras de saneamiento de tierras y organización agraria de zonas no cultivadas. Las carreteras se construían siguiendo cuadrículas estrictas y se construían

canalizaciones para eliminar el exceso de agua, de modo que pudieran utilizarse con fines agrícolas.

Limites quintarii: los cardos y decumanos secundarios de la centuriación, de 12 pies romanos de largo, es decir, 3,55 m, paralelos al *cardus maximus* y al *decumanus maximus*.

Ludi Cereales (véase Ceriales).

Lupercali: período de fiestas y jarana del calendario romano comparable a nuestros carnavales.

Mamuralia (o *Sacrum Mamurio*): antigua festividad que se celebraba el 15 de marzo. El rito consistía en golpear, ritualmente con unos bastones, a un anciano cubierto de pieles de animales.

Manumissio: documento o declaración verbal con la que el amo declaraba que dejaba libre a su esclavo.

Manumissio per epistulam: carta con la que el amo declaraba a su esclavo emancipado, y que a partir de ese día obtenía la condición de liberto bajo la protección de un *patronus*.

Mansio (pl. *mansiones*): parada oficial en una carretera, gestionada por el gobierno central y puesta a disposición de dignatarios, oficiales o de quienes viajaban por razones de Estado. Los huéspedes se identificaban con documentos similares a un pasaporte.

Milla romana: unidad de longitud, que corresponde a 1.480 metros y a 1.000 pasos romanos.

Mutatio (pl. *mutationes*): estaciones de cambio de caballos situadas a lo largo de las vías consulares a 15-18 millas de distancia.

Numulario (*nummularius* en latín): cambista, persona experta que comprueba que el dinero no sea falso, y ensaya el oro y la plata.

Onza: unidad de peso equivalente a 27,26 gramos aproximadamente.

Optio: lugarteniente del centurión, suboficial.

Palmo: unidad de medida correspondiente a 7,41 centímetros.

Paso romano: unidad de longitud calculada entre dos apoyos del mismo pie (en la práctica corresponde a dos pasos tal y como los entendemos hoy en día); aproximadamente 1,48 m.

Patronus: abogado o persona experta en procedimientos legales.

Pértica: unidad de longitud equivalente a 2,96 m aproximadamente.

Pie: unidad de longitud equivalente a 29,65 cm.

Pilum: tipo particular de jabalina utilizada por el ejército romano en los combates a corta distancia. Normalmente, cada legionario llevaba dos, uno ligero y otro más pesado.

Popina: posada para la gente de paso donde se podían encontrar alimentos sencillos, por ejemplo, aceitunas, pan y estofados.

Poplifugium: festividad del calendario romano que se celebraba el 5 de julio.

Praefectus Fabrum: oficial que coordinaba a herreros, carpinteros, constructores de edificios y máquinas de asedio, y gromáticos («agrimensores»).

Pugio: daga que formaba parte del equipo de combate de los legionarios.

Rudis: los gladiadores que habían luchado honorablemente recibían a veces la licencia con la entrega del *rudis*, una espada de madera.

Saturnalia: fiestas durante las cuales se subvertía el orden social: los esclavos podían considerarse temporalmente hombres libres, y como tales podían comportarse; se elegía por sorteo un *princeps*, especie de caricatura de la clase noble a la que se asignaba todo el poder.

Sestercio: moneda con un valor de ¼ de denario.

Stipendium: el *stipendium* anual era la paga que recibía un soldado romano, de cualquier rango, a partir de la época republicana. Constituía la parte principal de los ingresos del soldado, que desde el final de la república comenzó a recibir, además del botín de guerra, un premio en dinero llamado *donativa*. El *stipendium* anual de un legionario era de 225 denarios, y para un centurión hasta cinco veces más.

Subligaculum: banda de tela equivalente a la ropa interior moderna.

Tablinum: Sala principal de la casa, salón.

Tabularium: oficina pública en la que se guardaban los actos públicos relativos a las leyes y a la propiedad, similar a un archivo o

registro de la propiedad.

Talento (romano): unidad d peso, equivalente a 100 libras romanas (aproximadamente 32,7 kg).

Termas: uno de los principales lugares de encuentro de la antigua Roma, a partir del siglo II a.C. Casi todo el mundo podía acceder a las termas, incluso los más pobres, ya que en muchos establecimientos la entrada era gratuita o casi gratuita. Las numerosas termas eran un lugar de socialización, relajación y desarrollo de actividades vitales para hombres y mujeres que, en espacios y horarios separados, se bañaban completamente desnudos.

Tesserarius: mensajero, estafeta, el *tesserarius* del ejército romano era el soldado que, en el *castrum*, tenía la tarea de distribuir la tablilla de madera que llevaba inscrita la contraseña para entrar en el fuerte, pero a veces, se ocupaba también de llevar órdenes.

Tribulus (abrojo o miguelito): clavos de cuatro púas que, independientemente de cómo se lancen, siempre dejan al descubierto una afilada púa de cuatro dedos, capaz de incapacitar tanto a un hombre como a un caballo.

Tribuno ("***Tribunus militum***"): oficial del ejército. En la época republicana había seis tribunos por cada legión. La autoridad se otorgaba a dos de ellos y el mando rotaba entre los seis. Los tribunos eran nombrados por el Senado y, para tener este cargo, bastaba con formar parte de la clase senatorial.

Tubilustrium: ceremonia del 23 de mayo con la que se inauguraban las campañas militares. Consistía en el lavado sagrado de las trompetas de guerra.

Valetudinarium: enfermería, hospital.

Via glareata: vía construida con una base de adoquines de varios tamaños y un revestimiento superficial de grava prensada.

Vicus: conjunto de casas y terrenos de modesto tamaño.

Yugada: unidad de superficie agrícola equivalente a la superficie de tierra que podría ararse en un día de trabajo con un par de bueyes. Corresponde aproximadamente a un cuarto de hectárea, 2.519 m².

***

Copyright © 2025 Claudio Rossi
Todos los derechos reservados.

Foto de portada: Estatero de oro de Lámpsaco, aproximadamente del 360-340 a.C., con la imagen de Júpiter Lámpsaco con corona de laurel. Foto original de Marie-Lan Nguyen. *Public Domain*.
Diseño y maquetación de la portada: Circe Corp. Design/ Luca Tarlazzi.

22042025

.

---

[1] La actual Constanza (Rumanía).
[2] Estatero: moneda acuñada por varias ciudades griegas en diferentes patrones monetarios, en plata, oro y electro. Fue la moneda más extendida en la antigüedad griega.
[3] Banquero, cambista.
[4] Sacerdotisa de Apolo que predecía el futuro en el templo de Delfos.
[5] Oficina de un argentario (banquero) o un cambista, banco
[6] Año de la fundación de Roma, es decir, el 48 a.C.
[7] El 9 de septiembre.
[8] *Mansio*: casa de postas gestionada por el Estado y puesta a disposición de oficiales o de quienes viajen por razones de Estado.
[9] El 9 de agosto del 48 a.C., batalla que se decantó a favor de César que sólo tuvo 200 muertos frente a los 15.000 de Pompeyo.
[10] Batallas de Dyrrachium (Durrës o Dirraquio, Albania): junio y julio del año 48 a.C.
[11] Hora cuarta: de las 9 a las 10 de la mañana.
[12] Tercera vigilia: de medianoche a las 3 de la madrugada.
[13] Hora sexta: de las 11 a las 12 del mediodía.
[14] Hora quinta: de las 10 a las 11 de la mañana.
[15] Unidad de medida correspondiente a 47,5 cm.
[16] Hora séptima: de las 12 del mediodía a la 1.
[17] Hora segunda: de las 7 a las 8 de la mañana.
[18] *Damnatio memoriae*: borrado del recuerdo de una persona mediante la destrucción de cualquier rastro (escritos y menciones en lápidas) que pudiera transmitirlo a la posteridad.
[19] Anaxándrides, dramaturgo cómico griego del siglo IV a.C.
[20] En la antigua Roma, a las prostitutas también se las llamaba vulgarmente pollinas.
[21] Poeta griego que vivió entre los siglos II y I. a. C.
[22] Oficial encargado de tareas administrativas.
*[23]**Popina*: taberna donde se podía encontrar vino y comida sencilla. aceitunas, pan, guisos.
[24] El río Danubio.
[25] *Manumissio* (‘imposición de las manos’): documento o declaración verbal por la que el amo declara que deja libre al esclavo.
[26] 13 de diciembre.
[27] Buque ligero, descubierto, no apto para el combate, utilizado para traslados de personal militar.

[28] Enfermería.
[29] El 25 de octubre.
[30] Hórreo: almacenes de trigo.
[31] Apicio, *De re coquinaria*, Libro VIII, VI.
[32] La actual Bourges.
[33] El año 51 a.C.
[34] Unidad de medida de áridos equivalente a 26,25 litros aprox.
[35] *Cura annonae* o *Annona* era un órgano del Imperio romano que servía para el transporte, reparto y comercio de cereales.
[36] *Modius*: la unidad de medida para áridos equivalente a aproximadamente 8,75 litros.
[37] *Delphinus Phocaena* (Apicio, *De Re Coquinaria*, IV, 1).
[38] La actual Fermo en la región de las Marcas.
[39] Alrededor de 54 kg.
[40] Histórico: la luz del faro se veía a más de 45 kilómetros de distancia, desapareciendo a distancias mayores debido a la curvatura de la Tierra.
[41] En aquella época, se llamaban "libros" a los rollos de papiro que se obtenían pegando páginas una detrás de otra.
[42] Hora undécima: de las 4 a las 5 de la tarde.
[43] La Liga de Delos fue una confederación marítima constituida por Atenas y varias ciudades-estado griegas en 478-477 a.C. durante la fase final de las guerras médicas.
[44] *La Historia de Setne y el Libro de Naneferkaptah* forman parte de un ciclo de relatos que constituyen las obras maestras de la narrativa en lengua demótica y de la literatura egipcia antigua.
[45] La Cleopatra de César.
[46] El 11 de noviembre del año 48 a.C.
[47] Apicio, *De re coquinaria*, Caballa en salsa, libro IV, I.
[48] Apicio, *De re coquinaria*, Calamares rellenos pasados por la sartén, libro IX, III.
[49] Histórico. Marco Terencio Varrón escribió *Sobre las bibliotecas*, y Asinio Polión, estadista, comandante, poeta e historiador, noble, cónsul en el 40 a.C., realizó años más tarde lo que César había deseado: una biblioteca griega y romana de uso público.
[50] El año 323 a.C.
[51] Diligencia de cuatro ruedas para el transporte de personas, cuyo uso estaba muy extendido.
[52] 8 de diciembre del año 708 *ab Urbe Condita*.
[53] Hora tercera: de las 8 a las 9 de la mañana.

[54] Una zona desértica cerca de la orilla oriental del río Dniéper con dunas de arena con un diámetro total de aproximadamente 16 km, cerca de Zelenyvka.

[55] Condecoraciones que podían aplicarse al uniforme de los oficiales superiores en reconocimiento a la valentía demostrada durante el combate.

[56] El río Danubio.

[57] Unidad de medida de distancias en uso en Egipto (1 río = aproximadamente 10,5 km).

[58] La ciudad de Palmira.

[59] General egipcio de la facción de Ptolomeo XIII.

[60] *Vitellina fricta*, tomado de Apicio, *De Re coquinaria*, VIII, V.

[61] Enero del 47 a.C.

[62] Hora segunda: de las 7 a las 8 de la mañana.

[63] Juego popular similar a las damas.

[64] 18 de octubre del año 708 *ab Urbe condita*.

[65] 8 de diciembre del año 708 *ab Urbe condita*.

[66] Las *mutationes* eran estaciones de cambio de caballos situadas a lo largo de las vías consulares a 15-18 millas de distancia.

[67] El año 46 a.C.